

NICANOR

FRAGMENTOS DE UNA HISTORIA LARGA
HACIA LA MAREA ALTA DE LA VIDA

LA CASA

La casa, de la calle Iberá, fue construida en el año 1802. Mi abuelo –en el frontón de la misma, bien visible y presidiendo la fecha de la finalización de la obra– hizo poner el nombre de Emma, en honor de su mujer. En un principio la casa fue más pequeña de lo que llegó a ser finalmente. Ellos la hicieron agrandar dado que, como buenos esposos y amantes, deseaban tener muchos hijos. Así, ésta se dividió en dos cuerpos, la casa grande y la casa chica, siendo la segunda el pabellón de servicio.

En el comedor de diario, nunca supe por qué le dieron ese nombre ya que sólo excepcionalmente comíamos allí, había en una de las esquinas un gran armario empotrado; rodeado de bibliotecas, con libros polvorientos. Libros extraños, ancestralmente transmitidos. Dentro del armario, sabiamente protegidos, estaban los instrumentos musicales, a excepción del piano que presidía en la sala de música, las reuniones de la familia. Allí se encontraban, en los diferentes estantes y preservados de toda agresión, violines, una cítara, un violoncelo, alguna flauta dulce y hasta un tambor que, en 1928, el abuelo había traído de Dakar, de la costa del África.

Mi abuela tocaba el piano, el violín, el violoncelo y, algunos dicen que hasta el arpa. Pero arpa no hubo en esa casa; no que yo recuerde.

La cítara es algo confuso en mi memoria, pero coherente entre las manos de mi personaje de juegos preferido: el de la castellana. Para representarlo, me trasladaba al cuarto central de la casa chica, el de María, mi gobernanta; cerraba la puerta y abría la ventana –a la distancia podía ver el palomar y una parte del gallinero. Esa alcoba fue mi castillo; las palomas, los halcones de los caballeros que cazaban, y las gallinas, las riquezas de los vasallos del feudo.

Yo no sé si arranqué sonidos a la cítara, pero en mi interior aún resuenan melodías sublimes; y en ese mundo, el colegio no tuvo nunca un lugar. Las escuelas, los colegios son prisiones sin barrotes donde los amores no están.

EL NIETO DE UNA PASIÓN

Los abuelos tuvieron seis hijos. Guillermo, el primero, nació a los nueve meses de casados, pero murió inmediatamente, sin conocerse jamás la causa. Edmundo vino un año después. Lo siguieron dos niñas; Emmita y Chila, que nacieron también para morir muy pronto, a los 15 y 9 años respectivamente, víctimas de una epidemia de meningitis tuberculosa, peste devastadora del año 1914. Para entonces ya hacían parte de la familia Fernando y Lila. El tenía 6 años cuando las niñas murieron y Lila, apenas dos. La pequeña cargó sobre sus espaldas y para toda la vida el peso de ser la única mujer, llamada a ocupar el espacio dejado por las hermanas muertas.

Fue sobre-protegida, pero también se vio privada de expresar sus deseos profundos, sus emociones, sus cóleras, así como sus alegrías. Todo exceso podía poner en peligro su imagen de hija y de mujer ideal. Nunca se permitió decir una palabra más fuerte que la otra. De este modo se fue forjando un jardín y un infierno interiores.

Su niñez y su adolescencia fueron vividas entre el colegio de hermanas y la casa de Iberá. Fue una niña linda y saludable y una adolescente seductora. Ponía mucho empeño en vestirse y acentuar sus encantos. Sus padres vivían con alegría, y orgullosos de esa hija en apariencia frívola y un poquito loca. Pintaba grandes cuadros al óleo, con la hermana Alicia del colegio de la Misericordia, que nunca abandonó, ni siquiera después de haber terminado sus estudios.

De las travesías en barco trajo el recuerdo de un cielo ecuatorial atormentado sobre el mar y lo plasmó con fidelidad en la tela porque el modelo había quedado incrustado en su alma. Las olas del mar se veían violentas y encrespadas y un sol ardiente quería expresarse a través de nubes rígidas y en apariencia inviolables como una cortina de hierro. El sol quería penetrar, pero solo era una herida de bala amarillenta y sin sangre sobre el torso gris del cielo. Sus pinturas estaban siempre llenas de fuerza interior; expresaba en ellas lo que en la vida no osaba decir. Pintó una Venecia palpitante y temblorosa en un atardecer de lluvia; un Sahara apacible donde el cielo parecía guardar la calidad de un espejismo de eternidad; un cuadro de inspiración holandesa, pintado en anilinas sobre madera y que representaba a la familia del pescador esperándolo a su regreso de la dura faena. Pero ella amaba sobre todo, un cuadro de la luna sobre el mar. Misteriosamente el mar puro de la costa argentina se veía confundido con el del Ecuador. Pero su luna no estaba encadenada, sino que avanzaba osada y dueña de sí misma, descartando las nubes a su paso.

A ella nada le faltaba; ni los viajes a Europa, de los cuales volvía siempre enamorada del amor. Muchos hombres quisieron hacerla su esposa. Muchos le escribieron poemas y fue en esa línea de cosas que eligió el candidato que hubiera debido ser su marido: un duque español, que le escribiera un poema de amor y ofrenda, sentado al borde de una fuente del barrio de Santa Cruz:

*Peineta, mantón y flores de la bella Andalucía,
porteña que crearía el jardín de mis amores;
conjunto que luz destila de una alegría tan fina
cual sólo la da una Lila que ha nacido en la Argentina.*

Romántica y soñadora, aceptó el compromiso, pero meses más tarde y con el alma incendiada aún por el perfume de los rojos claveles de Andalucía volvió a Buenos Aires. Venía de la patria del pipopo, tan elegante y profundo como puede ser el español, mezcla de señorío y de misticismo.

En Buenos Aires la esperaban sus amigos, la vida social, las reuniones. Fue así que un día cualquiera y sin buscarlo encontró a Jorge. Fue en el barrio de Belgrano, en un festival de beneficencia. Entonces se olvidó de todo y cifró en él todas sus fantasías y realidades: el era el poeta que no escribía poemas, el hombre de negocios italiano que con un gesto sensual libre, y algo desenfadado, rozó su hombro desnudo en una noche de fiesta y fue el médico que en África la había

curado de una disentería y el caballero andante, señor del Cristo Santo en las celebraciones de la catedral de Toledo. Fueron esos ojos verdes, esa mirada directa, los que crearían el puente entre sus sueños y el hombre de carne y hueso.

Lila y Jorge se casaron el 15 de noviembre de 1933. Su de luna de miel los condujo en barco a Piriápolis y, según comentaban en la familia, esta relación no podría tener éxito porque él tenía 34 años y ella 21. Por su edad el matrimonio parecía haberla sorprendido; pensó en cosas fantásticas o tal vez no pensó sino que fantaseó, pero la actitud de ese hombre, que tomaba el matrimonio como algo completamente natural, la convenció definitivamente de que su tiempo de soñar había terminado. La segunda noche lo encontró jugando al bridge con otros huéspedes del hotel, y años después lo seguiría comentando. Naturalmente, él no pasó con ellos sino una parte de la velada, lo necesario para sentirse bien y hacer el amor con su mujer, sonriente, distendido y gozoso. El sabía que la tendría para toda la vida.

Esa noche se hundió en su cuerpo creando en ella formas misteriosas, deseos febriles, que no cesarían jamás de calentar sus venas y su sexo. Le ofreció abrazos seguros de hombre fuerte que ella siempre asociaría con él, con su belleza.

Sin embargo, cuando volvieron del viaje de bodas y según una costumbre ancestral, Lila hizo creer a sus íntimas que en lugar de haber sido colmada, había sido violada, maltratada, y desplazada la segunda noche de casada, por una partida de bridge. Las mujeres debían en esta época «sufrir la sexualidad» y a ojos vistas, por el hecho de estar casadas y de ir a dormir en la misma cama que su marido. El asunto del sexo las volvía hipócritas, pero sobre todo a ella, pues el hecho de disimular no le impedía sentirse fuego ante el mínimo reflejo de deseo en los cambiantes ojos de Jorge: ojos verdes y vivos, que emitían ondas sonoras, que hacían ruido; verdes con la intensidad de bosques anohecidos en Alemania, en Austria, en Lombardia, pero no en Argentina; porque la historia – según ella– debía vivirse asociada al viejo mundo.

Entraron «a vivir juntos» en la casa de familia. La situación la llevó a tener una doble vida: la de la esposa alejada y fría ante los ojos de los otros, y la de la mujer desbocada y sensual, en las largas noches de pasión que nunca le faltarían.

Jorge partía muy temprano en las mañanas a causa de su profesión. Volvía a medio día para comer en familia, cosa que les impedía estar solos, razón por la cual él la raptaba para ir a comer juntos fuera, jugar al bowling, pasearse abrazados bajo los árboles frondosos de la calle Cramer y esconderse en los pasajes con campanillas azules del barrio residencial, para hacer el amor, parados como adolescentes, sin ruido ni legitimación.

Tuvieron sólo una hija que nació gracias a las novenas del abuelo, pero demasiado pronto, para esos padres que aún estaban descubriéndose como amantes. Sin embargo, esto no implicó que no fuese profundamente amada. ¿Cómo no amar «unos kilitos de carne» enviados en directo desde el Altísimo gracias a las oraciones? Pero su pasión no se extinguió. El tiempo pasó más no el deseo. Temperamentales y recíprocamente dependientes, detestaban todo testigo.

Su hija se casaría muy pronto, antes de los 20 años, poseedora de una ferviente vocación de madre. Ella sería testigo esencial y admirativo del cumplimiento permanente de las leyes de la naturaleza y la herencia. Sería madre y puente en la genealogía entre sus padres y sus propios hijos; el primero de los cuales, Alejandro, representaría el paradigma de las cualidades, y por qué no, también de los defectos de Lila y Jorge.

Mucho más tarde, a cincuenta y siete años del casamiento de sus abuelos, también un 15 de noviembre, Alejandro moriría de una crisis cardíaca, después de haber conocido, no sin sufrimiento como todos los seres apasionados, noches de fiebre, deseos y satisfacciones ardientes, tanto como desgarros prematuros de desilusiones amorosas. ¿Pueden acaso los seres plenos hundirse en el amor sin necesitar a cada instante más?

Extraño muchacho, grande en todos los sentidos, poseedor de una rara belleza nórdico-italiana, gran clase y señorío. Fue médico y buen amante. De Jorge heredó el porte, la fuerza y una cierta locura infinitamente ligada a la urgencia de satisfacer sus pulsiones. De Lila esa misteriosa manera de arrastrar sensualmente las palabras, de hacerlas redondas, susurrantes, ventrales. Las mujeres no

caían en sus brazos porque él quisiera seducirlas, sino por el hecho de estar presente, de habitar su cuerpo. Nada las atraía más que ese misterio que rodeaba su presencia. Partió fácilmente, imaginemos que tal vez sin agonía o quizás la misma no haya sido sino un instante de ebriedad frente a la eternidad. Sólo tenía 34 años.

LILA, SU MISTERIO Y SU HIJA (I)

Los abuelos rezaron para que Lila y Jorge tuvieran un hijo. ¿Se pueden imponer los hijos? De todas maneras, Dios estuvo de acuerdo y el 18 de diciembre de 1934 éste llegó. El embarazo de Lila duró, nueve meses, como es usual, pero acompañado tanto de oraciones como de odio. ¿Quién podía perdonar a Lila el haberse casado con un hombre no aristócrata, estando ella ya comprometida con un duque de la familia real española? Pero las cosas sucederían, simplemente. Ella conoció a Jorge en una fiesta de beneficencia y se olvidó de todo; hasta de las coronas que podrían presidir su lecho conyugal.

Fue un período de agitación política. El presidente conservador Agustín P. Justo formuló llamamientos a la concordia. Fue el año en que se firmó el pacto Roca-Ruciman, entre Argentina e Inglaterra. En el mes de mayo se anunció el armisticio chino-japonés. En noviembre se derogó la ley seca en los Estados Unidos. El 12 de noviembre, cuarenta millones de votantes del pueblo alemán se pronunciaron en favor de la política de Hitler. El 20 de noviembre cesó la lucha entre el Chaco y Bolivia con la derrota de ésta última. Las tropas paraguayas ganaron la batalla de San Matelay hacia el fin del año. Pero tal vez lo más importante de ese año convulsionado, fue la muerte —el 3 de julio— del ex-presidente Irigoyen; primer presidente de la clase media, hijo de inmigrantes. Cuando murió, la gente se puso automáticamente a cantar el himno nacional en las calles. ¡Tanto había sido el respeto por esa figura política honesta!

Lila y Jorge se casaron en una iglesia bella y sobria, nada acorde con el contexto social y político que era confuso. Ella tenía 21 años y una gran belleza: el cabello rojizo y corto, con grandes ondas; la cintura pequeña. Los tules la envolvían. Su ramo de novia como una cascada casi llegaba a sus pies. Y Jorge, enorme junto a ella, pequeña como un sueño.

La mirada de Lila constituyó siempre una incógnita para todos los que pudieron contemplarla. ¿Qué se puede sentir frente a unos inmensos ojos dorados que reciben permanentemente y acogen incondicionalmente el más mínimo reclamo de los otros? Lila se metamorfoseaba al contacto de la expresión del deseo de los otros. Nunca cambió su mirada. ¿Fue capaz de amar? ¿Fue un objeto? ¿O tal vez el sujeto más sujeto que hayamos podido conocer?

Sus hermanos se referían a ella como a alguien de quien nada se puede saber. Cuando en el año 1951 Perón puso el voto para la mujer, las cuestiones de política se trataban a la hora de la comida. Nunca se supo por quién votó.

Durante su embarazo la asustaron diciéndole que podía tener un hijo idiota; ¿Sufrió ella verdaderamente pensando en esa posibilidad? En todo caso nada dijo. El 18 de diciembre nació una hija que fue amamantada por Lila durante tres años; sin duda bajo la instigación de su madre. Sobre sus sentimientos hacia ésta y hacia su hija, tampoco se supo mucho. Definitivamente, el personaje seguirá siendo un misterio.

En su vejez Lila vive como una flor sin marchitarse. A su puerta gritan desesperados todos los que envejecen, mueren y quieren saber. Pero ella jamás entró en la confidencia. Su hija se crió en un ambiente de pasión y de guerra; y sólo existió para producir hijos que llenarían de gozo el profundo silencio de Lila.

A la muerte de su padre, en 1939, Lila se hundió en una sordera física y mental, que se acentuó con la muerte de su madre en 1948, y de la cual no se recuperaría jamás. Y en 1974, cuando su marido partió, prácticamente se retiró de la vida. Entregó a su hija el fardo del dolor y la responsabilidad del entierro. Su única preocupación fue no mostrar el duelo. Correctamente peinada, como una visita más, pasó frente al ataúd de su marido y, si hubo un temblor fue imperceptible. Una semana después de la muerte de Jorge, Lila se operó de cáncer. Lo hizo como una adolescente que va a su primer baile. Se recuperó rápidamente para hundirse aún más en su ritmo de avidez, de dependencia y de silencio. Poco a poco se fue quedando en una interioridad cada vez más intensa.

Dejó de leer las revistas que le fascinaban con las historias de la aristocracia europea. Sólo a partir del encuentro con su primer nieto una emoción pudo ser detectada en su mirada, pero cuando éste murió en 1990 –y como siempre– ella pareció no comprenderlo.

Comienzo a atar cabos: esa Laura que no había vivido, presenta rasgos comunes con Lila. Tengo la impresión profunda de que su vida se vio interrumpida con la muerte de su padre. O tal vez con la comprensión tardía y retrasada de que nunca más sería una duquesa española.

Durante su juventud, Lila, siempre dio flores, y es por eso que en su vejez recibe flores. Pero los personajes Laura y Lila se alejan en este sentido porque si Laura no llega a aceptar el pasaje hacia la vejez, Lila se hunde en ella para justificar su dependencia; así como antes se hundió en su juventud para crear dependencia.

La hija de Lila nunca pudo olvidar la belleza de su madre, pero fue sobre ella que cayó el peso de su envejecimiento.

La niña nació en el mes de diciembre, al tiempo con el despertar de las estrellas y el retiro del sol. Ella no podía ser sino una elegida de los dioses. Tenía una perfecta cabecita redonda braquicéfala y según contaba la abuela, no lloró cuando nació porque ya tenía los ojos abiertos. El día de su nacimiento Jorge plantó un naranjo. Durante ese mes, los árboles en Argentina están llenos de azahares; las noches son perfumadas, ebrias de jazmines y heliotropos, e impulsan a desear, a amar, a vivir eternamente. El cielo es azul-negro y las estrellas de la constelación del Sur parecen estar cosidas a un inmenso terciopelo. Los hombres y las mujeres huelen a jabón, a telas claras y limpias; todo es demasiado bello, demasiado fragante y se crean deseos de acoplamiento; las ventanas están siempre abiertas y las ganas de dormir no llegan nunca porque siempre hay un deseo más.

1934

No fue un año como los otros 1934. Fue en este año que nació la niña para provocar que el naranjo fuera plantado. Como nació de oraciones, era normal que el mundo cristiano pusiera los ojos en Buenos Aires, sede del XXXII congreso eucarístico internacional. El evento ocurrió en el mes de octubre, pero su gestación, así como la de la niña, había comenzado siete meses antes. Para esta ocasión, fue erigido en la intersección de las avenidas Alvear y Sarmiento, un monumento coronado por una gran cruz de treinta y cinco metros, el cual dominaba los muy franceses jardines de Palermo diseñados sobre el modelo de los bosques de Boulogne de París.

El legado pontificio fue Eugenio Pacelli, futuro Pío XII, el papa aristócrata. Llegó el 9 de octubre en el *Conte Grande*. Los aires de la casa de Iberá se vieron fuertemente alterados por la presencia del futuro papa, por diferentes motivos: para el abuelo porque era el representante de Dios, para su familia porque era un aristócrata.

A las tres de la tarde cuando se alcanzó a ver la nave en el estuario del río de La Plata, se echaron a volar bandadas de palomas; aviones y centenares de embarcaciones salieron al encuentro del importante transatlántico. El abuelo estaba ebrio de santidad, y contemplaba con más admiración que nunca el milagro del nieto engendrado por su hija, cuyo vientre pleno le recordaba sin duda la Inmaculada Concepción. La cuestión de la virginidad nunca lo había preocupado demasiado, dado que, frente a la maravilla de la naturaleza, ¿Cómo podía creerse imposible que ese Dios, capaz de hacer una rosa, no fuera capaz de hacer germinar un ser en las entrañas de una mujer, sin que ésta fuera desflorada?

Por otra parte, ciertas imágenes se le confundían a fuerza de desear y de tener fe. El representante de Dios sobre la Tierra era, sin duda, una imagen clara del Espíritu Santo. El veía los signos y aceptaba confortablemente el hecho de la inseminación divina; no podía ver una mujer encinta, sin asociarla a María.

Cien mil niños recibieron la sagrada Eucaristía al aire libre. Apenas el legado pontificio pisó tierra argentina, el intendente lo recibió con las siguientes palabras: «Saludo en vos, al soberano más poderoso de la Tierra.» Numerosos sacerdotes, en todos los lugares imaginables confesaron horas y horas en todos los idiomas posibles, y dieron la comunión el día once desde la media noche hasta el amanecer. El 12 de octubre se dedicó la ceremonia a los pueblos hispanos, y el 13 a nuestra «caprichosa» Virgencita de Luján, llamada así porque habiendo llegado de Europa en barco a Buenos Aires y puesta en una carreta con un destino que desconozco hacia el centro del país, se encaprichó en un poblado llamado Luján. No quiso seguir y todos los esfuerzos hechos para moverla fueron imposibles. Allí se erigió una basílica en su nombre. La Virgencita milagrosa, se arraigó tan fuertemente a la tierra argentina que ocurrió con ella lo mismo que con los ancestros del abuelo, se nacionalizó. No tomó mate, porque las estatuas no lo hacen, pero amó la nueva tierra tanto o más que los antepasados del abuelo.

Bajo la lluvia se cerró el congreso. Según dicen, la bendición papal parecía venir acompañada por una lluvia simbólica y diluvial, que parecía querer lavar el pecado original. Dicen que fue una de las escenas más inolvidables que ofreciera la fe cristiana de pueblo alguno del universo.

Pasaron otras cosas ese año: en Alemania, el mariscal Hindenburg fue sucedido por Hitler como canciller-presidente.

Lila tenía 22 años y Jorge 35 años. Había rosas rojas y blancas en el antejardín; la primavera fue lujosa y lluviosa. Las palomas se reproducían en el palomar cerrado; la higuera reventaba de frutos cuando la niña nació. Lila estaba en el cine Belgrano cuando comenzaron los dolores de parto, lo que no le impidió beber una cerveza para calmarse la sed. Entró en la maternidad del hospital Rivadavia, entregándose confiadamente a las prestigiosas manos de un gran obstetra de Buenos Aires: el doctor Collazo. La recién nacida fue puesta directamente en el pesebre a las doce

de la noche del 24 de diciembre a fin de no quitar ni una sola pincelada al fascinante cuadro religioso que el abuelo vivía con todo su ser. El sintió que había cumplido un ciclo, que el sentido que había buscado durante toda su vida aparecía claro y evidente a través de los signos de la manifestación divina.

Ese 18 de diciembre, el Kronos y el Kairos se cruzaron para crear el «acontecimiento»; asimilado de diferentes maneras por cada uno de los integrantes de la familia. De todos modos, para todos fue un hecho basal.

MARÍA CALEGARI, LA GOBERNANTA

María Calegari no medía más de un metro cincuenta y siete. Se hacía un rodetito redondo y perfecto en el centro de la cabeza. ¡Qué extraña capacidad tenía para vestirse mal, aún con ropa muy fina! Tenía ojos verdes, juguetones; tinte rosado, mejillas lustrosas a pesar del tiempo y de los años. También un gran dominio para exponer temas de historia, de pintura y de filosofía. Gran conocedora de vinos, por una permanente tendencia a escaparse a las tres de la tarde –después del almuerzo– y en la noche –después de la comida– a un restaurant de la avenida Cabildo para tomarse un trago de vino; ritual que le aportaba júbilo. Volvía con los ojos más brillantes, me desvestía y, ya en el baño, mientras yo me lavaba los dientes, me contaba cuentos que no tenían nada de fantásticos, porque eran personajes históricos que ella hacía, curiosamente, revivir.

Amaba, sobre todo, los temas mitológicos, y yo me dormía entre Minerva –la diosa de los ojos verdes–, Ulises, Menelao y Pâris; sin olvidar a Helena de Troya, cuya capacidad para desencadenar una guerra me motivó durante años a preguntar: «¿Y después, qué pasó?»

María venía de Pessaro, Italia. Poseedora de una gran cultura, no pudo ser más que gobernanta porque en plena juventud concibió una hija de padre desconocido, y con ella en el vientre atravesó el océano en un barco de inmigrantes. Descubierta y protegida por mi abuelo, recuperó una familia que fue, hasta su muerte, su redención y su alegría.

María –creo haber oído decir– fue la gobernanta de mi madre. Tenía tres años menos que mi abuela y una relación con ella profunda y tan alegre, que juntas hacían un ruido regocijante. Ese es, yo creo, el secreto de mi alegría fácil y profunda.

¡Qué lindas las mañanas en el comedor de diario; días en que naturalmente no había el maldito colegio! Ellas representaban para mí una fuente de placer siempre nuevo. Atravesando desde mi cuarto por el corredor entraba a ese paraíso del servicio doméstico: en la cabecera de la mesa, María conducía a los otros como una auténtica reina, con su pequeño rodete-corona. Cada quien hacía lo suyo. Al costado derecho de María, Delia, la costurera –modista italiana de Génova– una soltera de 60 años con un padre que tenía cien. Un poco más lejos el personal inestable de la casa (mucamas, jardineros, reparadores) y al fondo, una enorme canasta de ropa para planchar, la biancheria. Y aún más atrás una negra, la planchadora. Provenía del barrio sur, típico barrio del Candombe de San Pedro Telmo; iba impecablemente vestida y con un pañuelo blanco en la cabeza. Se llamaba Juana y tenía dos hijos: uno blanco y buen mozo, que hacía la conscripción, y otro negrito y vivaz, casi adolescente, que se ocupaba del gallinero.

Adoraba entrar a este lugar y escuchar con placer la mezcla de los dialectos italianos: el «pessarese» de María, el «geneise» de Delia, y no se cómo lograban entenderse. Juana hablaba un castellano lindo y cadencioso, María también, pero no Delia.

Elvira, la hija de María, sabía bordar, pintar en seda y hacía maravillas con las manos. Según cuentan, estuvo en un colegio de monjas hasta los 22 años y allí recibió esa extraña educación, que hablaba de una aristocracia genética.

María no fue sólo la gobernanta de la generación que me precedió y de la mía. Ella fue algo así como la hermana moderada de mi abuela irascible; el ama de llaves de una casa de señores fantasistas que viajaban en todas las direcciones. María representaba la estabilidad, el amor.

A las cinco de la mañana encendía la gran cocina de hierro negro, pero lo que yo adoraba en ella era que cuando había bebido me enseñaba cosas a través de cantos en italiano. Me hacía el baile del oso; balanceándose de un costado a otro sin cesar, ni cambiar de ritmo. ¡Ahora comprendo por qué me gustan tanto los ositos!

*Arroz con leche, me quiero casar
con una señorita de San Nicolás*

*que sepa coser, que sepa bordar,
que sepa abrir la puerta
para ir a jugar.*

Demás está decir que llegue a creer que lo importante para defenderme en la vida consistía en saber coser, saber bordar y saber abrir la puerta, para ir a jugar. En esa situación evidentemente el colegio para mí no tenía ninguna razón de ser. Era un objeto extraño, un injerto, una monstruosidad en mi vida.

*Yo soy la viudita del barrio del rey
me quiero casar y no sé con quién
con éste sí, con éste no,
con este señorito me caso yo.*

A los 7 años caminaba muy derecha, como la señorita de San Nicolás, y me imaginaba viudita vestida de negro, con tules. En sus arrebatos de alegría María me arrancaba todos los tules imaginarios y entonces «abríamos la puerta para ir a jugar».

AÑOS EN LOS QUE NADA PASA

Después vinieron años en los que no pasó nada; si se puede decir que hayan años en los que nada ocurre, porque siempre ocurre que el tiempo pasa, y los niños crecen, los padres envejecen y los abuelos mueren. Aún amándolos, no podemos ignorar que los niños dejan de usar pañales y que los padres se ponen anteojos para leer, los abuelos van al médico y, a veces, el médico debe venir a casa.

Siempre ocurren cosas: alguien ama; algún otro descubre que «la vida es sueño» y recrea con dolor el sentido de la obra de Calderón de la Barca. Lo digo sin nostalgia, como observador neutro de la niña en el tiempo porque soy el testigo, ese personaje que nos sigue desde el calendario sin tener presencia física real.

En 1935 se terminó la cruenta guerra del Chaco. Una más en este mundo impío en que las contamos por centenares; todas sin causa justa, porque no la hay para morir violentamente por una patria que sólo es una ilusión geográfica, gobernada por cretinos ambiciosos de poder, que juegan a los soldados moviendo piezas en el juego de la gran estrategia, como ignorando que cada batallón está formado por entrañas, por sangre, por arterias que suben, bajan y claman.

En Europa seguía la expansión de Mussolini. Sin juicio histórico, los testigos no juzgamos, no informamos, no tenemos tripas para no caer en la vulgaridad y a veces ni siquiera lloramos.

¿Que a la niña le salieron los dientes? Sí, pero, tal vez, el abuelo rezó para que no fueran los dientes de un lobo, y se olvidó de aclarar que tampoco deberían ser los dientes de una oveja. En fin, ella se ocuparía por obra y gracia del Espíritu Santo de limarlos o dejarlos crecer según las circunstancias aunque no siempre tendría éxito.

Ese año murió Carlos Gardel en un accidente de avión. Dientes perfectos, pelo negro, gomina, smoking, guitarra, algún poncho para identificar su origen pampeano, pero nada más. Era un ídolo en Argentina, en Europa. Murió joven, en dudosas circunstancias. Su figura tuvo que ver con la imagen que se difundió de la Argentina en el viejo continente.

Los temas de los tangos no son alegres, en general. En ellos se encuentra arrabal, traición y a veces gritos bajos con dolor de exilio: «Tal vez una noche me encane la muerte y adiós Buenos Aires no te vuelvo a ver.» Unos gritos enlutados de la nostalgia de la vieja Europa románticamente vestida de lentejuelas y pecados, como Madame Simone, una mujer a quien «un Argentino entre mate y tango la alzó de París» y aún gritos más bajos, testiculares, en la sensualidad de la danza: las piernas que se siguen, se cruzan, se rozan en un juego sadomasoquista sin pasaje al acto. Vísceras y arterias laten mientras la música acaricia, mata, obsesiona, quema y el movimiento se suspende para engendrar un giro, una nueva tortura del deseo. Finalmente un grito aún más bajo: «¡Gardel que no volverá!»

No, no pasó nada en 1935, pero en 1936 sí; fue la guerra civil en España. Con dolor, razón y sin razón emergieron los poemas de Machado y García Lorca; ellos quedarían sin duda manchados de sangre hasta la eternidad, aunque vencedores y vencidos se encuentren unidos en el valle de los caídos. Los últimos caballeros de las gestas castellanas se jugaron la vida en una baja guerra civil. ¡*Viva el rey!*, cantaron las fuentes de Málaga y tal vez las aulas de Salamanca y la lujosa Córdoba de los Moros. Vivan los reyes y la derrota del infiel, pero que no vivan los caballeros de las guerras civiles que apestan los cementerios y aniquilan el alma de la patria del *Cid*, de Felipe II, de Isabel la Castellana y Teresa de Ávila. ¡Cuatro siglos exactamente después de la fundación de Buenos Aires, la airosa capital del virreinato del río de La Plata, sólo guerra, fratricidio, polvo y llanto!

En fin, nunca pasaría nada en realidad. La niña crecía entre el amor del abuelo y las guerras intestinas que dicha pasión excitaba. Niña triste presintiendo separación desde el instante de tomar vida; y niña alegre por haberla tomado. Juguetona y briosa, silenciosa y observadora, captadora de misterios por naturaleza, temía a la noche y la asustaban las estrellas —las estrellas que sin duda le

hablaban de cosas que ella no había olvidado y los adultos sí. Es cierto que la niña nació sin tener tiempo para ella misma. La amaban, la detestaban, la ignoraban con frecuencia, pero todos la necesitaban porque fue en la vida de cada uno de los protagonistas el mito referencial; es decir antes y después de ella. Antes de ella: amor difuso, odio difuso, chivos expiatorios sin gloria ni continuidad. La condenaron a ser un hito de referencia y su situación fue dura si es que tuvo situación. El abuelo dichoso la paseó frente al cardenal Copello, primado de Argentina y primer cardenal argentino.

El abuelo pensaba sin duda que en su vida se daban acontecimientos insólitos, pero esperados. Un cardenal argentino, un congreso eucarístico universal. La niña crecía. Más de cincuenta años después ella vería cumplirse en su vida los signos de Dios en la caída del muro de Berlín. Pero así son los seres humanos. Al nacer recuerdan lo que los adultos han olvidado, lo que los ancianos aceptan, no sin dolor, olvidar. Luego se suspenden en el tiempo de procrear. Nada les importa mucho más allá del bajo ombligo, hasta que la dorada juventud se sumerge en el horizonte marino sin nubes, pero irremediamente. Y entonces aparecen los signos de la vieja memoria ancestral y estos se encadenan. Cadenas de significantes que implican la percepción de una próxima eternidad.

No es lo mismo que el muro de Berlín caiga a los treinta años cuando el lecho quema de deseo y la piel de los pechos se estira, porque llenos de leche amamantan al retoño en el sin tiempo de la continuación de la especie, que en la cincuentena en la cual aunque el lecho siga ardiente los pechos no amamantan más al niño, pero sí a la percepción objetiva de la antes ignorada historia. Una misma frase conjugada en diferentes tiempos.

ACERCA DEL TIEMPO

¡Curioso lugar el antejardín de la casa de la calle Iberá, tanto durante el día como al anochecer! Delante de esa reja pasaría un día cantando un Venezolano –mi primer admirador– no una canción cualquiera, sino la canción que mi padre me cantaba cuando yo era pequeña y que aún resuena en mis oídos:

*Lindo capullo de alelí,
a quien yo doy mi corazón
y un poquito de mi amor.*

La emoción es tan fuerte hablando de todo esto. Mágica realidad a transmitir. ¡Es que el tiempo no existe! Yo lo sabía desde entonces, porque si bien somos en el tiempo histórico, hay un tiempo sin tiempo de ser. Yo era en ese momento quien había sido y quien llegaría a ser. La evidencia de la no existencia del tiempo era bien clara para mí. Podía subir sobre mi cuna de bronce y hacerme el bebé y vivirlo completamente: vagidos, escucha, posición. Yo no jugaba a... Yo era y así mismo me convertía en la gran señora que pintaba al óleo como mi abuela.

En el jardín de invierno había dos caballetes, uno grande y uno pequeño, mi abuela vestida del negro que nunca se quitó después de quedar viuda, dos cajas de pintura y paletas. Una dama grande y una pequeña, ella y yo. Así, sin edades, compartiendo un sentido.

Mi primer cuadro fueron pensamientos. Todavía los veo. Las flores que sirvieron de modelo siguen estando frescas. No hay sentimiento de lo efímero. ¡No! Pero sí sentido de la captación del instante; el trazo del pincel llevado por mi mano; veo el pincel desplazarse... El ser que me habita es el mismo, hoy, ayer y lo será en la eternidad. Yo ya lo sabía.

Es extraño cómo alguien puede nacer viejo. Nacer aceptando la vida y la muerte y el pasaje. Ir elaborando defensas conscientes –porque la consciencia existe en el niño– para aceptar el vivir con los otros como si cada instante fuera eterno. Me estremezco de amor frente a esa niña que fui y que soy y que está y que recuerda cada caricia, cada sensación. Todo está vivo y soy yo y soy la madre y soy mi madre y tengo ganas de apretar contra mí a esa niñita un poco loca y con aspecto serio, que a los 3 años se metía en la sala de espera de su padre para hablar con los pacientes. Esas conversaciones eran para ella fascinantes, llenas de misterio, de sorpresas, de amor y de reconocimiento hacia esos desconocidos. Ellos no se parecían a los adultos de la familia.

Como sobre la cuestión del tiempo había descubierto algo sobre la felicidad: estar contenta no era de ninguna manera algo estable, de pronto se despertaba en mí una nostalgia, la sensación de algo que me faltaba, aunque nada me faltara. Algo así como tener lápices para dibujar y no tener la hoja. La solución sería ir a buscar la hoja, pero eso no impedía la angustia indescifrable de no tenerla y de preguntarse cómo hay que hacer para tener la fuerza de voluntad de ir a buscarla. Estoy hablando y siento que todo pasa en presente. Estoy ahí en esa sensación de placer, de alegría extrema como el día del milagro del derrocamiento del presidente Castillo: volver a casa, encontrar la hoja, dar un sentido a una pulsión que se expresa sin palabras: analizar, comprender, resolver, restablecer el equilibrio.

Sí, porque la felicidad no era fácil de retener. Un tarro de dulce de leche se terminaba y si me lo comía todo de una sola vez me sentía mal. Había algo que descubrir con respecto a la justa medida, algo relacionado con la estabilidad de los buenos momentos. Un equilibrio entre la falta y el exceso.

Un tiempo muy especial, pesado, porque no era tan fácil vivir entre los grandes, quienes en todo caso me han molestado profundamente, porque los considero en mayor o menor medida cómplices de la destrucción de nuestro pasado ancestral. Sí, yo les tenía rabia. La generación que me precedió fue de malcriados. Me sentía mal haciéndoles caso, reparando en ellos, porque sabía cómo eran, y

saber es una cosa problemática cuando uno no tiene el poder para imponerse. Ese fue otro gran descubrimiento: que para realizar o impedir las cosas es necesario detentar el poder.

Mi abuelo Ángel, padre de mi madre, falleció cuando yo tenía 4 años. Con él viví una pasión insólita y absorbente, completamente maravillosa. Lo imitaba en todo y corría tras él porque era dulce y me quería. Conservaba muchas cosas, libros, cartas de amor, objetos cargados de simbolismo. Los guardaba, pero sin nostalgia; por amor y respeto. Vivieron con mi abuela mirándose a los ojos. Cuando sus dos primeras hijas, Emmita y Chila, murieron, la capacidad de mi abuelo para imponer un orden, una ley pareció degradarse, por eso les dio sin medida a los hijos que quedaron.

Uno de ellos, Fernando, partió dos años por Europa siguiendo a la hija de una bailarina rusa, pidiendo siempre cheques a distancia. Por su parte, mi abuela se dedicó a malcriar a mi madre. Mi tío mayor había escrito a los 27 años un libro de derecho laboral y punto. El esfuerzo debía parecerle excesivo, porque no intentó repetirlo. El hecho de que trabajara solamente ciento treinta días al año, en el mejor de los casos, no le impidió llegar a ser un buen abogado. Su tiempo libre lo repartía entre viajes a Europa y salidas al campo. ¿Qué podría importarle a esa gente, los «Atilas», el pasado? Yo vine a nacer en ese medio en el cual no creo haber aprendido demasiado.

EL ANTEJARDÍN: TEATRO DE PASIONES

El antejardín es hoy, a través de una lectura actualizada, el único lugar a través del cual podía ver el mundo sin exponerme a sus arbitrariedades y peligros fantasmagóricos. Las paredes eran de un metro de alto, con rejas. Allí yo no me sentía prisionera sino protegida. Tenía la impresión de llevar el interior de la casa hacia el exterior, y la calle hacia el interior de la casa. Ese fue el territorio a partir del cual, y como centro, van a organizarse las experiencias de mi vida hasta el año 1968, en el cual la casa debería ser vendida y echada abajo, para construir en su lugar un rascacielos. Naturalmente que fue el califa Omán, mi padre, quien consumó la venta, y la progresiva demolición de la casa.

Para comprender la historia del antejardín, tengo que pasar por estas observaciones que me hacen mucho daño, pero que son necesarias. Me hacen mucho daño ahora, porque en el año 1968, rodeada de mis cuatro hijos y protegida emocionalmente, la demolición de la casa de mi infancia no era sino una demolición más y la casa sería reemplazada por otras.

Cuando hablo del califa Omán, no hablo de una sola persona, sino de un complot, de una confabulación entre seres que habían puesto en esa demolición, la esperanza del fin de una historia que les permitiera cortar con los lazos ancestrales y sus implicaciones afectivas.

Esa casa fue el nudo, el centro de una realización ligada a los valores de los antepasados, a la continuidad lingüística y a la persistencia de un mito familiar. Pero fue, también sin duda, una bolsa de gatos, y yo creo que si en el momento de su demolición pude parecer en cierto sentido indiferente, fue porque comprendí que en esa vida yo existí como un ratón paseándose delante de los gatos, pero sin tenerles miedo. ¡Tanto se odiaban los gatos!

Al lado de la gran casa había un corralón de madera que había existido siempre. El corredor exterior de la casa se convirtió de golpe en una exposición de anticuarios: armarios italianos –de madera antigua a tres cuerpos con magníficos espejos– gobelinos italianos, vitrinas de cristal enmarcadas por madera, dorada a la hoja; y mi padre, el factor activo del complot, regalaba a los vecinos, a la gente del corralón, antigüedades preciosas. Porque la casa debería ser vaciada en quince días, para comenzar la demolición.

En esa casa vivieron: los abuelos, más cinco hijos, María y la gente del servicio. Esa casa fue profusamente habitada hasta el año 1943. Tío Edmundo y tía Haidé venían todos los miércoles y comían en casa; tío, como abogado, recibía a veces sus clientes en la sala verde, al lado de la sala de música. La sala verde era la continuación de la sala de espera, y la sala de espera daba al antejardín. Cuando yo fui adolescente, después de los 14 años, tomé esa parte de la casa como departamento. No para dormir, sino para vivir.

Por el antejardín pasaron muchos de los más importantes sucesos de mi vida –recordemos que el antejardín era territorio neutral entre la bolsa de gatos y el mundo exterior. En el antejardín, yo goberné en la medida de mis fuerzas. Al interior de mí misma, ese antejardín continúa existiendo, y creo gobernarlo. Recuerdo a Elvira Calegari, hija de María, sentadas en las tardes de verano en los escalones de mármol; ella me enseñaba a bordar en seda. Todo lo que veo lo aprendo. Me interesa y quiero, rápidamente, hacerlo yo misma. En esa ocasión, pronto empezaron a aparecer cosas hechas por mis manos. No demasiadas, ni muy importantes; porque según mi familia yo estaba llamada a destinos superiores, para lo cual debía pasar tres cuartas partes de mi vida en el maldito colegio y sus anexos educativos.

¡Era tan lindo mi antejardín en los atardeceres de verano! Mi padre salía, terminado el consultorio, a tomar algo de aire. Pero se iba rápidamente hacia los jardines de la parte de atrás de la casa –porque siempre fue muy discreto– y verdaderamente a mí también me molesta la gente.

Elvira fue un personaje controvertido en casa. Mujer joven, bien educada; pronto fue objeto de los celos de mi madre. Celos, que justificados o no, me hicieron temblar de pánico y horror a los 6

años de edad, época en la cual, ignorada como niña no sorda, mi madre contaba a tía Haidé, en el antejardín, mientras yo jugaba con mis muñecas, las supuestas infidelidades de mi padre con Elvira, al parecer en su propia cama matrimonial.

Yo sabía ya muchas cosas, por lo cual lo que escuchaba no cambiaba mucho mis actitudes. Yo he nacido con una ventaja, un favor dado por Dios: no emitir juicios de valor. Una frase quedó candente en mis oídos, y claro, porque la imagen era candente. Mi madre dijo a mi tía, refiriéndose a su lecho matrimonial: «Y la cama estaba todavía caliente.» Yo no sé si uno llega a ser más rápido para comprender a medida que el tiempo pasa; porque recuerdo haber entendido, haber concebido una imagen de dos cuerpos entrelazados en una cama. Desnudos no, pero vi las frazadas echadas de costado. Fue todo un «flash», y el tiempo pasó pero diferente, porque a partir del «flash» comencé a registrar cada gesto que se cruzaba entre Elvira y mi padre.

Y así llegamos hacia el final de una historia. Elvira bordaba a mi lado, en el antejardín, un trozo de seda de color damasco. Una vez finalizado el bordado hizo, con la seda y una base en forma de zapatito, un estuche para que mi padre guardara su reloj de pulsera. El escándalo estalló más allá de los límites del antejardín y Elvira Calegari fue enviada, el mismo día, a trabajar en casa de unos amigos.

Moraleja: cuerpos enlazados, cama caliente, viaje al más allá.

El segundo personaje es un chico de mi edad. Tenemos los dos 13 años. Es el hijo de la hermana de un admirador apasionado de mi madre. Porque en realidad, mi madre –la celosa, sin hacer juicios de valor– no tenía un marido celoso, sino hasta cierto punto complaciente e inocente; no tenía solamente un admirador, sino muchos, a los que mi padre invitaba infaliblemente a comer.

Este chico tenía unos ojos azules lindísimos; y yo sentía en él al hombre. Me pasaban corrientes cálidas de la cabeza a los pies. Nos sentábamos en las escaleras de mármol, tomando naranjada, mientras la noche caía y nuestros padres hablaban y reían con las ventanas del jardín de invierno abiertas. Yo no sé si hubiera querido tocarlo, pero tenía ganas de que habláramos de cosas íntimas; de saber cómo eran los hombres, qué sensaciones les despertaba la presencia de una mujer. Este encuentro infantil-adolescente me marcó mucho, porque él resultó ser verdaderamente inviolable. Nunca se comprometió ni abrió sus secretos; menos que su boca, de la que no salieron otros relatos que decir que era el mejor alumno de su colegio. ¡Lamentable! Apolo, se me cayó en mil pedazos delante de los ojos, cuando me empezó a contar que gracias a las cosas maravillosas aprendidas en física estaba haciéndose un radio. En fin, llegamos a punto muerto y cambiamos de auto.

El siguiente es un padrillo de 18 años; ojos negros, húmedos, pestañas largas. Mi madre y la suya habían hecho viajes a Europa juntas. Este chico estaba en la Escuela naval, y eso le daba, a mis ojos, un marcado prestigio al verlo venir, los sábados a visitarnos –porque no venía solamente a visitarme a mí, sino a la familia– con su uniforme azul, con botones dorados y couteaux a la cintura. El ratificaba en mí lo que desde un principio quise: un marino. Lo veía una vez por semana, nos abrazábamos, nos besábamos y, naturalmente, percibí por primera vez en mi vida, a través de nuestras ropas, lo que podía ser un sexo masculino erecto.

Pero el romance del antejardín, fue percibido por el ojo avizor de mi madre que, casi como Dios, estaba detrás de todas las cortinas. Conclusión: como en el caso de Elvira, fue mandado a distancia. Una idea comienza a esbozarse como coherente: cuerpos enlazados, no es el caso decir «cama caliente» porque no hubo cama; pero la otra variable aparece: viaje al más allá. Y la variable «cama caliente» es reemplazada por «percepción de sexo masculino erecto».

El 39 de diciembre de 1950 a los 16 años recién cumplidos –porque yo nací entre los naranjales de dicho mes– conocí, en casa de Sarita, el día de sus 15 años, un muchacho marino: Santiago. Tal vez nada lindo, no sé; pero va a ser mi primer amor, mi gran amor. Y aunque tiemble alguna parte de mí, muchos, muchos años después me preguntaría: ¿Por qué fue él? No lo sé. Tal vez la bolsa de gatos me agotaba y dejé librado a la fantasía el camino a seguir para evadirme sin irme de mi casa. Ni bailamos; hablamos toda la noche; irradiaba simpatía, encanto. Era marino, estaba en tercer año. Era un año mayor que el citado padrillo. Mis padres fueron a buscarme; él conquistó completamente a mi madre. Mi padre, siempre ausente, lo consideró con la misma distancia con la que podía

considerar a los pretendientes de su mujer; pero, en este caso, con un objetivo preciso: podría ser un candidato para casarme rápidamente y liberarse de la bomba que podía constituir una hija mujer única.

* * *

El antejardín, un beso de despedida, el tiempo que pasa. Nos casamos, hemos vivido horas y horas en el antejardín, hemos hecho el amor en la sala verde; todo sucedió con él en mi territorio. Nos fuimos a vivir a Córdoba, allí nació nuestro primer hijo. En las tardes de verano, durante las vacaciones, veníamos a Buenos Aires, a casa, al antejardín. ¡Maravilloso, divino territorio! El perfume de los azahares, mi hijo pequeño en el moisés, la sala verde a donde nunca llegaban ni el calor ni el frío. Está en una de esas casas antiguas de paredes gruesas donde la totalidad y la nada parecen confundirse, donde no hay más ruido que el ruido del corazón. Amamantarlo en la sala verde, o de noche, en los escalones de mármol del antejardín, era toda una experiencia. Me quedaría con él entre mis brazos hasta la eternidad, y en la eternidad también, porque mi hijo fue mi amor, el hombre que yo hubiera deseado amar.

En ese antejardín pasaron también cosas tristes. Pero que no hicieron sino agrandar la significación del espacio sagrado. Por la puerta de rejas 2465, pasaron sucesivamente los ataúdes de mi abuelo y de mi abuela, para ir a amarse más allá, porque no cabe duda de que en algún lugar esos famosos amantes inmortales, deben estar estremeciendo de amor sus cuerpos etéreos.

El muro del antejardín fue derrumbado el 13 de noviembre de 1968.

ENCUENTRO CON EL COLEGIO

Mi encuentro con el colegio tuvo lugar un día de marzo de 1940. Colegio de Nuestra Señora de la Misericordia, Cabildo 1333, Buenos Aires, Argentina, hemisferio sur, mundo, ley, sociedad, obligación, desgarró. El gran portón se cerró atrás mío; tras él quedó la cara de mi madre imprecisa. Al fondo de un inmenso edificio gris, en el centro, sobre el frontón de la entrada, había una bellísima Virgen de la Misericordia, con el manto extendido y una frase escrita debajo de la estatua –y que no pude leer porque todavía no sabía hacerlo.

Escalones de mármol, pasar por debajo de la Virgen, una pequeña puerta se abre y me encuentro en el interior. La hermana guardiana se llamaba Isolina, fue ella la que cerró la puerta detrás mío. Un salón inmenso en mármol; mármol en el piso, en las paredes. En frente, un cuadro de Cristo sosteniendo el mundo en la mano derecha. ¡Qué curiosidad! Algo en mi interior me tiraba hacia atrás, como una pena: «¿Y dónde está mi abuelita?» «¡Sáquenme de aquí pronto!»

Nos reunieron a mí y otras treinta niñas de mi edad en el inmenso patio en el cual fueron apareciendo otros grupos diferenciados según el nivel escolar. Nosotras seríamos llamadas desde ese día: «Las niñitas de primero inferior.»

Atravesamos un patio en fila, más que india, zigzagueando. Cada una temblando a su ritmo interior. Entramos en una aula: primera fila, primer grupo de bancos dobles, al fondo del aula, a la derecha. La hermana Corina era una cosa redondita con ojos; cuya mirada no pude definir porque tenía miedo. Para mi sorpresa estábamos cada una parada al lado de un banco, y debíamos repetir una oración y otra vez, sobre el muro, arriba del pizarrón negro, había un cuadro de Jesús sosteniendo el mundo con la mano derecha.

La primera oración de mi vida fue en francés: «Sacré Cœur de Jésus, j'ai confiance en toi.» ¿Por qué en francés? Volví a mirar el cuadro de Jesús y comprendí que si sostenía el mundo debía hablar todos los idiomas, además percibí en esa segunda mirada otro detalle: su corazón visible.

En este momento tengo una duda: ¿Jesús sostenía el mundo con la mano derecha o con la mano izquierda? Algo se me confunde; tengo la impresión de que con la mano derecha hacía un gesto de bendición. En fin, diferentes concepciones de un mismo Jesús.

Llevábamos cada una un cuadernito, un lápiz, una goma, una cartuchera, un pañuelito de mano y un sacapuntas. Aprendimos a leer mamá: m-a = ma, m-á = má: mamá. Al final del primer día de clase yo había llenado la primera hoja del cuaderno de palotes y la segunda de m-i = mi, m-a = ma, m-á = má, m-e = me, a-ma = ama: mi mamá me ama.

Hubo recreos; sonaba el timbre y a la tercera vez que uno lo escuchaba se volvía como el perro de Pavlov y empezaba a segregarse hormonas de libertad: «Recreo.»

Gran ambiente: allí descubrí que había muchas niñas que se conocían entre sí, y cuyas madres eran amigas; éste no era mi caso, primer acto de segregación.

Hubo tres niñas que habrían de jugar un papel decisivo hasta mi adolescencia, y hasta mucho más tarde; pronto me di cuenta de que eran amigas y las consideré como a las tres Marías: María Rosa, María Bertha y María Julia. Estaban siempre juntas, eran un poco más altas que las otras y mucho más osadas. Vivirían sin duda el colegio como otra situación más de sus vidas.

Recuerdo los vidrios enormes que daban sobre el vacío, sobre la libertad; eran vidrios arrugados, o por lo menos así los veía yo. El primer tiempo de mi vida escolar no fue triste, porque la curiosidad superaba la lejanía de casa; pero a medida que la experiencia se repetía y que yo me veía yendo todos los días al colegio y haciendo todos los días lo mismo, lo que en principio parecía una aventura, se volvió una constante y me puse triste.

Cuando llegaba a casa todavía arrastraba la pena. Las horas de sol, el medio día y los jardines ya no los podía ver. Tampoco podía ver mi caballito, ni mi oso, ni mis muñecas. Por otra parte, vino el invierno y la noche caía más temprano, por lo cual el día se volvió importante para mí mientras que

la noche estaba ligada a la obligación de dormir, para despertarse temprano en la mañana. ¡En esa época había clase hasta los días sábados!

Parece que adelgace mucho ése primer año, y que lloraba porque los domingos me indigestaba. A causa de ése primer año y de mis estados de ánimo, mi abuela comenzó a darme «sal inglesa» dos veces por año: una vez a comienzos del otoño, y otra a comienzos de la primavera; creando con ello una relación prematura entre estado de ánimo negativo y analidad. En esa época el psicoanálisis no estaba muy avanzado, o por lo menos, en casa, donde una niña sólo podía estar triste porque sus intestinos funcionaban mal y punto. De todas maneras ¡Bendita sea la sal inglesa! porque para la mencionada ceremonia yo debía faltar a clase dos veces por año. Se esperaba de mí que al día siguiente de la famosa purga, me levantara de excelente humor, dinámica y con mejor letra. Pero eso no ocurrió nunca, cosa que llevó a mi querida abuela a preguntarse si yo tenía problemas de vista.

Fuimos al oftalmólogo, no era el caso, pero de todos modos me pasaron en la primera fila, primer banco, frente al escritorio de la hermana Corina. Mi estado de ánimo cambió porque siendo curiosa y un poco inteligente y no teniendo ya la espalda de mi compañera delante mío –lo que me permitía esconderme de la maestra y de todo– para sumergirme en mi interioridad, me volví dinámica y trabajadora. Dejé de levantar la mano para pedir permiso para ir al baño, cosa que antes hacía con mucha frecuencia para poder hablarme a mí misma de mi trágica existencia mientras vagabundeaba por los patios y corredores plenos de sabor a libertad y pecado.

AÑOS DE HISTORIA

Como una bomba resuena en el corazón del mundo el rearme alemán de año 1937. Son los tiempos de la pre-guerra, de la intuición de una catástrofe. Una cierta angustia se desataba cada mañana frente al diario que pasaba por debajo de la puerta. ¿Por qué se denunciaba entonces y no antes el tratado de Versalles, si al fin y al cabo la guerra había concluído en el año 1918? Había algo del orden de la conflagración que no impedía, sin embargo, que Lila se fascinara leyendo la coronación de Jorge VI de Inglaterra. Ella se quedó sobre la testa coronada, mientras Jorge tiritaba de miedo frente a la guerra; a una nueva y posible guerra que lo arrasaría todo; incluso los pequeños pueblos de Italia del norte, tal vez hasta los archivos de las parroquias en los cuales, durante siglos fueran registrados nuestros mayores.

1937 fue sólo un pasaje hacia 1938, hacia la invasión alemana de Austria. En medio de ese fúnebre panorama, dos suicidios enlutaron a Argentina: el de Leopoldo Lugones y el de Alfonsina Storni. La niña no fue acunada por las cadencias literarias del primero; pero Alfonsina le entró en las tripas antes de que aprendiera a decir «yo». Más de cincuenta años después, las imágenes de Alfonsina estarían en todas partes dando sentido a la vida, explicando verdades candentes y siempre llenas de significación. Ella descubriría tempranamente que en realidad hay un cementerio que mira al mar —como en el poema— lindante con el vivero dunícola de Miramar, provincia de Buenos Aires, y en el que los adolescentes descubren el sexo, las familias hacen asados y los solitarios lloran mirando al mar.

La vida y la muerte están unidas y separadas por un mismo muro pequeño, de no más de dos metros de altura. ¡Ah, el mar de Alfonsina! Es allí que transcurre su vida, tal como la de la niña. Para las dos él es el mito referencial. Las imágenes de belleza, vida y destrucción quedarán quemando para siempre, vivas e inagotables de sentido. Alfonsina tenía cáncer. Había anunciado a su hijo, el día anterior, que entraría lentamente en el mar y que no fueran a buscarla.

La niña había aprendido mal el poema de Alfonsina. Tanta había sido su identificación con ella que se había permitido cambiar ciertos detalles, acercando aún más a su vivencia interior, casi dolorosa de tan fuerte, la composición. La siguiente era su versión:

*Quisiera esta tarde divina de octubre
pasear por la orilla lejana del mar.
Que las anchas olas, las grandes rocas,
y los cielos puros
me vieran pasar.*

*Ser alta, perfecta, quisiera
como una romana
para concordar
con las anchas olas,
las grandes rocas
y los cielos puros que ciñen el mar.*

*Pensar que pudieran las frágiles barcas
hundirse en las aguas
y no regresar.
Ver como devoran las aves rapaces
los peces pequeños
y no suspirar.*

*Ver que se adelanta, la garganta libre,
el hombre más bello
y no desear amar.
Y, figura erguida entre cielo y playa,
sentirme el olvido
perenne del mar.*

Sí, la niña, ya mujer, imaginaría la estatua que mandaría a tallar y colocar sobre la tumba familiar. Una estatua que fuera un hito de referencia para todo aquél que buscara el cementerio que mira al mar. Había concebido hasta el cansancio un hombre y una mujer como dos pétalos enfrentados de una flor de tulipán, tomando entre ellos de la mano dos niños de cada lado, niños como otros tantos pétalos de la corola de la flor, trazando entre todos, así, un círculo. La flor emergería de un solo y mismo tallo, fuerte y sólido como una columna romana.

Algo extraño pasaría con ella que la uniría a Alfonsina, porque en esa playa nunca amó. Tal vez haya sido amada. Esa playa ardiente fue la imagen de una pasión sensual y sexual insatisfecha, por un exceso de idealización de la pareja. Ella buscaba un hombre sin aristas, ¿pero quién no las tiene? Sí, naturalmente no hubo ese hombre perfecto y ella prefirió exultarse en la gloria de la maternidad. Ningún hombre podría estar a la altura de su sueño. Alfonsina amaba, según dicen, a Horacio Quiroga. Los dos se suicidaron en ese año treinta y ocho. El en Buenos Aires, ella en Mar del Plata. Tal vez hayan elegido partir juntos hacia el infierno, a compartir las llamas que no existieron en sus muertes frías.

Alfonsina decía verdades y la niña evocaría con tristeza, desde su torre de marfil, mirando al mar y sin hombre, las imágenes de alguno de los poemas de Alfonsina, como ese que decía: «Nosotras, las intelectuales, hacemos los hombres; y después vienen las otras y se los llevan.»

Cuando el nieto de Lila y Jorge murió, su madre –la pobre niña– fue sola a hablarle junto al mar. Su sentir pasaba de la rabia al amor, al odio, a la pregunta tiránica: «¿Por qué te fuiste sin pedirme permiso?» o a la afirmación tierna: «Yo no te había autorizado.»

¡Esa playa!, ¡ese mar!... Baudelaire compara al hombre con el mar, por esa pasión que tienen ambos por «le carnage et la mort».

Dos años después, hecho el duelo –¡si un tal duelo puede un día concluirse!– descubriría frente a ese mismo mar, que había perdido a su amante. Pero entonces llegó una canción a la misa de los domingos de San Andrés, que la abrió hacia una nueva comprensión de la pasión, eterna y esencial:

*Señor, me has mirado a los ojos,
sonriendo,
has dicho mi nombre
en la arena,
he dejado mi barca
junto a ti
hallaré otro mar.*

* * *

Leopoldo Lugones era campo, nostalgia y lejanía; era el acontecimiento no comprendido. Si los grandes temían y presentían la guerra, la niña presentía la muerte; la muerte como un viaje hacia las estrellas pero sin regreso.

En 1939, los miedos de la noche se agudizaron. El cielo negro y la luna a través de los cristales del jardín de invierno creaban sombras y fantasmas.

Algo ocurría a nivel de la piel, y las tripas se estrujaban mientras Hitler invadía Polonia y se desencadenaba la segunda guerra mundial. En España cayó Valencia y se terminó la guerra civil.

El abuelo dejó de luchar. Murió el mismo año que su amado Pío XI. No sé si alcanzó, ese 31 de julio, a ver desde su envoltura carnal la partida de Pío XI y la consagración de Pío XII como nuevo papa. De todas maneras, es seguro que el hecho aconteció en el trayecto de pasaje entre las dos naturalezas. Lila perdió el oído: una historia que jamás podría comprenderse. La niña también se quedó sola y aprendió a esconderse en el interior de los armarios, entre la ropa. El olor a naftalina y a manzana le bastaban para sentirse acariciada por algo que no fueran los otros; los otros diferentes al abuelo; gentes ensimismadas, enfrascadas en sus mundos de reflexiones y de división del patrimonio. Los años siguientes encontraron a la familia fundida en una sordera generalizada. Los ecos de la guerra extendiéndose a pesar de la firma de armisticios entre Londres y Francia con Italia y el Reich, no dejaban de penetrar por las ventanas del jardín de invierno. Después de la muerte del abuelo, el radio y la música se enmudecieron en la casa de Iberá, por lo menos durante nueve meses.

En los años cuarenta Trotski fue asesinado. En 1941 Japón atacó Pearl Harbour, Alemania invadió Rusia y en Argentina empezó la presidencia de Castillo.

En 1942 fue ocupada Francia. En 1943 –en el mes de julio– nacieron quintillizos en Argentina. Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron en Teherán y en diciembre cayó el fascismo en Italia. Fue en ese año que ocurrió el derrocamiento de Castillo, dando lugar al milagro del día sin colegio.

No fueron años de silencio. Si bien una parte de ella acompañaba la sordera de su madre, otra se abría a la escucha del nuevo mundo, lleno de enormes y fantaseadas monjas negras.

En el colegio de Nuestra Señora de la Misericordia había una magnolia gigantesca que subía hasta el tercer piso. Este árbol le provocaba unas inmensas ganas de huir; ganas que sólo se concretarían a los 16 años cuando una hermana irlandesa, profesora de inglés y cuyo nombre olvidó muy pronto, la dejó en penitencia en el aula-jaula de vidrios rojos. Nunca supo discernir si el hecho ocurrió realmente o si fue tan fuertemente imaginado que tuvo valor de acto. Creería siempre haberse escapado por la ventana del aula-jaula y haber descendido rama tras rama hasta abajo, por la magnolia. Sentiría incluso en su piel el roce de las hojas de achiras que acariciaron sus brazos y sus piernas, al llegar al suelo. Fueron las flores rojas de esa planta las que la recibirían en su descenso hacia el paraíso. La cuestión fue más simple: usó la magnolia para bajar hasta el segundo piso, siempre saliendo y entrando por las ventanas hasta llegar a la planta baja, para ganar, en un descuido de la hermana Isolina, la portera, su maravillosa libertad.

Tal vez no fueran las hojas de achiras las que recreaban el placer sobre la memoria de su piel, sino el roce de las alas de cuervo del hábito negro de la hermana portera en el sublime momento antes de escapar. Para el caso es lo mismo. Con o sin magnolia, fue todo un acontecimiento desde el primer día de encierro en el colegio, aliviado solamente por la presencia del cuadro del Buen Jesús.

Durante esos primeros años lo más importante no era finalizar un cuaderno sino empezarlo. En las dos últimas hojas la atención parecía diluirse, pues ya soñaba con las tapas nuevas y las hojas brillantes del próximo. La letra se tornaba difícil de leer para los otros; no para ella, que siempre parecía saber lo que quería decir. Aprendió religión; la capilla era bellísima y la Virgen de la Misericordia tenía un manto azul que cubría a todo el mundo. La misa era a las siete, el manto de la Virgen era tan espeso y acogedor que ella se adormecía, aunque seguía escuchando las oraciones en latín y percibiendo a través de los párpados cerrados los cirios encendidos y, como en un cuento de hadas de oriente, el olor del incienso.

El colegio estaba constituido por una inmensa cantidad de aulas-jaulas, en las cuales se enseñaban cosas diversas, algunas de ellas de poco interés. Los números la apasionaban. Uno no podía equivocarse con los números: se los colocaba uno arriba, otro abajo, otro más abajo, otro más abajo; se ponía una raya y a la izquierda la palabra «total»; y de una diversidad se llegaba a una cifra que representaba para ella la historia de la multiplicación de los panes. La resta fue otra cosa, porque uno siempre salía teniendo menos. La multiplicación la fascinaba, por ese algo del orden del misterio; y los números fraccionarios eran fuente de tormentos porque en tercer grado la hermana Delia dividió una torta en tres, lo cual le causó tanta pena que en el tiempo y por la vida siempre los fraccionarios la entristecerían.

La lectura fue su drama porque había que leer en voz alta y ella no reconocía exactamente los

sonidos que emitía. Las palabras formuladas en su interior eran redondas y cálidas; cuando salían volvían a sus oídos puntiagudas y metálicas. ¿Qué placer sentían las adoradas monjas negras en obligarla a leer? Allí comienza la sensación de detestamiento, se sentía abandonada. ¿No había una autoridad más fuerte que la maestra para que les ordenara? «¡Déjenla en paz!»

En cuarto grado, hacia el fin del año –después del milagro del presidente Castillo– las cosas comenzaron a mejorar. La hermana Lucía, profesora de historia, pero con vocación literaria, las hacía redactar por escrito las lecciones. Entonces sí el mundo era suyo; todo enemigo interno o externo era sistemáticamente aniquilado. Nunca olvidaría cuánto había amado Cleopatra a Marco Antonio, ni cómo había obliterado la historia de la reina y el famoso «áspid» guardado en la canasta para suicidarse; haciendo que el reptil muriera de rabia, fulminado en el momento de atacar, por la mirada de la reina. La hermana Lucía no estaba muy de acuerdo con esos cambios de los hechos históricos; pero con una pizca de inteligencia del corazón, comprendió en ese lejano 1943, el sentido de los modelos alternativos en ciencias políticas.

Los argumentos de la niña no eran tan absurdos. Para defender sus causas le preguntaba a la hermana Lucía: ¿Usted estaba allí para afirmar lo que dicen los libros? Y la hermana Lucía trataba de defenderse, argumentado que aunque ella no estaba allí, Herodoto, el historiador, decía que... Pero el discurso no resultaba convincente. En realidad, Herodoto había visto una parte de las cosas, pero mucho de lo que dijo era repetición de lo que otros habían dicho ya.

El problema se volvió metafísico para la hermana Lucía, quien sin respuesta acudió a la hermana Carmen, profesora de filosofía. La discusión con la niña tuvo lugar en el despacho de la directora; la hermana Carmen no podía esgrimir argumentos mayores frente a una niña de 10 años; así que decidieron dejar la discusión en el punto en que cada una quedó con nuevas inquietudes.

EN EL COLEGIO

Arboles, María, pájaros, invierno, fuego, café, leche, radio, tarde, abuela, tejido, novela, cuento, noche, rosa, sueño, sensación, mañana, despertar, colegio, tristeza, ómnibus, ventanilla, tristeza, cielo gris, llegada, colegio, rejas, piano, solfeo, tristeza, oración, capilla, lujo, somnolencia, delantal blanco, tinta, mancha, penitencia, recreo.

Tenía razones para detestar el maldito colegio. No podía hablar con las manos adelante, sino recitar las lecciones con ellas cruzadas en la espalda; en el sentido opuesto al de orar. Sí, porque las manos desaparecían hacia atrás y la voz se perdía en el cerebro buscando imágenes para después salir por la nariz. El mentón se hundía contra el pecho pero sin humildad.

* * *

Hubo un recreo imborrable en el que María Cristina D... y yo nos quedamos en el aula de clase. Teníamos 6 años y estábamos en primer grado. Yo, como siempre, dibujaba y hablaba sola, porque los niños hablan solos, como los grandes, para consolarse mientras la imaginación teje cuentos, tal como las abuelas chalecos. Entonces vi a María Cristina tomar la lapicera de oro de Chiche, la hija de un aceitero rico. Sonó el timbre y salimos a formar, yo antes que ella para evitar pelotones bajo el cuadro del pobre Cristo en el gran patio, donde las filas se formaban rápidamente para entrar.

Sacamos los libros de lectura, había un OSO = O-S-O = OSO = O-SO; el dibujo mostraba una bellísima bestia dorada, con bigotes alegres y nariz negra, y pelos por todos lados. Se parecía, curiosamente, a mi osito de peluche, el que me llevara papá en vacaciones a Miramar. Los gritos y los llantos me llegaron suspendiendo la contemplación. Era mi compañera de banco, Chiche que lloraba, porque no encontraba su pluma de oro.

La hermana revisó los bancos uno por uno, así como las cajoneras. La lapicera de oro estaba en la mía. No hubiera podido denunciar ni culpar a María Cristina, pero nunca pude deshacerme del horror de la culpa que cayó sobre mí, ese día, a los 6 años. Ese día podrían decir todos que no pasó nada a excepción de ciertas lágrimas de sorpresa, si es que las hubo, aunque no creo, porque la sorpresa va siempre más allá del dolor.

Cincuenta años más tarde todavía recuerdo y sufro, con ciertas posiciones exageradas de la vida, la burda cicatriz formada a partir de la herida.

LA REVOLUCIÓN DEL 43

Me desperté como todas las mañanas, sin ganas de despertarme. Las lámparas rosa en ópalo, las paredes en seda verde, con flores y hojas. Sentía la dificultad de despertarme completamente. Mi abuela se desplazaba en el cuarto, creando en mí la sensación de que el mundo existía; que existía la acción y que yo podía entrar en ella. Apaciblemente, trataba de retener algunos minutos la sensación de paz, de no estar implicada.

Entonces venía mi madre y me ponía los zoquetes. Había que ir al colegio. Al ponerme de pie todo cambiaba: todo era vertical u horizontal. No habían cosas redondas ni movimientos suaves. Desaparecía el seno maternal. Yo no quería aceptar la estridencia del exterior.

Sabía que era una niña vieja; que estas emociones no son las de todos los niños. Porque nací vieja y guardé la niña dentro para que no la lastimaran; para sacarla a la vida, libremente, cada vez que las condiciones climáticas y psicológicas del ambiente de los adultos que me rodeaban, lo permitían.

Mientras tomaba el desayuno –sin gustarlo casi, pero con hambre– en la gran cocina de familia, de hierro, enorme, ya se estaba preparando el caldo tradicional; el puchero de las familias grandes. Sentía el perfume de las verduras. Miraba a mi gobernanta y me preguntaba por qué ella era mi verdadero amor. Yo no hablaba. No hablaba, porque nunca hablo. Me gusta más observar que hablar.

¡Cuánto me costaba dejar la casa! En cinco minutos iba a sonar la bocina del ómnibus del colegio. Alguien encendía el radio. Una radio de los años cuarenta, grande y absolutamente fantasmática para mí. La radio era: la emoción de las novelas trágicas –como *El rosal de las ruinas*–, el estallido de la guerra mundial y la voz de Juan José Míguez, profunda, estremecedora, paternal. Mi abuela tejía, en las tardes, en el jardín de invierno cerca de ese radio. Peter Fox lo sabía: mi encuentro con el detective, en fin que aún hoy lo que más amo es quedarme en casa.

Al sonar la bocina yo salía corriendo: atravesaba la casa por la sala de música y el consultorio de mi padre; salía a la calle y subía al autobús que era azul y el conductor se llamaba Fano. El fue mi compañero y mi verdugo, desde los 5 hasta los 18 años. Porque no quise nunca el colegio. Amaba mi casa donde miraba vivir a los adultos. Fui un testigo –pero no un testigo infeliz por estar sola y sin hermanos– sino un testigo que tenía una larga vida, que tenía más capacidad para comprender que los adultos. Los veía debatirse en sus propios problemas internos, en sus luchas de poder. Comprendí rápidamente el sentido de apoyar al más frágil. Pero a mi niña interior la guardé muy bien. Ella no podía ser sino mi carta de triunfo. Y cincuenta años más tarde comprendo la fuerza incomparable de una historia de autenticidad.

Interpreté todos los papeles, acompañé a cada uno en su camino hasta el fin. Pero siempre tuve el instante para jugar a las muñecas, a los héroes, a los conquistadores. El niño es una entidad suprema; un arquetipo, una totalidad en situación de sorpresa, frente a un misterio a descubrir. Yo era el beduino del desierto, que acostaba su camello para no ser castigado por el simún o estaba sola, subida en un sillón del salón, cuyo respaldo era el camello; mi camello. Y vivía secretamente todas mis aventuras enfrente de unos adultos encerrados en sus propios problemas. Yo era la *Princesa de Aladino*, *Piel de asno* y *Lawrence de Arabia*.

Otro sillón constituía el bote en el cual me embarcaba cuando estaba cercada por los tiburones en un río de África. Y a palos de remo me defendía. Cuando llovía, en el jardín de la casa, cerca del pabellón de la servidumbre, mientras todos estaban adentro, me lanzaba bajo la lluvia, atravesando Rusia a caballo. Era una mezcla de angustia y gozo el ver las dos casas, al mismo tiempo. Hubiera querido vivir en el pabellón de servicio. El cuarto de mi gobernanta es el que más amé. En ese cuarto era la propietaria de un inmenso dominio. Nadie podía invadir mi territorio. Y la niña salía alegremente a vivir, estremecida de esa energía primordial que sin razonar comprendía.

La casa grande me obligaba a sentir cosas en el pecho que no me satisfacían; pero que sabía que tenía que aceptar: abuelito que ya no estaba, las inmensas bibliotecas que ya nadie leía, el armario con la cítara, los violines, el violoncelo y los demás instrumentos...

Me sorprende cómo todo pudo guardarse tanto tiempo, y cómo todo pudo destruirse tan rápidamente. Porque a esa casa llegaron los bárbaros destruyendo siglos de cultura. Yo hubiera podido ser el papa que detuvo a Atila. Pero Atila medía en mi caso un metro ochenta, y yo era demasiado pequeña. Tal vez fue entonces que descubrí que no era todopoderosa. Pero siempre me dije: «Si hoy no los eres, mañana puedes serlo y guardaba mi niña bien adentro, y la dejaba jugar a las muñecas, a los héroes y a los conquistadores.»

Pero como siempre, «el colegio»: ley, sociedad, socialización. Enfundada en un uniforme gris-azul, medias negras, sombrero azul, zapatos negros, guantes blancos, ¡delantal blanco impecable! jugaba, durante el trayecto, a la libertad. Mirando la calle a través de la ventana, todo me atraía magníficamente. Y eso me permitía resignarme a estar sentada en un banco de la escuela.

Uno no puede esperar milagros; pero una vez que ocurre uno se los considera como algo natural. Se había declarado la revolución, el 4 de junio de 1943 derrocando al entonces presidente radical personalista Castillo. Entramos en el colegio y sin más, salimos. Los tanques del regimiento primero de infantería avanzaban hacia el norte y otros que venían de campo de Mayo se dirigían hacia el sur. Es decir, que nos mandaban a casa. Jamás fui tan feliz. ¡Era el milagro!

El presidente Castillo, quien había asumido el poder un año antes, se vio obligado a huir hacia el Uruguay, pero la nave en que viajaba fue devuelta y tuvo que firmar su renuncia. El movimiento fue consecuencia de la crisis político-económica de la Argentina: Estados Unidos entró a participar en la segunda guerra mundial y en ese año, Argentina era el único país americano que sostenía, todavía, relaciones con los países del eje.

Subida en la pared del antejardín, agarrada a los barrotes, con todo mi uniforme veía pasar los tanques. Esto ocurrió en Buenos Aires. Yo vivía en la calle Iberá en los números 2473 y 2465, a pocos metros de la avenida Cabildo al 3000. Los tanques pasaban, y, durante toda mi vida, cada vez que veo un tanque me representa la libertad y no la guerra. Hacía ciertamente frío, pero la niña se divirtió mucho subida en la pared, contemplando cosas que ni tan sólo hubiera podido imaginar. Aún veo las hojas del fin del otoño del año cuarenta y tres y a la izquierda los tanques que pasan. Cuando bajo la vista, tengo las hojas a mis pies, y, a pesar del ruido de los tanques, puedo escuchar el viento y el murmullo que hacen al caer. ¡Qué maravilla, soy libre!

HISTORIAS EN LA HISTORIA (1944-1947)

Tal vez fuera importante pensar que en 1944 Argentina rompió relaciones con el eje; pero esta situación, y al final de la guerra tenía ciertas tonalidades de comedia. El 31 de enero de 1944 en el cine AC., en los noticieros de la Ufa, que la niña iba a ver con su padre, reapareció Hitler por última vez en un discurso. En Europa los aliados habían recuperado Bruselas, Bucarest, Sebastopol, París y Atenas. Pero para el clima interior de la casa de Iberá, la noticia más importante fue el robo del «*Berger de Lavacour*» de Monet en el museo de Bellas Artes.

El 20 de septiembre de 1944 un gran ciclón se abatió sobre Buenos Aires. Por los vitrales del jardín de invierno, que temblaron hasta romperse en varias partes, entró una maléfica luz blanca y en ese momento un ruido devastador acompañó la caída del techo del comedor. Por todos lados había yeso blanco, como nieve caída sobre un cementerio. En el aire quedaron extendidas nubes de polvo, de olvido, de desolación. No había luz y la abuela se puso de pie desfavorida, con su camisón blanco. La niña la seguía muy de cerca. El espectáculo era apocalíptico, y sólo las luces del cielo embravecido iluminaban la figura blanca y fantasmagórica de la abuela Emma; ella no se recuperaría nunca. Su larga agonía y decadencia física tuvieron como origen esa noche sin alma, transitada por la furia de un cielo sin piedad.

Hubo otras tormentas, como la del 15 de diciembre de 1948, pero la abuela ya no estaría para verlas. Los padres de la niña continuaban viajando mucho; ella se quedaba sola, como siempre con la abuela y María. Lila y Jorge parecían escapar de una próxima responsabilidad que les sobrevendría tras la muerte de la abuela: cargar con esa niña producto de oraciones, sin haber sabido nunca si realmente la habían deseado.

Durante la ausencia de los padres hubo una visita: la del tío Fernando, que vivía en la provincia de Chubut, donde era juez y depositario de la fe ancestral. Una noche, en el jardín de invierno, hablaba con la abuela, como si hablara solo; o a la inversa, hablaba solo como si hablara con la abuela, su madre, quien se encontraba sentada en un sillón. Ella se preparaba ya para aceptar su muerte, que sólo llegaría en 1948, como solución para olvidar desilusiones y alcanzar ese otro mundo en el cual no creía verdaderamente mucho; pero que consideraba como la única alternativa posible de reencuentro con el hombre que había amado.

La niña no hablaba; se limitaba a escuchar, a mirar a Fernando que daba vueltas y vueltas como una pantera, convirtiendo el jardín de invierno en un laberinto de emociones expresadas a medias, pero siempre trágicas. La niña aprendió a tener miedo. Fernando hablaba de muerte, de ocaso, de frustración, del sol sobre el mar que se perdía. Esa visita la marcó mucho, porque además sentía que la abuela estaba contra Fernando; actuaba como si su hijo estuviera perdido ya, y no era así. Fernando simplemente había sido absorbido por la familia de su mujer. Tal vez la abuela prefería a su hijo mayor, que, en todos los casos, tuvo una vida más feliz aunque quizás más irresponsable.

Fernando se consideraba sepultado por su función en la Patagonia estando vivo, con su mujer y dos hijos, comiendo corderos capones y teniendo a los 37 años una crisis cardíaca.

La niña empezó a tener miedo y a hacerse preguntas. Ella evocaría muchos años después los dibujos de los mosaicos en el piso del jardín de invierno. Era mirando esas figuras geométricas, compuestas de blancos y negros, que escapaba a la incertidumbre y a la angustia de ver la mirada de los adultos, a quienes sentía caer vencidos en el camino, por el peso de una realidad existencial que les usurpaba, lenta progresiva pero seguramente, la razón.

Por suerte para ella, tío Edmundo y tía Haidé llegaban todos los miércoles a la noche, creando espacios de alegría, de orden, de juego. Haidé y la cocina, Jorge ayudándole; las ensaladas eran más verdes, la carne mejor preparada, y ni que decir de los duraznos con Chantilly; porque la presencia de Haidé creaba siempre una mágica complicidad de la que todos se sentían partícipes. Lámparas rojas, sillones rojos y una velada plena de imágenes en la sala de música. Haidé cantaba con una voz

bien timbrada y serena *Linda provincianita* y la niña aprendía a soñar. Mirando a los grandes tocar y cantar, su imaginación la llevaba más allá de las puertas, más allá de las ventanas y de las calles de Buenos Aires, hacia patios y callejas provincianas. En el aire ebrio de perfumes, la linda provincianita tenía para ella enaguas blancas y abundantes, planchadas con almidón; un vestido rojo y dos trenzas negras y gruesas. Para esa época accedió a otra dimensión en sus juegos de viajera; ya no luchaba, en los mares procelosos, contra los tiburones; sino que imaginaba patios con olor a diamelas y a la «Pulpera de Santa Lucía», a quien cantó el payador mazorquero aunque se la llevó el unitario del general Lavalle cuando el año cuarenta moría. Otro personaje de sus nuevos viajes fue la mazorquera.

*Cumplió quince años la mazorquera
del año rojo de la ciudad.*

15 años; primavera, octubre... ¿Cómo sería tener 15 años? Habría que esperar largos años que aunque hoy no le parecen tantos en esos tiempos eran largos, porque cada día tenía setenta y dos horas, y los años, por lo tanto, se volvían cráteres inmensos que ella no podía atravesar porque sería tragada, devorada.

1945 fue un año de luto y silencio. Después el tiempo pasó muy rápidamente, devorando a la niña en una adolescencia sin gloria ni alegría. Fue un año de muchas muertes, de mucha destrucción. Roosevelt murió en abril, Hitler se suicidó en mayo, y, el 6 de agosto la bomba atómica cayó sobre Hiroshima. ¡Sin comentarios! Fue un año de muertes en el cual sólo hubo una resurrección; un dato positivo en medio de tanta catástrofe: el 14 de agosto, ocho días después de Hiroshima, la guerra mundial quedó definitiva y oficialmente terminada; y los beligerantes – vencedores o vencidos– frente a la responsabilidad de una reconstrucción silenciosa y penosa.

En el año cuarenta y seis Perón ganó las elecciones. La Argentina estaba frente a una esperanza de renovación. Pero lo más importante fueron los ecos de la historia mundial. De Gaulle renunció en Francia, y las monstruosidades resonaban profundamente en la adolescente. Había mucha muerte, mucha profanación. El niño muere cuando su inocencia es profanada; y la cultura cuando los cementerios son profanados. En ese año robaron el cadáver de Mussolini de la fosa común donde yacía.

Fue también el año del juicio de Nuremberg y de los nazis condenados a la horca. En Argentina las cosas ocurrían bien, aunque era evidente que faltaba planificación; porque si bien los ferrocarriles dejaron de ser británicos para ser argentinos, el déficit que ellos crearían, resultaría más duro que la presencia del extranjero buen administrador.

En 1947 Isabel de Inglaterra se casa; y en Argentina se da lo que el abuelo tanto había deseado: se implanta la enseñanza religiosa en las escuelas y las mujeres adquieren el derecho al voto.

UNA MUJER Y SU ANGUSTIA (I)

Avenue Malakoff. Commandant-Marchand. Porte Maillot: 21 de enero de 1992. Yo la evoqué ahí. Volvió a mí sin ninguna referencia a éste nuestro tiempo de invierno. Pero sí, porte Maillot, recuerdo, luz amarilla en el primer piso de un edificio en la esquina del SERCH. Sin darme cuenta estaba pensando en francés; escribiendo en español y viendo en argentino. Ella vino a mí como un perfume suspendido en el tiempo; sin ninguna relación con mi realidad. O tal vez quiero ignorar su relación con mi realidad de hoy. Tal vez porque en el tiempo de mi historia, cuando nos conocimos en donde Gertrudis V... L..., ella tenía la misma edad que yo tengo ahora. Compartimos un tiempo, pero nada más. Estoy segura de que estará recordándome en alguna parte, tal como yo la recuerdo ahora. Ella sintiéndose tal vez bien, al saber que su testigo está muy lejos y es irreprochablemente silencioso.

Era una mujer linda, con una parte de misterio. Misterio que tratamos de elucidar durante muchas horas de amistad, durante largos años. Alta, elegante; el pelo rubio, escaso único punto débil de su persona. Nuestra relación comenzó en Buenos Aires, Argentina. Algunos años después hicimos un largo viaje juntas por el mundo, un crucero a Grecia, un tiempo en Venecia y otro en Zurich. Y después nos alejamos correctamente. Nuestro tiempo juntas se había terminado.

No hubo ni discusión ni ruptura, pero sí la intervención de terceros que invadieron el campo de esa relación creada por nosotras; espacio que, por otra parte, no hubiera podido existir porque éramos demasiado diferentes.

De origen belga, sólo podía hacer las cuentas en francés, el resto de las cosas las hacía en castellano; pero yo creo que pensaba en francés, porque como digo siempre, es una lengua neutra. La última vez que nos vimos fue en Buenos Aires, en su casa de la calle Agüero, frente a la Biblioteca nacional. Los ventanales estaban cerrados y los niños jugaban en la plaza Francia. Los veíamos moverse sin ruido.

Avenue Malakoff, París, invierno, lluvia y yo estoy con ella, contemplando imágenes; veo al hombre que pareció amarla y la condenó de por vida. Pero no para toda la vida, porque después de nuestra relación muchas cosas cambiaron para ella, hasta su domicilio; porque cuando la conocí vivía en Olivos a sólo cuatro cuadras de mi casa, en un edificio que miraba, como el mío, hacia la quinta presidencial de Olivos. También yo cambié.

Luces amarillas, esquina amarilla. ¿Quién es el hombre de la esquina amarilla? Alguien que sin duda ella describía con un traje gris, en franela. Viejo durante la juventud y joven al envejecer; porque había nacido viejo, los hombros encorvados, cargado de desilusión. Una tentativa de suicidio a los 25 años, tras una primera relación frustrada. ¡Lo pienso espantada: ella fascinada hablando con él, sin darse cuenta que él fue un devorador de su juventud! Traje de franela gris, cuarenta y siete, 48 años y ella sólo veinticinco. Nos conocimos en ese ambiente de Gertrudis V... L... en el cual todos los ruidos llegaban recatados, las voces se apagaban en el terciopelo, y yo tenía ganas de dormirme, como los domingos de ópera en el teatro Colón, cuando tenía 14 años. Ruidos tamizados, terciopelos, alhajas, pieles; y de golpe, a través de su mirada yo recuperé ese estado de curiosidad esencial que acompaña los descubrimientos. Un buen día me dijo: «Mi hija me ha hecho una pregunta tan pesada como una lápida: “¿Por qué continuás tu análisis, si lo hacés desde los 19 años?” Pregunta espantosa. No...no sé –le respondí– en realidad no es un tiempo de análisis en el sentido convencional sino de discusión. ¡Pregunta horrible! Los tiempos del análisis, le dije según mi propia experiencia, son tres: el momento de la mirada, el momento de la comprensión y el momento de la conclusión.» Pero, ¿se puede concluir definitivamente?

Así comenzó nuestra relación. Ella me dijo: «Yo sufro, es verdad, yo no llego a concluir algo que es del orden de la dependencia, la única modalidad de relación que conozco. Dependencia frustrante pero en la que todavía quiero creer como capaz de transportar verdades. Tengo la

impresión de que siempre es el otro quien tiene la verdad. ¿Contra qué debo luchar exactamente? me preguntó. ¿Debo hacerme cargo de mí misma? Yo creo haberlo hecho en parte; pero creo también ver en esta actitud que si yo dependo de los otros es para no hacer lo que verdaderamente me gusta: dirigir, organizar, crear.»

— ¿Pero por qué privilegiar la imagen de la dependencia con respecto a los otros? No hay solamente eso en las relaciones interpersonales, en mi opinión.

— Porque es el único tipo de relación en el cual soy verdaderamente yo. Y puesto que pago, tengo derecho a hablar de mí —y agregó con voz afirmativa— las relaciones humanas deben estar regidas, para mí, por contratos claros.

Esta idea me sorprendió. Elegante como ella era, con un rostro cincelado a la perfección y de mucha clase, se creó en mí una extraño fantasma de mi amiga. La sentí frágil, marginal. Eso contradecía la presencia social, mundana y también profesional que la caracterizaba. Había hecho una carrera fulgurante, y tenía una vida, en apariencia, sólida y ya terminada.

— ¿Qué pensás que debo responder a mi hija?, me preguntó.

— ¿Qué edad tiene tu hija?

— 30 años.

— ¿Y si le decís simplemente que seguís porque la verdad está siempre un paso más lejos de lo que hemos concluído y que nunca se la termina de conocer?

— Vos podés tener razón, pero ¡mi hija me desprecia! Anoche alcancé a balbucear algo sobre la dependencia y ella me contestó: “¡Falta de madurez!”

En ese momento sonó el teléfono, quebró el hechizo, suspendió la comunicación, pero volvió nuestro intercambio mucho más necesario y rico. Colgué y regresé.

— Mis análisis —replicó— sé muy bien, los comencé muy temprano. Los trastornos del crecimiento y una adolescencia particularmente difícil me impidieron establecer una verdadera transferencia. Me escapé del padre analista —porque mi primer analista fue un hombre— tal como doce años más tarde huí de la madre analista; y diez años después con un tercer analista, aunque tal vez hubo transferencia, ella fue con frecuencia horrible y a veces fascinante; la transferencia estuvo marcada de mi parte, por la censura respecto a todo posible pasaje al acto y al hecho esencial que yo buscaba en esa relación: que cada uno de nosotros cumpliera con su parte del contrato. Para él mi análisis fue una especie de sueño, de fantasía. El no cumplió su parte, fue más fuerte que su voluntad el deseo de penetrar el atrayente misterio que yo representaba.

— ¿Qué es lo que te hace decir que fue un sueño?, pregunté.

— Tengo la impresión de haber dado vida a un personaje soñado por él. Mi presencia le hacía imaginar horizontes desconocidos. Fue más bien él quien hizo un pedazo de camino analítico conmigo y no a la inversa. No sé... me convertí en una contadora de historias, en una cuenta cuentos. Fue él que dependió de mí... Así me quedé pegada a la imagen de relatora de cuentos. De todas maneras yo trataba de recuperar un padre perdido en algún momento de mi vida, y para hacerlo inventaba historias todo el tiempo. Yo sé porque me escapé, dada la ambigüedad de las relaciones establecidas, y el exceso de confianzas de su parte. El solía decirme: “Sos una mujer adorable que no se deja adorar”. Un sábado en la noche, en el mes de octubre, estando en París, vino a verme por un viaje programado a Uruguay. Ese día toda esperanza de solución se terminó; como también la posibilidad de comenzar una verdadera historia de amor.

— ¿Qué es lo que no comprendías en esa relación? Y yo pensé: ¿porqué no la seguiste?

— La primera cosa, haberla soñado, incluso si no la acepté nunca.

— ¿Qué significó él para ti, para aceptarlo como hombre en tus sueños y aún así haber partido súbitamente?

— Había mucho afecto de su parte, una ternura sin límites, de la cual me ha quedado la más terrible nostalgia. Veíamos caer la nieve a través de las ventanas de su casa en Gstaad, esquábamos, leíamos, jugábamos ajedrez. El tomó mi cuerpo como si yo tuviera la fragilidad de una flor. ¡Fue lindísimo! El soñaba casarse conmigo...

— ¿Y por qué esa relación no continuó?, pregunté.

— No era eso lo que yo venía a buscar. Esos largos viajes eran para buscar una respuesta, una solución y no una complicación. Pero te digo: evocando esto, vuelve a mi, mi primera historia con un hombre; pero no con un hombre como todos sino con mi analista...se llamaba Sebastián, fue mi marido, el padre de mis hijos y digo fue porque ya murió. En ese caso guardé el hombre más de quince años, pero muy rápidamente perdí el analista: Sebastián.

— ¿Qué te desilusionó del señor X...?

— El olor del miedo del otro a perderme, por dar lugar a una relación imposible, con veinte años de diferencia, tal como ocurrió con Sebastián. Con Sebastián hicimos una vida, tuvimos hijos; pero siempre para él, la diferencia de edad era una cosa trágica. Vivía acechándome, esperando ver en mis ojos una ausencia; como si deseara solamente comprobar su hipótesis fatalista, según la cual, un día yo debería partir con un hombre de mi edad.

— Pero esa era su hipótesis, no la tuya.

— No sé, lentamente comencé a preguntarme si en el mundo podían existir otros hombres; porque su discurso era siempre condenatorio, definitivo, monstruoso: “Un día te irás con alguien de tu edad, eres biológicamente más fuerte que yo”.

— ¿Cómo conociste a Sebastián?

— Tenía un novio con el que nos peleábamos constantemente; él era muy violento. Yo tenía 20 años y él 25 años. Cierta día me pegó una cachetada y me rompió los anteojos. Estábamos solos en casa de su madre, tuve miedo y me escape histéricamente, desmayándome. En fin, era invierno y como en todos los inviernos de Buenos Aires, las relaciones, la vida mundana está unida a una calefacción satisfactoria; son los hombros que están desnudos en la ropa de noche, las piernas enfundadas en medias muy finas para el té o el cocktail. No es como en el verano, en que hay otro tipo de delirio: los pies desnudos hundiéndose en la arena, los cuerpos bronceados, el mar que agita fantasmas y dan ganas de meterse a la sombra y acariciar la piel del otro...

— Pero ¿cómo apareció Sebastián en ese invierno de tu vida?, la interrumpí.

— Fue en una noche de gala en el hotel *Base naval* de Puerto Belgrano a algunos kilómetros de Bahía Blanca. Estábamos de viaje con mis padres. Yo, escapando de Gabriel, de su violencia, pero sintiéndome prisionera de su ausencia. Debo decirte que las parejas me han dado una impresión muy fuerte en la vida. En mi familia siempre hubo parejas que se miraban a los ojos; y, desde mi adolescencia, el mundo estuvo constituido solamente por hombres.

— Pero ¿no has tenido amigas mujeres?

— Tuve, sí. A los 17 años nos hicimos amigas con Mariana. Pusimos mucho la una en la otra. La presenté a un amigo de Gabriel y se casaron. Nuestra amistad terminó con ese matrimonio, porque ella ya no pudo guardar secretos.

— Me pregunto cómo podés hablarme a mí si soy mujer...

— Tal vez porque estás más allá de toda duda; o tal vez porque llegás en un momento de necesidad.

— Y ¿qué es lo que necesitás?

— Necesito alguien frente a quien pueda matar, destruir, violar, ofender; para poder finalmente, si aún es tiempo, amar sin ofender, sin destruir, sin violar y sin matar.

— ¿No tuviste amigos hombres?

— No. No es posible ser sincera con un hombre cuando una tiene poco pelo, y se está buscando siempre el ángulo desde el cual el problema se vea menos.

— ¿Cómo sentís tu pelo?

— Ralo, hirsuto; mi padre era calvo. Pero te estaba contando de esa noche: estaba en el primer piso, descendiendo la gran escalera que daba sobre la recepción. De pronto lo vi, vestido con su uniforme azul de parada, Capitán de navío, quitándose la capa y la gorra. Me quedé clavada en el descanso de la escalera y él se quedó fijo en el gesto de quitarse el abrigo. Fue un instante, nos vimos, y comprendimos que existíamos. No hubo oportunidad de conocernos esa noche, porque nadie nos presentó. Pero desde esa noche fui para él y, tal vez él para mí. Todo lo que podía ser mi historia desapareció. Cada vez que estiraba el brazo para tomar una copa, sentía sus ojos que desde

alguna parte me acariciaban. No llegamos a saber el uno el nombre del otro; pero esa fue nuestra noche inicial, la primera noche de nuestro amor.

— ¿Cómo lo volviste a ver? ¿Cómo supiste su nombre? ¿Cómo supo él el tuyo?

— Nos quedamos en Puerto Belgrano durante tres semanas, en el barrio de oficiales, en la casa de un amigo de mi padre. Me sentía mal.

— ¿Mal de qué?

— De tener que partir. Vivía suspendida en el recuerdo de esa noche y, al mismo tiempo, descubriendo que debía dejar a Gabriel.

— ¿Por qué?

— Porque una imagen me había hecho comprender que Gabriel era mucho menos de lo que yo había pensado para mí. Es más, tuve la convicción de que había dejado mi vida sin dejar ningún trazo. Un día fui a comprar una planta a un jardín, para dejarla como recuerdo en casa de nuestros amigos. Había un sendero estrecho y a cada lado de éste, tupidos rosales en plena floración. En el sendero no cabían más de dos personas; y de pronto entró y yo salí. Traje de franela gris, alto, enormes ojos negros. Nos reconocimos inmediatamente. El abotonó su saco en un gesto elegante y se inclinó hacia mí. El mundo cambió completamente. El partía al día siguiente para Buenos Aires y nos dimos cita para el 28 de febrero, casi dos meses después, en el jardín suizo de San Isidro. Mi metabolismo cambió, mi piel fue diferente. Al día siguiente me encontré con mis amigos en el hípico de la base naval de Puerto Belgrano. Me sentía poseedora de un secreto, cómplice del hombre, y primera mujer en la historia de la humanidad amando y siendo amada. De un segundo al otro, volverse inalcanzable, desbordar la Tierra. La sensibilidad afinada, las percepciones fuertes hasta el dolor físico; cada nota de música penetrando en una caverna y provocando ecos interminables...

— Pero ese 28 de febrero ¿llegó a existir?

— Sí. Recuerdo con culpabilidad haber salido de casa sin dar explicaciones a nadie; tener miedo de no poder llegar. No sabía nada de él; ni siquiera si estaba casado. El estaba ahí y yo también; no hubo ninguna dificultad. Tomamos Coca-Cola, hacía calor; en el jardín había mucha gente, pero de nuevo el milagro se produjo: estábamos solos en una isla desierta, primer hombre y primera mujer. Volviendo a casa, porque él me acompañó, mientras conducía su coche, me dijo: “Algún día te vas a ir con gente de tu edad, eres biológicamente más fuerte que yo”. Su afirmación me estremeció, porque otro rasgo atrayente en él era su condición de médico-analista. Los analistas siempre me habían parecido poseedores de verdades insondables.

— ¿Cómo pudo ser tan duro, si recién se conocían?

— ¡No! Nos habíamos conocido antes, tal vez siempre. Pero concretamente los tres últimos meses, sólo habíamos pensado el uno en el otro; y cuando hablamos concluimos una respuesta común y única que nuestra relación no podía sino ser la síntesis de nuestros caminos de reflexión solitaria.

— Y esa frase ¿no te dio miedo?

— Sí. Fue tan lapidaria como ésta vez la frase de mi hija. Pero yo tenía algo más de 20 años y la lápida cayó sobre mí, con el peso ligero de un pétalo de rosa en la palma abierta de una adolescente. Nos amamos un tiempo largo –más de dieciocho años– tuvimos dos hijos. Desde el principio sabíamos que íbamos a amarnos hasta el final; hasta su muerte o hasta la mía o hasta la muerte de los dos. Pero eso no evitó que nuestra vida fuera un delirio, un desgarramiento de celos, de ternura, de silencios largos. Cada hombre joven que aparecía representaba para él un enemigo. ¡Nuestra vida se convirtió en algo imposible! Cuando él partía unos pocos días, al regresar, su cuerpo se veía torturado y el mío también. Nada podía convencerlo de mi inocencia futura. En muchos momentos, pensé en crear un enemigo real para acabar con los delirios. Entonces me volví celosa. Su aristocracia, su porte, sus inmensos ojos negros; las mujeres de su edad que lo buscaban y lo provocaban. Siempre trajes grises o azules, perfume de cigarrillo mezclado con lociones de afeitar. Llegué a pensar que ninguna mujer podría resistírsele. Para reducir su angustia, él escribía o hacía estudios complementarios; porque nunca terminó de estudiar. Su primera experiencia trágica –con

intento de suicidio, por la traición de Blanca Romero— nunca se terminó y siempre volvía a filtrarse en nuestras vidas. El no pudo nunca destruirla ni matarla. La conoció siendo estudiante de medicina. El tenía 23 años y vivía en La Plata. Su padre era juez, tenía dos hermanos. Viajaba a la facultad de medicina de Buenos Aires y volvía en la noche. Una sospecha lo había comenzado a invadir con respecto a Blanca, y volvió un día a La Plata a las tres de la tarde. La encontró en casa de ella, abrazada a un compañero de estudios. En ese momento intentó suicidarse con gas. Su madre entró y rompió todos los vidrios. Su padre murió poco después. La relación entre sus padres había sido tan profunda y apasionada, que su madre deliró durante tres meses la presencia de su marido. Sebastián la acompañó a la montaña durante esos tres meses. Fue el mejor de los hijos de la Tierra. Renunció a una beca en farmacología a los Estados Unidos, para no dejar a su madre. Siempre lo acompañó esa frustración, tanto que cuando Leloir recibió el premio Nobel de química, me dijo secamente: “Yo hubiera podido integrar ese equipo”. Sus frustraciones, su desconfianza, su pasión, caían en mi plena juventud y en la infancia de nuestros hijos, como bombas cargadas de sin sentido sobre una vida feliz, cargada de risas. El creaba los silencios de la reflexión introvertida, pero no por eso menos amenazantes y taciturnos. No, nunca pudo olvidar ni matar a Blanca Romero y se convirtió en un estudiante eterno, sin por eso dejar de ejercer su profesión y de escribir como historiador. Pero claro, en sus libros los personajes eran generalmente osados y complejos protagonistas históricos femeninos: *Camila O’Gorman*, *Las mujeres argentinas en la medicina*, *Sara Brown*, *Los fueguinos*, etc. Empezó siendo fisiólogo, continuó siendo psiquiatra, después legista, y, en los últimos años de su vida, criminólogo. Mientras pudiera seguir siendo estudiante, el asunto de Blanca Romero quedaba abierto; obsesivamente abierto. Sus sueños eran demoledores respecto a mí, tanto como sus frases. Me veía en un altar, tal como a su madre, situación difícil para mí: si daba un paso, caía del altar. Además, él puso a su madre en el altar cuando ya viuda se consagró a la adoración del marido muerto; pero él no la conoció antes concibiendo hijos. Sabía que su padre tenía aventuras extra matrimoniales y creo que estaba tan al acecho observando mi conducta, que no se dió a sí mismo el tiempo de ser infiel. Largos años después de su muerte me pregunto si verdaderamente me amó y si comprendió en su terrible mundo cercado de locura, que tenía dos hijos. Con todos sus estudios no llegó a darse cuenta del sufrimiento que constituía para mí, el hecho de sentirme al mismo tiempo una virgen de altar y la prostituta Blanca Romero. Si hablo con vos es porque no sé si estoy loca; pero cuando me comporto como una virgen me veo muerta, inmovilizada y destructible; una imagen inhumana que no puede servir ni a los otros, ni a sí misma, y eso me hace sentir culpable. Pero por otra parte, el mínimo gesto carnal, la atención hacia un hombre, me hace sentir una prostituta de baja estofa, rompiendo el corazón a hombres y reduciéndolos a polvo para tirarlos en la misma fosa común de los preservativos usados y de los cabellos que caen... Si hablo con vos...es porque no existo. Porque me he olvidado. Es como si hubiera actuado durante dieciocho años en la misma pieza de teatro, siempre ensayándola, pero sin haber podido jamás estrenarla. Mi rol se hacía cada vez más trágico y el director me cambiaba todas las veces el papel. Sólo después de muchos años comprendí que todos habíamos actuado en su escenario imaginario, con papeles destinados a satisfacer sus hipótesis trágicas. Un día, seducido por los grandes espacios y por sus investigaciones sobre indígenas, escribió una novela en un ambiente patagónico que se llamó *Onaisín*. Las descripciones eran ricas, ponía en ellas la parte realista de su personalidad. En el interior de ese paisaje, casi vivo había mucha muerte, pero verdadera: como la historia de los corderitos devorados por halcones que esperaban verlos nacer para satisfacer sus instintos de predadores y continuar su especie, y satisfacer las leyes naturales. ¿El tema de *Onaisín*? ¡Oh! un hombre y una mujer se habían amado durante muchos años, pero ésta lo traicionaba ocasionando su separación. Ella volvería a ese mismo lugar de la Patagonia veinte años después, para enamorarse de un hombre joven, el hijo de él. Mirando en sus ojos, recuerdo muchas veces, en calles concurridas como Florida o Corrientes, haber encontrado tanto misterio que casi podía sentir el batir de las alas de los cuervos contra mis orejas. Cada vez que una crisis empezaba él perdía ocho kilos, bailaba en sus camisas y yo me sentía verdugo, y tenía ganas de cometer el crimen; porque sentía que pagaba por adelantado. Si hablo con vos es porque sentí que un día él iba a morir y pensé: «Se terminó»; y a su muerte si bien sentí que

el mundo se venía abajo no volví nunca más a su tumba; ni recé por él, no volví la cabeza hacia el pasado. Mi odio es tan grande que arranca mis cabellos, y es en esos pelos que parten que como los judíos, desgarró mis vestiduras, para llorar a mi muerto. Es algo ahí en ésta cabeza; en éste escondrijo de mí misma donde lo odio; y te estoy odiando a vos, aunque quisiera quererte.

* * *

¿Cómo se llama esa ciudad donde la vi por última vez en Suiza? ¡Neuchâtel! Ella tenía familia en esa ciudad. Debo entrar en el recuerdo y me cuesta. Tengo la impresión de haber olvidado yo misma hacia dónde me dirigía; pero en fin, sólo podía ser Ginebra o París. Salí de mi tiempo con ella turbada, como si yo no hubiera existido sino como su interlocutora. Durante meses, algo en mí se había interrumpido. La dejé en el andén de la estación de Neuchâtel, acompañada de su sobrino, un hombre de nuestra edad, algo disminuido mentalmente que vivía entre mujeres, su madre y su tía. Habíamos estado en la casa de sus parientes no sé cuánto tiempo –tal vez una hora– pero me pareció un eternidad porque en esa casa el tiempo estaba detenido, frustrado. Sin embargo, de todos modos, siento que es necesario volver hacia el pasado.

No sé cómo me encontré embarcada en un proyecto de viaje con ella. Yo debía asistir a un congreso en Barcelona, a otro en Roma y pasar algún tiempo en Zurich por una investigación para un libro que había comenzado a escribir en 1975. Nuestra relación de confianza se había terminado; o al menos eso era lo convenido. Muy difícilmente nos encontrábamos solas, y, por otra parte, yo no aceptaba o no quería aceptar más confianzas. De todas maneras no tardé en darme cuenta que las confianzas venían a partir de sus estados de ánimo, o de su mirada desesperada. Me encontré seducida y embarcada en un viaje sin tiempo. Me pregunto ahora: ¿Qué me atraía en ella? Tal vez un modelo de mujer que se cuidaba mucho, que buscaba su imagen en el reflejo de la mirada de los ojos de los otros. Yo meforcé en quererla, pero nunca pude hacerlo. Salimos de Buenos Aires el 12 de mayo de 1978. Ella iba a Londres y yo a París. Debíamos encontrarnos en Venecia el 28 de mayo del mismo mes. Desde la partida el viaje fue una pesadilla.

En el avión, me encontré hablando con un Chileno que dirigía un centro de estudios científico-oceanográficos. Pasamos a hablar de sexualidad y del informe Kinsey. Aún ahora me pregunto cómo puedo escapar de éste cáncer de escuchar. Pronto sabía todo sobre él y cuando llegamos a París, después de instalarme en mi hotel, fuimos a comer a Montmartre y a caminar. Ella llegó al día siguiente. Es decir, que no fue a Londres sino que vino directamente a París. Mi libertad había durado cuarenta y ocho horas, si de libertad puede hablarse cuando uno se siente cautivado en una situación de conciencia flotante. Llegó rompiendo todos los esquemas de mi libertad. Pasaba el tiempo mirándose al espejo, queriendo encontrar a la mujer que había sido antes de conocer a Sebastián; arreglando sus pocos pelos y observando con angustia si los hombres la miraban en la calle. Sólo le importaba una cosa: comprar, y yo quedé atrapada en su vértigo; es decir, yo también compré hasta la locura. Pero las compras no pueden borrar las arrugas, ni solucionar el problema de no poder habitar su cuerpo. Llegábamos agotadas al hotel, llenas de paquetes; yo no la entendía pero tampoco intentaba entender lo que estaba pasando en mí. Me sentía privada de inteligencia. El plan de mi viaje continuó, sólo que yo no fui la protagonista, sino ella desde su silencio frustrado. Debo decir en su descargo que ella podía haber perdido treinta años de su vida; pero yo no había perdido nada. Tal vez a mi edad, en mi juventud de mujer criando hijos, haciendo estudios, ella representaba un parte de mí que yo no conocía. Empecé a preocuparme por mi apariencia; siempre lo había hecho, naturalmente, pero ahora yo había asumido su angustia. Pasamos diez días en Zurich; pude hacer pocas cosas para mí: ver al nieto de Jung –que me dedicó el libro de las cartas entre Jung y Freud–, hacer un breve pasaje por el Instituto Jung de Zurich para comprar, libros y revistas, que leería cuando esa pesadilla hubiera terminado. Yo quería imaginar un final para nuestra relación, pero cada vez que encontraba un posible punto de ruptura, ella volvía a requerirme y yo aceptaba. De Venecia sólo recordaría más tarde *El puente de los suspiros* –boutique–, *El palazzo ducale* –boutique–, *Il vaporetto* –boutique. El crucero se desarrolló de la siguiente manera: compartimos una

lujosa suite en el mejor nivel del crucero *Victoria de Chandris*. Visitamos muchos lugares de los que apenas guardo recuerdos. Primero las islas griegas. Tal vez se llamara Olympia la primera isla, con un importante templo de Egea. Después todo se vuelve un tumulto de imágenes confusas. Algo sufre en mí al pensar en todo esto. La cadena de la relación con Laura se hacía pesada para mí: Egipto, Israel, Dubroknik, Atenas, Chipre, Creta; tengo recuerdos, pero no puedo diferenciarlos. Todo viene a través del tiempo impregnado de confusión ¿Cómo se puede llenar el vacío de la vida de los otros?

Nos separamos en Neuchâtel el 28 de junio de 1978 y sólo nos volveríamos a ver en su casa de la calle Agüero, tres meses después. En esa ocasión intercambiamos, como turistas y nada más, fotos del viaje, que por mi parte nunca encontré.

Para la adolescente que empezaba a ser este fue un año oscurísimo, porque el 31 de diciembre murió la madre de Jorge, la otra abuela. Partió dulcemente, mientras estaba desayunando en Zárate, en la casa de su hijo mayor. Ella se sintió así doblemente huérfana; no sólo perdió a las dos abuelas, sino toda relación –y para siempre– con sus tres primas de Zárate, las hijas de Santiago. Ya no hubo más paseos por la plaza del pueblo; la casa antigua frente a la iglesia y las tres hermanas rubias de ojos celestes salidas de un cuento de hadas, quedarían simplemente en el recuerdo.

Jorge declaró que, muerta su madre, no reconocía tener más familia. Eran viejas historias, él podía tener sus razones a las cuales la hija se adscribió por mera lealtad hacia su padre, pero con horrible dolor. En la memoria quedarían: los tilos de Zárate, la vuelta a la plaza en los atardeceres – »la vuelta del perro» en el lenguaje vernáculo– después de perfumarse y de poner un lazo en el pelo, de ordenar con esmero la blusa y la pollera y de frotar una vez más los zapatos. Zárate era la abuela con acento italiano, la inmensa cocina vidriada y un patio digno de San Telmo, con heliotropos, jazmines y baldosas mojadas por chorros de agua; era la sensación de los pies desnudos; gritos, juegos, las tres niñas como hadas, polleras amplias, emparedados devorados con hambre profunda y alegre. Ella se sentía crecer algunos centímetros cada vez que iba a Zárate, pero cuando volvían, enrollada como una pelota en el asiento posterior del auto, la invadía un malestar anunciador de una próxima catástrofe.

Muchos años después comprendería que nunca había guardado ni el nombre ni la dirección de las primas de Zárate. Sólo recordaría que en la casa había una puerta con zaguán y una ventana con rejas a cada lado y que estaba situada sobre una vereda arbolada...

¡Resignarse a tener 13 años! 1948 que estuvo marcado por varias muertes: las abuelas, Mahatma Gandhi y Jorge Eliecer Gaitán, el líder de «el Bogotazo». Ese año la Asamblea panamericana se declaró contra el comunismo. ¿Qué podría ser para ella, atravesando el cráter hacia la innoble adolescencia, el comunismo? ¿Lo comunista?

* * *

Noviembre en Buenos Aires, el último día de clases en camino de unas vacaciones indefinidamente dolorosas, tal como lo habían sido las anteriores, aunque hayan sido vividas en la «Villa los Ángeles»; en Miramar, con Haidé y Edmundo.

Desde el nacimiento, su vida estuvo marcada por premoniciones. Ella se cuidaba de comunicarlas, por considerarlas fantasías absurdas. Pero ¿quién podía hacer frente, sin aniquilarse, a esas percepciones que van más allá de los datos aportados por la realidad? Nadie podía negarle que ese día en que regresaban con el abuelo y el triciclo, cuando la abuela gritó: «Lo vas a matar», ella sintió que efectivamente él iba a morir. Así mismo, esas vacaciones de enero de 1948, se vieron signadas por la muerte, presentidamente anunciada, de la abuela.

En esa reja fría del antejardín, apoyaría la niña su frente afiebrada de fantasmas, en la madrugada del 6 de enero antes de partir para Miramar. Luego, abrazó a la abuela Emma, llorando hasta el desgarrar pero en silencio, porque nadie entendía sus lágrimas. Mientras tanto una voz en su interior, susurraba: «Es la última vez que te despidas de ella para partir de vacaciones. No habrá otra vez. Ella va a morir este año.» Nadie supo nunca todo lo que ella sabía antes de que los acontecimientos se produjeran en la realidad.

En fin, como había aprendido a aceptar las cosas, sin obsesionarse, las lágrimas se secaron y partió a Miramar. No era una niña melancólica; sufría de un envejecimiento prematuro que compensaba con una infinita alegría de vivir cuando le era posible. Allí se desarrolló tal vez una cierta «bulimia de felicidad» que solicitaba la embriaguez, la pasión, la satisfacción en el instante

mismo de la pulsión, porque no había tiempo para ninguna postergación; hasta que empezaron a nacer sus propios hijos, marcando el ayer, el hoy y el mañana como realidades alternativas.

Un día de junio no quiso ir al colegio. Pretextó estar enferma, aunque no había ni fiebre ni resfrío. A las tres de la tarde ese jueves 10 de junio de 1948, la abuela Emma, con aire un poco indignado, le trajo un traje sastre verde de pollera tableada para que se vistiera porque venían visitas. La niña estaba paralizada en la cama; una inquietud la devoraba. Una voz al interior de su cuerpo dijo: «Es la última vez que te trae ropa para vestirte.» Un cuarto de hora más, media hora más y ella pensaba: «Que el momento que intuyo no llegue.» En su cuarto recordaría la cama como si hubiera sido inmensamente alta, deformación imaginativa. Las puertas del cuarto estaban abiertas, al fondo, bien al fondo, en el jardín de invierno, los sillones de seda rojos se vieron de pronto habitados por las visitas. Ella se retenía: «Un instante más, un instante más» y de pronto los gritos: «¡Emma! ¿Qué le pasa? ¿Se siente bien?» Fue en alguno de esos sillones que la abuela tuvo su ataque de hemiplejía. La niña se vistió rápidamente; entró en la vida, cerrando sin ninguna pena y sin obsesionarse el capítulo de las intuiciones, para entrar en ese otro universo de la observación participante.

En escasos diez días entre la hemiplejía y la muerte, la niña debería rápidamente terminar su infancia para entrar, brutalmente, en una adolescencia que le exigiría volverse adulta prematuramente. De la observación pudo concluir que para Lila, la muerte de la abuela parecía menos importante que para Jorge o Haidé o los perros. Tal vez porque Lila la consideraba inmortal.

Durante diez días María se eclipsó como presencia para la niña. Tal vez todos se eclipsaron porque nadie podía dar respuestas a sus preguntas metafísicas. Tal vez ella se haya hundido en el misterio de la fe en Dios, en los brazos impalpables del abuelo. En todo caso, ella registraría día por día los cambios de la abuela, cuyas manos eran largas y delicadísimas, para una mujer de tanto carácter. ¡Tantos años hundiéndose en los brazos de la abuela, en sus pañoletas de lana, tejidas al crochet por ella misma! ¡Tantos años de sentir latir el corazón de la abuela que no atinaba a encontrar el sentido del cese de ese latido! ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? Los electrocardiogramas, el médico, la abuela atada. Ella lo vivía tan patéticamente como el perro, el cual mientras se efectuaba el electro ladraba, aullaba o intentaba morder al médico. Ella, a su lado, la miraba viendo los flacos tobillos y las escuálidas muñecas aprisionadas en apretadas correas o cables. En algún momento pensó en el descuartizamiento de Tupac Amará.

El único recuerdo reconfortante de esas noches velando a la abuela es la presencia de la tía Haidé, que protegía a Emma, y al mismo tiempo a los otros, del miedo a la muerte. Ni ella ni Jorge tenían miedo, y la niña los imitaba. No era la muerte lo que pudiera atemorizarla, sino los discursos escuchados acerca de toda la gente que agoniza en todas las épocas de la vida, esos que creen haber terminado todo y no tienen más esperanza. Ella tendría un sólo miedo en su vida: ser devorada por el discurso de los endemoniados, y de ésta manera, su vida no sería sino la construcción metódica, sistemática y eficaz de una conciencia iluminada por intuiciones no diabólicas, en lo posible.

Fue entre los años 1944 y 1948 que nació en ella, sin duda, la decisión de luchar contra la locura; guerra santa contra el miedo, los fantasmas, la sombra de la sombra.

Las noches de agonía parecían ser más cortas que los días. Llevaron un gran sillón, de los verdes, para que la infatigable tía Haidé acompañara a Emma durante las noches. Las luces eran tenues y lo que marca ese pasaje es el perfume: un enorme frasco en cristal de colonia *Coty*. En el momento que la abuela partió, el perfume quedó; ella comprendería entonces el valor de la memoria.

Pero la locura estaba para ella omnipresente, aún sin tener palabras ni conocimientos para definirla como tal. Ella la percibía en los rincones más oscuros de los cuartos, en el caminar rápido y sin cerebro de una cucaracha, y en el polvo que llenaba las manos de Cenicienta cuando ésta recogía los frijoles en la cocina de la casa de su madrastra. Y sería esa calidad de su intuición la que tal vez la haya llevado a querer salvar de la locura a los otros, haciéndose así acreedora al derecho de salvarse ella misma del fantasma amenazante de esa entidad terrible e innombrable.

Fueron una infancia y una adolescencia en la que hubo muchas muertes, y muchos duelos, y

mucho encierro y silencio, e imposibilidad de hacer cosas porque eso no impediría a la muerte llegar con pasitos tenues a ahogarse en su lecho; porque después de que la abuela murió ella salió al jardín y en la soledad excitada del descubrimiento de la muerte irremediable lloraba y reía al mismo tiempo, apaciguada porque ya no la veía agonizar y sufrir, pero llorando porque ya no podría acompañarla en esa experiencia de la búsqueda de una verdad más allá de la vida, cuyo secreto parecía haber sido poseído por el abuelo, pero tal vez no por la abuela. Porque la abuela no volvió a reír ni a vestirse de colores después de que su amante único, el padre de sus hijos, partió. La adolescente ahogó al niño que no había tenido infancia, condenando al adulto que palpitaba en ella a amar, en una fuga fatal y permanente, viéndose expuesta a perder lo querido ante la irreversible realidad del enemigo agazapado, que aunque esperado, siempre resulta sorpresivo, así es la muerte. Adolescencia casi paranoica, como casi todas las adolescencias de niños que estuvieron solos y portaron con mayor o menor éxito la cruz de los mayores.

Al principio de su juventud fueron frases al interior de sí misma, «flashes», dificultades que la ensombrecían, momentos agónicos en los que se proponía y realizaba cosas, sintiendo siempre antes de finalizarlas, la angustia persecutoria de verse impedida en su realización por la aparición no cruenta, pero solapada, de su propia muerte.

Después de la partida de la abuela decidieron reedificar la casa. Anularon el cuarto de la abuela, desapareciendo luego las dos camas paralelas de esa habitación que la niña compartió con ella desde los 4 años; no por falta de espacio, sino por protección recíproca. Siglos después la niña, ya mujer, en la madurez, comprendería por qué se negaba a vivir sola, no en realidad a vivir sola, que lo haría muy bien, sino a dormir sola. El otro sería para ella el compañero de cuarto, alguien precario como ella, sujeto pasible de una muerte súbita, pero más que nadie alguien con quien podría compartir las sombras negras del miedo infantil: la armadura, el lobo.

Soñó una noche que el cajón de la abuela avanzaba abriendo las puertas de su cuarto. Quiso gritar, pero la voz no le respondió. El cajón avanzó vigorosamente contra su lecho y la aplastó, deshaciéndose. Ella se despertó, aterrorizada, pero naturalmente ilesa.

Se sintió culpable de la muerte de la abuela. Antes del ataque del jueves 10 de junio, la abuela estaba ya mal y no tenía fuerzas, en cuanto a sus padres, ellos habían partido de viaje a Mendoza. María, por su parte, habitaba el pabellón de servicio y aunque más joven –dos o tres años menor– que la abuela, también había envejecido, y se dormía temprano en su cuarto del fondo, con las ventanas abiertas hacia el cielo eterno, mientras ella y su abuela se acompañaban la una a la otra en un solo cuarto de esa inmensa casa de catorce habitaciones. Entonces ella decidió que no era suficiente levantarse varias veces en la noche para saber si la abuela todavía respiraba. Ahora le sería necesario ser más severa frente a esa muerte que rondaba. Creía, con omnipotencia infantil, de la que la adolescencia no pudo protegerla porque llegó matando al niño y no integrándolo a su evolución, que si uno no cerraba los ojos no podía morir. Así comenzó un calvario de días y días en los que estando los padres ausentes, ella sacaba a la abuela, que tanto la amaba como para no negarse, al cine, a caminar, a la plaza, a los juegos. La hacía tocar el piano. Emma tocaría para ella aires italianos y la *Torpedera n° 7* y regresaría cansada, muy cansada, los labios exangües, pero cada día habiéndole ganado a la muerte.

ANSIAS DE ESCAPAR

Lila y Jorge no desearon tener más hijos. Ya eran cortos sus veranos. La niña partía con su abuela y sus tíos cada verano. Lila y Jorge venían sólo esporádicamente, prefiriendo hundirse en el silencio abrazador de los veranos de Buenos Aires en la casa grande. Sólo María Calegari deambulaba por los desiertos corredores respetando en silencio las largas siestas, y aceptando porque alguna vez concedora, los tiernos gemidos del amor que atravesaban las paredes.

Cuando partían a Miramar, lo hacían con el auto cargado de juguetes para la niña. Eran inmensamente felices en su aventura, él cada vez más fuerte, ella más humana. Es de esa época el gran oso de peluche que la niña guardaría hasta su casamiento.

La bestia familiar, esa sombra nocturna que acechaba aún durante el día, se manifestaba en Miramar durante las siestas en un gran silencio obligado que la niña solitaria debía aceptar. Estos fantasmas la devoraban y la invadía entonces el ansia de escapar. Pero ¿a dónde?, ¿cómo?, hacia el mar, naturalmente. Pero siete largas cuadras la separaban del mar, ¿y después qué?

Angustia oral a los 4 años, a los 5, a los 10, a los 20. La niña hubiera debido llamarse «Ansias de escapar». Durante las siestas la bestia familiar dormía pesadamente, como un tigre acostado, respirando profundamente hasta el próximo rugido. El inmenso ombú en el patio de la «Villa los Ángeles» con sus ramas pesadas que se apoyaban en el techo, hacía, en las noches de viento, ruidos indefinibles que acariciaban el alma de la niña.

Consuelo, noche, gotas de lluvia; lágrimas lloradas en silencio en una habitación compartida, sin poder moverse. ¿Compartida con quién? Con la abuela tal vez. Armarios en madera blanca; una puerta con espejo donde se irían gravando año tras año los cambios físicos con todos los dolores del crecimiento. Una pregunta grande como un paréntesis eterno: ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué el tiempo?, ¿por qué no poder dar sentido a escapar? Tener con quien, ¿por qué no?

El peso excesivo de la bestia condenó a la niña ya mujer a aceptar un candidato alabado por la familia para, a través de un contrato, escapar de manera legítima. Lila y Jorge, en su mundo de deseos y rencillas sin trascendencia, ignoraron el pasaje de su hija, de niña a mujer, y de mujer a madre. El casamiento la alejó de ellos, porque se fue a vivir a Córdoba. La joven mujer no conoció la libertad, pero las gotas de lluvia seguían cayendo sobre el techo acariciando su alma tal como en Miramar. También hubo una rosa roja sobre la que ella se detendría para eternizarla en ella misma. Fue en esa primera noche de lluvia que la rosa se abrió y no fue ni en la casa de Iberá ni en Buenos Aires sino en Córdoba.

«Ansias de escapar» amaba acostarse sobre el vientre entre los altos pastos de su primera residencia de mujer casada y libre y encender estrellitas de bengala imaginando ciudades desconocidas, y puertos, llegando a casas desconocidas en donde la gente no discute sino que ama, y tiene sábanas blancas y hacen el amor. «Ansias de escapar» no tuvo marido, sino un fardo fatigante que, como consecuencia natural del contrato establecido, llevaría como una cruz tal vez hasta la eternidad. Si bien fue un padrillo, no fue un padre, ni el amante adecuado para una hija nacida de la pasión.

Lila y Jorge fueron abuelos. Ella se volvió más abierta y expresiva frente a esos cuatro principitos nacidos sin intermedio de oración; nacieron y fueron amados. «Ansias de escapar» habría de encontrar al fin, con quién cómo y a dónde partir. Jugó como una niña con sus cuatro pecesitos rojos; sufrió como adolescente poniéndose en varón o mujer, según la necesitaran. Y después, cuando ya grandes los pecesitos rojos hicieron sus caminos, «Ansias de escapar» se quedó esperando la nueva generación para empezar de nuevo a jugar y a querer sin fugarse más.

LILA, SU MISTERIO Y SU HIJA (II)

La hija de Lila sufriría hasta la desesperación la imposibilidad de penetrar el misterio de su madre. Ni llantos ni protestas podrían alterar el lago profundo de Lila.

Su hija golpearía contra un muro de silencio: los pequeños puños sangrando de pequeña, las manos abiertas y heridas de la adolescente, y al final, las manos cerradas de la mujer que aceptó la derrota. Holocaustos permanentes en el altar de la diosa madre impenetrable. Todo estaba mal, sin estarlo. Lila no emitía juicios, pero tampoco reconfortaba. En cierto sentido los pasos de la niña se pierden al perderse ella misma en ese caos de la búsqueda de la madre. ¡Mamá jamás contestó!

Resignada, ya menos niña, se dedicó a contemplarla a partir de su mínima capacidad de comprensión; búsqueda insaciable de querer «conmover a mamá». Adorarla, pedirle, llorarle, insultarla, amarla, ofenderla. A todos los gritos una sola respuesta se dio: Lila no era sino un espejo; a cada expresión, a cada explosión de la niña, todo se volvía contra ella misma. Impenetrable Lila silenciosa, jamás un gesto amargo o una reprimenda. Sólo una dignidad extendiéndose en un espacio inconmensurable, y en un no-tiempo.

Lila nunca tuvo enemigos en apariencia; porque en realidad la mayor parte de quienes la rodeaban fueron sus enemigos no declarados. Las mujeres la celaban, los hombres la deseaban y la detestaban por inalcanzable y prometedora al mismo tiempo.

Hubo un beneficio secundario de su enfermedad –la sordera– dado que todos intentaban comprender el mundo a través de su experiencia de silencio; cada uno se veía a sí mismo sordo y se aplicaba los cuidados necesarios para que la sordera no se volviera soledad.

Lila no tuvo tal vez espacio para ella misma, ni para pensar, ni para sentir. Los otros se encargaron, tal como Jorge, de la expresión de sus emociones, de sus reflexiones. Lila se sumergió más y más profundamente en una sensualidad, cuya descripción se da en el simple hecho de verla vivir.

Antes de los 6 años la niña entró en el colegio de las hermanas de la Misericordia. Allí estaría bajo los cuidados no sólo del niño Jesús, sino de las generosas hermanas italianas y argentinas. El lema de las religiosas era: «Las manos en el trabajo y el corazón en Dios.» El paso de la casa al colegio fue un desgarramiento para la niña, porque no se puede estar bien en el colegio sabiendo que se vuelve todos los días a casa, a un ambiente definido donde mamá tiene un rol. Ella no podía amar el colegio porque al mismo tiempo que el colegio exaltaba los valores de la disciplina, del orden y el de la estima, así como de las lágrimas y de la alegría, el mismo hacía evidente la indisciplina, el desorden y la inseguridad de un hogar en el cual la madre era tanta presencia que no daba lugar para diferenciarse de ella y adquirir identidad propia.

Despertarse cansada, con el cuerpo pesado de cargar cada día con su soledad. Despertarse en medio de la noche para tener un espacio. Insomnios de niña, de adolescente, búsqueda fogosa de la libertad. Sueños prematuros de devoración y miedo...

Tal vez el deseo inconsciente de destruirlo todo para sobrevivir.

Destruirlo todo, menos la madre, matriz ardiente, forma esencial del deseo. Placer de involucrarse en su lecho, en búsqueda de una experiencia perdida, único rastro de haber existido en el vientre de su madre. Lila silencio, Lila, imperturbabilidad.

La niña se fue más lejos de lo esperado; un día cortó amarras, se fue a otro país. ¿Mató a la madre?

No, la madre era inmortal. Fue una tentativa de suicidio, sin éxito y los lazos con la madre se volvieron aún más fuertes, más intensos y naturalmente más arcaicos.

LA FIESTA DE MARÍA JULIA, LAS DOS QUE HABÍAN EN MÍ

En la sala verde transcurrieron las lecturas más importantes de mi vida. La sala verde se llamaba así porque todo era verde: había un sillón de cuatro cuerpos verde, en cuero, *Chesterfield*; un *dressoir* en hierro forjado blanco, patinado en oro, y sobre él un espejo en el cual me descubrí. Sobre el mármol del *dressoir* había una lámpara de cristal espeso, tallado a la mano y firmado. En esa encinta para mi sagrada me ponía a leer acostada sobre el sillón de cuatro cuerpos. Leía tanto que las letras se confundían, y así llegaron mis 14 años. Un día me enfermé, pasaron semanas en las que estuve prácticamente encerrada en mi habitación. Mi primera salida fue a una fiesta, la fiesta de María Julia.

Durante los días que estuve en cama sufriendo de gripe y de otitis, Delia me preparó un vestido para la fiesta. Era azul, ajustado al cuerpo en la parte superior, en terciopelo y la pollera, campana en tafeta de seda salvaje, azul marino profundo. Sobre el hombro como nota vivaz una rosa color té. A causa de las fiebres había perdido mis redondeces y hasta el último instante, Delia debió hacer ajustes. Mi abuela me regaló una enagua de su juventud, blanca, bordada, con encajes, que daba cuerpo a la pollera.

Debo decir que mi pasión por la lectura, el aislamiento, el silencio y el encierro estuvo ligada a una percepción horrible de mí misma. Prefería engordar, comer, encerrarme; todo menos salir de mi casa, exponerme a ser vista, como las otras adolescentes de mi edad.

Ese día papá me llevó a la fiesta, como otras veces. Se celebraban los 15 años de María Julia, una linda morocha descendiente de conquistadores, con algo de sangre india y manos finas. Cuando llegué –y éste es uno de los recuerdos más extraños de mi vida– desde lo alto de la escalera de mármol, María Julia no me reconoció.

Esa noche fue linda. Estuve rodeada de gente, bailé; una parte mía dejó de tener hambre y de comer. Escuché decir repetidas veces: «No sos la misma», «Qué linda estás», «Ese vestido te va muy bien», «Qué lindos ojos tenés.» Al momento de partir, fui a tomar mi abrigo de encima de la cama de María Julia, en su habitación: frente a la puerta había un enorme espejo y en ella vi reflejada una imagen que no tenía nada que ver con aquella que tenía hasta entonces de mí misma; me acerqué al espejo y en ese instante, con toda inocencia, descubrí lo que mucho más tarde comprendería como la cicatrización de una herida narcisista: me ví bonita.

La alegría más profunda me bailaba en las tripas. Tenía ganas de llegar a casa, de confirmar mi hallazgo secreto. Papá abrió la puerta del antejardín; entré, me detuve en la sala verde, iluminé la lámpara y me miré en el espejo. ¡Y me quise un poco, al fin! No tenía ganas de llorar ni de reír, sino de retener esa imagen, porque sabía profundamente, en ese mismo lugar de mis tripas regocijadas, que la experiencia sería fugaz, y que volvería a caer en la pasión de la oralidad, de la soledad, del silencio. Supe en ese momento que debería trabajar mucho en mi vida para establecer mi identidad. Pero la niña que se había criado en una bolsa de gatos, tenía mucha más fuerza que otra que hubiera nacido en un plácido ambiente sin contradicciones.

Desparramando mi ropa, como era mi costumbre, me desvestí en la sala verde, me acosté sobre el sillón, pero no me despojé de la enagua de mi abuela; había algo de apasionado, de sensual en esa enagua que picaba a causa del almidón. Me quedé como un sabio oriental, como un maestro zen habiendo logrado el absoluto, vacío de todo pensamiento, di vuelta a una página del libro y continué leyendo.

Ahora bien, ¿qué hacer con la feminidad? El asunto era demasiado pesado, y es aquí, a mi entender, que se expresa claramente una disociación en mi personalidad. Seguía siendo fornida, fuerte, inteligente y animal, pero cuando aparecieron algunos chicos, cuando comenzó a emerger esa masa informe de hombres-adolescentes que se sentían despreciados por la adolescente –que se creía

despreciada— actitudes profundamente exquisitas comenzaron a marcarse en mi conducta y en mi discurso. Me transformaba conscientemente para mi edad, en una semilla de geisha seductora, sensual y recatada. Naturalmente, siendo hija única, habiendo percibido mi padre en toda su magnitud la metamorfosis de la crisálida, se decidió y logró transformar nuestra inmensa casa en el centro de reuniones adolescentes cada sábado y domingo.

¿Cómo se dio la fusión entre esas dos partes tan diferenciadas de mi personalidad? Yo, fuerte, fornida, animal, gastaba mi energía en encerar cada viernes, los cincuenta metros de parkés que ocuparíamos con mis amigos. Debo decir que la sala verde daba sobre el salón y éste, sin interrupción, daba sobre el comedor. El resto de la casa pertenecía a los otros, yo había fijado mi territorio.

Cosa natural encerar de rodillas, siempre lo había visto hacer así. ¡Los ojos de María mirándome expresaban tantas cosas! Orgullo, alegría, amor. No osaba interrumpirme para tomar el té. No sé si en ese tiempo existían los guantes de goma para las tareas de la casa, pero yo nunca los usé. Me siento todavía avanzar de rodillas, escucho el ruido de la tela de mi delantal, siento el olor de la cera, veo aún mis dedos amarillos. Al mismo tiempo, la otra en mí —semilla de geisha seductora— sabía que el movimiento esculpía mi cuerpo y compensaba con el ejercicio los tarros de dulce de leche que devoraba mi yo animal.

Después del ritual, el sábado contemplaba mi obra y percibía los olores provenientes de la gran cocina. Las tortas, la canela, el chocolate, el té en las tazas de porcelana y oro. Todo era parte de esa profunda alegría de compartir que me acompañará desde entonces y del gusto de servir y dar placer como anfitriona. Después me vestía, no con demasiado esmero, siempre con un detalle, como al acaso. Yo no sé qué es lo que más ha atraído en mí a los otros —y esto me lo pregunto a través del tiempo— si mi supuesto encanto, mi inteligencia, mi saber hacer o mi capacidad para crear ambientes confortables, libres, donde cada uno se siente con ganas de estar. Si tuviera que dar un consejo a mis hijos para ser queridos les diría: dejar vivir y saber guardar silencio, dejar crecer las plantas, dejarse reír, dejar emerger lo auténtico de sí mismos, más allá de la forma. La buena ropa es importante si se puede combinar con un estado interior de consideración hacia los otros. Como yo jugué tanto sola, ¿qué podía costarme comprender a los otros para poder motivarlos a jugar juntos los juegos de sociedad?

ENAMORADA DEL AMOR

Ella pensaba cada año que iba a morir en el transcurso del mismo –pero sin quererlo en absoluto– y también cada año pensaba que ya nada podía esperar de la vida, pero sin creerlo en absoluto. De cierta manera se desarrolló en ella una hipertrofia del sentido común, que compensaba una excesiva fragilidad.

* * *

Noviembre de 1948, último día de clases, la mirada que se pierde en el follaje de los árboles de la calle Loreto; esos árboles recibieron sus primeros suspiros de alegría, sintiéndose libre del maldito colegio y poseedora de un secreto especial, ligado a la embriaguez. Así, con la mirada perdida entre los árboles se dijo: «Estoy enamorada del amor.»

No quería llegar a casa, tenía la intuición de haber llegado a conocer todo de la vida. Se puso un objetivo: aceptar las intuiciones con el fin de autorizarse a tenerlas y a poder hablar de ellas. De todas maneras se revelaría como cierto ese sentimiento de estar enamorada del amor. Esta situación abarcaría toda su vida, pero los rostros del amor cambiarían, para llegar a constituir una realidad material a través de largos años de lucha contra fantasmas adolescentes de persecución y de muerte.

El camino de la sistematización fue trazado ese día de noviembre. No faltó ni su fiesta de los 15 años, ni el casamiento en una iglesia aristocrática, colmada de flores blancas. Ella supo que de todas maneras se casaría con el amor. No pensó en ese momento que el amor tendría tantas caras diferentes. El tiempo es breve frente al alma que va más allá de toda coordenada. Los ojos del padre, los ojos del hijo, los ojos de los nietos, y en alguna parte, mezcladas entre corolas secas, hojas de olvido y capullos relucientes, algún hombre portador de un espacio de amor, pero tal vez no con la esencialidad requerida para perdurar como relación única y definitiva en el tiempo de su vida.

Si, ese año el vaso de cristal que simbolizaba al niño se rompió, sin piedad y con sentido común, ella lo tiró a la basura.

1949

LILA: ¡TRES DÍAS!

El año 1949 fue el año rojo en Argentina y en el mundo. En Buenos Aires hubo una huelga de obreros gráficos y estuvo sin diarios durante un mes. Las tropas comunistas asaltaron Tien-Tsin y se proclamó la República popular de China. La guerra fría se acentuó, y fue sin duda el año rojo.

Fue también el año de la austeridad forzada para la niña, quien después de la muerte de la abuela había aumentado las dosis de dulce de leche. Un día Jorge se fue al campo, a cazar a Azul, permitiendo que ocurriera una fiesta extraordinaria: ¡tres días solas con Lila!

Se levantaban muy temprano y empezaban el día desayunando enormes tazones de café con leche, medialunas con manteca y dulce de leche, en el café de Cabildo e Iberá. Hay personas que se aman leyéndose poemas o contemplando atardeceres. Así, el ritual de la alegría entre Lila y su hija necesitaba de ciertos elementos de los que mágicamente no podía prescindirse: café con leche, medialunas y dulce de leche.

En esos tres días de Buenos Aires jugaron sin ambages a la libertad que tanto necesitaban. Durante tres días no regresaron a casa antes de la media noche. Lila no debía haber olvidado a su novio español, porque adoraba ir a ver películas sobre la madre tierra en el cine Gloria, en la españolísima avenida de Mayo. El primer día vieron tres películas: dos de Carmen Sevilla y una de Lola Flores. En el intermedio comieron chocolate con churros, y avanzaron desenfundadas como potros hacia la *Casa Rosada*, cargando kilos de alegría y recopilando piropos de los españoles de la avenida de Mayo: «Niña sos digna de ser la Macarena», alguien le dijo a Lila, mientras la niña reía de amor y de alegría. ¡Era tan feliz!...

Bajando más y más hacia el río, yendo hacia el norte, como queriendo regresar a casa, iban a comer en los carritos de la costanera, que ya existían y sentían más embriaguez y más alegría y luego sí, llegar a casa, encender todas las luces. Lila no temía a la obscuridad, avanzaba segura para mostrarle a su hija que no habían lobos, ni armaduras, ni cajones deslizándose de un lado a otro.

Dormir en la cama grande y seguir durmiendo a sabiendas de que mamá se levantaba a leer el diario en la gran cocina y a tomar mate, mucho antes de que los pájaros cantaran.

Segundo día: desayuno en el café de Cabildo e Iberá y la magia comenzaba. En un colectivo de Buenos Aires, de esos que apuestan carreras con los otros y que son fascinantes porque uno no sabe si llegará vivo a su meta o no, llegaban al centro de la ciudad. No sacaban el auto, porque cuando se es turista y se busca la aventura es preferible no conducir. Se dejaba esta atenta tarea a los choferes de los colectivos, que suelen arrancar antes de que uno se haya subido. Muchos extranjeros se han caído de cabeza, y en el año 1967 la misma Lila fue víctima de una caída. Cuando la gente acudió para ver si estaba viva, debieron pensar que estaba loca, pues respondía llorando y riendo al mismo tiempo.

Ese segundo día almorzaron en el hotel *Plaza*. Hicieron las tiendas por la avenida Santa Fe y la calle Florida, y después, sin solución de continuidad, fueron a la avenida de Mayo, a ver *Zarzuela* en el teatro.

Luego comieron gambas al ajillo y después fueron al *Tronío*: Jerez, vestidos blancos con motas negras y rojas, fandango; por Soleares, Granada, Sevilla, Córdoba y un taxi para regresar en la noche tibia y silenciosa de Buenos Aires.

Remontando por la avenida del Libertador, Lila, aún poseída por la gracia estremecedora de los movimientos de las bailarinas españolas, sus espaldas rectas, sus cabellos negros como los cuervos de Allan Poe, comenzaba a recitar con acento español el poema que durante un año había oído declamar, cuando permaneció en España enredada en noviazgo serio, al Conde-Duque, su amor y su autor:

*Peineta, mantón y flores
de la bella Andalucía...
Porteña que crearía
el jardín de mis amores.
Conjunto que luz destila
de una alegría tan fina
cual solo la da una Lila
que ha nacido en la Argentina.*

* * *

La casa de los juegos, las sábanas frescas, el olor de lavanda y el sueño fácil. Los murmullos del comienzo del tercer día que las dos amaban y temían porque sería el final de esa licencia en el paraíso.

Tercer día, desayuno en Cabildo y Congreso, el mismo ritual, los mismos elementos y a volar...

Viene el eco de esa realidad que dice que el tiempo no existe, que es una creación del hombre, porque sólo muchos años después descubrirían en una canción de Amelita Baltar la descripción de la embriaguez que las poseía a las dos, indiferenciándolas:

*Loco, loco, loco
¿no ves que va la luna
rodando por Callao?*

Misa en el Pilar, boutiques de la avenida Quintana, almuerzo en el Alvear; remontar por Florida, a la izquierda en Maipú, un café de Colombia, un alto para el café. Esa noche sucederían cosas importantes: una comida de mujeres solas en la casa de Emma Marini, compañera de colegio de Lila cuando estaba en la Misericordia.

La niña experimentó a los 14 años las mismas emociones, el mismo placer que descubriría en los años setenta en la casa de Gertrudis V... L... Esa tarde Lila le había comprado en Marilú Braganze, un precioso vestido marrón-habano, bordado a la mano en blanco alrededor del escote. Lo combinaba con unas sandalias un poco más claras y una cartera del mismo tono. Lila estaba siempre divina, con esas combinaciones de colores y terciopelo que parecían poner de relieve una belleza que cambiaba según el juego que interpretara. ¡Qué placer! La comida en lo de Emma Marini iba resultando para las dos el final de *Norma* y el comienzo de la nostalgia.

— ¡Taxi!

— Vaya lentamente, chofer. La voz de Lila venía de lejos, de algún lugar entre el corazón y los pulmones, entre el estómago y el occipital. Esa noche recitó un poema que se llamaba «El tren expreso» y que la niña aprendería de memoria; pero ésta, al igual que su madre, no podía quedarse pegada a las palabras entonces falseaba la rima cuando consideraba que ésta no se ajustaba a su sentimiento en el repetición y recreación del poema:

*Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como el mío,
ya recobrada la quietud y el seso
volvía de Madrid en tren expreso.
Y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado
al arrancar el tren subió a mi coche,
seguida de una anciana,
una joven hermosa alta rubia,
delgada y muy graciosa,*

digna de ser morena y sevillana.

¿Por qué esa noche un poema triste de separación?

Marx había dicho que la lucha de clases es el hilo rojo que recorre la historia. Sería coherente pensar que toda lucha tiene un objetivo y que el objetivo más seguro es la liberación de una situación vivida como de opresión. Tanto en Lila como en la niña había una lucha interior que marcaría, sin duda, con un hilo rojo sus historias. La comparación parece traída de los cabellos pero el sentimiento era de esa naturaleza. Sentían que había algo que aniquilar pero no sabían qué, ni cómo hacerlo, pero esa vuelta a casa tuvo algo de noche triste, aunque esa noche no lo era. El poema decía que durante el viaje los protagonistas se amaron y prometieron reencontrarse en ese mismo andén un año después, porque según ella debía cuidar su salud. El volvió a ese andén entre algún lugar y Madrid, allí donde ella había descendido del tren. La anciana que la había acompañado le entregó una carta, con unas pocas líneas, en la cual ella se excusaba por faltar a la cita diciendo:

*Cuando quise morir Dios no lo quiso
hoy que quiero vivir Dios no lo quiere.*

Fue una noche triste porque marcaba la conclusión de una dicha intensamente vivida. Medialunas, dulce de leche y Lila, ¡uno de los rostros más bellos del amor!

1949
QUINCE AÑOS

Sí, el año 1949 fue el año rojo, pero no el de la mazorquera, que había cumplido 15 años. La conducta excesivamente capitalista había hecho engordar a la niña que se vio sometida a un régimen más duro aún que el soviético: setenta gramos de arvejas, veinte gramos de pan negro, ciento veinte gramos de carne magra, té o café con nueve cucharadas de leche, veinte gramos de manteca por día y setenta gramos de manzana.

¡Qué tristeza! Después de tanto lujo, de tanto exceso, de tanto trotar por las calles queriendo expresar el grito de *Ipiranga*, la austeridad le producía tristeza. Este grito de libertad tiene calidad de pasión; porque el grito de libertad de los Argentinos, por razones de estructura mental, fue mucho más sobrio. Abrieron las ventanas del Cabildo proclamando «Cabildo abierto», y desde los balcones preguntaron al pueblo qué era lo que querían. Horas antes, y con mucho orden, los patriotas French y Beruti habían repartido entre los habitantes de Buenos Aires, reunidos en la plaza de Mayo, escarapelas bicolores.

En ese año, Jerusalén fue proclamada capital de Israel. Irlanda se convirtió en república independiente, se levantó el bloqueo de Berlín y se instauró la República federal Alemana.

La Navidad fue magra de presencias y casi triste. La reconstrucción de la casa fue terminada. Lila había diseñado unos muebles ingleses que se ajustaban estrictamente a sus deseos. Jorge se ocupaba de los exteriores de la casa, los toldos y las luces del antejardín. Todo había sido preparado para festejar los 15 años de la niña el 18 de diciembre. Tal vez por eso a ella le haya parecido triste la Navidad porque estuvieron los tres solos.

Para su cumpleaños fueron invitadas más de ciento cincuenta personas. Había mesas en el jardín, los jóvenes bailaban en todas partes y ella jamás olvidaría en ese día, su primer vals, entre los brazos de su padre. Esa noche, con un ramo de tres rosas en la cintura, a la izquierda de su vestido blanco, se dio la comprensión de que el maldito doctor Reforzo Membrives, el dietólogo, no había sido su verdugo sino el primero que quiso ayudarla a inventarse una belleza sin necesidad de tener fiebre para adelgazar.

Aún quedaba mucha gente alegre en ese tiempo, y los galanes revoloteaban en torno a la niña que después del cumpleaños de María Julia se había convertido en algo más que una adolescente sin alegría. En esos días empezó a comprender la fuerza de esas cualidades complementarias que la caracterizaban y que ella había ignorado: la sensibilidad, la inteligencia, la cultura; pinceladas que según los diferentes momentos de la existencia serían figura o fondo en el escenario de su vida. Allí estaban Jorge B..., Horacio A..., Fido, Alberto M... (el deseado imposible) y Hugo.

Sí, fue extraña esa Navidad: percepción de las ausencias de los que ya no estaban, falta de ruidos de otros adolescentes, de ruidos festivos, sin miedo; porque los adolescentes de esa fiesta de los 15 años sólo se contentaban con vivir, asumiendo con dificultad los cambios físicos, pero la angustia no iba más allá. Para ellos la vida estaba hacia adelante.

En esa Navidad los adultos tenían más vida hacia atrás que hacia adelante. Tenían memorias que creaban silencios, que creaban un estar en otra parte aún cuando el cuerpo estuviera presente y en situación.

Pero no fue vana esa Navidad. Ella comprendió que debía sacudirse de sus estados de ánimo y vivir cada instante en tiempo presente, percibiendo la esencia del mismo de manera consciente; porque vivir el instante es saborear la eternidad.

DE UNA TRAGEDIA ADOLESCENTE

La muestra sobre los Etruscos me llevó a pensar y a recordar. Había soñado con una pareja ideal y poseía sin duda un ideal de pareja: la de los Etruscos sentados con dignidad y elegancia más allá del tiempo en el museo del Louvre. Algunos días después, las esculturas del colombiano Fernando Botero fueron emplazadas a partir del Rond-Point des Champs-Élysées y otra vez la realidad de la adolescencia volvió, porque en esa deformación de los cuerpos estaba ella, con sus exageraciones, su sentido evanescente de la belleza. Botero venía como lo opuesto, lo sensual hasta la estetopigia, mientras algo en ella transformaba a un robusto entrenador de caballos que gritaba – en los atardeceres fríos del hípico de Buenos Aires a los animales nerviosos por la estrechez del picadero– en un dios griego poderoso y justiciero, o en un general romano.

* * *

Yo también viví en el tiempo de Laura y recuerdo con placer y con una pizca de nostalgia –no más que una pizca– las tardes del polo en mi maravillosa Buenos Aires, el té en el hípico y también en el yacht club. Recuerdos edulcorados por el tiempo; recipientes de mermelada en cristal, platería, ambiente inglés; sí, predominantemente inglés. Yo tuve 16 años en los tiempos de Laura, pero no nos conocimos. Azares de la vida y de diez años de diferencia. Tal vez desde una mesa próxima ella miraría mi abundante pelo rubio y sólo eso, porque el drama de su pelo escaso la acompañó desde su nacimiento.

Yo también tuve 16 años y un cuerpo que cobraba formas antes de que yo aceptara dejar la infancia. Yo también me sentí fea y lo fui tan largo tiempo porque mi ideal de mujer era en ese entonces una mujer alta, delgada, casi delgadísima, sin vientre, ni caderas, ni cola, ni pecho. En fin, una Walkyria. ¡Ahora las cosas han cambiado mucho! Me acuerdo de una campeona de tenis de mi época, se llamaba Terán y representaba, para mí, la Walkyria.

Una tarde de verano fuimos a la casa de unos amigos al Tigre. ¡El lugar era sublime! Ponerse el traje de baño era para mí una ordalía. Me extrañó que uno de los chicos del grupo hiciera el comentario según el cual vestida yo parecía toda lisa y no en traje de baño. No supe descodificar el sentido de la frase. Yo tenía miedo.

Terán estaba allí más larga que nunca, en conjunto de baño de dos piezas; no hablaba. Yo concluí que una mujer bella debería ser silenciosa, misteriosa, hierática, displicente. Traté de explicárselo a uno de mis amigos, Jorge B..., el único para quien el traje de baño representaba una ordalía como para mí. El era feo y se conducía mal.

Es inútil decir que pudiera no haber sido así. Éramos feos al interior porque éramos híbridos: ni niños, ni adultos y esa angustia, ese pozo que se abría justo delante en el momento de presentarnos en una casi belleza. Golpes de sol, enrojecimiento y luego la piel que se vuelve morena y tirante y brilla antes de morir, de caer. Piel del verano, piel de la adolescencia sin cuidados preventivos. Ardor en los hombros, mar y mar y más mar. Frescura en cada golpe de ola, dolor cada vez que la toalla roza la piel, fiebre en el atardecer. Los murmullos de la playa que se diluyen. Fiebre en el atardecer y despertar de deseos también febriles pero inexplicables porque sin objeto definido. Tristeza inexplicable, hastío sin memoria de causa, pero sobre todo dolor. Superficies rojas en el cuerpo y otras blancas. Algo como el presentimiento de una muerte segura. Movimientos torpes, mal calculados, necesidad de autorizarse a existir, y depresión porque la pulsión no es suficiente para superar la barrera de la incomprensión de nosotros mismos.

Sí, verano, 16 años. Un traje de baño blanco, mi pelo rubio, vergüenza de tener senos. Encontrar una posición para que esos senos desaparezcan y esa especie de vientre que no existía y se insinuaba como si de pronto todos los alimentos pesaran en el cuerpo y quedaran en él para siempre.

Recordamos con Jorge B...nuestras niñeces sin admitir que no queríamos dejarlas.

Yo era el sueño de su vida pero él no era el mío. Sentirme querida por alguien feo me volvía fea. ¿Por qué?

¿Dios mío esa adolescencia turbia? ¡Sin orillas, sin resguardo! ¡Oh! Terrible adolescencia que en mi caso me llevaría a ser madre para postergar el vivirla más de veinte años después. Jorge B..., ¿dónde estás? Te volviste un médico famoso y compensaste tu falta de belleza física por un neto «savoir-faire» y hablaste en argentino «cheto». Yo, ¿sabes? Me fui lejos. Me casé a los 20 años. La iglesia, Nuestra Señora de las Victorias, estaba espléndida. Llegamos con mi padre una hora y media más tarde de lo previsto. En el último momento yo no quería ir a la iglesia, pero yo no lo sabía. Me dolía el estómago.

— Jorge, ¿te acordás?, ¿fuimos adolescentes paranoicos o sufrimos de una paranoia adolescente?

— No estuvimos locos, fuimos perseguidos para obligarnos a dejar la infancia pero no nos dijeron lo que debíamos hacer con esos cuerpos nuevos.

— Tu hermana también era fea, pero se había casado y tenía un hijo.

— Y vos te volviste linda con los años a fuerza de voluntad.

— No sólo a fuerza de voluntad, sino de sacrificios.

— ¿Qué sacrificios, si comías veinte medialunas en el desayuno?

— No hablo de comida, los otros sacrificios para compensar. Dormir en el suelo para no deprimirme, sintiendo el frío de las baldosas de mármol, así como la tibieza de la madera; además iba todos los días a misa y le pedía a Dios que me hiciera flaca.

— ¡Ay no, flaca no!

— Sí, yo quería ser lisa. Desgraciadamente todo era curvo en mí, al interior y al exterior, todo era horriblemente redondo. No imagino cosas rectas. Vos también eras redondo y fofo y tenías los pies planos y los hombros en tobogán y casi senos como yo. ¿Cómo pudimos soportar el espejo?

— La cuestión era mirarse de costado, sacando pecho.

— Yo no me miraba, o me miraba desde arriba. Me acuerdo de esas primeras sensaciones de belleza, cuando el sol se asentaba y las redondeces se veían como armónicas. El sol se daba la mano con la seducción. Es la primera vez que siento nostalgia de esa época.

— Yo también porque ni fui apto para los deportes, ni para gustarte a pesar de que hablábamos horas por teléfono.

— Sí, y vos me pedías que te dijera: «Te quiero», para saber cómo sonaba en mi boca, y yo te seguía el juego.

— ¿Cómo se llamaba el muchacho aquel que escribía canciones y te dedicó «viajera»?

— No me acuerdo, sólo recuerdo el nombre de la quinta de su tía Dora, donde nos reuníamos después de la playa en Miramar. Se llamaba Burukía. En fin, no se llamaba, se llama porque existe todavía y cada vez que paso delante se me estruja algo. Esa canción y otras marcaron mi vida.

— A mí también se me estruja algo. La iglesia de San Andrés, las misas de los domingos. Los sweaters anudados sobre el pecho, el viento del mar. Yo también deseaba algo y no sabía qué. Algo como la ternura.

— Sí, yo estaba bien andando a caballo, sintiendo el olor de su cuello sudado, el campo, y el vivero, y el mar, y la calle 26 y el cementerio, «un cementerio que mira al mar» como en el poema de Alfonsina Storni. Siempre hubo muy pocos muertos en Miramar.

— Claro porque la ciudad no es grande y en el campo hay otros cementerios; porque la gente va en verano y nadie se muere en verano y si se mueren como sólo son excepciones no hacen sino confirmar la regla.

— Además en esa época compartimos una pena enorme; sin causa, o tal vez con grandes causas. Yo quería que no te pegaras a mí para que los otros chicos se aproximaran.

— De todas maneras se aproximaban. Acordate las tardes en *Mickey*, comiendo pancakes con dulce de leche. Estabas vos; Eduardo, Alegría, yo y el otro chico, el hijo del profesor que vivía cerca de la iglesia y que una vez te llevó en el caño de la bicicleta para darte un beso. ¿Cómo se llamaba?

— ¡Ay, no me acuerdo del nombre!... Me acuerdo de su padre, había escrito libros sobre Alfonsina Storni. ¡Ah, sí. Bocha Forgioni, ese era su nombre!

— Ese mismo.

— Sí, pero si estaban todos rodeándome era porque yo era inteligente y sabía cosas.

— No, no era solamente por eso. ¿Te acordás de lo que una vez te dije?

— Sí, me acuerdo. ¡Fue una buena patada! Me dijiste: «Yo no sé que encanto vas a tener cuando pierdas tu inocencia.» Y bueno...no perdí la inocencia, ¡pero gané bien en encantos y vos no! No, en realidad sí. Ahora tenés muchos encantos; es por eso que tu madre y tu mujer me hacen un interrogatorio, por teléfono, cuando te llamo para saber cómo estás. Y eso no es frecuente, cada dos o tres años.

— A vos te gustaba Alegría, ¿no?

— Sí, pero vos estabas siempre colgado a mi. Una noche, para demostrarme que yo lo enceguecía con mis encantos, se puso el fósforo en la boca e iba a encenderlo con el cigarrillo. ¿Ves? de eso me acuerdo, me dio mucha risa. Pero mi drama fue Andrés Millán, ¿te acordás? ¡Era un muchacho bárbaro! Ahora pienso, pasando los años, que él no se animó a hablarme. ¡Pero, cómo sufrí! Pasaba delante de nuestro toldo con chicas de 18 años, que no comían dulce de leche, naturalmente, con trajes de baño de dos piezas y yo volvía a casa y sufría; sufría y hablaba sola.

— Claro, era la época de Otto Guerra y de la morocha alta, Fernícola, debían tener 22 años. Me parecían dioses.

— En esa época yo me acerqué a Cacho. Bueno, no fue exactamente la misma época, fue tres años más tarde; Cacho tenía veinticuatro y estaba terminando ingeniería; él podía aportarme un poco de olvido de Andrés Millán. ¡Imagínate cómo me hizo trabajar el famoso Andrés! me vestía solamente para percibirlo. Me ponía shorts y me quedaba de costado sobre la bicicleta, ¡para que por lo menos se fijara en mis piernas!

— Con Cacho tuviste casi un amor, es cierto, pero además Horacio Agote estaba enamorado de vos.

— Sí, pero con Horacio era de románticos, porque nos tirábamos en el pasto para meter la cabeza entre las campanillas azules; esas actitudes debían estar ligadas a las películas que veíamos.

— Claro, era la época en que se ponían un brizna de pasto entre los dientes.

— Una vez lo trajiste a Horacio, después de misa, a casa. Aunque estaba enamorado de mí, yo creo que debe haberse horrorizado de la cantidad de medialunas que me comí.

— Sí. ¡Ah! Recuerdo a otro chico, Rafa, que dijo de vos que era mejor vestirme que darte de comer.

— Toda esa gente de Miramar parecía mucho más fuerte que nosotros dos. Eran atléticos y nosotros intelectuales.

— Sí, vos más que yo.

— Tal vez, tal vez fue la familia. En casa nunca se habló de cosas sin importancia. Todavía no sé el precio de un kilo de papas. El cuerpo nos molestó mucho tanto a vos como a mí... ¡Hubiésemos sido tan felices sin cuerpo!

— Sí...

— ¿Sabés? Después de la fiesta de María Julia volvió a aparecer periódicamente la desesperación de la oralidad. Detestaba volver de Miramar a Buenos Aires, entonces recomenzaba a devorar, la piel del verano partía y además a los 17 años tuve el accidente de la moto.

— Sí, me acuerdo. Fue en la esquina de Burukía.

— Ese chico, el ingeniero de gas del Estado, fue quien me prestó la moto, una moto enorme que yo no sabía manejar. Fijate que eso ocurrió el 17 de enero y yo tenía 17 años y en la simbólica de los números el diecisiete representa la caída. Sólo ahora hago la conexión. Me pasó un caballo por delante y en vez de frenar, aceleré y me incrusté en el poste de la esquina de Burukía.

— Me acuerdo perfectamente. Fui yo con otros quienes te llevamos al hospital. Ese mismo día un tiburón tigre, perdido en el océano Atlántico, a causa de las experiencias atómicas en el atolón de Bikini, casi devora a un chico a setenta metros de nosotros. Mientras esperábamos que te hicieran

los puntos, oíamos sus quejidos; gracias a Dios que estaban allí los hermanos Finochietto, los mejores cirujanos de la época, y lo salvaron. Claro, perdió un brazo y la movilidad de una pierna.

— Y yo, con la moto no me maté; pero como si me hubiera matado porque ahí se terminó el verano. Acordate cómo tenía la cara en el lado derecho: ¡la mejilla, el mentón y la ceja desgarrados!... Llegamos a Buenos Aires y las costras fueron poco a poco cayendo, pero allí creo haber caído en la primera depresión de mi vida. No, tal vez no. Esa fue una depresión adolescente. Tal vez fue antes, cuando abuelo murió —quizás esa haya sido una depresión infantil. En fin, en ninguno de los casos tuve pena, pero sí, de alguna manera, el sentimiento de que todo se había terminado, tal vez consciencia de impotencia frente al accidente imprevisible; lo mismo que sentí cuando vi desaparecer en llamas mi arbolito de Navidad a los 6 años.

— ¿Te acordás de esa disección en el hospital Fernández? Tenías las cicatrices en la cara y yo pensé que te quedaban bien.

— ¡Uf, los hombres! Siempre piensan exactamente lo contrario de lo que una piensa de sí misma.

— Sí, te quedaban bien, con el color de tu piel, de tu pelo...

— De todas maneras para mí fueron horribles. Las cicatrices fueron más grandes adentro mío que afuera, y fue entonces que decidí casarme para enterrarme definitivamente.

— Y casi lo lograste.

— Sí, porque mi casamiento fue mi entierro. Sin embargo, como hay que morir para nacer, traté de hacerlo lo mejor posible: con gala y vivacidad. ¿Viste cómo adelgacé con ese casamiento?

— Ahora con el tiempo pienso que vos y yo estábamos locos. Tengo la impresión de haberte secundado para cumplir con el ritual del entierro de la adolescencia.

— Sí, fuimos cómplices como Antígona y Creón, si Antígona no sabía qué hacer con el cadáver del hermano muerto, nosotros tampoco con los cadáveres de los niños que habíamos dejado de habitar. Escribiste conmigo los sobres de invitación al matrimonio. ¿No sufriste haciéndolo?

— Sí, pero yo lo veía como un juego. No te creía capaz de casarte en plena adolescencia. ¿Por qué te casaste?

— Porque no me lo impidieron; nadie me puso límites.

— Pero vos, vos ¿Por qué lo hiciste?

— Ganas de vengarme de todos los que no me habían llevado al apunte.

— Y lo lograste. Yo mismo fui testigo de que la iglesia estaba llena de tus pretendientes, de chicos que sufrían. Podías haber elegido otro. ¿Por qué no?

— Por que no me lo impidieron. Porque él era el más fácil, el más débil, el más irresponsable, el más inconsciente. Por otra parte, creo haber escuchado en casa decir que no era necesario estar enamorado para casarse, que uno se enamoraba después. Escapando de la adolescencia entré directamente en la maternidad, sin haber pasado por ser mujer. Y vos Jorge, ¿por qué te casaste?

— Para escaparme de la cuestión. Te fuiste tan lejos que nadie supo nunca más de vos.

— Naturalmente, quise cortar con todo y me escondí en Córdoba, y borré toda memoria.

— ¿Y no te acordás más?

— Sí, me acuerdo de Andrés Millán, de Cacho, y del día que mi padre me dijo a los 18 años: «Decidite, no tenés una sola amiga mujer, estás rodeada de varones»; y lo peor es que yo no sabía por qué estaban alrededor mío.

— Sí, sabías muy bien que estaban completamente seducidos.

— Sí, pero pensaba que estaban equivocados o que a lo mejor estaban burlándose de mí. En fin, fue un desastre ese matrimonio, aunque haya durado veintitrés años y dado cuatro hijos.

— Ese matrimonio no dejará de existir nunca.

— No, jamás desaparecerá, porque está lleno de recuerdos; maravillosos algunos y otros horribles. No fue el amor lo que se degradó, fue lo que cambiamos cada uno. Compartimos una adolescencia, él fue completamente irresponsable y yo también. El hubiera necesitado una mujer autoritaria, una madre; y yo vivir en un ambiente que no fuera la bolsa de gatos que fue. Desde que me puse mi primer corpiño los que quedaron vivos en la bolsa, no hicieron sino esperar que yo

cometiera algún «error». Error que en esa época significaba perder la virginidad y venir embarazada. El ambiente era amenazante.

— Sí, yo lo sentía también en casa. Mi padre me dio una lección de moral y luego me envió a iniciarme con una prostituta; lo que no sucedió porque me gasté el dinero en libros. Pero esto de la iniciación ocurrió en casa de un amigo, cuando la madre se fue de vacaciones, con la muchacha que hacía la limpieza. No le pagué, pero le estoy agradecido, porque no me vio feo. De todas maneras yo supe siempre que sólo podría atraer por mi inteligencia, a través de una carrera brillante.

— ¿Lo decís con pena?

— No, ahora no, porque fue mi fealdad la que me obligó a embellecerme por dentro y a veces me doy cuenta que ese esfuerzo que los dos hemos compartido, para llegar a ser también físicamente lindos, nos ha puesto en una situación de superioridad con respecto a aquellos que – bellos en la adolescencia y en la primera juventud– se abandonaron.

— ¡Creo que lo que nos salvó a los dos fue la dignidad!

— Hablás como *Mafalda*.

ROSTROS Y PRESAGIOS

Hugo. Alférez de aviación. Estuvo presente en la fiesta de mis 15 años. Nos cruzamos cartas llenas de intensidad y de presagios. Hugo me había escrito un poema sobre su muerte, y al año siguiente su avión se estrelló en las afueras de Buenos Aires, mientras hacía maniobras con cadetes del último año de aviación.

Jamás olvidaré la casa de Hugo Agostinelli; la espléndida casa en Olivos, con hierbas olorosas y un ceibo que se evocaría doblemente: como flor nacional y como homenaje al recuerdo de esos muchachos de la Escuela de aviación, que en noches tibias de la gran casa tocaban la guitarra y cantaban *Anahí*, la historia del martirio de la reina india cuyo cuerpo al quemarse se convirtió en ceibo en flor y cuyo texto dice:

*Anahí,
Las arpas dolientes
hoy lloran arpegios que son para tí.
Anahí,
¿Recuerdan acaso tu inmensa bravura
Reina guaraní?
Defendiendo altiva tu indómita tribu
fuiste prisionera
y cuando tu cuerpo se estaba quemando
en roja corola se fue transformando
y el alba asombrada miró tu martirio
hecho ceibo en flor.*

Hugo se extinguió como en su poema, cuyo último verso decía: «Y alguien me llorará sin decir mi nombre, porque ya no seré yo.» Sí, yo estaba allí llorándolo, sin poder reivindicarlo como «el amado», porque tenía novia, y yo no era sino su amiga, seis años más joven, pero su amiga y su atenta escucha, porque yo sabía de sus angustias, de sus alegrías, de sus premoniciones.

Las cartas de Hugo no desaparecerán jamás. Mi madre en su indomable curiosidad solía leerlo todo; pero esas cartas las dejó cuidadosamente dobladas, y hoy están en una caja, en el guardamuebles, en Buenos Aires.

Lo velaron en la casa grande de Olivos. Sus compañeros, los que días antes cantaran *Anahí*, hacían guardia, de a cuatro, en torno de su féretro. La naturaleza seguía siendo exuberante al exterior. Al interior unos padres lloraban y también una novia que bien pronto se consolaría. No lo vi muerto, lo recuerdo vivo, tenía unos lindos ojos verdes y era muy apacible. En mí, tal como entonces, cuarenta años después, es otro de los rostros que me presentara el amor.

1950

Los ecos de las canciones desaparecen en el encantamiento del año 1950, donde todo parece proponerse a la adolescente, desde ese primer verano en el mar, con categoría de adulta, cierta esbeltez y una indescifrable pasión por el mar que nunca cesaría.

*Mar cruel y seguro
cuna de la vida, cuna del hombre;
única madre verdadera
de la que todo emerge y en la cual
todo, es inconsciente.*

Todo el mundo cumplía 15 años en 1950, que fue antes que nada el año del Libertador, general San Martín. El 17 de agosto con Emilce fueron al cine a ver *Manon*, una película francesa con Cécile Aubrí; una versión moderna de *Manon Lescaut* del Abate Prevost. Ese filme marcó su vida. El amor de Roberto por Manon, cuando después de haber luchado para conservarla para sí, sólo logra guardarla después de la muerte y amarla muerta, la estremeció. Pero era normal que ese tema la conmoviera, nada hay más trágico que la adolescencia: se abandona la infancia y es una muerte; una de las más terribles, acompañada de presagios y de obligaciones de continuar la especie, de engendrar, de desgarrarse, de dar a luz y dando a luz, dar la vida y también la muerte. La madurez del cuerpo se manifiesta en ese serie de presagios, de emociones contenidas, de deseos indescifrables, sin objeto conocido.

Una tarde de agosto, Amparo Granda, que había sido para ella como una segunda madre –una madre no sorda que tejía frente a la chimenea– festejó, con gran osadía, la postura del techo de un edificio de departamentos, que había hecho construir en la calle Monroe y Cuba. Allí conoció a los padres de Sarita. Les encantó con su manera fácil de abordar a los adultos, y ellos la invitaron a la fiesta de 15 años de su hija, a quien ella no conocía. La celebración tendría lugar el 30 de diciembre.

Ese año murió Bernard Shaw, Inglaterra reconoció el régimen comunista chino, mientras Estados Unidos amenazaba con utilizar la bomba atómica para terminar con la guerra de Corea. En Argentina no pasaron muchas cosas, fue un año como todos, con un gran malestar político. Perón se desprestigió, Eva tuvo toda la fuerza en sus manos y la inscripción al partido peronista se hizo imprescindible para poder trabajar.

Llegó el 30 de diciembre. En el comedor de la entrada de la casa de Olivos le presentaron a Santiago. Ella no sabía si era lindo o feo, pero tenía una voz profunda, como si viniera de las tripas, y una mirada que siempre se fugaba y que la obligaba a querer capturarla. Ella contaría el encuentro diciendo que una cierta voz en su interior le dijo: «He ahí tu destino», y que sólo había tenido la imagen de un arco voltaico. No bailaron. Hablaron horas y horas en el hall de la entrada, casi en la penumbra.

Como ella había nacido para ser testigo, lo escuchó como lo escucharía toda su vida. Resumiendo, su vida parecía ser muy difícil. Si bien era el mejor alumno de la promoción ochenta de la marina, su drama estaba constituido por una madre autoritaria y posesiva y un padre excelente, pero ausente; un hermano once años mayor que se había ido de la casa escapándose por los techos y al que pocas veces volvió a ver porque detestaba a su madre y huía de ella. La noche anterior parecía que habían tenido una discusión muy seria. Todo en el interior de ese muchacho estaba teñido de drama, y la adolescente se conmovió tanto que de sus tripas emergió el abuelo, fuertemente decidido a salvar a esa alma sufriente y encadenada a las miserias de una vida difícil.

Su hermano tarambana, sin embargo, parecía estar muy bien calificado para ganarse la vida; además se había casado con Isabel, mujer de fortuna, con tierras en la provincia de Buenos Aires,

familia de criadores de caballos de carreras.

Esa noche fue fascinante, ella se dejó embriagar, identificada a una imagen redentora de ella misma; como si por primera vez sintiera que podía ser útil a alguien. Esa noche lo adoptó, hasta que la muerte los separase.

Lila y Jorge fueron a buscarla a esa fiesta. Santiago conquistó a Lila y tal vez en un principio también a Jorge, pero no por mucho tiempo porque Jorge vio en ese muchacho de 20 años a alguien que aún queriéndolo, no podía decir la verdad. Al día siguiente: el 31 de diciembre ese grupo de jóvenes, que se habían conocido en casa de Sarita –incluida esta última que estaba comprometida oficialmente con Hector Romero– pasearon a todo lo largo de la costanera hasta el centro de la ciudad, para ir a escuchar en *Sagaró* a René Cospito. Ella recordaría ese piano blanco y *Tea for two* (*for me, for us...*)

No está claro que haya sido del orden del embrujo, sino de la felicidad de compartir, con gentes de su edad, experiencia que no había conocido nunca antes porque en su mundo de adultos recalcitrantes los jóvenes no tenían cabida como antes tampoco tuvieron cabida otros niños aparte de ella. Los muchachos aparecieron esa noche, ligados al uniforme azul de la marina. Romanticismo; sabor a dolor como en el puente de Waterloo, porque ellos partían cada domingo en la noche y volvían cada sábado o viernes en la noche. La suspensión creaba misterio y el misterio fantasía y empezaron a escribirse con Santiago, desde ese día, dos cartas por semana.

No fue del orden del embrujo, aunque en el almuerzo del 1º de enero de 1951, su padre le hizo una broma acerca de con quién se casaría y ella golpeó la mesa diciendo: «Me caso con Santiago o no me caso con nadie.» No, había demasiado romanticismo: el de ella misma, el de Lila, el del «tren expreso»; el de los poemas de Espronceda. No fue del orden del embrujo pero tal vez sí de la curiosidad, un ensayo de ser grande. No, no fue del orden del embrujo, pero desde siempre supo que ese era un rostro que aunque doloroso, definitivo del amor aún cuando con el tiempo pudiera volverse doloroso.

1951

No fue del orden del embrujo porque ella se fue a Miramar y muy pronto supo que él, que estaba en Mar del Plata, a cincuenta kilómetros, salía con una chica de su mismo colegio: Coca Rossi. Estaba un año más avanzada que ella en el maldito colegio. Fue Lila quien los vio en Mar del Plata, porque naturalmente a Miramar las cartas de escritura perfecta dejaron de llegar.

No fue del orden del embrujo, pero algo pasó cuando recomenzaron las clases en el maldito colegio. Durante los cuatro días de retiro espiritual, mientras escuchaba el discurso sin piedad del sacerdote, para quien sólo parecía existir el pecado de la carne, detrás de ella, exactamente detrás, estaba Coca Rossi. Esa presencia la volvió extraña y cavilosa. Las luces de la capilla abarrotada de niñas parecían más tenues, los uniformes más sobrios, casi austeros. Las niñas no se podían quedar quietas ni siquiera en el retiro espiritual. ¿Empezaron entonces a jugar a hacer comparaciones? A su izquierda Susi Ferrari y a su derecha María Julia que comparaban los ojos de Coca con los de ella; indagaban quién tenía más lindas manos, más lindo cuerpo.

No fue del orden del embrujo sino tal vez de la competencia; y la ganó. Coca Rossi no existió más, y él vino a buscarla a la puerta del colegio. Tal vez el amor haya nacido después; lo que parecía haber emergido en un primer tiempo fue una voluntad de ganar que no ahogó para nada su papel de salvadora, porque siguió siéndolo. Se acostumbró incluso a llamar a la madre de Santiago para pedir perdón por su hijo y rogarle que hicieran las paces.

Todo esto pasó en el año 1951. Un día fueron a ver *Zapatillas rojas*, una vista con Margot Fontaine y Rudolph Nureiev. Era un grupo de doce adolescentes, con una madre que los acompañaba. En el cine Ideal de la avenida Maipú, ella esperando que él le dijera cosas; y él esperando que ella le abriera las puertas para poder decirle cosas. No se tocaran ni una mano; pero eso no impediría que fuera el hombre final del antejardín y el padre del nieto de Lila y Jorge.

Fue extraño ese 1951. Año de avanzada, dado el nacimiento del primer partido femenino de Argentina, la rama femenina del partido peronista. Por siempre se diría que si Perón subió al poder fue gracias a Eva y a las mujeres argentinas. Perón les dio un status y un sentido, más allá del papel de amas de casa. La mujer aparece verdaderamente en su rol político gracias a Perón; aunque la mujer argentina nunca estuvo realmente sometida. Había obreras en la clase baja, amas de casa en la clase media y princesas y profesionales en la clase alta, estas últimas no muy frecuentemente identificables en la época. Perón y Evita fueron candidatos a la presidencia y vice-presidencia respectivamente, pero aunque Eva ganó, renunció tres días después siendo reemplazada por Quijano. Quizás haya renunciado porque su enfermedad estaba ya avanzada.

Las relaciones con Santiago no cambiaron mucho. Se daban en un ambiente de cortesía, tal vez con excesivo calor por parte de ella que se veía siempre frustrada por la impermeabilidad de Santiago. El sería siempre «la estrella», «la vedette».

Jorge y Lila organizaban reuniones todos los sábados, y la casa grande se llenaba con los amigos de Santiago y sus novias. De esa manera todo estaba bajo control. Jorge quería casarla rápido, y Lila debía tener demasiados deseos de estar sola con Jorge y de regresar a su pasión como para dejarse molestar por esa adolescente mal vista por todos los adultos de la familia porque comenzaba a tener formas de mujer. Lila no tenía tiempo para salir de ella misma, ni ganas de ir más allá de su relación con Jorge. Haidé venía una vez por semana y María se eclipsaba en la cocina. Había la misma alegría de antes, pero a la adolescente se le estrujaba el corazón por la nostalgia de saber que partiría un día. Nostalgia futura, decirse a ella misma: «¡No te dejés sentir demasiado, tenés que irte y lo más rápido posible!»

Era el 13 de noviembre. Se despertó completamente alterada simplemente por un sueño; un sueño que vino a clavarse en su alma. Se levantó con pena, y la pena la acompañó como un duelo pesado hasta la cocina grande; estrujó su garganta por la cual ni el café con leche ni las medialunas

podieron abrirse paso. Y más allá aún la acompañó el sueño, en esa mañana soleada, hasta el antejardín. Su naranjo muy pronto cumpliría 16 años y embalsamaría con el perfume de sus azahares las reuniones de los jóvenes que podrían entonces hacerse en el exterior de la casa.

En su sueño había una isla y en ella un mausoleo en ágata, dorada, amarilla, sólo descriptible por referencia al conocimiento de una ágata dorada. Estrías oscuras, belleza espectacular. Era tal vez el anochecer y ciertas luces de la costa metían pinceladas en el agua que se movía ligeramente. Santiago estaba muy enfermo. En su cara había manchas blancas, una especie de lepra que lo volvía intocable. Ella lo acompañó hasta la isla, incluso entró con él, en el mausoleo, pero luego se fue, porque ella no estaba muerta como él. Cerró la puerta detrás de ella y con pánico trató de escapar por un estrecho corredor primero por una puerta de vaivén luego. Santiago la siguió llamándola y ella siguió escapándose y esperando que él no la tocara. Logró huir. La última imagen del sueño fue una puerta de vaivén y el rostro de él manchado de blanco. El quiso retenerla, pero ella se lanzó en el agua oscura que rodeaba la isla y nadó desesperadamente sin volver la cabeza.

¡Sueño inexplicable! Sólo cuarenta años después comprendió en ese sueño el anuncio de algo de la muerte de Santiago. Desde el comienzo éste sueño parecía estar indicando inconscientemente la imposibilidad de terminar un proyecto juntos con él. No se trataba de la muerte en sí, sino de algo del orden de la muerte, de la destrucción, de la impotencia; algo que los dos llevaban en sí mismos como un legado ancestral, maldito y arcaico, y que los atraía recíprocamente con la potencia de un imán. Pero ese algo mismo impediría, por falta de resolución, romper ese lazo milenario mucho más trágico y pesado que la muerte misma. Ellos no podrían jamás resolver ese misterio juntos, ni tampoco separados. El misterio quedaría allí, suspendido, como la vida se suspendió ese 13 de noviembre en el sin-tiempo del inconsciente. La imagen reveladora intentó establecer un hito para la comprensión.

Ella nunca había tenido miedo; porque el lobo y las armaduras sirven naturalmente para llevar afuera las angustias de los niños; son útiles para que éstas no los devoren. Un lobo en la noche da miedo, pero es mejor que esté afuera y no adentro, y una armadura vacía es mejor ponerla afuera y no arruinarla en el pozo de la memoria. Allí se carga de fantasmas, de guerreros ancestrales que tal vez se pudrieron al interior de esos caparazones sin manifestar jamás que estaban muertos y que habían sufrido como seres humanos.

Ella nunca había tenido miedo; ni en la agonía de su abuelo ni en el descubrimiento prematuro de la muerte. Pero la intuición de la precariedad la llevó a sentir urgentes deseos físicos y emocionales de Santiago. ¡Posesión, penetración, protección! Deseo de un lazo indestructible más allá del miedo, de la creación de un sin-tiempo por la magia del deseo mismo. Ella nunca sabría si él la había amado, pero ella si lo quiso.

Las horas de ese 13 de noviembre pasaron muy lentamente. Ella apoyaba la espalda contra la medianera del jardín que daba al corralón –el mismo a donde irían a parar los objetos de arte cuando la invasión del bárbaro– tal vez el muro frío producía en ella una sensación de protección más allá de la fragilidad de la carne. Estaba allí indefensa, moviendo la cabeza de izquierda a derecha y diciéndose: «¡No! Los sueños son cuentos, no pueden ser todos bellos, no tienen razón de ser.» La idea de haber comido mucho la noche anterior no cabía porque el régimen seguía; menos duro pero régimen al fin.

Se recuperó al anochecer porque en la adolescencia los sueños y la realidad se mezclan; y el canto y la risa borran las sombras. Se recuperó, pero tuvo la intuición cabal e irreductible de un fracaso y una impotencia que la acompañarían de por vida. De todas maneras ella había logrado escapar del volcán de la muerte, de la peste, del silencio y de las puertas selladas de una tumba –aunque ésta fuera de rico mármol– no habían logrado cortar su pulsión hacia la vida, más allá de la puerta de vaivén.

CARTAS PÓSTUMAS A MI ABUELO

Querido abuelo:

Bibí Ángel exactamente: fuiste el primero en partir de casa llevándote una imagen más o menos precisa y humana de los personajes que habitaron y cohabitaron Iberá, Buenos Aires, Miramar, Italia, Europa, la Tierra.

De mi parte, cincuenta y tres años después, quiero contarte como veo los personajes que dejaste. Te hablaré de mí, más tarde. Supe que te fuiste teniendo inmensa confianza en Dios, porque él podía reemplazarte y hacerse cargo de mí. Las noches de invierno siempre fueron frías en la inmensa casa de Iberá; incluso si había cada veinte o treinta metros un corazón ardiente de amor o de odio, que calentaba la casa.

Fue una última tarde del mes de abril que fuimos vos y yo juntos con mi triciclo a ver las gallinitas de la calle Ciudad de la Paz a la hora de la siesta. Todos pensaban en casa que nosotros dormíamos, pero nos habíamos ido a ver las gallinitas. La abuela nos descubrió cuando volvíamos y me acusó de haberte hecho correr detrás de mi triciclo. Salió espantada, nos estaba esperando en el antejardín y me dijo: «Tu abuelo está enfermo, lo vas a matar.» ¿Ves mi querido cómo después de tantos años me atrevo a entrar en esa frase tajante y terrible que me rindió responsable, culpable a los 4 años; cuando otros niños tal vez menos afortunados que yo, aprenden a esa edad que hay noches y días, que hay oscuridad, luz, agua, veranos e inviernos, canto, juego, alegría, risa?

Yo, entre todos estos personajes adultos, aprendí prematuramente; y también prematuramente, me encontré frente a la responsabilidad, frente a la prolongación de la vida o a su truncamiento, llamado por los adultos: «Muerte.»

Para subir a tu cama debía trepar dos escalones. En la penumbra de las siestas de Iberá, entraba por el cuarto de vestir a tu dormitorio. Y para saber si respirabas, aproximaba mi cara hasta casi tocar tus bigotes. El rito se repitió, hasta que se cortó, porque te fuiste, el 31 de julio de 1939.

Jorge, mi padre, me tomó en sus brazos y me puso muy alto sobre tu cama, porque tus hijos y tus nueras te rodeaban. Los ecos de tus estertores agónicos vuelven en éste instante a partir de mis entrañas, en una cierta dimensión del sonido, que sólo se parece a los incontenibles gritos del parto. Mi padre me dijo «Decile adiós a tu abuelo». Mi madre y mis tíos se indignaron porque según ellos no era justo enfrentar a un niño con la agonía de la muerte. Pero tu última mirada fue para mí; y te agradezco que me hayas enseñado la eternidad, más allá de la sensación de la vida al interior de un cuerpo físico.

Dejé correr a esa gente. Viví mi duelo a mi manera: daba vueltas interminables entre las dos puertas del cuarto de vestir. Entraba por la una y salía por la otra. El ritual de la respiración fue reemplazado por el ritual del círculo. Y a ese respecto comprendo, tantos años después el valor simbólico del gesto: Jung respondió a Serrano que «el sí mismo es un centro que está en todas partes de un círculo que no está en ninguna parte».

¿Sabés? El hecho de haber vivido entre los grandes no fue tan trágico en mi caso. Los amé, los toleré, me volvía voluntariamente mala para verlos reaccionar, comprendía los cambios de las miradas, me volvía dulce para colmarlos de ternura cuando caían frágiles en sus estados de orfandad profunda. Sí abuelo, desde que te fuiste fui madre.

Te habrás dado cuenta que nunca te juzgué mal, ni te dije que me habías abandonado. Porque abuelo, yo sé que no me has abandonado. A través del tiempo considero que tu generosidad excesiva es tal vez un defecto que yo también llevo sobre mis espaldas.

Te empecé a escribir el 28 de julio; y continúo hoy casi cuatro meses después. Muchas cosas pasaron en estos últimos tiempos. Los signos de tu presencia son tan evidentes que negarlos sería aceptar la debilidad de la falta de creencia. Es un domingo, como tantos; en la iglesia de Sainte-Jeanne-de-Chantal, después de la misa el cura párroco anuncia las misas de toda la semana a las

doce y quince. Hay algo en mi interior en trance de mutación, un sentimiento de la índole de la nostalgia, de la partida, sensación de lo irremediable, y te busco. Te busco como no supieron buscarte tus hijos, tus nueras, ese mundo materialista y manipulador en el que no podrías incluir ni a mi padre ni a mí, y tal vez tampoco a tía Haidé, la mujer de tu hijo Edmundo ni a tu pobre hija sorda, mi madre, que yo tanto amo.

Tuviste la culpa profunda de pensar que eras responsable de la vida de todos; tanto de los pobres, de los que no tenían casa, como de los que no creían en Dios. Te fuiste dando. Después de tu partida todo se volvió sombrío y comenzó una guerra –nada fría por cierto– entre los herederos. ¡Cuánto se odiaron entre la hora del almuerzo y la hora de la comida! ¡Cómo se desgarraban cada vez que se daban vuelta la espalda! Mientras que tu herencia, la que verdaderamente valorabas –tus mensajes, tus libros, tus creencias– casi se la devoraron los cuervos. Y digo casi porque algo, y sin saberlo, yo pude retener. Es natural porque fui engendrada por tus oraciones diarias. Guardo, en mi cuerpo, el recuerdo de tus brazos sosteniéndome. Muchas veces tuve el sentimiento –en momentos fugaces, cuando alguien me tomaba entre sus brazos– de algo ya conocido. Una especie de gloria, una paz, un abandono... Me marcaste para siempre y sé hacer confianza.

Hace un tiempo te dibujé con una capa, partiendo; y abajo puse una leyenda que decía: «Se fue dejando a su hija y a su nieta sin decirles qué debía hacerse con la vida.» Sí, porque te fuiste sin dejar instrucciones, y te estuve buscando en ese círculo trazado por mi cuerpo entre esas dos puertas del cuarto de vestir durante años de luchar por encontrarte para solo hallarme a mi misma, lo que es mucho decir y muy difícil, pero en mi estás vos registrado, imborrable y te quiero mucho. Después de tu partida fui un peso para todos. Si habías rezado para que yo naciera, ¿por qué no me llevaste con vos librándolos de esa responsabilidad que les complicaba terriblemente la vida? Cuando te fuiste, me abandonaron. Había, claro, los cuidados mínimos que uno dispensa a sus perros. Comía con mi padre; pero él no era ni mujer, ni sensible a las necesidades de una niña. Y mi madre, sorda perdida, flotando en sus imaginaciones, sin maldad, pero con una tal falta de carácter que vivió como una oveja toda su vida. ¿Extraña tu hija, eh? Yo diría que fue la mujer de mi padre a escondidas; que su peor deshonor ha sido parir un hijo delante de los ojos críticos y los cuerpos estériles de algunas de las mujeres de mi familia que siempre –por lo menos en apariencia– renegaron todo placer sexual. Tu hija pasó demasiado tiempo disimulando su placer y las miradas apasionadas que dirigía a mi padre, como para considerar mis necesidades mínimas. La higiene física y moral me faltaron en gran parte. Es increíble cómo en un instante me veo pequeña, pequeñísima. Estoy en el jardín cerca de la puerta del comedor de diario. Algo de tu contacto existe todavía en esa imagen: los brazos redonditos, el pelo corto y sonriendo. Nada que ver con esa otra niña de una foto de familia: ni siquiera 5 años, flaquísima, un rictus de tristeza. Entre las dos sólo hay como denominador común el triciclo.

Una vez teníamos un obrero en casa, que trabajaba construyendo un nuevo pabellón en el fondo del jardín y yo lo apreciaba como si fuera un rey mago, porque él me hablaba y me pelaba mandarinas. Las mandarinas están ligadas a manos rugosas; el olor de las mandarinas del que habla Boris Pasternak, está para mí relacionado con la rusticidad, con la tristeza, con el vacío de una casa grande. Vacío, cuarto de vestir, muerte, abuelo, negro, cajón, muerte, madera, armarios, fuego, frío, perros, pulgas, María, ¡María Calegari! abriéndose como una luz fantástica, como Cenicienta mágicamente alumbrada por las hadas en el fondo de la cocina de la casa grande...

Es cierto, me olvidaba de María Calegari, cuando enumeré a aquellos que guardamos tu mensaje debí haber comenzado por ella, pues fue ella quien me transmitió la parte de tu mensaje que, por las limitaciones de mi edad y de mi condición de niña, no pude integrar cuando partiste.

En fin, no puedes decir que fui inactiva, porque los odié, los odio, los odiaré. Yo no fui deseada sino por vos, pero fui juzgada por todos, menos por vos. ¡Cómo mintieron! Nadie me quiso verdaderamente porque mi triunfo, en apariencia deseado, era el triunfo de mi padre; y él era el buque emisario de las frustraciones al interior de cada uno de los otros.

Es verdad, mi padre no fue sino un bárbaro que trató de destruir, como reacción natural todo lo que se oponía a su presencia en ese mundo. Fiel a sus valores había construido un muro de defensas

casi paranoico. No lo defiendo. Lo veo, infatigable, luchar contra las fragilidades de todos y asumir la responsabilidad de cargar sobre sus espaldas la mediocridad, disfrazada de pretensión, de los otros. Siento a mi padre despreciado. Pero ¿Quién me llevó a decirte adiós cuando partías? ¿Quién llevó llorando el perro de mi abuela a verla cuando ella también partió? ¿Quién estuvo sólo y nunca reclamó un cómplice? Mi padre, mi papá, mi papá.

Ese mundo de familia en torno mío fue trágico. Yo los llamaría los «calienta-cabezas». Mi padre me pegó una sola vez en su vida. Fue el 28 de febrero, en Miramar, cuando tenía 16 años. Todo el complot se desarrolló simplemente y terminó con la cachetada que papá descargó sobre mí, con la furia concentrada de años de frustración.

El 27 de febrero de ese año asistíamos con María Julia a una reunión de amigos en Miramar hacia el atardecer. La casa se llamaba Burukía. En esos inmensos jardines perdí a María Julia. Creí que había partido y me hice acompañar por uno de los chicos que estaban conmigo en la reunión. Nos quedamos charlando en la puerta de «*Villa los Ángeles*» y nos despedimos amigablemente, con un beso de 16 años. ¿Quién podía imaginar que la bestia colectiva, escondida detrás de las cortinas, estaba observando la escena con ojos de 40 años frustrados?

Las bestias calentaron el cerebro de mi madre, dado que sus oídos estaban sordos; y mi madre, al alba, calentó los oídos de mi padre contando los detalles de la escena tortuosa y sexuada vivida por mí, y mi joven amigo, en la puerta de la casa. «*Villa los Ángeles*», así se llamaba la casa de Miramar; sólo tu suprema ingenuidad, pudo crear un tal nombre para designar un nido de víboras. Ya sé, tal vez por cuestiones de familia. Te llamabas Ángel, tu hijo mayor Ángel Edmundo, yo me llamé Ángela y, reconozco haberme convertido en tu cómplice, el día que llamé a mi tercer hijo Ángel. Graciosamente la historia se corta en esta nueva generación porque ellos son menos ingenuos, pero cada uno carga a su manera una parte de mis reclamaciones, de mis odios, y de mi necesidad profunda de reivindicar.

Esta putrefacción de la cual te estoy hablando es todavía más profunda. Tenía 14 años y con Fernando, tu cuarto hijo, casado con Andrea –la tía francesa– recitábamos «Cicerón» y declinábamos adjetivos, todo ello en latín. Las bestias perversas transmitieron al día siguiente, al cerebro de mi madre, que yo provocaba al tío Fernando y que la tía Andrea estaba desesperadamente celosa. Naturalmente, el mensaje no llegó a mi padre, ni fue él quien me comunicó la historia; de haberlo sabido, él los hubiera puesto en su lugar, no sin violencia.

El refinamiento de la bestia hidrofóbica familiar habría de manifestarse más tarde en la vida, cuando a fuerza de querer provocarme y destruirme, sólo lograba engordarme y hacerme dar un paso más hacia un camino que no se pareciese al de ninguno de ellos. No pudieron proyectar sobre mí sus éxitos, porque no los tuvieron. Les diste demasiado. De ese mundo extraño hay, naturalmente, muchas cosas rescatables: Papá, tía, yo... Papá trabajaba, tía cocinaba, yo aprendía tempranamente a minimizar los golpes; y crecía, sin belleza pero con fuerza, en un mundo hostil que aparentemente no era sino una caja de cristal y oro que se mostraba ante los ojos de terceros como ideal para hacer de mí una triunfadora en el sentido más amplio de la palabra.

Lo que más me costó en la vida fue defender a mis hijos de esa influencia nefasta. Yo no debería ni haberme casado ni haber tenido hijos; porque todo lo que hice fue sistemáticamente boicoteado. Es decir, que lo que no pudieron destruir en mí, lo proyectaban sobre mi obra, y en ese caso con mucho más éxito de lo que yo esperaba.

Bien, te encontré; te encuentro cada día en la misa, porque ya no es tiempo de simulaciones. El peso de mis responsabilidades es casi tan grande como mi capacidad de asumirlas. Me quité los zapatos de grande y volví a vestir las humildes zapatillas de mi niñez; de cuando a tus pies jugaba en el jardín mientras me mirabas incansablemente con ternura. Voy todos los días, me arrodillo, escucho el Eclesiastés, las cartas de san Pablo Apóstol y el Evangelio. Me abandono y las imágenes vienen a mí, con fuerza de presencia. Y pido, pido humildemente abundancia, abundancia del corazón, y trato de entenderte, pero también de ponerme límites. Porque si yo hubiera sido Jesucristo, en lugar de haberme «abandonado voluntariamente a la pasión» me hubiera escapado subrepticamente por la puesta de atrás, para tomar el primer avión hacia un mundo donde la gente

estuviera mejor preparada para recibir y comprender el mensaje. Jamás me someteré voluntariamente a la pasión.

¡Creo, en fin, que Dios se ha hecho cargo de mí!

* * *

Querido abuelo:

Hoy es 6 de noviembre. Hubiera querido terminar de decirte cosas pero no creo que fuera justa mi acusación, acerca de que no nos dejaste instrucciones antes de partir. El mensaje que nos pasaste fue completo. Sólo que debo hundirme en el tiempo buscando. A medida que te cuento cosas aparecen otras y otras. Estoy frente a un pozo profundísimo y creo que hacia los 20 años, como no pude concluir de comprender nuestra historia, preferí cerrar el capítulo. Pero no por eso te olvidé en la confidencia, y no hace mucho tiempo encontré una manera de acceder al misterio. Me abandoné a dejar venir y fue tu presencia la que se fue imponiendo. Fue en la misa, cuando se habla de rezar por nuestros hermanos que partieron creyendo en la resurrección; el mensaje parecía vago al comienzo, sobre ese telón sombrío de no querer saber, pero luego comencé a sonreír ante el recuerdo de los rostros de la familia, hasta que apareciste vos, vos sonriendo. El asunto de la resurrección de los que partieron creyendo en ella parecía una utopía. Pero de pronto, accediendo al mensaje que pasaste en mí, la resurrección se hizo evidente y con ella también, la trama de tus ideas.

No te veo nunca de rodillas, te percibo sin alucinar, extendido sobre tu costado izquierdo, la espalda cómodamente apoyada en el respaldar de una silla larga, en tu mundo. Ahora comprendo por qué nos dejaste sin instrucciones, estabas seguro de poder seguir protegiéndonos aunque de otra forma, desde ese mundo que no puedo ver, pero desde el cual sí podés verme. No solamente sabías a dónde ibas sino que te fuiste tranquilo, habiendo hecho lo posible.

Tu hija Lila, vive en un silencio apacible donde se confunden pasado, presente, futuro. Ella parece haber comprendido que el hombre esta constituido por dos naturalezas: la carnal efímera y precaria y la otra del ser eterno esencial. Personalmente así lo experimenté hace cinco días. Ella no está ni alienada ni preocupada. Siento en ella esa metanoia de quien vive sus dos naturalezas sin necesidad de reflexionarlas. Estuve en Buenos Aires, donde ella habita, en la calle Sucre al 1800 en barrancas de Belgrano. Verde, parques, edificios altísimos, lujo...

Era verano, el 8 de diciembre fue el día de la Virgen. Yo pensé, dada la multitud que esperaba la comunión que jamás la recibiría de manos del obispo. La iglesia de la Inmaculada Concepción, en el corazón aristocrático de Belgrano, resultó demasiado pequeña para festejar a su patrona. Yo había llegado muy temprano, tomé mi lugar en el primer banco frente a ese virgen embarazada –porque lo estuvo, y ello prueba que era humana– elevada a la gloria en el misterio espiritual y material de ser madre.

Pronto llegó una numerosa comitiva, la iglesia empezó a vaciarse: yo estaba en mi lugar, con los ojos cerrados, sin rezar, escuchando el silencio al interior de mí misma. Entonces por el alto parlante el sacerdote informó que la misa se realizaría sobre el costado de la plaza de juegos; abrí los ojos sobresaltada. Cuando salí buscando un lugar en ése improvisado oratorio, percibí una multitud de más de seiscientas personas ya reunidas. ¿Habría sido así el *Sermón de la Montaña*? En el corredor exterior, circular habían puesto una barrera y no sé cómo me deslice hasta ella. Los preladados y altos mandatarios de la Iglesia formaban un maravilloso cuadro colonial, que se conjugaba con los jazmines y las flores que perfumaban desde los balcones el ambiente. Veía, a dos metros de distancia, la espalda y la mitra del obispo. Al final, cerré los ojos y me hundí profundamente en mí misma, pensando que, curiosamente, los últimos son los primeros porque aunque fuese de espaldas, los ministros de Dios estaban cerca mío. Así me encontraba, la misa avanzaba, mi presencia silenciosa estaba en todo: en Dios, en vos, en mi vocesita interior que susurraba «nunca será el obispo quien te dará la comunión.» Más de seiscientas personas, un silencio eterno; el mismo que debe haber constituido todas las ceremonias en todas las épocas; una ofrenda real del cuerpo que se sumerge en su esencia.

Mis manos estaban cerradas en plegaria sobre la barrera. Alguien me tocó la mano, abrí los ojos como viniendo de la eternidad y era el obispo: yo fui la segunda, en esa multitud, en recibir la comunión de manos del obispo.

Estabas ahí, vos lo sabés, y frente a mi posición humilde la respuesta llegó. Fuimos todos presencia: los ancestros, yo como eslabón de una cadena, mis hijos, mis nietos, tus tataranietos. La multitud se fue disolviendo tal como se había formado. En silencio descendí las pocas cuerdas que distaban hasta la casa de Lila, para comunicarle por mi presencia, la destrucción de ese muro que nos había separado tanto tiempo.

Hay cuestiones ante las cuales me hacen falta palabras para describir la vivencia; es más, parece imposible que tales acontecimientos puedan ser comunicados...

* * *

Belgrano, mi paso leve, mi pensamiento flotante, enganchado en una estrella. Lujuria de verano en Buenos Aires; barrio viejo, casas grandes, sensualidad incluso en la hoja caída. La noche llegaba lentamente, como siempre en Buenos Aires al final de la primavera. Mi presencia ocupaba un enorme espacio, que constelaba pasado-presente-futuro.

Mamá estaba acostada cuando llegué. La luz de su mesa estaba encendida. Dormía apaciblemente. Sentada a su lado la miré largo rato; pensando que un día tal vez la vería así, apaciblemente partiendo de su cuerpo. Esa imagen no me confundió, la acepté; porque supe que en ese momento ella estaba sumergida en esa segunda naturaleza. Los budistas dicen que la muerte y el sueño son primos hermanos, y que cuando uno duerme entra en ese otro mundo de la esencia, donde hay un ser único que todos compartimos. Tu ser, mi ser, el ser de tus hijos, todos somos en el ser sin tiempo.

Metí la cara en la almohada de mi madre, contra su mejilla izquierda. Su pelo olía a jabón, a colonia, a frescura de atardecer sin pecado. Me preguntarás ¿qué pienso qué es el pecado? Simplemente el caos, la no concordancia de las dos naturalezas. El cuerpo sólo pide lo necesario, no lo excesivo. Creo que el exceso es pecado, sin dejar por eso dejar de ser yo misma excesiva, incluso en esa segunda naturaleza porque quiero desesperadamente amar y conocer a Dios. Mi condición humana exige conocer a Dios a través de una forma concreta y mensurable, como el Cristo de la cripta del «Sacré-Cœur» en París, en el barrio de Montmartre. Su cuerpo es tan hermoso que pensé al verlo la primera vez, que María Magdalena debía estar carnalmente enamorada de él, queriendo seguir la forma de esos pectorales afirmados. Cuando vi ese Cristo, percibí el llamado de la carne; pero también comprendí la necesidad de deserotizar, sin ser por eso menos apasionada en ese amor que es la esencia misma que une a los seres que se aman: esencia misma de Dios.

Todo estaba ahí: mi madre dormida, el verano lujuriente, Buenos Aires sin hombre concreto. Me quedé un rato con la cabeza hundida entre el pelo de mi madre y su cara. Ella se despertó, naturalmente. Hubo un instante de sorpresa, pero no de miedo; un reflejo en sus ojos, algo así como el regreso de un viaje, interior o exterior, pero finalmente un viaje. Le dije que venía de la iglesia, la sentí mi niña, mi madre. Indefensa en apariencia, pero poderosa y firme en realidad, y poseedora de un mundo interior donde tantos misterios se habían develado, en su mundo de silencio forzado. Me dijo respondiendo a lo que yo estaba pensando y sintiendo sin palabras: «No importa que estés lejos o cerca, yo siempre te llevo en mí.» Comprensión cabal de que no nos habías dejado sin instrucciones para vivir. Hiciste lo que pudiste mientras habitaste tu cuerpo, porque lo habitaste con plena consciencia de esa segunda naturaleza.

¿Cómo explicar el placer de una noche en Buenos Aires cuando uno es libre? Volví a casa caminando, comí empanadas con mucha hambre. Cuando la comprensión de las dos naturalezas se hace, el espíritu y el cuerpo tienen hambre. Dos días después mamá me dijo: «Si yo tuviera tu edad...» Y yo le pregunté: «¿Qué harías si tuvieras mi edad?» «Simplemente vivir sin analizar», me contestó. Creo que en mí está claro; el placer que me doy satisface mi tiempo interior, en el cual estoy acordada con el cosmos y el proyecto de la creación: ni tan poco ni demasiado, sino un tiempo

de contemplación en el cual dejo venir a los otros sin interpretarlos. Tiempo de placer, de percibir sin asociar.

* * *

Querido abuelo:

Los recuerdos me llegan y un sabor de certidumbre, de comprensión efectiva queda en mí. Laura, Lila... Lo único que tenían en común era ese buscar desesperado de la mirada de los otros para probar que ellas existían. Lila por su sordera buscaba, en las expresiones de los otros, respuestas de aprobación. ¡Siempre vivió aterrorizada de haber entendido mal! Laura buscaba el reconocimiento de su existencia a través de un cuerpo; vestido en sus miserias por los mejores modistos del mundo. Lila nunca se preocupó por la impresión que pudiera causar. Lo único que tal vez haya podido interesarle, y que le interesa todavía, es guardar su dignidad. Papá se encargó de expresar las emociones que ella siempre reprimió. Mi madre nunca estaba sola, decía que Jorge la necesitaba. Pero no era cierto. El fue el objeto intermediario entre los otros y ella.

A veces, nos sorprendimos estando solas, fueron momentos escasos, sinceros, vividos sin testigos o con testigos anodinos.

El 24 de septiembre del año 1956, un día después del nacimiento de Alejandro, ella llegó a la clínica hacia el medio día; resplandecía: una pollera negra y una chaqueta bordó; en ese momento sentí que ella necesitaba ser reconocida porque nunca esperó poder crear algo sola. Yo le entregué a Alejandro en los brazos, pensando que era demasiado linda para ser abuela, tanto como yo fea para ser madre. Pero, en fin, me sentí como un instrumento transmisor de herencia. Dejé de ser con mi hijo, los protagonistas esenciales. ¡Mi mamá estaba con nosotros y fuimos tres! Papá había quedado en Buenos Aires y nosotros en Córdoba. ¡Qué complicidad! ¡Qué gloriosa y secreta maravilla poder compartir con ella la experiencia de la maternidad! Era primavera. Salimos de la clínica con Alejandro tres días después. El mundo había cambiado completamente. Si el mundo existía era porque mi cuerpo temblaba. Volvíamos a casa, hacia las montañas en Villa Carlos Paz. Pasamos frente a la universidad y a la catedral de la ciudad y recuerdo que me costaba aceptar que mi hijo estuviera al exterior. Miraba a mamá buscando en ella la resignación por haberme parido. Ahora recuerdo también un día en Buenos Aires, en mayo, mamá estaba acostada, hacia las nueve de la noche; fue la primera vez que el niño se movió en mi vientre. Mamá apoyó la mano y creo que percibió el movimiento. Era como un pecesito que pasaba, y yo compartí con ella el juego de ser pecera, de ser acuario. Pero en ese día de septiembre, mi pescadito había cumplido sus nueve lunas e iba con nosotras a su nueva casa, en esta vida, en su cuerpo, sin mí. Ya no podía protegerlo. ¡Qué impotencia! Pero mamá estaba allí para demostrarme que uno puede sobrevivir.

Alejandro y yo estuvimos de acuerdo en no querer separarnos; el parto duró treinta y seis horas; los detalles no se los conté a Lila porque parece que yo tampoco tenía ganas de nacer, pero en mi caso, el perfume de los azahares me hicieron decidir. Recuerdo las horas que precedieron al nacimiento de Alejandro como una necesidad absoluta de estar solos los dos en esa toma de decisión, de aliarnos para separarnos. Viví 34 años antes el duelo de su muerte. Por eso alcanzo a comprender actualmente esa doble naturaleza de mi madre. Cuando vi a mi hijo por primera vez, una frase neta, con palabras claras expresó coherentemente la existencia de esas dos naturalezas: «Ya no podré nunca ser irresponsable.»

Lila había podido al fin crear algo sin intermediarios, sin ayuda, sin participación de otro diferente. Dado que sin duda antes, ahora y siempre yo soy en ella. Yo soy ella. No estamos confundidas, reconocemos nuestra individualidad pero la alianza no terminará jamás, y menos ahora que comprendo la evolución en mí de la comprensión de nuestra doble naturaleza.

Cuando somos chicos, estamos separados de la muerte por un muro tan alto que se pierde en las nubes. A medida que vamos avanzando en la vida y que la conciencia se amplifica el muro descende, por momentos a pasos agigantados, que corresponden a los duelos, a las pérdidas de seres amados. En otros momentos, cuando vivimos en la euforia de la pasión amorosa, de la

comunicación con un interlocutor privilegiado, de triunfos en la carrera –y no más, porque los triunfos de nuestros hijos y sus fracasos nos alteran a tal punto que deseamos ser eternos, en parte para gozar de sus éxitos y en parte por esa voluntad natural de querer cargar sus cruces– en fin, el muro desciende; el proceso de individuación avanza tanto como la precisión en nuestros cuestionamientos metafísicos. Cuestionamientos que si son bien expresados encuentran indefectiblemente respuestas que empujan el muro hacia su desaparición sin dejar trazos.

Cuando partiste abuelo, yo tenía 4 años, y todavía las sombras de la socialización y de la formación del yo no me habían devorado; nuestra comunicación nunca se cortó. Siguió dándose en un nivel de intuición y de percepción sin reflexión que sería muy difícil de explicar sin caer en el delito esencial de conceptualizar ese vínculo como patológico, melancólico, etc. No hay nada de eso. Mientras los «todos» de la familia se amaban y se devoraban, yo me sentaba sobre mi cama, las piernas cruzadas, y miraba fijamente tu retrato, el mismo que he recuperado cincuenta años más tarde. Es necesario que pase por esta barrera de los recuerdos de la infancia para que mis confidencias sean más coherentes.

Hoy estoy segura de que nos dejaste elementos para sobrevivir. Porque fuiste el más consciente, percibiste rápidamente esa pertenencia del ser humano a dos naturalezas diferentes, y viviste así, ocupándote de los otros, de los pobres, de los necesitados, de María Calegari... A María Calegari me la dejaste como tu herencia; ella sabía tener firme y de alguna manera controlaba el movimiento infernal y benéfico de esa familia de egoístas supremos. Papá no tuvo mucho lugar en ese mundo. Fue alguien que trató de mantenerse en reserva, pero que se implicó a través de una sensibilidad extrema, por ser portavoz de las necesidades y deseos de su mujer. Vos y yo estábamos solos, y creo haber sabido defenderme encerrándome en mi maravilloso cuarto de niña, de adolescente. Y no voy más allá porque fui una novia adolescente, una esposa adolescente y una madre adolescente.

Mi cuarto tenía una pared en ochava; sobre esa pared estaba tu fotografía y enfrente estaba mi lecho, que no era tal durante el día sino un sillón de tres cuerpos. Muebles provenzales, olor a cera, ruidos indefinibles que entraban a través de la ventana, trayendo algo del mundo a mi aislamiento recoleto. Era un cuarto alegre. La casa no existe más, pero la memoria puede revivirlo todo porque memoria no quiere decir sufrimiento, sino capacidad de recordar sin censura, sin bloqueos. ¿Sabés? Bajo y subo, no tengo inconvenientes, no me quedo pegada.

Mis defensas son fuertes. Tu mujer, mi abuela, había pintado un cuadro, cuyo tema era el ángel guardián protegiendo una pareja de niños. La pintura estaba enmarcada y protegida con un vidrio; esto me trae a la memoria –y te lo cuento– mi primera rabia. Rabia de adolescente, irrefrenable, sin causa definida, avasallante. Todos los adolescentes son impotentes; yo lo era. No sé exactamente qué pasó, tal vez quise llamar la atención al hecho de querer ser percibida como existiendo. Lo cierto es que subí sobre mi cama y de un puñetazo rompí el vidrio. ¿Por qué ese vidrio? ¿Por qué sembrar mi cama de vidrios? En este instante pienso que esa conducta brutal de adolescente podía significar dar la libertad al ángel guardián, para que de una vez por todas pudiera protegerme. Había pasado más de dieciséis años encarcelado. La cuestión de la sustancia de los ángeles no es mi problema hoy.

1952

El 1° de enero de 1952, salieron muy de madrugada hacia Miramar. Aún no se habían apagado los ecos del año muerto cuando ya el nuevo tenía aires de tragedia, porque siempre los años que partían tenían algo de irreparable para ella. Significaban un corte, una fisura. Era el amanecer, y un sol rojo emergía lentamente del horizonte a la altura de la laguna de Chascomus. Cielo rojo, muy rojo, calor, ropa que se pega a un cuerpo que quiere olvidar que el día nace prisionero de un viaje en el que el amado –casi desconocido– no está presente.

Se detuvieron a cargar nafta. Era un incipiente amanecer. En las calles había papel picado, las vainas vacías de los fuegos artificiales y cenizas. Todo debió ser tan bello en la noche y parecía tan lamentable y miserable en el amanecer. Los cajones de champaña y de bebidas, que habían hecho brincar el alma en las venas, yacían vacíos, sin dignidad ni recato, esperando al botellero que vendría a buscarlos. Reflexiones reales, sin melancolía; pena real, sin melancolía.

Cielo rojo que la acompañaría toda la vida. Pinceladas de oro, oro en los ojos, en el pelo, en la piel. Oro manso en los atardeceres y quemantes hasta la destrucción en los días sin piedad. Sobre la playa, leguas de soledad, huellas de pasos que se borran y hacia las tres de la tarde llegada a la casa. Casa vacía, abuelos ausentes, tíos que no están. Lila y Jorge, el cuidador y su mujer y una nostalgia de amor, de deseo insatisfecho; nostalgia de lo desconocido, falta de lo irreconocible como falta. Olores de humedad, cajones que chirrían al abrirse, tenedores, cucharas y cuchillos, paño verde en el fondo de los cajones, y en algún rincón una novela policial que no se volvería a abrir porque el tiempo, el misterio, se había hecho espacio en el interior y ya no había necesidad de jugar a los enigmas presentados por otros.

Tiempo de introspección. Vacío en alguna parte de sus entrañas como señalando el nacimiento del instinto maternal. Nostalgia de besos no dados, envidia frente a las camas dobles, rabia frente a la complicidad de los padres, deseo de comer estando inmóvil. Agua, mar, olvido, mar, olvido, tiempo nuevo, pelo rubio, sol y la primera carta. ¡Primera carta!

* * *

«Querida»:

Ilusión, corazón sin espacio, latido más allá del cuerpo, aviones que pasan sin ruido, acacias, bicicleta y no querer dejar de ser niño; no querer llegar a ser adulto. Duda, pecado, y algo que parte para siempre y que no es la inocencia. Presentimiento de la condición humana.

Deseo de dormir junto al otro pasándole la pierna por encima, ¡para que no pueda huir! Revelación del instinto de poseer, de guardar. Realidad de nada poseer, de nada poder guardar. Intuición de la utopía.

Ese año se terminaba todo, incluso el «maldito colegio». En su interior habían demasiadas emociones mezcladas, positivas y negativas; nunca nada neutro. Cuando comenzó el colegio en ese último año hubo una discusión en el patio grande –donde estaba el mástil– entre la adolescente y aquella otra adolescente que cuando niña, había sido la protagonista del horrible episodio de la lapicera de oro robada. Fueron unas pocas palabras soltadas por descuido, unas bromas cruzadas a medio día; las dos se fueron a las manos, nadie podía preverlo. Ella tomó a María Cristina por los cabellos y con esa fuerza que la caracterizaba, la arrastró por el suelo y empezó a golpearla contra los escalones del mástil. Tantos odios reprimidos, tantas horas, tantas acusaciones repetidas haciendo mal en la entraña, quedaron liberadas. No tenía reparos, no tenía historia, no pensaba; la tiraba de los cabellos y la golpeaba. Nadie hablaba. Las hermanas se acercaron a separarlas. Cielo rojo, pinceladas de oro, pelo rubio, rabia, golpes, odio, venganza. Ese día del mes de junio del año 1952, último año en las garras del monstruo socializador, ella caminó con paso lento, firme, seguro

y orgulloso, a plantarse ante el cuadro de Jesús, asumiendo su culpa y la consecuente penitencia. La deuda estaba saldada y nunca se supo la historia de la lapicera robada.

* * *

El 26 de julio murió Eva Perón. Ni Santiago ni ella lo sabían, habían pasado una tarde extraordinaria. Habían ido al cine Electra a ver *Balalaika* y después habían subido desde Olivos hasta Belgrano, resplandeciendo de juventud y sin memoria del frío. Fue esa noche, en la calle Tres de Septiembre y José Hernández, bajo un árbol enorme de hojas perennes, y contra un muro frío que se besaron por primera vez. ¡Treinta y un besos! El dejó caer un cigarrillo sin alumbrar y ni siquiera se inclinó a recogerlo. No sabían si eran felices, tenían miedo. Volvieron a la casa grande y cuando llegaron Lila y Jorge los esperaban porque él debía presentarse a la marina, por lo de Eva Perón. «Mejor así –pensó ella– porque no te veré más». Treinta y un pecados y demasiada confusión.

Miedo de amar... ¡Mucho miedo! Miedo que se escondía entre los pliegues de los hábitos de las monjas, y que se disfrazaba en la sotana del cura párroco. Si Dios los dejó besarse era porque el asunto no le caía tan mal. En estas cosas del amor Dios no es de palo. Además está francamente interesado en la continuación de la especie.

Fue el 26 de julio de 1952 que murió Eva Perón. El mismo año en el que el rey Faruk I de Egipto abdicó. Perón tenía como vice-presidente a Quijano, pero fue un año signado por la muerte porque también él murió. Así mismo, en Inglaterra, Jorge VI falleció dejando como heredera a su hija Isabel.

Esos treinta y un besos van a marcar un cambio desgraciado en la vida de ella. Ya nunca podría levantarse para decir buenos días al niño Jesús, sin sentir su cuerpo manchado de pecado. No había quedado el recuerdo del árbol frondoso sino una depresión profunda, como la que se puede sentir cuando se abandona el cuerpo inerte de la inocencia.

En la casa grande nunca se habló de sexo. El sexo venía teñido de connotaciones innobles, de usura física y tristeza demoníaca. Ella no hizo preguntas; pero sentía cada vez más el deseo de Lila y Jorge de hacerla partir de casa; casarla, en fin, pero que se fuera. Al mismo tiempo, los tíos no querían que ella se casara, porque esperaban que fuera una intelectual y no una madre de familia. El sexo era un tema tabú y atrofiante. Edmundo consideraba que para concebir un hijo había que estar caliente. Ya no había abuelos.

1953-1954

Santiago partió en viaje de instrucción. Ella continuó el régimen. Santiago se enamoró de la hija del embajador de Estados Unidos en Cuba. Ella sufrió durante un año –desde el 4 de mayo de 1953– la ausencia de un Santiago que no la quería. Ella sabía bien que no la quería, porque si no Coca Rossi no hubiera existido. A él le atraía su situación de familia, la acogida de Lila y Jorge, el hecho de ser una «vedette» para sus compañeros; dado que la casa de Iberá se había convertido en su casa, y la hija de Lila era alguien sin ninguna personalidad ni carácter que admitía verse arrastrada por unos y otros, sin tener jamás la fuerza necesaria para elegir su propio camino.

Ella entró, naturalmente, en la facultad. Ya no era el maldito colegio. En la mañana medicina y en la tarde filosofía y letras. Lila temblaba porque la universidad estaba politizada; y Jorge también, porque una vocación demasiado intelectual, aunque humana, podía desviarla de un matrimonio que él consideraba la solución *sine qua non* para la vida de esa mujercita, terriblemente atractiva, que sin tener conciencia de su encanto vivía desvalorizándose, pero rodeada de jóvenes en devota admiración.

Fue una guerra contra sus estudios. Lila se olvidaba de poner el despertador, le negaba el dinero para las fichas de la facultad y le hizo hacer un fabuloso tapado de nutria de seis metros de ruedo cuyo objetivo era atraerla a las mundanidades, que por naturaleza ella rechazaba. El tapado sirvió ciertas noches de invierno para realzar los encantos de la jovencita. Era un marco soberbio para alguien que debía rápidamente encontrar marido. De dicho tapado sólo recordaría su tibia caricia en el cuello, en una noche de invierno, en una fiesta donde no había calefacción. Con Santiago compartieron el calor del inmenso abrigo, y caricias ciertamente impúdicas, si no hubiesen transcurrido en el interior de ese tienda india, más digna de la gélida Patagonia que del elegante Buenos Aires burguesa.

La jovencita sufría horriblemente. La confusión comenzó a ganarla y decidió que debía casarse y estudiar después. La cuestión era, sin duda, escapar; conquistar un territorio propio. ¿Pero cuál? La ausencia de la abuela se hacía sentir con mayor fuerza. Santiago volvió destrozado de su viaje porque la americana que había conocido no quiso saber nada de él. A la hija de Lila no se le ocurrió pensar que podían existir otros hombres. Esos treinta y un besos la habían desflorado y no era sino un alma en pena que buscaba escapar; pero, como siempre, con mucha dignidad y por la puerta grande. ¿Y después? Después no era importante.

Ella sabía bien que era una solución para sufrir de otra manera. Los tíos se fueron a Europa y ella quedó sola con esos padres más desorientados que ella misma, y un Santiago sin destino, siempre discutiendo con su madre.

El 18 de diciembre de 1954 se comprometieron oficialmente. Gran lujo en los jardines de la casa grande y más de doscientos invitados. Se celebró al mismo tiempo el compromiso y el regreso de los tíos de Europa. Pero ella misma sentía mucha pena y cada vez que la puerta se cerraba, la casa grande –que tanto había amado– se convertía en el sepulcro de la niña muerta. La sala verde le parecía un rincón horripilante que olía a muchas muertes, a la ausencia de la abuela y al envejecimiento progresivo de María. Olía a su propio dolor.

UNA MUJER Y SU ANGUSTIA (II)

Carnets de notas, casi sin fechas. Me pregunto que quería decir Laura por «ser escuchada sin saber cómo ni por quién». Muchos años después me encuentro aún con la pregunta. Pero a lo largo de esos carnets aparecen alusiones tales como: «La conversación con mi madre fue escuchada.» Le dije cosas concretas que se referían a situaciones de familia vividas en la infancia y de las que Sebastián nada podía saber. Casi me volví loca cuando por la noche me repitió palabra por palabra de la conversación sostenida con mi madre. Más adelante una reflexión: «El color del salón de estar, había sido cambiado cuando volvimos de las vacaciones con los niños, en febrero. El sillón de cuatro cuerpos con conteras en bronce no podía moverse más porque según Sebastián rayaba el parquet. Sebastián había puesto cuatro límites para que el sillón no fuera movido.»

Luego, los niños descubrieron jugando un grabador en el armario.

Más tarde, decidimos no hablar más de nada en el salón rosa. Decidí correr el sillón estando sola. Sebastián había puesto el micrófono en el interior del sillón, en la parte de atrás. ¿Había cortado el terciopelo? Volví a poner las cosas en su sitio y no supe qué decir, ni a quien, ni cómo.

Más adelante, ya en el segundo carnet, ella decía haber entrevistado un gran psicoanalista de la época, cuyo nombre estaba indicado por la letra K. Este la había enviado a realizar un test de Roschard, un TAT, y otras pruebas similares que no dieron los resultados que él esperaba. No había patología. Resituada en la realidad y por lo tanto menos angustiada se enfrentó directamente a cuestión: el grabador existía tanto como el micrófono y una instalación, a través de la pared, lo cual justificaba la pintura del salón.

Ella había perdido su territorio; se sentía invadida por el objeto verdadera oreja controlada por Sebastián, dos horas por día, con un tempitex.

¿Qué hacer? Levantarse cada mañana, observar las horas durante las cuales no debía hablar ni hacer confidencias.

Algunos páginas más adelante decía haber descubierto una perforación entre la sala de baño y el salón que permitía observar sin ser visto, el gran sillón de cuatro cuerpos. La perforación salía del salón por la calefacción. El doctor K... le suministraba Haldold, veinte gotas dos veces por día y Mantrax para dormir. Siendo colega de Sebastián, no osó intervenir, y por otra parte, ella se lo prohibió asumiendo la responsabilidad de su casa. Eran felices con Sebastián, pero para ello era necesario callar.

Los diálogos se volvieron falsos, los momentos de amor desprovistos de pasión dado el grado de vigilancia que ella debía mantener sobre sí misma para no hablar. Por otra parte, ahogada como lo estaba, sus reflejos se volvieron lentos y cada día a las tres de la tarde se sentía intoxicada y sin voluntad.

Lo que había en ella de mujer fue muriendo poco a poco. Sólo la presencia de los niños la confortaba, y así simplemente, tal como había renunciado a hablar, renunció a ser mujer. Su vida profesional continuaba casi mecánicamente. Laura no tenía sino 34 años entonces, todo fantasma fue reprimido, pero comenzó a actuar locamente aquello que reprimía.

Búsqueda de compensaciones, «flirts» pasajeros en los que ella no participaba. Ningún acto mágico ni simbólico le permitió recuperarse. Ella se suicidó, pero nadie lo supo. Ese fue su secreto. Poco a poco comencé a darme cuenta de lo que yo representé en su vida. Yo creo haberla ayudado a incinerar el cadáver, pero no pudimos evitar que la complicidad en tal acto nos separara.

Pero ella llevó consigo y todo el tiempo sus cenizas, sin lograr dispersarlas en el mar abierto. Entonces empezó el miedo.

Cuando me entregó esos cuadernos en la estación de Neuchâtel yo no pude decir no. Me vi obligada a ser su cómplice otra vez. Tal vez un día volvamos a encontrarnos y me sea posible una devolución.

Más adelante comienza para ella el «miedo». Este se instala sin causa aparente. Miedo sobre todo de que los niños crezcan y partan, y con ellos su apariencia de estar viva y de ser identificable en el tiempo, en el espacio. Miedo de nada y de todo; al mismo tiempo que una extrema osadía para crear situaciones nuevas y liberadoras. Sin dudar de su muerte e incineración, una energía transformadora le permitía inscribirse en otro universo.

Al leer sus notas, y como desde la infancia habíamos compartido un mismo tiempo en nuestro país de nacimiento, yo podía comprender muchas de sus alusiones, así como reconocer los personajes que ella simplemente nombraba con un letra mayúscula de imprenta.

En fin el miedo estaba allí.

Ella cuenta así y yo transcribo:

El 1° de julio de 1974, yo estaba con Luis en Paraná. Dos días que íbamos a pasar juntos y en los cuales yo no tendría miedo. Un ambiente menos sucio. Sebastián me pesa, Sebastián tose, Sebastián fuma interminablemente –Sebastián escupe sangre al toser– en fin no es solamente una bronquitis, él desea partir; morir al mismo tiempo que vivir. Su ambigüedad me aterroriza. Debo ser fuerte. No es por casualidad que me siento mal todos los días a las tres de la tarde. Es la hora en la cual Sebastián vuelve de su consultorio. Desde el balcón veo su auto blanco detenerse ante el semáforo rojo y esperar para atravesar la avenida del Libertador. Mi corazón late fuerte de amor, un cierto amor triste. Sebastián suena a la puerta, él no utiliza nunca las llaves, él actúa siempre como un extranjero bien educado. ¡Pero su sombra es tan negra! Es un espía; un destructor. Él quiere morir y arrastrarme con él; No creo que le importen los niños, más bien lo molestan. No son lo suficientemente grandes como para que él pueda hablarles como a adultos. Sebastián llega, precedido por el ruido del ascensor. Embriaguez: su perfume *Old Spice* mezclado con el olor de cigarrillo. La tela áspera de su saco sport. Un instante fugaz de gloria y abandono donde encuentro al hombre que amé esa noche en Puerto Belgrano y en el jardín con su traje de franela gris...

* * *

Tengo una cana, mi primera cana, la arranco. Sebastián tiene millones de canas, excepcionalmente hermosas. Cada encuentro es un placer. Deberíamos existir encontrándonos, pero cada vez que el encuentro se convierte en tiempo compartido, en continuidad, toda felicidad se vuelve dudosa. Tengo una cana, mi primera cana, la arranco. Por cada cana que se arranca aparecen siete, dice mi madre. Creo que mamá sabe todo pero en esta casa nadie dice nada. Todo es hipócrita y sucio. Con Luis no tenemos una aventura ni nada por el estilo. Nos juntamos para hablar y comer juntos, lejos de los cánceres de nuestras familias respectivas.

El sufre de una mujer celosa –celosa sin causa– yo, de un hombre loco. Él siempre estuvo loco, desde Blanca Romero. Él no me quiere pero espera de mí que yo caiga para confirmar su hipótesis de que todas las mujeres son ligeras.

Con Luis estoy en tregua. En Buenos Aires no es posible verse. Todo el mundo nos conoce. ¿Dónde ir? A veces parar el auto en una calle para quejarnos casi sin escucharnos el uno al otro porque los dos estamos desbocados. Encuentros que nos hacen sentir culpables. ¿Dónde está nuestra culpa? En aceptar, yo creo. Los dos somos nacidos en diciembre. ¿Los signos tendrán algo que ver? Ni siquiera tenemos el coraje de revelarnos: somos ovejas. Nunca podremos ser lobos. Vamos a morirnos del corazón. La asfixia nos circunda. Es 1° de julio de 1974 –estuve por escribir 1574– sí, porque nuestra historia no es encuadrable en el siglo XX. A veces me siento con él como si yo fuera santa Teresa de Ávila y él San Juan de la Cruz, claro que ellos gozaron de una intimidad confesional inatacable; mientras que nosotros dos somos «gente conocida en el gallinero provinciano de la Buenos Aires burguesa».

Pero la historia con Luis tiene mucho de «abundancia divina», porque una de sus tías amigo de mi abuelo se retiró a un convento en Italia. Mi abuelo y su tío tenían amigos. Todos eran «chupa santos y come velas», pero en el buen sentido, por ejemplo uno de ellos, Solari, está en proceso de canonización.

En fin, que es 1° de julio de 1974. Luis estrena sus anteojos bifocales, y con la alegría de dos niños que se encuentran para jugar a la rayuela, un sábado por la tarde sabiendo que mañana es domingo, descendemos hasta las orillas lujuriantes del río Paraná. ¡Gran problema para Luis con los bifocales! Si mira los escalones con la parte baja de los cristales los mismos parecen amenazadores. Risas, más risas; voluntad de aprender a usarlos. Vamos hasta el puente y hablamos de papá.

El me aconseja ir a verlo. En esos días mi padre se había encerrado en un silencio que según Luis no era bueno. Yo digo que iré pero sé que no voy a hacerlo dado que si mi padre se calla es porque no tiene ganas de que lo molesten y, por otra parte, mi espacio vital está tan reducido que cuando vuelva a casa, un poco menos cargada sólo tendré deseos de abrazar a los niños y de descansar para enfrentarme otra vez con Sebastián. En fin, vamos a almorzar. ¡Paraná es maravilloso! Un mundo verde y fascinante a descubrir. Luis me cuenta que escribe una novela. Luis es un romántico y su estancia se llama « *La vera paz* ». El nombre me causa gracia porque sólo para él es la vera paz, para su familia se trata de una propiedad simplemente bien situada.

Bifes de lomo, Bianchi Borgoña, cae un poco de vino sobre el mantel blanco y con la gota nos hacemos la señal de la cruz en la frente para conjurar todo peligro de invasión diabólica. No comemos, devoramos. Nos mareamos un poco; nuestros cerebros funcionan. Son más de las tres de la tarde. Dejamos la mesa, no me siento intoxicada; sin embargo, hay algo en la trastienda del orden de la culpa, de la mentira, de la fugacidad. Ya hemos gastado siete horas. No, nueve horas desde que el avión, los aviones –porque viajamos en aviones diferentes– partieron del aeroparque de Buenos Aires.

1955

El olor de la cera y la percepción de la limpieza comenzaron a espaciarse. Ella, que durante meses y años había encerado de rodillas, se dejaba ganar por una inercia sin destino. ¡Y nadie le pedía cuentas de su abandono! En un último esfuerzo de voluntad, se casaron con Santiago en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias con gran pompa y distinción.

La habían vestido frente al gran espejo. Lila ya había partido hacia la iglesia; Jorge y ella quedaron solos en la inmensa casa, junto a las costureras. En el último instante su voluntad flaqueó y no quería ir. Jorge tuvo que obligarla porque ya la gente esperaba y no se podía volverse atrás. Ya se habían casado por el civil el día anterior. La boda debía realizarse a las ocho de la noche. Ellos llegaron a las nueve y media. Los casó el padre Jesús de San Juan de Mata, superior de la orden de los Trinitarios y director espiritual de la jovencita.

Ella no recordaría haberse arrodillado durante la ceremonia. Todo pasó de pie. Ella volvería dieciocho años después a esa iglesia, con nuevas alianzas para esperar a Santiago y recomenzar una nueva vida. Fue en el año 1973, a las siete de la noche, hora de la misa. Santiago no llegó; tenía otra mujer; nunca la había querido.

Tal vez Santiago la haya apreciado sólo cuando ella partió definitivamente, escapando de él.

* * *

La noche del casamiento, la iglesia resplandecía, abigarrada de flores blancas. Entraron con la música que amaba Lila: *Sueño de amor* de Liszt, y salieron con la *Música del coro de los peregrinos de Lohengrin* de Wagner, que ella había elegido. La elección fue obra de su intuición que quizás premonizaba que al cerrarse la puerta de la iglesia comenzaría un largo y penoso peregrinaje, pesado, irracional y trágico algunas veces; glorioso, en otras.

En ese peregrinaje de su vida se daría todo lo contrario de lo habitual en los peregrinos. Estos comienzan la ruta solitarios, para ganar kilómetro a kilómetro un cierto conocimiento del otro que camina al lado, en el mismo sentido y con el mismo objetivo, y que se convierte poco a poco en un compañero, un amigo, un confidente, alguien que al llegar al santuario sube las escaleras junto al otro, sin vergüenza ni escrúpulos, porque la confesión de la condición humana y de su miseria ha tenido ya lugar, antes del acceso al primer escalón que lleva al santuario. Allí les espera la llama de la fe; eterna, ancestral, inamovible.

Su peregrinaje comenzó ahí, rodeada de quienes la creyeron feliz –¡suerte envidiable: veinte años de belleza, inteligencia, lujo!– y continuó penosamente quedándose cada vez más sola, hasta no poder sino con ella misma, sin saber si sus pobres fuerzas de peregrina solitaria serían suficientes para acceder al santuario.

Muchos años después... Santiago, Santiago de Compostela: presencia de un amado ni presente ni ausente, porque no-peregrino. Los labios apoyados sobre la espalda del santo. ¡Soledad! Hasta los crueles soldados de Pizarro destruyendo al Inca deberían estar menos solos, y ser más peregrinos, cuando al grito de ¡Santiago! y juntos en número de trescientos, expulsaron, junto al Inca, ese demonio esquivo y nunca visto que cada peregrino busca vencer.

El diablo se ve más estando solo; acecha el pensamiento al principio del peregrinaje; agota las fuerzas del principiante que no tiene hermano; hasta que una mirada de fatiga compartida, permite el surgimiento de una fuerza ignorada, alimentada en cada uno por el hecho de compartir el mismo camino y el mismo sentido.

Ella estaría siempre sola y el demonio se pasearía a su lado queriendo compartir el camino. Tal vez ella pudiera resistirlo pero no eternamente, a menos que el ángel guardián tuviera a bien manifestarse como compañero, saliéndose del cuadro pintado por la abuela Emma y cuyo vidrio ella

rompiera.

En la fiesta de bodas, Jorge dejó de estar entusiasmado. Esa partida hacia la iglesia le hizo comprender el error. Hasta el último día de su vida sufriría el trágico recuerdo de su complicidad en la destrucción de su hija. Pero ¿qué hubieran dicho los otros? Tal vez nada.

Al día siguiente partieron a Córdoba, después de una noche de bodas en el hotel *California* que para la joven no representó más que dormir fuera de casa y prepararse para un largo viaje, hacia la nada. El tampoco estaba contento. Pero hablaba y hablaba, como lo haría toda su vida, dejándola absorta por su capacidad de matar el tiempo con palabras huecas, historias vanas y proyectos irrealizables. Tal vez en ese comienzo de sus vidas los haya unido un solo punto: los dos se mentían a sí mismos.

Partieron hacia Córdoba en tren, el 21 de mayo a las seis y media. La noche había caído. Haidé lloró mucho; tal vez ella había intuido algo. Quizás su marido y ella hayan deseado que fuera una intelectual para evitarle ese matrimonio con sabor a desdicha. Pero todos contribuyeron a la construcción de la mentira de una vida.

A todos les convenía esa partida; también a ella, que escapaba de la gangrena, y a Santiago que escapaba de una madre dominante que durante años había logrado llevarlo adelante por medio de una disciplina despiadada.

Hacía mucho frío en Córdoba. Jorge les había buscado un hotel en el cual podrían vivir, porque a los 20 años no estaban preparados para llevar una casa. Ella partió hacia un mundo de frustración con el ajuar de una reina, y se encontró sepultada en un cuarto de hotel, calentando naranjas en la estufa. No lo hacía por falta de recursos, sino por hacer algo. Todo punto de referencia se había quebrado ese 21 de mayo.

CARTA A LILA

Querida mamá:

¡Ya hace un mes! No estoy contenta. Me doy cuenta de que te quiero. La vida en el hotel es sórdida. Debo buscar un gimnasio.

No sé para qué me sirve la ropa si estoy encerrada todo el día y sólo bajo para comer. Si no hicimos luna de miel fue porque Santiago tenía el jueves siguiente examen de mecánica de los fluidos. Le fue muy bien. Duerme casi todo el tiempo, duerme mucho, Santiago. Se despierta tarde en la noche, a eso de las diez. Tiene cosas que no me gustan: se hace servir. No es la primera vez que voy en la noche a buscarle sus revistas para leer (*Intervalo, Dartagnan, El Tony*). El hotel, como recordaras, está en pleno centro, no lejos de la estación. En Córdoba hay muchos borrachos, y cuando paso corriendo al kiosco para comprarle las revistas a Santiago, me dicen cosas. El kiosco está en la plaza como a cinco cuerdas de aquí; al lado hay una palmera que me hace soñar un momento, pero no por mucho tiempo porque el miedo me hace volver corriendo.

La vida en el hotel es triste. No sé para qué me baño todos los días y me pongo las lindas batas de casa, si Santiago está hundido en sus revistitas. Hace frío. La calefacción no es suficiente; Santiago se pone la pañoleta verde cruzada sobre la espalda, con un prendedor mío y lee sin salir de la cama. Yo caliento naranjas y escucho la radio. Ayer fue el «mitin» en el que hablaron Frondizi y Balbín. No sé por qué lo escuché si me estoy volviendo indiferente. En fin, no vas a reñirme como esa noche en que fuimos a la plaza Once con María Julia para escuchar a Balbín en el mitin de los radicales.

En estos últimos tiempos las cosas se me olvidan, incluso en qué día estoy. ¿Podrías decirle a papá que me mande la bicicleta? No es que esté mal, pero me falta espacio. Todo está abarrotado aún en el fondo de la valija, incluso el vestido azul de tafeta, de seda salvaje.

Santiago no tiene ganas de moverse, no le importa el turismo. Córdoba es una linda ciudad, pero siempre espero que él me diga lo que tengo que hacer. Tengo 20 años, mamá, y no sé cómo proceder. Pienso que es mejor que busquemos una casa.

Anoche capté en onda larga una emisión de Castro desde la Sierra Maestra; ojalá que ganen; ya es hora de que Cuba sea algo más que ese prostíbulo de los Estados Unidos. Rezo mucho por esa gente corajuda que quiere devolverle la dignidad a su pueblo. Santiago me contó que cuando fue a la casa de la chica de quien estaba enamorado, la mansión en la que vivían, con un lujo increíble, estaba sobre la playa Tijeras, completamente rodeada de alambre de púas, con un cercado que avanzaba profundamente en el mar.

Tengo sentimientos mezclados, mamá. Comienzo a pensar mucho y a hablar poco. Todavía no se dónde está la universidad. Espero pronto –pero bueno, naturalmente eso no será antes del año que viene– tener un puesto como maestra para completar el sueldo de Santiago y para que así papá no mande más plata. Tengo un malestar, pero es pasajero, es la adaptación; no te preocupes mamá.

En estos últimos años han pasado tantas cosas que debieran haberme interesado, pero tengo la impresión de que desde el año 1950 sólo hemos vivido todos alrededor de Santiago; y que muchas de las cosas que antes hablábamos en familia, nos pasaron desapercibidas tanto a vos como a mí. Fijate que en 1953 murió Stalin y con él el horror del comunismo despiadado. Te estoy hablando de 1953; vos, naturalmente, recordarás con exactitud la muerte de la reina María de Inglaterra; yo no. La aristocracia europea para mí es letra muerta. Lo que más me interesa son las luchas ideológicas. Aunque, la verdad, en este momento comienzo a olvidar hasta lo que es una ideología.

En el año 1953 Churchill fue premio Nobel de literatura, pero no sé; tengo la impresión de que ni vos ni yo hemos leído a Churchill. Además hubo revueltas en Berlín oriental y los obreros se enfrentaron a los tanques soviéticos. De 1954 conozco muy poco, sólo la paz en Indochina con la caída de Dien Bien Phu y el suicidio de Vargas, el presidente del Brasil, que creo, tenía en la cabeza

concepciones muy próximas a las de Perón.

Leí con mucha emoción lo que me dices de la obra de Alejandro Casona, *Los árboles mueren de pie*. Hay una frase en esa obra que vuelve muchas veces a mí: «Tenía la mirada más linda que los ojos.» Me pongo frente al espejo, ¿sabés? y trato de acordarme de cómo es una mirada linda porque me estoy volviendo taciturna. Ya sé que son fantasías, pero me parece que se hubiera terminado la vida. Cuando veas a tía, dile que recibí la carta de tío y que le voy a contestar. No es bueno que vengan todavía a Córdoba, hace frío y tía va a sentirse mal de verme reducida a circular en un espacio tan pequeño que hasta mi imaginación se ve inhibida. Espero que esto pase pronto. Con todo mi amor, tu hija.

P.D.: Mira mucho la televisión, acá no hay; dicen que en dos o tres años Córdoba tendrá un canal. No hablás de María. ¿Por qué?

UNA MUJER Y SU ANGUSTIA (III)

No hubo dos días. Esos dos días de descompresión no existirían jamás. Laura y él regresaron al hotel. Todo era confusión, todo el mundo debía regresar a Buenos Aires. Los aviones estaban repletos, la mayor parte de las plazas ocupadas por los políticos que debían rendirse a Buenos Aires. Se separaron en el aeropuerto, con miedo de que el destino hiciera de esa separación algo definitivo, pero con alegría de haberse escapado a esa culpabilidad permanente que era el trasfondo inevitable de su amistad. Juntos hacían una pareja demasiado linda para ser real. El se aseguró de que ella subiera en el primer avión. ¡Perón había muerto! Perón siempre sembró el caos; tanto en la vida política como en la vida privada de la gente. La última vez que se vieron fue en Paraná; no hubo después; el viaje se descubrió y con él la complicidad.

Al llegar a la avenida del Libertador encontró las motos, las sirenas de la policía, los gases lacrimógenos, enfin. Laura vivía a pocos metros de la quinta presidencial de Olivos, en un veintavo piso. Motos, sirenas, gases lacrimógenos, etc. De golpe todo se hacía claro: ella se sentía culpable de todo. De los gases lacrimógenos, de ser descubierta en una historia sin culpas y que nunca podrían aclarar ni él ni ella. Todo el «Petit Buenos Aires» lo supo rápidamente. No hubo más relaciones entre las familias, y cuando uno entraba en una reunión, el otro salía rápidamente.

Sin embargo, hubo actos de coraje: Sebastián lo llamó a él para pedirle explicaciones y fue Sebastián quien tuvo que rendirlas, pues él lo acusó de estar destruyendo a Laura y a la familia. Sebastián no lo esperaba. Se volvió más severo y cruel que nunca. Adelgazaba o ojos vistas y deliraba; además escribía sus delirios. Le contó a Laura que yendo a La Plata, en el tren, había escuchado una conversación entre dos hombres que hablaban de ella, y que contaban esta historia.

La muerte de Perón se venía preparando tal como la muerte de esa pareja. No hay muertes espontáneas sino apariencias de espontaneidad. Lo repentino no existe, puesto que es precedido por la fatiga material, y en el caso de Perón, desde hacía dos meses se divisaban –desde el piso veinte– las luces de los obreros que trabajaban preparando el cementerio presidencial en el interior de la quinta. Pasados los tres días Perón fue exhibido a cajón cerrado y sobre él su gorra y su espada de militar. A su lado, la momia de Eva Perón.

El ambiente era letal; todo murió ese 1° de julio de 1974; y porque era el año 1974 y no 1574, Teresa de Ávila y Juan de la Cruz no tuvieron ni convento, ni confesión, ni oración compartida. Ellos murieron juntos una vez más, socialmente. Yo soy testigo de la fuerza destructora, de la maledicencia de una burguesía instintivamente insatisfecha, e incapaz de levantar los ojos más arriba del nivel de sus excrementos.

QUERIDO TÍO

Querido tío:

Dos meses y no llegué a contestar tu carta. Por fin ayer me decidí. No te contesté porque le ibas a contar todo a tía, pero ahora las cosas pasaron a mayores y se va a enterar por mamá.

En resumidas cuentas: Papá vino, el pobre, en tren y con la bicicleta a cuestas. Vino sin avisar, y desde la estación hasta aquí montó en la bicicleta trayendo en el porta-paquete un enorme salame de Milán y un jamón. Fue cómico porque antes de entrar en el hotel vio en la puerta a un naranjero y me compró dos kilos de naranjas; sin saber que en este cuarto es lo único que no falta porque las compro para comer calientes.

Papá no dijo nada, pero no pudo soportar el verme en esta situación. Claro, papá no entraba en el cuarto, aunque la bicicleta la habíamos dejado abajo, en el sótano del hotel. La mesa del cuarto es tan pequeña que el salame abarca una gran parte, y el olor se mezcla con el de las naranjas calientes; así que resulta un poco como el olor del almacén de la esquina, o como el de Ibáñez en Miramar. Recuerdo con mucho cariño esa época maravillosa en que tomábamos el aperitivo con los Ibáñez detrás del mostrador. Bueno, faltan pocos meses para ir a Buenos Aires, y en enero a Miramar.

Pobre papá, tiene una mirada tan expresiva que no puede mentir. Me tironeó del claustro a caminar rápido –como él siempre lo hace– y con su hipertrofia del sentido común, fue a una inmobiliaria y preguntó qué podían ofrecer en las proximidades de la Escuela de aviación donde estudia Santiago, y del IAME. A él lo vienen a buscar, y yo me quedo en Córdoba. Lo del gimnasio no funcionó porque había sólo hombres allí, y los cordobeses son muy atrevidos.

Te cuento en dos palabras: cuando vino papá fuimos al barrio Matienzo y encontramos, en la calle Pasteur 940, una linda casita en pleno campo, en un barrio donde hay numerosos oficiales y suboficiales de la aeronáutica. Es una casa preciosa con tejas y chimenea. Fuimos directamente porque en la inmobiliaria dijeron que así teníamos que hacerlo. La casita está en medio de un terreno y el pasto estaba tan crecido que apenas si se veía la entrada. Nos entusiasamos como exploradores y entramos por la puerta de atrás que estaba abierta. ¡Extraordinario! Pronto supimos que el propietario era un tal señor Oliva y muchas cosas sobre él. Fue una aventura maravillosa, había telarañas enormes –como en las novelas de misterio– pero eran las tres de la tarde. Supimos el nombre del señor porque había una biblioteca polvorienta, llena de libros de esperanto marcados con su nombre. Había también una fantástica mesa maciza, cuadrada y con un cajón, en medio de la cocina. Papá iba adelante arrancando telarañas y yo agarrando su pull-over y escondiéndome, detrás de él, con gran excitación como si fuera a aparecer un fantasma. Pero a esa hora no hay fantasmas. En el salón hay una chimenea y toda una pared en ladrillo visto. Frente a la cocina hay un corredor largo, a su izquierda un inmenso dormitorio y al fondo, a la derecha, otro más pequeño.

Fue así que comenzó la más linda aventura de mi vida. Tengo 20 años y un kilo de energía para gastar, así que alquilamos la casa con papá, pero había que ponerla en condiciones. Papá se fue, pero antes, subimos la cuesta de San Roque con la bicicleta en la mano porque la línea C de ómnibus no llevaba bicicletas, y los taxis no quisieron cargarla. Gracias a Dios que papá y yo salimos tan fuertes como los toros criados en el campo.

Dejamos la bicicleta en la cocina y papá bajó a escobazos unas cuantas arañas. Después, todas las mañanas, cuando Santiago partía, yo hacía, detrás de él, treinta kilómetros desde Córdoba para ganar el barrio Matienzo. En la casa de al lado vive una mujer muy gentil.

Empecé entonces la tarea. Comencé por fuera, corté el pasto del «porche» y de unos veinte metros alrededor de la casa; como para poder moverme. Aunque no lo creas, en menos de diez días la casa quedó perfecta y habitable. Mientras tanto, papá desde Buenos Aires había mandado los muebles. Verás entonces por qué no te escribí.

Después llevé a Santiago para presentarle el milagro. Sí, milagro porque pedí la luz, y

naturalmente no me la dieron; pero tuve la idea genial de pedirle a la señora de al lado una conexión salvaje, pagándole el exceso de su cuenta habitual. Yo creo que Dios Padre no debió sentirse tan feliz como yo, cuando dijo: «Hágase la luz» y la luz se hizo.

Hubo también un episodio triste, porque encontré un perrito enfermo y lo guardé en la cocina, pero murió. Santiago estuvo muy contento cuando vio la casa. Empezó a hacer planes de todo lo que iba a realizar pero que lamentablemente, hasta hoy, no ha podido comenzar. Infortunadamente, el pasto ha vuelto a crecer pero ya no me interesa demasiado porque el interior de la casa está muy lindo. Mi inmenso retrato al óleo ocupa un perfecto lugar sobre la pared, a la izquierda de la chimenea.

No te quería decir que nos peleamos mucho con Santiago, pero tía ya debe saberlo por mamá. Ocurre que el 30 de agosto, cuando Santiago volvió de la Escuela superior de aeronáutica, tuvimos una agarrada increíble. Los dos queríamos leer al mismo tiempo *Intervalo*. Yo me encerré en mi cuarto y Santiago rompió la parte superior de la puerta con un martillo; para rematar la acción lo lanzó en el sentido de donde provenía mi voz. Yo abrí la ventana y me escapé a campo traviesa, hasta la ruta. Era de noche y hacía mucho frío. Recordando *El puente de Waterloo* sentí ganas de suicidarme como ella, de tirarme bajo las ruedas de un camión. Claro que no habría un Robert Taylor para levantar el elefantito que Vivían Leigh llevaba en su cuello, y por otra parte, yo no tenía elefantito. Los ómnibus no pasaban. ¡No había! Yo llevaba cien pesos para ir a la terminal de ómnibus, llamar a mamá y decirles que regresaba. En ese momento pasó un taxi que venía de Carlos Paz, y lo tomé. Cuando llegué a la terminal de ómnibus había una quietud inhabitual y todo parecía desierto. La llamé de un teléfono público y le dije que volvía. Ella no quiso escucharme, pero mi decisión era irrevocable. Me quedé más de una hora en la estación y no había actividad. Se me había pasado el deseo de suicidarme y tenía mucha hambre. Cerca había una estación de servicio, pero estaba cerrada. Toqué el timbre de una casa y pregunté cómo había que sacar el boleto para ir a Buenos Aires. Me dijeron que Perón había renunciado y que todos los viajes estaban suspendidos y las fuerzas acuarteladas.

Vos sabés lo que es Córdoba, tío. No sólo una base militar y aeronáutica, sino una población corajuda, de la cual más de la mitad está contra el tirano. Era cerca de media noche, todo estaba cerrado; tomé un taxi rezagado que me llevó de vuelta a la casa, al infierno Pasteur 940. El rosal había dado una rosa roja, empezó a llover, tenía frío y hambre; la ventana del salón estaba ligeramente abierta y Santiago sentado en un sillón, frente a mi cuadro, fumando un cigarrillo.

¡Tío, fracasé!

1955 CONTINUACIÓN

En ese año se inició la guerra en Vietnam; y en la URSS renunció Malenkov que fue reemplazado por Bulganin y Kruschev. Fue el año de las renunciaciones porque Churchill también renunció, siendo reemplazado por Eden. En Argentina las cosas se agravan. Perón deroga la enseñanza religiosa en las escuelas y separa la Iglesia del Estado; además prohíbe la celebración del Corpus Christi. Si bien Perón renuncia el 30 de agosto esto no fue más que un golpe de teatro.

La noche del 15 de septiembre el rosario tenía tres pimpollos. Llovió hacia las siete de la noche. En la noche avanzada, ella saltó del lecho gritando: «María murió.» María, efectivamente, acababa de morir víctima de una hemorragia que le causó una varice en Buenos Aires.

El 16 de septiembre Santiago partió como todos los días, pero no regresó. Había estallado la revolución libertadora de Córdoba. En el barrio Matienzo, la mayor parte de las casas estaban habitadas por oficiales y suboficiales de la aeronáutica. Sólo había tres marinos compañeros de Santiago que estudiaban en la Escuela superior de aeronáutica. Las noticias en la radio parecían mostrar que la revolución estaba perdida. El barrio de oficiales fue evacuado y sólo quedaron tres casas habitadas: la de ella, la de Aidart Paz y la de Arévalo. Emilce se sentía mal –era el comienzo de su embarazo– y la mujer de Aidart Paz tenía dos niños pequeños, así que se reunieron en la casa de ella. En frente vivía un ingeniero del IAME, civil. El veinte en la noche, vino a avisarles que él también se iba y ellas debían hacer lo mismo, porque su vecino poseía todo un arsenal y estaba dispuesto a matarlas. También les dijo que no era conveniente que encendieran ni las luces ni el fuego de la chimenea, pues era muy probable que a través de ésta echaran kerosene para incendiar la casa y así obligarlas a salir.

El barrio se quedó solo, habitado únicamente por ellas tres. El tiroteo comenzó hacia las siete de la noche. Ellas pusieron los colchones contra las ventanas, prepararon los biberones en una pava eléctrica pero la situación se volvía desesperante porque los niños eran muy pequeños y lloraban. Hacia las once de la noche, saliendo por la puerta de la cocina, en bicicleta y a campo traviesa, ella llegó hasta la cañada donde se desarrollaba la lucha a cañonazos entre leales y revolucionarios. Logró comunicarse con el capellán y le contó que estaban cercadas y sin defensa. El dijo que enviaría una patrulla inmediatamente.

Cuando regresó, los niños dormían en el suelo de la cocina. Todos los vidrios del frente de la casa estaban rotos por impactos de bala. Sólo ella podía mantener la calma y lo sabía. La patrulla llegó hacia las cinco de la mañana. No se trataba de un solo enemigo, sino de varios acantonados en esa casa. La lucha terminó hacia las nueve de la mañana, con la muerte del cabecilla principal. Los demás se entregaron sin resistencia. En la casa encontraron los planos de la estrategia a seguir para matar a todos los oficiales del barrio Matienzo, y a sus familias. Ella se sorprendió cuando supo que uno de los dirigentes era el marido de esa mujer encantadora, que le había prestado la luz y enseñado a hacer milanesas.

El veintiuno la revolución parecía haber fracasado. Un diputado peronista –Berizo Rocha– hizo entrar un camión con leche envenenada en la fábrica militar de aviones. Del camión-tanque el primero que bebió fue el perro del destacamento, y quedó muerto. Mientras tanto, el general Videla Balaguer avanzaba hacia Córdoba; en el centro de ésta población la lucha era difícil y encarnizada. Al finalizar el día veintidós nada estaba claro. Desde la parte posterior de la casa ellas veían pasar los Abro-Lincoln sembrando bombas sobre la pista de aviación de la Escuela superior de aeronáutica, donde estaban los maridos.

Videla Balaguer llegó a la capital de Córdoba. Los regimientos leales fueron bombardeados desde el aire, y en un silencio pleno de unción, la revolución libertadora triunfó en Córdoba. Su general rindió honores en la catedral a la Virgen, rezando públicamente el rosario, mientras el

pueblo, con devoción, seguía la oración.

En Buenos Aires también habían sucedido muchas cosas. Ya en junio la marina había bombardeado la costa, intimidando a Perón para que renunciase. Los cañonazos iban dirigidos directamente a la *Casa Rosada*. El almirante Rojas y el general Aramburu fueron sin duda los héroes de esa revolución libertadora, que si bien acabó con la dictadura, no podría extinguir las secuelas históricas, sociales, políticas y económicas de la misma. Los militares trataron de salvar la momia de Eva Perón de ser profanada, enviándola a un convento en Italia, de donde sólo sería devuelta en 1973, cuando después de las elecciones del 20 de septiembre, Perón volvió al poder.

Para proteger su vida, Perón fue embarcado en la cañonera *Paraná*. Parece que estuvo en el Paraguay antes de irse a la Puerta de Hierro, donde su vida transcurría con fausto y generosidad, ganando las simpatías del pueblo español, y al lado de su nueva mujer «Isabelita» que luego se llamaría «María Estella Martínez de Perón»—cosa que actualmente nadie menciona y que parecen haber olvidado— y que llegaría a ser presidenta de la Nación a la muerte de su marido, el 1º de julio de 1974.

El 23 de septiembre de 1955, ganada la revolución, asumió la presidencia el general Lonardi, y luego, el 13 de noviembre el general Aramburu, que fue asesinado por la guerrilla en el año 1970.

POEMA A MI HIJO MUERTO

*Aún no puedo morir, no tengo tiempo,
y en el sin tiempo nuestro amor no encuentra
otro ritmo de espera que el del alma,
fusionada en el cáliz de un deseo
que compartes conmigo, en la distancia.
Como sombra de un sueño te perpetuas
en la muda quietud de mi nostalgia,
y mi cuerpo te engendra en una estrella
para amarte otra vez, fiebre y entraña.*

*De pequeño reías de las cosas,
sometías los sueños a tus fuerzas,
aclamabas al mar y a su llegada
y dormías de sueños fascinantes
en el lecho gentil de mi regazo.*

Hombre fuerte y como tal perdido.

*Ráfagas de vida te portaron
de una estrella fugaz a una galaxia;
y yo supe quererte transitando entre el mundo brutal
y éste mi abrazo.*

*Sometiste los libros y los hombres,
escribiste poemas de amor a mi memoria,
y los ángeles contaron tus historias
en el vuelo ancestral de las gaviotas.*

*El mar sublime te empujó a la aurora,
la arena trazo tu cuerpo fuerte,*

*Alfonsina nos dio versos de espuma,
y yo fui tu madre, tu ilusión, tu calma
en el tráfigo brutal de la esperanza.*

*No te escribo por mí, mas por nosotros;
nadie debe ignorar que en nuestro encuentro
todo fue tan sublime, limpio y fresco
como un canto a Jesús en la alborada.*

1956

1956, qué dulce me resulta incluso su víspera. La evoco en un presente eterno porque todavía me veo allí: estoy preparando las valijas. No tengo ganas de ir a Buenos Aires porque luego no tendré ganas de regresar a Córdoba. Pero estamos entusiasmados. Hemos cambiado la moto Puma por una NSU-Prima lindísima, de arranque automático. Vamos a pasar por Buenos Aires para luego ir a Miramar y quedarnos allí durante todo el mes de enero. Llego a Buenos Aires para mi cumpleaños: veintiuno. Me siento supremamente feliz. Papá hace asados en el fondo de la casa; el mandarino está cargado de frutos. La casa está un poco abandonada. María ha sido remplazada por una correntina joven que tiene una hija. Me instalo en la sala verde, como si el tiempo no hubiera pasado, escondo la nariz en los almohadones y el espaldar del sillón de cuero, el famoso sillón de mis luchas con los tiburones. No, nada cambió. La casa está llena de todos y estoy feliz de que Santiago esté ahí. Tengo ganas de jugar, de comer, de sentarme en la falda de Lila. Hundo la nariz en sus cabellos y siento el olor a mamá. Siempre parece un olor a talco, a talco mezclado con algo de canela.

Partimos a Miramar; me siento mal, tengo vómitos. Vamos al casino. Emilce y Osvaldo Arévalo están también en Miramar. Santiago quiere inventar una manera de ganar en el casino. El resultado del test de embarazo es positivo, voy a tener un hijo que nacerá en septiembre. Tengo mucha hambre y me duermo en todos lados; se me hinchan los pechos, me duelen con el agua fría. Entro en el mar, mucho mar. ¡Tanto mar! Papá está lindísimo, con sus soberbios ojos verdes y la piel tostada, con sus camisas celestes y sus pantalones grises.

Vamos a volver a Buenos Aires y luego a Córdoba. Tengo un traje de baño negro. Emilce tiene dos meses de embarazo más que yo. Vamos a tener los hijos en Córdoba. Vivimos a doce cuadras pero nuestra relación ha cambiado desde que ella se casó. Ella le cuenta todo a Osvaldo. Ya no puedo continuar reflexionando con ella en voz alta.

Volvemos a Buenos Aires y luego a Córdoba. Medardo Gallardo Valdés, interventor de Córdoba, crea un puesto para mí y me encuentro catapultada como profesora de cultura general en un liceo muy bien frecuentado. Continúo la facultad y siento otro ritmo de vida. Mi vientre crece. Compro una parrilla porque tengo antojos de asado. Supongo que en septiembre nacerá mi hijo. Santiago falta mucho a la escuela; duerme mucho, mucho. El 21 de septiembre compartimos el asador en el Dique de los Molinos con Emilce y Osvaldo. Debo regresar urgente, el niño va a nacer.

23 de septiembre, diecisiete horas, el niño nace, es un varón. Lo miro y una voz en mí con acento espantado me dice: «Nunca más podrás ser irresponsable»; siento miedo. El niño pesa tres kilogramos doscientos, es rubio, demasiado lindo para ser varón. Esa misma noche nacen cinco niñas. Estoy en la clínica Mayo, en la habitación ciento trece. Llego mamá, volvemos a casa, comienza una nueva vida para mí. Miro a través de la ventana y el rosal otra vez ha dado rosas rojas. Empiezan las lluvias de primavera, muchas lluvias, más que muchas lluvias. ¡Toda el agua del cielo para bautizar ese milagro! Doy gracias a Dios.

No sé si ese año ocurrieron muchas cosas. Estaba mirando mi vientre crecer y sintiendo a mi hijo tomar forma dentro de mí. No tuvimos tiempo de otra cosa. Hubo un intento de alzamiento militar y unos fusilamientos ordenados por Aramburu; dichos fusilamientos parecen haber originado su posterior secuestro y asesinato. Eisenhower analiza otra propuesta rusa de no-agresión y es reelegido presidente. Mientras tanto, Rusia y Gran Bretaña firman un acuerdo de paz. Estamos en plena época de la guerra fría; Castro lucha en Cuba. En Buenos Aires se deroga la Constitución de 1949 – adoptada por Perón durante su desempeño– y se reimplanta la de 1853. Fue también el año de la epidemia de polio.

El 30 de noviembre se terminan las clases. Nos vamos con Alejandro a Buenos Aires en avión durante dos meses. Es un niño muy fuerte; no tengo problemas de alimentación, lo amamanto en

todas partes. Papá y mamá están dichosos con Alejandro. Me instalo frente a la televisión: hay problemas en Egipto por la nacionalización del Canal de Suez. Hace mucho calor, el bebé está prácticamente desnudo; hace más de cuarenta y tres grados en Buenos Aires. La casa es muy fresca. Al atardecer salgo al antejardín y allí amamanto a Alejandro. El mármol de los escalones está frío. Los rusos lanzaron otro satélite en el que viaja una perra que se llama *Laika*.

En la marina dan los pases para los oficiales. Debemos instalarnos en la base naval de Puerto Belgrano a partir de febrero de 1958.

1957

¿Por qué se le ocurrió a Santiago que estarían mejor viviendo en el nuevo barrio de oficiales de la Cuesta de San Roque si solamente había una cantidad muy reducida de casas habitadas porque el barrio estaba en gran parte carente de agua y de energía eléctrica?

Fueron varias las razones. Siempre lo cansaban las cosas habituales. No se encariñaba con las paredes. En cuanto veía un pájaro volar quería ser pájaro, y aunque fuera con la imaginación lo seguía en su vuelo sin conocer jamás, ni preguntarse sobre el objetivo del pájaro ni sobre las consecuencias de su aterrizaje.

Además, se empezó a llevar mal con los Anguita, quienes vivían enfrente. Eran dinámicos, hablaban mucho, razonaban, hacían turismo y se permitieron ciertos juicios sobre la predisposición que tenía Santiago para dormir y las historias de las falsas enfermedades –gripes, bronquitis, colitis y otras– detrás de las cuales se escudaba para faltar a clase. La historia era flagrante porque Anguita debía golpearle la ventana cada mañana, para partir juntos a la Escuela superior aeronáutica, pero era ella quien contestaba diciéndole a Anguita que él iba más tarde porque había pasado una mala noche. Después él se quedaba en los sillones del living cubierto con una frazada y con la famosa pañoleta verde de su mujer sobre las espaldas, esperando al médico del aeronáutico. Todos los vecinos se convirtieron en testigos molestos. Santiago sedujo a su mujer, como sería costumbre hasta 1978 para que vieran las casas del barrio de la Cuesta. Fueron de día y había una, en una esquina, la casa número catorce, que les pareció lindísima. Se mudaron, nunca la habían visto de noche ni habían necesitado utilizar el agua, la cual, según Santiago, sería conectada la semana siguiente.

Cuando se trasladaron a la Cuesta era todavía verano, un tórrido verano seco como los de Córdoba, con alacranes que atraviesan las calles y culebras que se cocinan entre el sol y el pavimento. Ella sabía que él tenía miedo de los bichos. Un día le puso un alacrán aplastado por un auto y bien reseco en una caja de fósforos y otro día le envolvió un sapo bien vivo en una linda caja de regalo que dejó en el pórtico de la casa con una tarjeta de buenos augurios escrita en letra imprenta. El abrió la caja, el sapo saltó, medio mareado de tanto alboroto y él no tuvo la crisis cardíaca que inconscientemente ella parecía estar deseándole para que al fin se enfermara en serio y dejara de molestar.

Verdaderamente ella se divirtió en ese mundo de penumbra nocturna con Alejandro pequeño. Lo que podía haberle molestado fue que el agua no llegaba ni la semana siguiente, ni la otra, ni la de después, ni nunca llegaría. Cada día iba hasta un pozo de agua distante de unas diez cuadras de cien metros –como son las cuadras en Argentina– llevando sobre las espaldas, que sin duda se volvían fuertes, un palo de escoba de cuyos extremos colgaban dos latas vacías de Standard Oil de veinte litros. Así llenaba, luego de múltiples viajes de ida y vuelta, la bañera, permitiéndoles de esta manera conservar la higiene mínima, hacer la cocina y sobre todo bañar al niño que crecía bien. Se hizo cortar los largísimos cabellos de un solo hachazo, y con ellos, en una de sus poco frecuentes visitas a la ciudad de Córdoba, se hizo hacer un rodete postizo, redondo, magnífico, brillante como en oro viejo, último recuerdo de su lejana vida de niña rica y bien alimentada. Los sábados, aún si Santiago dormía, partían con Alejandro a la ciudad de Córdoba a la casa de los hermanos Flores: tres mujeres y un varón, compañero de estudios de Santiago. Allí se bañaban largamente. Las manos de ella se habían vuelto callosas y fuertes y los esfuerzos físicos hacían resaltar las venas de sus brazos y manos.

Tuvieron una empleada de casa, se llamaba Teresa. Estaba contenta de venir a trabajar con ella. Era medio india, tenía 14 años y los renegridos cabellos espesos y lacios. Las dos jugaban bien juntas y también con el niño que tenía la risa fácil. Ella continuaba amamantándolo, y lo haría hasta que él tuviera bien pasados los dos años. Tomaba agua abundante en la cual Teresa hacía hervir

cáscaras de papa, que según decía su madre, aumentaba la leche de los pechos. Tuvieron una perra loba, nieta del lobo del zoológico de Córdoba y muy inteligente que le llevaba al niño sus pedazos de carne para compartirlos con él. La llamaron Leona. Leona enseñó a caminar a Alejandro.

El se tenía de pie, agarrado fuertemente a sus largos pelos, entonces ella avanzaba un paso, y otro y otro y un día dió dos pasos y el se encontró parado y con los pelos de Leona arrancados entre los deditos rosados y tuvo que decidirse y cruzar el espacio que los separaba.

Los tíos vinieron de visita en primavera. Haidé se ponía nerviosa y se arrancaba los pocos pelos de su cabellera mientras Edmundo imprecaba –en francés o en inglés para no ser comprendido sino por su mujer, pero no por Teresa o por Santiago– contra Dios que era capaz de producir tanta miseria y de haber reducido a su sobrina –intelectual, y mujercita sin desperdicio– en una mujer dura de campo. Pero eso no le impedía a ella misma vivir sin añorar ni el palacio ni los claustros universitarios y sentirse arrobada recogiendo moras en el monte. Si había culebras o alacranes, ella nunca los vió, ni la picaron, ni la mataron, porque no era su tiempo de morir sino de aprender.

Santiago descubrió que el agua tardaba en venir y decidieron sacar un crédito en el Banco Provincia para hacerse su propia casa en el barrio Parque de Alta Gracia. Entonces las cosas se volvieron aún más curiosas y agradables para ella porque todos los días iban en la moto a ver crecer la casa con tres dormitorios. Los Anguita iban también porque habían recibido el mismo tipo de préstamo. Cuando pusieron los techos y como ella era una artista entró en buenas relaciones con el arquitecto logrando, sin por ello pagar más, mejoras exquisitas en la finalización de la construcción. Un garaje más amplio, paredes interiores de ladrillo visto, ambientes en desnivel y lo más lindo para ella fue hacer pintar los techos en colores oscuros lo cual ponía en relieve la tórrida algarabía de las blanquísimas paredes.

No llegaron a utilizar la casa. Debieron partir a Puerto Belgrano, trasladados. Transfirieron el crédito. A pesar de su juventud. Ella se resignó porque la vida le había enseñado desde muy temprano a frustrarse. Ni siquiera volvió los últimos tiempos a visitar la casa, en la cual tanto había puesto.

El día de la mudanza el agua todavía no había llegado. Ni ella ni el niño guardarían memoria alguna de una canilla abierta, de un gusto a confort y a agua fresca.

Para sacar los muebles quitaron de sus goznes la puerta de entrada. Había un viento horrible, casi huracanado. Alejandro miraba el ir y venir de los asistentes que sacaban las cosas. Estaba parado junto a la puerta, pesadísima y maciza. El niño tenía en la mano un tubo de pasta dentífrica. La puerta cayó de pronto, sin anuncio, arrancando el dentífrico de su mano, que quedó tan aplastado como el famoso alacrán de la caja de fósforos.

Si la puerta no lo mató, fue porque no le había llegado tampoco su tiempo de morir.

Partieron. Ella no volvió la cabeza. Leona fue imprudente, un camión que pasaba a gran velocidad por la ruta la arrastró, dejándola moribunda. La enterraron al borde del camino porque ya no tenían casa.

Sí, ese año pasaron cosas, ella nunca lo sabría. Fue el año de la no historia, en el no tiempo. Si hubo diarios nunca fueron leídos.

Fue un año importante. Alejandro y su madre se amaron mucho.

Teresa partió con ellos a Buenos Aires, para luego ir a Puerto Belgrano. La madre de Teresa la vió partir con resignación y alegría, porque en su rancho la niña compartía con otros seis hermanos el mismo colchón grande sobre el suelo.

Llegaron a Iberá. Teresa dormía en el vestidor, lugar preferido de las siestas de Lila, en un pretencioso chaise longue de puro estilo.

Partieron a Puerto Belgrano y casi detrás de ellos Lila y Jorge, porque tenían que anunciar que Teresa tenía piojos. Vinieron asustados. Su hija los consideró irrealistas. Alejandro tenía los pelos ligeros y rubios como plumones y los piojos se le veían fácilmente. Teresa y ella se cortaron aún más los cabellos y los lavaban con queroseno y luego se ponían DDT y gorros, porque las cabezas quedaban más blancas que la de papá Noël.

Teresa «no se hallo», como dice la gente de campo en Argentina, cuando comprueban que

prefieren su miseria a un lujo extranjero y solitario.

Lila, Jorge y Teresa partieron a Buenos Aires. Jorge la depositó dos días después en el tren que partía cada mañana de la Capital con destino a Córdoba. Teresa se fue hacia su paraíso al encuentro de nuevos piojos que adquiriría en un ambiente de feliz promiscuidad hogareña.

FRENTE AL ESPEJO

En el espejo de mis ancestros se miraron generaciones y generaciones, allí se vieron crecer y envejecer. El va a vehiculizar la historia de mi vida; a los 6 años fue testigo de la primera noche en que me acosté tarde. Creí que el mundo iba a caer sobre mí: ¡Era la una de la madrugada! Fue una noche de Navidad y junto con mi abuela habíamos decorado arbolito que fue hecho en papel maché –porque en Argentina, país caliente en diciembre, no hay pinos naturales o, al menos en esa época, no era frecuente conseguirlos. Lo adornamos con velitas de colores (blancas, azules y rosas); pero al encenderlas, con el primer golpe de viento que entró por la puerta del jardín de invierno, el arbolito se incendió. A los 6 años descubrí lo que era la impotencia; a través del espejo vi el fuego y junto con él mi pena. Para compensar mi tristeza me dejaron quedar hasta muy tarde; aunque tal vez hubiera sido mejor hundirme en el cuarto de María, sin luz, y llorar sobre su cama tierna sabiendo que ella vendría a buscarme sin palabras.

El espejo estaba ubicado en el gran salón que yo encerraba a los 14 años, era el pasaje obligado hacia la calle, hacia la sala verde y el antejardín. El espejo fue uno más de los objetos que entró en mi territorio cuando yo lo definí. Las fotos de mis 15 años tienen todas, como por casualidad, por leitmotiv el espejo. Frente a él, vio mi madre la mirada envidiosa y taciturna de mi mejor amiga mientras mi modista me probaba un vestido. El me vio bailar el primer vals con mi padre; y fue delante suyo que me vistieron para mi casamiento, el 19 de mayo de 1955. Todas las transformaciones de mi cuerpo entraron en ése espejo: mi gloriosa maternidad tan serena, sublime, apacible. Posiblemente yo nací casada, pero nunca dejé de ser madre soltera.

¿Qué partes del rompecabezas fueron devoradas por el espejo? Es extraño pero no tengo recuerdos de haber abrazado un hombre frente a ese espejo; él invade hasta tal punto la intimidad que tal vez por lo mismo tampoco recuerdo haber amamantado a mis hijos frente al espejo. Los hombres deben ser vividos a partir de ellos mismos, en un espacio sin terceros, en un espacio de complementaridad, donde justamente todo otro elemento desaparece. De la misma manera uno no amamanta a los hijos sino al interior de una esfera de vital fuera del tiempo.

¿Y entonces? ¿Qué hacer con el espejo? ¿Destruirlo? Pero, ¿cómo destruir el punto de unión entre lo ancestral y lo presente, entre la fuerza que viene del Cenit y la fuerza que viene del Nadir para constituir en su encuentro la materia viva en el aquí y el ahora? De todas maneras si quito el espejo aparece la pared que es muda, y en la cual uno no puede sino hacer proyecciones. El discípulo zen pregunta al maestro: ¿Cómo evitar las guerras entre los herederos? Y el maestro respondió: «¡Vive tu fortuna!»

¿Vender el espejo? No, porque es un espacio sagrado; es una memoria y una evidencia de la existencia de la vida, del movimiento, de los estados anímicos. El espejo es un educador. Controla la imagen en movimiento, ayuda a corregir las miradas excesivamente agudas, mordientes, agresivas. Favorece una actitud más humana, más correcta, más digna. Además, aunque destruyéramos el espejo los recuerdos ligados a él seguirían existiendo: el baile de mis 15 años, la fiesta de casamiento, mi maternidad, en fin, el espejo es como el mar, un testigo que guarda y no delata y frente al cual uno no tiene historia sino presente. Destruir el espejo sería como destruir el mar, no serviría de nada, es inútil. Más vale recordar sin rabia.

1958-1959

La vida en Puerto Belgrano es muy agradable. Empezamos a tener amigos. Dejé de cortarme el pelo en la peluquería de los hombres; la manicura viene una vez por semana y me entiendo muy bien con la modista que conocí; así que empiezo a gastar una fortuna en telas.

Alejandro crece en fuerza y belleza. Tenemos una mucama cordobesa, novia de un conscripto de la base aeronaval. Santiago me traiciona con ella. Sufro mucho. Tengo que ir todos los días a dictar clase, vuelvo a medio día; Santiago tiene diez días de vacaciones y siempre lo encuentro en la cama, mientras el niño está sin cambiar. ¡Sufro! Hago un largo viaje en ómnibus, a un pueblo, para tratar de conseguir una muchacha cama-adentro. Llego al pueblo y a la casa indicada y se trata de una débil mental. ¡He fracasado! Mi pareja se estabiliza...

El 8 de octubre muere Pío XII y es elegido Juan XXIII. Y por fin en el año 1959 cae Fulgencio Batista en Cuba, pero ya es claro que Castro es comunista y que el Ché Guevara está con él. En ese año 1959 sucede algo triste: la invasión comunista al Tibet, con la consecuente huida del Dalai Lama hacia la India. El asunto me duele profundamente, estoy próxima del Oriente. Desde los 16 años frecuento, en Buenos Aires, los grupos de trabajo «zen». Estoy muy ligada al Tibet. Somos un grupo de profesionales que investigamos sobre la dígito-puntura tibetana. Nuestros maestros viajan una vez al año al Tibet y reciben nuevas técnicas por comunicación telepática. El instituto de la calle Gorostiaga resulta todo un éxito; dirigido por Teda Basso y por mi entrañable amigo Shuyi Murata. Con él compartimos toda una vida aún en la distancia; porque cuando partí de la Argentina en el año 1978, nuestro grupo se disolvió y él se lanzó a trabajar Gurdjieff, enseñanza en la cual llegó a ser un maestro, localizando su centro de trabajo en Bariloche. Murió a finales del año 1990 y sólo quince días después de su muerte supe que él había estado en los grupos de Gurdjieff en Buenos Aires.

1960 es un año de fuerte tensión política en Argentina, con amenazas de golpe de Estado. En el mes de enero decidimos con Santiago tener una niña para que naciera en primavera. El año se vio colmado por esa espera. Sé que en ese lapso Eisenhower vino a pasear por América latina, y que en Francia hubo ciento veintiún intelectuales procesados por rechazar la política de de Gaulle en Argelia.

Comienzo un análisis a causa de un accidente. Santiago nos ha hundido en una catástrofe económica. Mi coche no está en la cochera: ¡Santiago lo vendió! Me desmayo por primera vez. Estoy embarazada de siete meses; vivo en el hotel *Base naval* de Puerto Belgrano. Viene un médico cualquiera y resulta ser un compañero de mis cursos de alemán. No tengo nada. Lloro. Voy al hospital con recomendación de ver al doctor Pessagno Espora. Continúo mis estudios. Tengo licencia por maternidad. Pessagno Espora no es sólo el psiquiatra, sino el director del hospital. El obstetra, un cordobés simpatiquísimo llamado Torres Argüello, me lleva él mismo al hospital, porque yo no quiero ir. ¡El embarazo era demasiado lindo para que se terminara! Como soy paciente del director del hospital y cuento con sus simpatías me dan la habitación más linda de toda la maternidad de oficiales superiores; una suite inmensa, con grandes ventanales y vista a los rosales. Mis amigos me llenan de flores. Voy a tener el hijo caminando. Nace una niña sin mayor esfuerzo. Vuelvo a mi cuarto caminando.

Cuando las enfermeras se van, me levanto corriendo para mirarme en el espejo, aspirando fuerte el vientre, para ver cómo ha quedado mi silueta: bien. Siete días después vuelvo a los cursos de gimnasia con Beatriz Suarez del Cerro como profesora. Tanto deseamos ésta niña que mi embarazo y su nacimiento no hicieron sino aumentar mi alegría y mi fuerza. ¡Yo misma hice el moisés de la niña! A los quince días le puse una pollera que cosí con mis manos porque no tenía máquina. ¡La pequeña era lindísima!

Alejandro estaba francamente divertido. A él le hubiera convenido que la niña naciera quince días antes, para su cumpleaños; pero ella se retardó. Nació el 7 de octubre a la una de la mañana; hermosa y deseada. Santiago esperó el nacimiento y luego se fue con sus amigos a Bahía Blanca y no regresó antes de las seis de la mañana. Sufrí.

El análisis se volvió el centro de mi vida. Los niños crecían bien. Estábamos solos, lejos de toda la familia.

Es en ese año que aparece Lumumba; el líder negro de la escena mundial. No hubo verano en Buenos Aires porque vinieron papá y mamá a visitarnos. Puerto Belgrano es un paraíso: el club de tenis, el hípico, el yate, la piscina y el mar, los amigos. Una vida mundana intensa, pero compatible con la vida privada.

De las catástrofes irremediables e irreversibles de la infancia y de la adolescencia me había vuelto tan fuerte, que el desastre económico o las traiciones de Santiago las olvidaba muy pronto. Sólo quería paz y que me dejaran criar mis hijos. De una catástrofe material uno puede recuperarse siempre, utilizando la voluntad y la inteligencia. A las infidelidades uno se habitúa y se dice al final: «Todo vale, pero que no me jodan.»

Tenemos muchos amigos, nos llevamos muy bien delante de la gente y también en privado. Alejandro y Marina ocupan todo nuestro interés. Eso no quita que cuando abro el armario y hundo la cabeza entre las ropas, vuelve a mí la sensación de angustia, de inestabilidad. Pienso en la acción que debo realizar, mi cuerpo se pone en movimiento pero de pronto, un sentimiento de precariedad, de nostalgia sin objeto me estruja el plexo y desearía profundamente que al salir del armario toda la vida fuera diferente, aunque no demasiado: quisiera que estuviéramos los cuatro en una casa grande, con jardín y una pileta, separados del mundo por un abismo infranqueable. Quisiera que los niños no crecieran, que el tiempo no cambiara, que las agujas del reloj se pararan en un intervalo fuera de

las horas. Quisiera que no hubieran noches ni silencios. Pero vuelvo a los pañales sin angustia.

Me asaltan, a veces, deseos de ser libre, de caminar por un bosque, de encontrar una casa pequeña, entrar en una gran cama abierta, con sábanas blancas de hilo, y estar allí con un hombre infinitamente conocido, con el cual fuera fácil hacer el amor. No un hombre desconocido, sino uno con una larga historia compartida, que se pusiera los anteojos después de amarme para leerme *El banquete del amor* de Platón. Un hombre que supiera jugar, improvisar un pic-nic sobre los pastos frescos, tomar vino y encender las velas y cocinar carne sobre la chimenea. Un hombre con un «pull» blanco, algunas canas y que sepa acariciar. Alguien para recrear mi cuerpo que se perdió en el olvido de la caricia siempre postergada.

* * *

La pequeña crece. Habrá que afeitarse la cabeza para que los pelos salgan más fuertes. Alejandro está sinceramente enamorado de ella. Con sus 4 años soleados, se ocupa de alcanzarle el chupete, y de cantarles desentonando maravillosamente. Al igual que yo, no tiene oído, pero sí buenas intenciones y el aire sabio de un viejo papá que sabe todo. Trato de sentarla en el moisés con su pollerita y la almohada de Alejandro. Así les saqué una foto a los tres: Santiago y Alejandro tenían los rostros emocionados admirando a la diosita. La luz entraba por la ventana, Alejandro estaba tres cuartos de perfil y Santiago también. En esa foto se puede percibir la adoración de esos dos hombres hacia ella; virgencita rubia de piel rosada que parece tener ya, firmes intenciones de comprender la vida.

UNA MUJER Y SU ANGUSTIA (IV)

Avenue Malakoff: 1° de abril de 1993. ¡Otra vez Laura! Como si no pudiera terminar de comprender. Necesidad de rescatar ese recuerdo otra vez entre la gente que pasa. Ella es un fantasma; pero más real que la gente que cruzo. Es casi primavera, hay luz y la retomo a partir de esos funerales del 1° de julio de 1974.

¿Por qué Laura y no otros? ¿Por qué no otras historias que han marcado profundamente mi vida? Porque ella es una presencia de lo no terminado. Laura se dejó llevar por un torbellino de aventuras cortas; sin pasión, llenas de venganza. Recuerdo que si bien con Luis no se vieron más, empezaron a escribirse. El sabía que Laura tocaba fondo. Tres hombres diferentes en un solo día. Tal como lo cuento. Ella tal vez se haya sentido destruida por Sebastián y quiso sobrevivir de todas maneras. Fue una tarde de marzo en lo de Gertrudis V... L... que conoció a Marcos: una mezcla extraña de francés e italiano. El no tenía sino 20 años. Su madre había muerto cuando tenía cuatro, dejándole un diario como herencia en el cual relataba los últimos momentos de su vida, devorada por un cáncer. En esos días Marcos había recibido de manos de su padre el documento.

Ella lo conoció allí, en ese mundo de terciopelo rojo, de despreocupación, y quiso ser la madre de ese hijo; dado que sus hijos ya no le pertenecían porque Sebastián los había aislado y ellos se volvieron jueces implacables de su madre. Laura ya no tenía interés en quedarse en su casa. Quería ir más allá. El tenía 20 años y su relación con ella estuvo signada por la iniciación.

Ella era lo que uno puede concebir como una mujer fascinante. Sonreía con sus ojos, pero no con su cabello, que siempre fue muy escaso. Pero sus pechos no lo eran, ni sus caderas, ni la forma con la que aumentaba su belleza, con vestidos extraños, elegantísimos y sofisticados. Yo la miraba como a esos modelos de mujer a los que yo no podía acceder: la gracia de un broche en la solapa de un traje, el infaltable «foulard», los guantes impecables. Laura no era sensual. Era tal vez mucho más que eso: un deseo permanente e insatisfecho; una búsqueda y un rechazo, una fruta y una mermelada. Se encontraron solos y se repitió la historia mágica de Sebastián, con cuarenta años de diferencia: Sebastián veinte años más, Marcos veinte años menos.

Laura se cortó el cabello muy corto, y se lo aclaró. Como alguien que tiene que ducharse permanentemente, saliendo de una cama de amor, transpirando y con el peinado deshecho. Menos maquillaje, menos peso, más angustia...

Una mañana en la costanera de Buenos Aires, bajo el sol de medio día, radiante oro líquido, estando yo con los chicos y jugando al placer de no hacer nada, sintiendo el olor de los asados en los restaurantes, la vi, en jeans y remera y con el pelo muy corto. ¡Nada qué ver y todo qué ver!

Imagen de no-tiempo, y en alguna parte un sufrimiento intenso de vivenciar con angustia que ella sentía que era demasiado joven para Sebastián y demasiado vieja para el otro. Ella no era feliz, estaba en el delirio. Laura buscando el no-tiempo entraba en el tiempo destructor. Cerré los ojos y los volví hacia el río de La Plata. Cruzamos con los chicos hacia el restaurant; pero el ala negra de un cuervo había tocado mi alegría y un nubarrón sin lluvia se extendió en el límpido horizonte sin fronteras: pena mayor, ¡impotencia!

Ella también me vió, y debe haber pensado –aunque nunca me lo dijo– que mi presencia allí me convertía una vez más en un testigo. En fin que en esa relación ella sufrió. Laura no fue la iniciadora (rol sagrado maternal buscado); ni tan siquiera la prostituta sagrada; sino la amante triste.

Se compró una peluca negra y otra castaña con visos claros; se había cortado tanto el pelo que podía distinguirse el brillo de cera de su cuero cabelludo. Por las noches, en las reuniones mundanas, se cambiaba las pelucas y se sentía junto a Sebastián, la niña protegida por su padre. La locura se había desencadenado.

De su relación con Marcos quedó embarazada. Lo supo antes de que ésta se terminara, porque la relación se cortó como suelen terminar los amores de los adolescentes, por razones nimias. Laura no

abrió, pero perdió el feto en el tercer mes. Doble fracaso: no pudo ser ni la madre muerta de Marcos ni tampoco guardar el hijo de éste. La relación estuvo signada por la locura, pero al menos dilató en el tiempo su verdadera agonía interior.

Sebastián murió algunos años después, pero ya todo estaba muerto. No hubo cuestionamientos sobre la paternidad de ese hijo que no llegó a nacer; pero esa vida, estrella fugaz, destruyó lo poco que en Laura quedaba de sentido de la realidad. Cuando Sebastián partió, ella casi no lo sintió; tal vez incluso lo haya deseado profundamente; muchos años después y a través de la confidencia supe –por una amiga común– que ella había hecho un culto de Sebastián muerto, pero solo quince años después de haberlo enterrado.

Sebastián no había dejado buenos recuerdos, y había arrastrado con él todo lo que podía tener vida. Según nuestra común amiga la relectura de la historia con su marido comenzó cuando –después de muchos años– ella entró a su despacho y abrió su escritorio. ¿Por qué no había entrado antes? Tal vez no haya podido. Con la muerte de Sebastián la familia estalló, se dislocó y se cargó de resentimientos.

Sebastián había dejado bibliotecas enteras de escritos y parece que, como por casualidad, en el primer cuaderno que abrió encontró su propia descripción y la narración de sus infidelidades. Fue a partir de ése hecho, que actuó como desencadenante, que ella fue capaz de reconstruir la historia real de su vida con Sebastián. Finalmente el hecho parece haber sido propicio para el restablecimiento de un cierto tipo de relaciones con sus hijos.

Otra vez el ala del cuervo me toca y hay un nubarrón que cubre el horizonte claro y sin fronteras. Avenue Malakoff. ¿Por qué ella y no otro? Porque ella es el paradigma del sufrimiento humano. Ese eterno desfasaje entre el tiempo de ser y el tiempo de mentir evitando mágicamente toda consciencia objetiva de existir en el aquí y ahora.

Avenue Malakoff. ¿Por qué Laura y éstas lágrimas que me caen por dentro en algún lugar de las entrañas, en este cuerpo que habito, que vibra, que busca sentido, que ama? ¿Por qué Laura y no otro? Porque Laura toca un arquetipo común de la existencia humana: «El miedo.» ¡El más arcaico! Miedo de estar siendo sin poder ser; miedo del miedo; miedo del primer hombre sobre la Tierra buscando una caverna para esconderse. Miedo de la lluvia, del mar que se desata, de los monstruos, de ese nudo biopsíquico del hombre en tanto que tal. Miedo de no asumir el libre albedrío. Laura no cesará nunca de torturar en mí algo esencial como es la necesidad de vencer la circunstancia; porque ella fue esclava de su circunstancia, de estar siendo en un falso no-tiempo. Cuando Ortega y Gasset dice «Yo y mi circunstancia» nos pone frente a una limitación real y a un desafío al que el hombre sólo puede responder a partir de la destrucción sistemática de todo lo negativo de su circunstancia.

Avenue Malakoff ¿Por qué Laura? Porque yo también tengo miedo.

Este año comenzó en Puerto Belgrano, prácticamente, junto a la piscina y junto al mar. Alejandro jugaba con varones de su edad. Su simpática gobernanta lo llevaba por la noche al comedor de niños ya bañado, con pijama y bata de casa. 5 años, época importante para él; muchas velitas, más que el año anterior. Quince días después fue el cumpleaños de Marina, y él tuvo que ocuparse de apagar la vela porque ella era demasiado pequeña.

Lamentablemente fue un año de cambio brusco e inesperado. Santiago tuvo un problema muy grave en la marina y debieron partir a Buenos Aires. Santiago y Jorge no se llevaban bien. La vida en Iberá fue imposible. La vida disciplinada de Jorge chocaba con los horarios de Santiago. Jorge terminó cortando la luz a las doce de la noche.

En un solo impulso, y en absoluta complicidad, todos se fueron a vivir a Olivos, a la casa de Edmundo y Haidé. Alejandro había nacido y crecido en plena naturaleza y libertad, solo con sus padres; y de pronto a esa edad tan difícil, en la cual comenzó el colegio con letra firme y pareja, se encontró en un espacio limitado, sin otros niños de su edad para jugar y en permanente competencia con Edmundo —que siendo un niño grande— prefería a Marina en detrimento de Alejandro. Discutían por cualquier cosa: un programa de televisión, la propiedad de un objeto grande o pequeño, etc. La madre de Alejandro fue cediendo ante la situación. A Santiago le dieron una última oportunidad en la marina y lo mandaron a Punta Indio. Los tíos, los niños y ella pasaban semanas solos.

La madre de Alejandro seguía cediendo terreno. Los tíos eran los grandes de su infancia, y ella se convirtió en un niño más. Entonces Alejandro cambió la letra que se le desbarató completamente, y empezó a tener asma. La madre de los niños comprendió que debían huir de allí lo más pronto posible. Habría entonces luego que comprar una casa, pero no podía ser inmediatamente. Ella seguía con sus clases y su facultad; haciendo lo que podía y como podía; escribiendo para otros y trabajando más que nunca. Con Santiago no se podía contar; él tenía casi tantos créditos en la marina como salario. Jorge pagaba, sin saber, muchas cosas, sin querer mostrar que sabía.

Ese año, Kennedy subió a la presidencia de los Estados Unidos. En Cuba empezaron las purgas de los comunistas, y la invasión de Estados Unidos fracasó el 20 de mayo. Kennedy y Kruschev se encontraron en Viena el 20 de julio y Juan XXIII comunicó la encíclica *Mater et magistra*. El comunismo se volvió duro; cerraron la puerta de Brandeburgo y levantaron el muro de Berlín.

En la política argentina había mucha confusión e inestabilidad. Se preparaban conmociones que se cristalizaron en el año 1962, cuando Frondizi fue depuesto y reemplazado por José María Guido, cuando las fuerzas armadas se dividieron en azules y colorados.

Fue el año del concilio ecuménico comenzado por Juan XXIII. Alejandro fue internado de urgencia para una operación de apendicitis, en la clínica de Cusatis, en la calle Córdoba. Cuando salió de la sala de operaciones, ella recibió los diarios con la fotografía de los cohetes nucleares que la Unión Soviética estaba instalando en Cuba. Alejandro se recuperó poco a poco. Ni su madre ni él fueron ya los mismos. Habían dejado de ser madre e hijo para ser hermanos.

La madre de los niños empezó a tener ganas de libertad. ¡Cada vez tenía menos territorio! Sintió miedo de volverse infantil. Entonces compró un departamento nuevo, porque ella deseaba una vida nueva.

EL HOMBRE DE MI VIDA

Veinte años después escribiría buscando al hombre de mi vida, al que imaginaba paseando por la playa de Miramar, en la que tanto había sufrido durante la adolescencia.

La playa estaba sola el 31 de marzo de 1978, llovía y nada de este mundo me interesaba, porque en algún sentido la búsqueda del amor ligada a un hombre real había sido imposible. Agustín, mi hijo, jugaba con su pelota solo mientras yo, bajo el toldo, escribía –sin saber por qué ni para qué– a este hombre que nunca existió pero que actualmente comprendo quién fue. Lo imaginaba como en el poema de Alfonsina Storni:

*Ver que se adelanta la garganta libre
del hombre más bello y no desear el mar,
y figura erguida entre cielo y playa
sentirme el olvido perenne del mar.*

Escribí como si yo pintara su retrato: describiéndolo. El apartaba de mi camino las medusas. Era magnífico, sereno. El diálogo ocurría en un nivel de imágenes puras. Solo hoy, y gracias a una súbita intuición, comprendo que el drama de la adolescente insatisfecha –que al encontrar una cara bella se topaba con un cerebro vacío– me llevó a imaginar un hombre ideal. Sin saberlo yo hice el hombre de mi vida como madre y no lo supe, porque no era posible saberlo, que quería uno así para mí.

Me casé adolescente, me invadió una gran tristeza; fue un error horrible. Pero sin embargo ese error me llevó a una realización: «Ser madre»; tuve un hijo y antes de que hablara ya le hablaba todo el tiempo y él me respondía con mil monerías y por momentos con el aire de un hombre sin tiempo. Vivimos una pasión absoluta y total. Sin saberlo yo había hecho nacer el hombre como para mí. Mi primer hijo fue entonces mi compañero de todos los momentos y el padre atento de sus hermanos. Nadie osó decirme que nuestra relación era demasiado profunda. Nos vivíamos como hermanos, y yo no sé si mi voluntad profunda no había sido de dar a luz el hermano que mi madre no concibió.

Nuestro idilio no fue interrumpido ni por el nacimiento de la segunda hija ni del tercero ni de la cuarta. Y sólo después de su muerte la gente empezó a decirme: «Estaba enamorado de su madre», «tuvo una relación muy edípica.» Si lo hubieran dicho antes nos hubieran hecho un favor. Hubiera podido dedicarme a él exclusivamente para aprovechar mejor el tiempo de vida que nos quedaba para estar juntos. La historia del Edipo es simbólica, toda otra interpretación es del orden de la imbecilidad. Nosotros nos queríamos bien y éramos normales y siempre tuvimos parejas y no confuciones. Caminábamos sobre la playa, nos adorábamos...pero él no era para mí, sino para la vida. Ese día de otoño sobre la playa, escribiendo esas palabras, tuve esas imágenes. Algo en mí sabía que yo debía partir. Claro que mis cuatro hijos vivieron entre mis brazos tanto como quisieron, desde el nacimiento y para siempre. Mis brazos siguen disponibles.

Mi hijo fue mi compañero. Pero lo empujé al mundo a patadas, a besos, a libros compartidos, a poemas recitados juntos en esas noches que precedieron al 12 de mayo de 1978, cuando me fui. Pero yo partí sin partir, volviendo siempre. ¿Quién sino yo podía comprender la dura adolescencia? No recuerdo haberle visto cambiar de voz o tener bigote. Solo recuerdo a ese muchacho fuerte que me abría la puerta cuando yo llegaba y que se regalaba diciéndome: «Madre.»

«Quisiera esta tarde divina de octubre sentirme el olvido perenne del mar...»

En ese año la ONU consideró el asunto de la soberanía de Argentina sobre las islas Malvinas. Alejandro ya sabía, como lo habían sabido en su momento sus ancestros, «que las Malvinas eran argentinas». ¿Pero había tenido alguna clara imagen, o imagen posible, de las Malvinas? Esas ignotas islas que los Ingleses sólo podían reclamar como escenario ideal de la dramaturgia shakesperiana y nada más; porque en ese año 1964 no eran, ni siquiera estratégicamente, importantes. La guerra tibia o fría se jugaba más, sobre el núcleo geográfico constituido por Cuba en la América central y por Rusia y los Estados Unidos en el concierto mundial.

La pincelada europea fue la visita de Charles de Gaulle a Argentina. Buenos Aires estaba conmocionada. Reacción normal, si se tiene en cuenta su tradición cultural francesa e incluso que algunos de sus escritores habían escrito antes en francés que en castellano. Con de Gaulle llegaban Honorato de Balzac, Emilio Zola, Víctor Hugo y los románticos, que en su aburrimiento y «bostezando la vida», hacían sufrir el corazón fogoso de las intelectuales argentinas, tanto como el de tontas niñas burguesas que hubieran soñado calentar sus camas y hacerlos dormir de sana fatiga, en lugar de bostezar la vida como dice Chateaubriand.

El trayecto del general, el cielo azul resplandeciente de Buenos Aires –azul insolente que no pudo sino inspirar los colores de la bandera argentina– y esas nubes como copos o como el algodón dulce que comen los niños. Majestuosa Buenos Aires...increíblemente parecida a la Ciudad Luz. Jardines de Palermo, autos sports, mujeres lindísimas, excesivamente cuidadas y las barrancas del río. Hacia el norte verduras salvajes hundiéndose en el agua a partir de suntuosos jardines ingleses, abrazando mansiones donde lo notable no es la abundancia sino la elegancia. Y así pasó de Gaulle, con más ganas de detenerse a mirar que a tener entrevistas políticas.

* * *

A de Gaulle lo quieren en Argentina porque es un hombre de familia, y eso cuenta en el viejo Buenos Aires con olor a cirios y rumores crepusculares de cuentas de rosarios, que se escurren entre los dedos de almas sanas y piadosas. Misteriosa Buenos Aires; adolescente perezosa que guardás la inocencia aún buscando ser violada. No te escurrás niña de las buenas costumbres; ni te divorciés ni tengas más amantes que los que tu director de consciencia puede soportar. Misteriosa Buenos Aires, tu sensualidad se pega a la piel como otra piel y bajo un ombú los besos saben a campo abierto y a hijos concebidos sin pecado. Misteriosa Buenos Aires; canto, lujuria, muerte, vida y más canto y más lujuria y más confesiones. Y el sol que no se detiene ni en invierno, porque esas cosas de ocultarse pasan en otras latitudes, no en Buenos Aires donde el pelo brilla y la piel, y hay un juego de luces en los ojos, y olor a picadero y hormigas, y más besos y jacarandáes.

¿Cómo imaginar siendo joven en Buenos Aires que Sartre se niegue a recibir el premio Nobel de literatura? No es que la cultura sea un barniz en Buenos Aires; no, muy al contrario, pero esas cosas de las ideologías se juegan más a nivel de comentario y toma de posición que de desgarramiento y herida. Pero sí fue un hecho en armonía con la realidad, que Martin Luther King recibiera el premio Nobel de la paz. El nombre de Luther King tiene resonancias que se pegan como su mirada.

Ella pasó ese año con alegría, hasta el 8 de mayo cuando Agustín comenzó a tener fiebres muy altas e infecciones en los oídos. La paz se terminó de un hachazo y empezó el peregrinaje de cada día. Sí, de cada día, buscando el médico que podría curarlo porque en él la infección se declaró seis meses después de su nacimiento. La BCG que había recibido al nacer, como muchos otros niños ese año, estaba en malas condiciones. Ella no lo supo sino cuando empezó el peregrinaje porque la infección se había hecho evidente. Muchos niños habían muerto. Ella no lo sabía. Se preguntó si el niño podría morir, si aquel miedo nocturno después del parto no había sido un presentimiento. El

chofer de taxi, que venía a buscarla todos los días para su peregrinaje sin resultados útiles, le dijo que en el puente Saavedra había un especialista al que llamaban el médico de los pobres, dado que atendía por casi nada, porque cuando su segunda hija tenía cuarenta y cinco días, estando él con su mujer en una partida de caza, una bala se escapó de su escopeta y atravesó el hígado de la pequeña. El prometió entonces dedicarse a curar caritativamente si la niña se salvaba y así fue.

* * *

Agustín tenía la cabeza abandonada sobre el hombro izquierdo de su madre; la cabecita en un gorro de lana azul. Estaba muy débil y decaído por las altas fiebres. El consultorio estaba en un primer piso, al que se llegaba por una larga escalera que a ella le pareció la del calvario. No solamente la sala de espera estaba llena, sino también la escalera. En el último escalón se quedaron así, abrazados, tan desvalidos el uno como el otro. Ella temía que el niño se volviera idiota por la fiebres. Las fuerzas de los dos parecían haberse terminado; pero no fue cierto, porque en cada madre hay un titán y son bien capaces de enfrentar al demonio sin más armas que la mirada y la autoridad que les da el ser madres.

Pasaron mucho tiempo así; subiendo lentamente. Cuando finalmente la puerta del consultorio se abrió, la fe los envolvió en el acto. El médico era pequeño, delgado. Con una mirada más simpática que inteligente, demostró haber comprendido que era al niño a quien debía curar, aunque la madre parecía transida de miseria. El médico actuó rápidamente. Agustín no tenía ni fuerzas para llorar cuando le exprimió los adenoides y le limpió los oídos. Las fiebres le habían desviado los ojos.

Esa noche el niño no lloró y casi no tuvo fiebre. Continuaron yendo durante meses. La noche de Navidad en Maipú, tomaron una foto de familia. Agustín estaba en los brazos de su madre. Cuando la foto fue revelada ella vio que él tenía los ojos desviados, pero que estaba vivo. Mientras lo amamantaba creyó ver claramente que ciertos angelitos de la guarda se habían puesto a jugar en el moisés del niño un juguete llamado: «Descuartizando diablitos.»

1963
CONTINUACIÓN: CARTA A PAPÁ

Querido papá:

1963 se termina. Sí, se termina y hoy 26 de diciembre Amanda ha dejado de ser la gobernanta de los niños para colaborar conmigo, sin cansancio, sin respiro, en esta mudanza que estamos haciendo. Solas vamos llevando cosas entre la casa de los tíos y nuestro nuevo departamento. Son dos cuadras de distancia, no demasiado y las dos somos jóvenes. Todo pesa físicamente mucho pero el esfuerzo aligera el alma. Muchas dudas antes de escribirte y solamente lo hago ahora. Dudas porque algo en vos me da miedo. Tal vez tu mirada penetrante, el saber que lo sabes todo de mí. Siempre ha sido nuestra costumbre no hablar demasiado, pero sentirse mucho. Vos sabés que estoy contigo, que soy tu hija, que a los tíos los quiero, les tengo miedo y que es por eso que a veces hago como si te ignorara. Yo sé que me querés, pero también que me despreciás cuando soy débil, y yo lo soy, pero no demasiado.

Cuando tenía 14 años y preparaba mis exámenes de segundo año de magisterio te dije que estaba nerviosa y sentí tu menosprecio; aunque pasó rápido porque me dijiste –comprendiendo que era tu deber enseñarme y no directamente castigarme–: «Cuando terminés de estudiar y de dar los exámenes tendrás todo el tiempo necesario para ponerte nerviosa, pero no ahora...» En fin me sentí frente a una verdad tan grande, que ha sido, es y sin duda seguirá siendo, mi regla fundamental de vida: «Resolver con calma, terminar la tarea conscientemente y solo después darse el lujo de hundirse en estados anímicos.» Dejarse llevar hasta el fondo de nuestras debilidades, pero naturalmente sólo después de haber piloteado con coraje y calma el barco de la existencia en plena tormenta de mar desatado. ¿Sabés?, el «après coup» es muy intenso, pero dura poco, porque la realidad me llama y debo estar presente: los horarios de amamantar a Agustín, dormir como puedo, algunas horas cuando no puedo resistir el «soramatán», como vos decís, ni siquiera sé en que idioma o en que dialecto pero que quiere decir que cuando el sueño te vence tenés que dormir sin remedio para poder seguir. Siempre te vi caer feliz en esos cortos sueños merecidos, y me doy el gusto yo también de hacerlo, y saboreo con placer ese hundimiento en el mundo del silencio misterioso de la muerte pasajera.

Te extrañará que hable de muerte a mis años, cuando estoy dando vida, pero ocurre que el nacimiento de Agustín me dio miedo después de haberlo tenido. Nació con triple circular de cordón. Habían pasado muchas horas, no sé precisamente cuántas, ni siquiera si fueron un día o dos días. No puedo decirlo con precisión, porque el tiempo de la maternidad es otro... El había dejado de moverse en mi vientre, lo llamé al doctor Quesada que me pidió que fuera de urgencia a la clínica Marini. A pesar de todo algo en mí no tenía miedo, antes de llegar a la clínica pasé a ver un departamento en la calle Gurruchaga para comprarlo tal vez. De todas maneras el niño o la niña debería nacer. No fue un acto de inconsciencia; quería dar a luz a mi hijo prometiéndole un espacio de libertad, un mundo nuestro a partir del cual pudiésemos entregarnos a nuestro amor completamente, tal vez con menos confort, pero con más autonomía. No es que me haya sentido mal en la casa de los tíos. Haidé es eficiente como vos, pero siento que su pasado de niña y de adolescente tanto como su vida de recién casada en Iberá –donde como vos no fue aceptada en principio por la abuela– le han dejado un sabor amargo. Ella tal vez me quiera, pero yo he sido tan querida por mi abuelo y tal vez por mi abuela que he quedado estigmatizada como *La mal querida*, tal como en el título de la pieza de teatro de García Lorca. Haidé está bien con Alejandro y tío mal, él prefiere a Marina.

En fin, que era necesario partir papá. Vos sabés todos mis secretos. Tampoco hubiera sido posible volver a Iberá, porque entre vos y Santiago la corriente no pasa. En cuanto al niño nació bien, y en la fecha prevista, el 23 de septiembre, el mismo día que Alejandro cumplió sus 7 años,

fue por eso que el sábado veintiuno le hice su reunión de cumpleaños en la casa de los tíos, en la terraza. Se me estrujan las tripas viéndolo suspender el juego, derrotado por un ataque de asma. Esa pobre criatura me produce un sentimiento de ambivalencia. Detesto su enfermedad y al mismo tiempo lo quiero inmensamente. Demasiado sensible ese hijo.

Tengo el presentimiento de que será el chivo expiatorio de su generación, como yo lo fui de la mía. Mis primos me detestaron porque los abuelos los ignoraban, pero no fue así, sino que simplemente Fernando se «conchabó» con la familia de Andrea y su suegra fue la abuela de sus hijos y no Emma. Si a mí no me quisieron fue porque yo tuve la tos convulsa y Fernandito que tenía un año menos se contagió. A mí no me quisieron porque hablaba en latín con tío Fernando en «*Villa los Ángeles*», pero sobre todo no me quisieron porque yo soy tu hija. Alejandro se parece a mí, se parece a vos, porque yo soy tu hija, porque el es tu nieto y punto.

Marina es linda, es fuerte. Edmundo la quiere mucho, pero como es un niño grande no puede querer a dos personas al mismo tiempo.

* * *

Era necesario que partiésemos. Mis sentimientos hacia Alejandro son muy ambivalentes. Quisiera que se defendiera. Le estoy pasando mi ira sin quererlo. El debería... No, nada, él no puede nada, él es chico, él no tiene poder. Vamos a ver que pasará cuando cambiemos de casa, cuando nos vayamos en frente a la avenida Maipú.

Lamentablemente Santiago también descarga cosas tuyas sobre Alejandro. Siempre busca un culpable y siempre es Alejandro. Yo veo todo esto pero no puedo hacer nada, yo tampoco tengo poder. Santiago es un muro de inercia y de inacción.

Alejandro nos ayudó en la mudanza que hicimos con Amanda, la niñera de los chicos. Lo vi entusiasmado, con el aire de haber ganado una buena batalla. Ponía las cosas en el aparador, con cuidado, una por una. Todo ese 26 de diciembre estuvo bien, ningún ataque de asma.

Santiago va donde calienta el sol; no se movió de la casa de los tíos.

* * *

Después de todo y aunque el parto fue inducido, Agustín nació bien. Con tres kilos cien y cuarenta y ocho centímetros. Cien gramos menos que Alejandro y doscientos menos que Marina. A Santiago le dieron Coramina a causa del parto. La que estaba pariendo era yo, pero a mí no me dieron nada. Tampoco hubo fórceps. Nada que ver con el nacimiento de Marina que fue fácil; fui caminando a la sala de partos y volví caminando. Esta vez había allí todo un equipo profesional y yo estaba a medias anestesiada. Hice lo que pude para ayudar a mi hijo y al médico. No estaba desconectada de la realidad. Los comentarios me llegaban como a través de una bruma. Tal vez yo no estuve anestesiada, sino cansada de vivir como «la judía errante» entre Córdoba, Puerto Belgrano, Iberá, Olivos, Miramar. O tal vez fue la anestesia local para la epiciotomía. No sé, lo único seguro es el goteo, la impresión de romperme, la alianza con el niño que evidentemente quería nacer, porque finalmente los hijos tienen que nacer y salir al mundo.

Esa noche –porque Agustín nació a las ocho de la noche– me sentí mal. Debo confesártelo así, por escrito. Tuve miedo por primera vez en mi vida, miedo de haber podido perder a mi hijo. Yo estaba en un bellissimo departamento, en la clínica. La antesala de mi cuarto estaba llena de flores. El olor de las flores me volvió loca. Hice que las retiraran. Las paredes del cuarto eran grises azuladas, sentí que había alguien detrás mío, pero cada vez que me volvía el enemigo quedaba detrás mío. Estábamos solos en el cuarto, el niño y yo, porque Santiago se había ido a caminar y a comprar cigarrillos. Como siempre, cada vez que he necesitado compañía he estado sola. Cada parto Santiago es asistido y después se va. ¿Por qué? Vino con una caja de fósforos que le dieron con los cigarrillos, la propaganda de un hotel alojamiento. Se llamaba *Lotus*. Hay detalles estúpidos, mínimos, que quedan grabados indeleblemente en los momentos más difíciles de la vida, por el

extraño poder de arrancarnos de la obsesión, para resituarnos en lo cotidiano, en lo banal.

Estuve contenta de que naciera pero también un poco triste; me quedó un vacío que no había conocido con los otros hijos, tal vez por ese miedo, sobre el que te cuento. ¡Pobre ángel mío! Supe que ya no estaba en mi vientre y un día voy a tener que dejar de amamantarlo y después deberé llevarlo al jardín de infantes y después a la primaria y después a la facultad y después va a casarse, y va a tener que trabajar y no podré defenderlo. Voy a tener siempre la impresión de perderlo, y después tendrá hijos y después yo voy a morir y no podré defenderlo. El tendrá que sufrir por sus hijos amadísimos. Papá, puede ser que sea lindo tener hijos, pero cada vez se vuelve mucho más difícil reproducirse sin reflexionar. Alejandro fue concebido y nació simplemente, el parto fue largo, treinta y seis horas y salió esa cosa pequeña que durante cuatro años y quince días sería mi pasión única y gloriosa, mi confidente. Yo no tenía entonces hacia él sentimientos ambivalentes. Nos amábamos; éramos los dueños del mundo: tomábamos helados en Calvo, en Puerto Belgrano. Santiago navegaba, pero nos queríamos tanto que casi fue mejor que hayamos estado mucho solos. Antes que caminara ya lo llevaba al cine, en la noche; a Punta Alta; al cine Belgrano; en auto; los dos solos. Tampoco tuve sentimientos ambivalentes hacia él cuando nació Marina. Al contrario, él la adoraba. Mi malestar empezó en la casa de los tíos.

A vos y a mamá les debo mucho amor, porque ustedes no hicieron diferencias y siempre compensaron mis limitaciones y naturalmente las de todos. Sos vos quien me enseñó a querer, papá, con alegría, con actos: cocinando, leyéndome el diario, mal leído porque nunca supiste leer en voz alta, pero te quiero lo mismo. Los niños reposan en tus brazos, se duermen fácilmente, sabés relajarte completamente y entrar en un estado de servicio y amor absoluto.

Tía también sabe tenerlos en brazos, pero en movimiento; con vos ellos se hunden, se acomodan. Sos tan activo y a la vez tan calmo. Tendrías que vivir poniendo menos sentimiento. A veces tengo miedo de tus entregas totales; pero tal vez sea la única manera de vivir completamente. No quiero quitarte tu manera de gozar el instante, no es una crítica, es una reflexión porque cuando sos feliz lo sos completamente y cuando sos infeliz lo sos también completamente.

Escribiéndote pongo orden no sólo en los hechos de este año 1963 sino también en mis reflexiones. Vos no sos ciclotímico, ni yo tampoco. Somos simplemente y vivimos respirando a pulmón pleno la existencia. Yo sé que piensas en mí y que me parezco a tu madre —esa italiana corajuda que los educó sola a vos y a tus hermanos cuando tu padre murió. Suelo querer encontrar la imagen de ese abuelo que nunca conocí; ingeniero italiano contratado por la reina de Inglaterra para realizar las obras del puerto de Buenos Aires. ¿Cómo era abuelo? Vos tampoco lo sabés. Vos eras muy pequeño, el último retoño de ese árbol que murió a los 42 años, en plena juventud, del corazón.

Yo no sé papá cómo viviste esa temprana pérdida junto a tus hermanos y a abuela en vuestro departamento de la calle Juncal. Sólo sé que este año visité departamentos en esa misma calle y que, sobre todo en un cuarto piso de un edificio antiguo, sentí la historia ancestral poseerme. Y soñé sin miedo y te vi pequeño con tus soberbios ojos verdes, tal vez un poco sorprendidos porque tu papá no estaba más; porque ya no había sus rodillas sobre las cuales pudieras saltar y jugar en equilibrio... Te quiero papá mío en esta primera noche de diciembre de 1963 en la que te escribo sobre la mesa de la cocina. Todo es lindo y nuevo. La noche está bellísima; sobre el balcón pondré muchas plantas y vos te sentarás en una reposera con el niño en brazos, que se dormirá fácilmente, abandonado en tus brazos.

¡Tantas cosas ocurrieron este año! Será mejor que lo cerremos. ¡Kennedy asesinado! Sin comentarios. Y Juan XXIII que partió, sin duda, al cielo. Recibí una carta de Italia con una postal de Pablo VI en el gesto de su primera bendición como papa de la cristiandad.

Todos los sucesos de este año no han llegado a conmoverme. Todas mis fuerzas han estado dirigidas a no dejarme caer. Santiago dejó definitivamente la marina y Román Jelinek también. A este último lo nombraron en Ford. La sequía sigue siendo espantosa; las vacas mueren ahogadas en el polvo.

El 26 de septiembre salí de la clínica. Algunos días después, al amanecer, cuando me desperté para amamantar a Agustín —que casi había empezado a llorar— escuché un ruido extraño. Venía de la

avenida Maipú. Eran los tanques que pasaban a dos cuadras solamente. Me puse a llorar, papá, por lo que a mi pequeño le tocaría vivir de grande. Sí, papá, otro derrocamiento, otra vez los tanques en la calle. Ya no sé nada. Son los Azules y los Colorados. Cada gobierno que cae es una nueva administración que se pone en movimiento y miles de proyectos que se abandonan. La Argentina se empobrece papá. ¿Qué verán mis pequeños? No quiero saber nada.

No creas que terminé mi carta. Es de noche otra vez, faltan dos días para el fin del año 1963.

No te preocupes por mis estudios, van bien. Terminé el veintitrés los cinco exámenes que tenía que dar este año. Los estudios son mi «reposo». Cada vez me inclino más hacia las ciencias sociales. Quiero ser una especialista pero no una científica de laboratorio ni una esclava de modelos pergeniados por otros en asociaciones internacionales. La docencia universitaria me gusta, pero creo que tengo desmesurada pasión como para abstenerme de transmitir mis valores, tus valores, nuestros valores. Quiero llegar a ser libre, a partir de mi consultorio y de trabajos de campo, con observación participante. Tal vez un día aceptaré las limitaciones de la realidad social argentina, en lo que hace a medios para investigar, para trabajar, para decidir. Pero también, y sobre todo, en lo que hace al grado de conciencia de la realidad del hombre individual y de la sociedad. Tal vez algún día me vaya, papá, quizás muy lejos y desesperanzada. En fin ya veremos. Puede ser que algún día, cuando tenga tus años, pueda decir simplemente: «Hice lo que pude» y sin por eso detenerme; darme más tiempo para contemplar el sentido de la vida, en la medida de la conciencia objetiva, que habré adquirido.

Ahora no tengo tiempo para meditar demasiado, la acción me llama. Agustín tiene que ser amamantado, Marina y Alejandro guiados. Me preocupa el mundo que estamos creando para ellos. No es una cuestión de hoy día especialmente, ni tampoco de decir que todo es negro o todo blanco. Desde siempre el demonio juega con Dios al ajedrez y aunque parecen terminar cada vez haciendo tablas siento que el sentido primará, al fin, sobre el sin sentido; que el despertar del hombre a la conciencia objetiva se volverá más posible. Porque es irrefutablemente necesario comenzar por poder mirarse a sí mismo para comprender el horror de la situación y desembarazarse de las obsesiones devoradoras.

¿Ves? Este año fueron lanzados al espacio, astronautas soviéticos. Y hubo un acuerdo entre Estados Unidos y Gran Bretaña para limitar los ensayos nucleares.

Cooper, el astronauta americano, también fue enviado a visitar el cielo. Hay tantas cosas que pasan. Te doy un beso. Te veo pasado mañana. Tu hija que crece tanto como el naranjo, por dentro, naturalmente, no por fuera.

UNA MUJER Y SU ANGUSTIA (v)

Con Luis no se habían vuelto a ver, pero una vez, ella estaba sola en su casa y él llegó vestido con traje de montar y sosteniéndose con la mano derecha el hombro izquierdo.

— Lo lograste, le dijo, el caballo me tiró y me rompí la clavícula.

— ¿Y eso es lo que venís a decirme? replicó ella. Tenés que ver al médico, no a mí.

— No, porque vos estás en todas las cosas y sobre todo en esa valla que no alcancé a saltar. Me estoy volviendo loco. Anoche saqué el auto, pasé los semáforos en rojo y sin saber a dónde ir, tuve que volverlo a guardar. ¡Me estoy enloqueciendo!

— Pero no soy yo, ni vos. ¡No podemos estar juntos! ¿Cómo podríamos estarlo si nunca lo estuvimos?

— No digás que no estuvimos juntos ni que no te desgarraste cuando partimos en dos aviones diferentes.

— Sí, me desgarré. Pero, ¿No te duele el hombro?

— Sí, me duele todo, pero me duele más adentro. Quiero que te vayás de aquí, que no nos veamos más.

— Pero si no nos vemos nunca. Cuando yo entro en algún lugar vos salís, cuando vos entrás yo salgo.

— Sí, pero todo está impregnado de vos y yo también. Cada vez que te vas me desgarró. ¡Tengo ganas de sacarme las botas y de quedarme aquí y no irme más!

— Sobre todo no ¡No quiero escándalos!

— ¿Más de los que estás creando alrededor tuyo? Porque Inés tu secretaria, no creas que es inocente, por ella sé toda la historia con el chico que conociste en la de Gertrudis V... L... ¡Te estás destruyendo!

— Hago lo que puedo, pero no me muero.

— Pero te estás matando. Dejá de ser enredadera con Sebastián, vos sos árbol.

— ¡Demasiado tarde! Tengo ganas de algo y no sé de qué. De romper, de gritar, de decirte que vos no sos importante para mí y que no voy a escucharte.

— Estás en la boca de todo Buenos Aires –se apresuró a decir Luis– Valeria y las otras hablaban de vos.

— Y vos también, supongo. No te habrás privado de hacer el alma noble.

— No sé, en todo caso, para Gertrudis soy una víctima.

— Gertrudis no va más allá de lo que le conviene. Yo comienzo a entender a toda esa gente. Si no hay comentarios, no hay velada. Si no hay alguien para perseguir y ensuciar no hay tema.

— Estás hablando en loca.

— Y vos en Mesías.

La puerta se cerró tras él. Ella temblaba, él no se había quitado las botas ni quedado ahí. Ella decía que no deseaba que lo hiciera, pero algo muy en su interior proclamaba lo contrario.

* * *

Cuán solos se sintieron cada uno por su lado cuando la puerta se cerró detrás de él. Ella miró hacia abajo, hacia su traje sastre en terciopelo azul con florecitas rosas y blancas, y recuperó en el espejo con marco de plata una imagen suya, sin alma, que no conocía. Sobre el marco del espejo y como una risa irónica estaba suspendido el rosario de madera que le regalara Marcos. Tal vez todavía ese rosario siga suspendido para mecer el tiempo del horror de haberlo perdido todo, los besos no dados. Ella comprendió que se había ahogado en brazos desconocidos para no hundirse en los de él: ¡abrazos que no conocería nunca!

* * *

El también se sintió solo y maldito y excluido, y se fue al campo, a su estancia en Paraná. Paraná para siempre y sin ella; aunque el campo se siguiera llamando «*La vera paz*», ella nunca lo habitaría, ni conocería los atardeceres de cielo rojo frente a los cuales él reflexionaba, ni los perros vendrían a jugar con ella, la Virgen de «*La vera paz*», como él solía llamarla en sus sueños, en su silencio sin tristeza, en sus tardes de campo. No habría fuego de leños para ella, ni fuego de amor entre sábanas blancas. Ella fue siempre para él virgen y madre porque él sabía que ella nunca había sido bien amada; que las primaveras no habían sido para ella sino tiempos de esperar hijos. Lunas robadas al amor por el hijo que siempre sería «el engendrado por otro».

* * *

Ella miraba su traje azul testigo del último encuentro y lo odió como símbolo de la ruptura, de la resignación. Siempre odiaría esa casa que era sólo de ella. No la casa de familia fascinante de hijos, escasa de espacio porque siempre la casa es estrecha cuando son muchos los que sueñan, viven, se torturan, son felices, juegan y desean.

* * *

Era un atardecer antes del verano: ¡el campo hasta el horizonte! El avión no llegaba al campo: recorrió sesenta kilómetros en un vetusto autobús, de esos que sólo pueden existir todavía en Argentina. El ruido de los amortiguadores, un hombre con dos gallinas en una especie de jaula muy precaria; una mujer de campo vestida de negro y rezando el rosario, sin edad, la cara marcada por los vientos y el sol y tal vez por la pena de algún muerto. Los reseros en sus caballos cansinos y otra vez el ruido de los amortiguadores que no llegaban a ocultar la voz de ella que en la distancia –que aunque él no lo creyera– estaba gritando su nombre en el silencio sin territorio de su familia. Con un Sebastián que sin piedad acechaba en ella los signos precursores de una confesión plena, que nunca vendría porque Sebastián nunca supo que, cansada ya de esperarlo en la confianza para amarse aún más que en ese tiempo de Puerto Belgrano, ella había terminado por amar a otro sin poseerlo y a ser poseída por otros sin amarlos. ¿Cómo explicar que la muerte del amor había sido declarada, como una guerra, por el grabador? Y tampoco sabía él que ella lo había amado mucho. Ahora, estaba sentada a la mesa, comiendo simplemente, riendo y jugando con los chicos –gracias a ellos ella podía evitar que su amante imaginario la poseyera– la mirada ausente, el espejo de plata... Cuando estaba en casa de su familia ella detestaba su bonito departamento, un regalo de su padre. Allí había jugado a la libertad con el adolescente Marcos, como si ella tuviera 20 años y una cabellera rubia y espesa. ¿Por qué no supo entender a tiempo? Sebastián había sido demasiado fuerte. El había querido que ella fuera infiel para mostrar que él tenía razón, que ella debería partir un día con un hombre de su edad.

Ella partió, sí, pero en una aventura loca con un joven que tenía la edad de ella cuando conoció a Sebastián. La historia no valió la pena pero borró todo, y ese aborto espontáneo... Cuando salió de la anestesia el médico le preguntó si estaba bien y ella no respondió. Estaba llorando; llorando por dentro por el niño muerto, porque para ella ya era un niño y no un feto, un niño como los otros de ella, sin padre. Lloró porque su verdadero amante no estaba allí, no estaría nunca, y abortó de él dos o tres veces más. Ella lo recordaba con sus famosos bifocales descendiendo la barranca hacia el Paraná, o leyendo el diario. El tenía varios años más que ella, no demasiados, luego él representaba lo que Sebastián llamaba «un hombre de su edad».

* * *

El mayordomo vino a buscarlo a la entrada del campo. Era inútil querer encontrar soluciones, ella no sería nunca árbol sino enredadera. La noche caía recordando una frase de un poema de Neruda: *¿Quién la estará besando ahora?* Atardecer, tristeza del Ángelus, amor sofocado, llanto posible... posible para él, ella nunca lloró, no podía llorar. El la vió en su mundo de autista, en sus respuestas globales sin poder negarle su increíble seducción. La Madona de « *La vera paz* ». Alguna vez entronaría en la casona una imagen de ella, no exactamente de ella sino de una Madona italiana, y le daría largos cabellos rubios que escaparían de su túnica azul. Tal vez la pintaría él mismo, pero no, tal vez pudiera describirla a un pintor. No, nadie podría captar el gesto de ella cuando inclinaba su cabeza ligeramente hacia la derecha, para meditar o tal vez escuchar.

Ella no podía saber dónde estaba. ¡Todo al mismo tiempo! y Sebastián se volvía imposible por su silencio, y los amores se volvían dolorosos como agujas perdidas en los colchones por manos de costureras inconscientes.

* * *

— ¿Y si el niño encuentra las agujas?

— No las encontrará, ya no las olvido.

— Pero si hasta olvidás la leche sobre el fuego y sólo sueñas con caballeros que te arrebatan en algún lugar del Cairo o de Estambul.

— No seas malo, sólo veo al afilador de cuchillos.

— No te fíes ni de él porque no existe.

* * *

El, comenzó a escribirle, pasaba cinco, seis, siete horas por día escribiendo cartas a la Madona de « *La vera paz* », como la imaginaba sentada en un sillón cerca de él, provocándolo a una creación continua de imágenes. Formas de búsqueda de Dios, de trascendencia. Pero no habría trascendencia. La trascendencia hubiera sido para él la concreción de ese amor diferente: hijos, nietos, compartir los partos de las vacas en el campo, las floraciones y la caída de las hojas. La trascendencia hubiera sido para él morir juntos en un accidente de auto sin sufrimientos, al mismo tiempo, y que sus restos se confundieran. La trascendencia hubiera sido para él no volver a nunca a Buenos Aires ni a la estancia, dejarlo todo y vivir en Madrid. Sí, en Madrid, no en Italia, demasiado cargada de pasado familiar. Trascendencia hubiese sido tener el coraje de golpear la puerta de la familia y sacarla con él llevándose también los niños. Trascendencia hubiera sido ser cruel y dejar solo a ese hombre que deliraba. Trascendencia hubiera sido dormir con ella entre los brazos y sentir la eternidad.

* * *

Debajo de la puerta de su departamento había un sobre que no había podido entrar por lo espeso, y una carta de él. Ella entró en el departamento todo en sombras. No eran más de las cuatro de la tarde pero las persianas estaban bajas. El corazón se le estrujó. ¿Qué monstruosidad podía él decirle todavía? Dejó la carta para más tarde, la puso sobre el escritorio y no volvió a mirarla. Sólo la recibiría después de las manos de Sebastián que por fin tenía una carta de prueba. Ella no conocía el contenido de la carta. Ni siquiera se le ocurrió reclamar la propiedad de la misma. Empezó a justificarse, a tener miedo, mucho miedo...

Pero entonces se puso a leerla liberada. Mientras el diálogo con Sebastián desaparecía a lo lejos para dar lugar al diálogo con ese hombre eterno. Se sintió haciendo el amor con él delante de Sebastián y casi sintió placer. Como si le estuviera diciendo «¿Ves?, éste escribe, ama, tiene soledad, pero no tiene miedo. Porque nunca tuvo nada, lo entiende todo. Vos lo tuviste todo y no entendés nada. Y vos lo tenés todo todavía pero estas buscando la catástrofe. ¡Y nos estamos hundiendo juntos!» Esas palabras no fueron nunca expresadas, quedaron suspendidas en el aire

como rocío secado por el sol sin haber alimentado ni una hierba, ni una flor.

* * *

El recibió su primera carta y se extrañó. Casi desilusionado frente a la evidencia de que todo no estaba perdido para ella. La carta no era demasiado larga pero sí concisa, sintética, terrible. Ella no tenía nada que confesar a Sebastián sino a él. Confesar su impotencia, el horror de su situación, la imposibilidad de escapar. Si bien ella no le decía que lo quería le contaba de las cosas que ya no estaban desde que él se fue: los llamados telefónicos, las risas, las fantásticas tortas de cumpleaños que llegaban para ella y los niños de su parte, el horrible vacío de ese departamento en el cual no había sino la traza de una conversación tumultuosa. Se reconocía a ella misma como alguien ya destruido. Una frase se quedó suspendida: «Yo no quiero arrastrar a mis hijos en mi ruina, yo no quiero entrar en un hospital pero la locura me ronda; Sebastián adelgaza cada día más; pronto va a morir, tiene un cáncer de pulmón. Cuando abro un armario buscando algo, las prendas suspendidas me acarician la cabeza y pienso que sos vos que me acoge en un espacio de tinieblas y de dulzura. Si yo para vos soy la Virgen de « *La vera paz* », yo te siento como el sacerdote que me absuelve. Pero hay demasiada ruina, ya es demasiado tarde; me darás la absolución pero tendré que pagar mi culpa.»

Cuando ella recibió la segunda carta la abrió directamente. El debió haber percibido su dificultad para expresarse y le proponía –como tantas veces– escribir una novela juntos. Ella haría el primer capítulo, él el segundo, ella el tercero...y los hechos se concatenarían más allá de su voluntad. En esos escritos ella se llamó María y estaba sola en Asia, en una enorme casa a través de cuyos cristales el sol se descomponía como a través de un prisma, y la hacía delirar. El pensó queriendo interpretar –lo tal vez ininterpretable– que Asia podía ser ninguna parte, el sol él mismo y los cristales el discurso angustiante y perturbador de Sebastián.

* * *

Ella se sentía mal en Buenos Aires y ese Viernes santo fue, como todos los viernes, sacramentalmente a la iglesia del Carmen de la calle Juncal, antes del té en la casa de Gertrudis V... L... Cuando entró en lo de Gertrudis, ella estaba vestida con esa incongruencia de aristócrata alemana: una túnica larga, el cabello en un rodete que comenzaba a blanquear y zapatillas de tennis. El ambiente olía a mermelada y a sándalo. Percibió los tapices como más orientales que nunca; el piano estaba más lustrado. Ya todos estaban reunidos. En un gran sillón, al fondo del salón en brocado rojo, estaba la hija de Lila. Vestía de blanco, muy sencillamente. Ella saludó rápidamente a todos sin reparar demasiado, sólo la poseyó el deseo de hablar con esa mujer al fondo del salón. ¿Por qué esa mujer? ¿Por qué ella? Porque irradiaba una absoluta serenidad y ganas de abrazarla, de contarle cosas y de ser niña con ella, como de pequeña con sus amigas en un granero de la ciudad de Colonia, en Alemania.

La hija de Lila no pareció extrañarse cuando le contó en pocas palabras por lo que estaba atravesando. No le dijo ni que sí ni que no, pero le propuso salir juntas esa noche de lo de Gertrudis y sentarse en su auto en el estacionamiento de la iglesia del Carmen, para poder hablar. Y el ritual de la confesión necesaria comenzó a desarrollarse entre esas dos personas que aparentemente no tenían nada que compartir. El ritual comenzó el Sábado santo; a las diez de la mañana en casa de la hija Lila. Naturalmente los niños interrumpían, cuando no el teléfono; pero eso no importaba. Ella podía retomar su historia y expresar lo que jamás antes.

* * *

Eran las cinco de la mañana y el sol comenzaba a levantarse. Hacía frío en « *La vera paz* ». El mayordomo vino a iluminar las chimeneas y su mujer a preparar el café. El se sintió rodeado de

amor, privilegiado. Esos dos seres sencillos así como el sol que aparecía y los perros que ladraban a los carros, y las gallinas que se despertaban le hicieron retomar el gusto por la vida. Estaba gozoso; el café caliente, el pan de campo, con sabor a ceniza que preparaba doña Dominga en una hornilla y que tenía aroma de leña seca...

Se puso las botas para salir al campo, y fue en el último gesto de calzarse las botas que se dió cuenta que eran las mismas que llevaba en Buenos Aires cuando fue a verla, después de que se rompió la clavícula, para expresarle lo que su dolor físico le impulsó a decir y que había guardado durante tanto tiempo. Algo se descompuso en su gozo supremo. Algo de la índole del «no debiste» ó «¿qué has hecho?» «¿qué rompiste?» y la voz de su madre surgió a través del tiempo, para evocar el recuerdo de cuando él tenía 6 años y gritándole indignada: «¡Has roto la jarra de cristal de los abuelos, y el cristal no puede recomponerse!» Alguien barrió los pedazos de cristal ese día de su infancia, pero él guardó el asa de la jarra, que había quedado intacta, y la escondió en el fondo del cajón de sus juguetes. Pocos días después su madre la encontró y reprendiéndolo le dijo: «¿No ha sido suficiente que la rompieras, sino que además quieres guardar la evidencia?» El sintió que la había roto a ella, esa tarde estúpida bajo la posesión de un impulso negativo, mientras el dolor que entraba por el hombro le barría las tripas y lo invadía como bandadas de pájaros de fuego, a través de sus palabras hirientes e incisivas. Sintió que la había roto y que quería guardar un pedazo de ella que estuviera intacto. ¿Pero María –la protagonista de la novela que escribían juntos– estaba intacta?

* * *

¿Por qué la hija de Lila? ¿Por qué ella y no otra persona? Alguien menos lindo, menos dulce, menos humano. Tal vez ella no sería capaz de fustigarla ni obligarla a plegarse ante el dolor de sus culpas. Laura sentía en ella una fuerza inquebrantable y al mismo tiempo una sensibilidad extrema. Ella había sentido desde la primera vez que se vieron que era alguien en quien se podía confiar. Nunca entraba en las comidillas de buena sociedad, ni hacía esfuerzos por atraer la atención. Se acomodaba en un buen sillón y casi se hundía en un mundo de paz sin aristas. Eran los otros quienes venían hacia ella. Se comunicaba, era alegre; parecía no tener penas, o si las tenía estaban recubiertas de una tal dosis de dignidad que se convertían en otros atractivos de su personalidad. El placer se expresaba en su mirada tanto como el disgusto. Tenía cuatro hijos magníficos. Tal vez ese haya sido el puente entre las dos: la maternidad vivida en plenitud y más allá de todos los avatares de la vida. Laura había percibido cuán satisfecha se sentía ella de sus hijos, y cómo se iluminaba su mirada al posarse sobre los cuatro. A Laura la atrajo la hija de Lila por la manera que tenía de hablar con sus hijos; a cada uno de forma diferente; sintió que los reconocía como individualidades. Algo en ella le hizo sentir que esa mujer podría ser una madre para ella, para reconocerla y para lanzarla en el mundo. Pero nada más, naturalmente. Laura sabía que no quería encadenarse a ella, eran demasiado diferentes. Si no la hubiese necesitado tal vez la hubiera odiado.

Pasaron más de dos años, casi tres, para que esta relación se transformara en algo distinto. Laura la convenció de hacer un largo viaje por el mundo. La hija de Lila no podía, pero habían ciertas fechas en las cuales ella tenía congresos en Roma, en Barcelona y una estadía en Zurich. Laura habría de componérselas para llevarla con ella en búsqueda desesperada de la libertad de la mítica ciudad de los Césares. Ella simbolizaría para Laura el guía celeste que le permitiría atravesar sin destruirse el mundo de las tinieblas y de la casi locura. Ella sabía que la sacrificaría, pero esa mujer había nacido para servir. Laura no podía manipularla, pero había aprendido a conocerla y a hacer vibrar en ella lo que tenía de sensible y responsable. Además, ¿qué podían ser treinta días más si ella estaba dispuesta a acompañarla en su periplo intelectual?

* * *

Luis había tenido su primer nieto, el hijo de su hija mayor. Sintió mucha emoción; pero cuando

tuvo el niño en sus brazos sintió que era el hijo de ambos, el que no pudieron tener juntos. Buenos Aires estaba extraña cuando él volvió del campo. Era primavera, las vidrieras estaban repletas de prendas exquisitas y las mujeres del barrio norte vestían con elegancia prendas ligeras. La música estaba en todas partes. En él resonaba todavía el ladrido de los perros y el mugido de las vacas. Allá la había dejado entronizada a ella, porque él había entronizado sus cartas de amor en un muro de su cuarto; allí guardadas en un cofre recibían su amor, su culto, su idolatría. No quiso atreverse a pensar que quería verla, pero en fin, ella estaba en todas las mujeres: un detalle en el traje sastre, unos zapatos clásicos, una cierta manera de caminar, cualquier cosa podía evocarla. Misteriosa Buenos Aires que encandila y roba el alma; que obliga a volver; que seduce como una mujer eterna: los jacarandáes en flor, la plaza San Martín, esa pendiente que se pierde hacia la nada, hasta hundirse en el río de La Plata, más allá de las vías del ferrocarril, de los mercados y del edificio *Libertad*. Se sentía embriagado. Aún en la distancia percibía el olor del río de La Plata mezclado con el olor del petróleo de los barcos cargueros. Buenos Aires y los «docks», olor a Gran Bretaña. Su corazón se estremecía recordando el regreso de un viaje a Europa en el año 1955. En el *Andrea C*, ese barco prodigioso. Ahora la buscaba en Buenos Aires y la buscaría en Venecia, en el Cairo, en Atenas o en Damasco. Ya no dejaría jamás de buscarla.

Hubiera podido cometer la locura de ir a la puerta de su casa, llamar, enfrentarse a todo, y sobre todo a Sebastián, enfrentarse a él. Recordó trozos de poemas. Uno de un autor olvidado, y se la imaginó recitándole: «Sube las escaleras de mi casa y quédate conmigo de una vez, para siempre.» Pero casi simultáneamente apareció un trozo de un poema de Belisario Roldán que hablaba de ruptura: «Toma tu sombrero, toma tu manchón y arrópate bien, hace frío afuera y hace cerrazón.»

Se encontró caminando por la calle Juncal, y casi sin quererlo en la casa de Gertrudis. Allí se enteró de que Sebastián había muerto dos años antes; cosa que ella nunca mencionó en sus cartas y de que ella había partido –cosa que tampoco mencionó– para siempre a Europa. El golpe fue bajo y muy fuerte. ¿Cómo podía estar él recibiendo capítulos de ese libro que algún día constituirían si ella ya no estaba en Buenos Aires? El se confesó a Gertrudis, todos se confesaban a ella. Era muy simple: ella debía enviarle una vez por semana a «*La vera paz*», los sobres que Laura le había dejado.

El tomó todos los sobres y los leyó de un solo impulso. Así supo que ella ya lo había dejado. Simplemente porque él le recordaba a Sebastián, a Buenos Aires, a la ruptura. Ella no había esperado sus capítulos porque durante los dos últimos años, cada uno había empezado a hablarse a sí mismo. La coherencia había desaparecido. Colocó las cartas en orden preciso y fue a la clínica a ver a su hija y a su nieto.

* * *

Ella cumplió 50 años en Zurich. Fue un día triste y nublado. ¿Por qué la hija de Lila y no otra? Se movía, vivía la vida de la mañana a la noche plenamente; llegaba cargada de libros y de noticias interesantes; para ella, claro, no para Laura que se encontraba frente a la tragedia de tener 50 años. La hija de Lila la consoló como una madre; pero muy en el fondo de ella sabía que todo iba a terminar muy pronto. De Zurich fueron a Venecia. Fue el 28 de mayo de 1978. Allí conocieron a quien Laura llamaría «El príncipe». Un francés lindísimo, moreno, de grandes ojos cálidos que se rendiría perdidamente enamorado de la hija de Lila. Laura se sintió triste, lo hubiera deseado para ella... aunque, mirándolos hacían tan hermosa pareja que los vio de pronto como papá y mamá y se sintió transportada a otra esfera. Ella no quería que esa relación se terminara, porque ella se había proyectado en dicha relación y necesitaba que se prolongara en el tiempo.

Muy temprano, casi al amanecer embarcaron: Laura con dificultades por el exceso de equipaje –era tanto lo que había comprado en Zurich y en Venecia que apenas si podía transportarlo– ella sabía que había arrastrado en su vértigo a la hija de Lila, que ésta había abandonado la compra de libros por la compra de ropa. Muchos años habrían de pasar para comprender que había proyectado en esa mujer todos sus deseos; y que ésta le había respondido pero en los límites de lo que ella era,

sin arriesgar ni ética, ni dignidad, ni buenas costumbres. Se despidieron definitivamente en Neuchâtel; ella la vio perderse en el tren hacia París y se sintió liberada. ¡Ya no proyectaría más! Pero tendría que asumirse.

Ella se encontró sorprendida de la visita del papa a Tierra santa, pero no demasiado, porque los niños no le dejaban tiempo. Lo importante de ese año fueron las primeras fotografías de la luna. Pensó en una noche de luna con Santiago hacia los años 50, una fiesta en Río Santiago y la travesía en barco entre ésta ciudad y La Plata: vestido azul de organza con lunares blancos, nostalgia de un amor que aún estando presente y encarnado, tenía algo de imposible, de inaccesible. Santiago había llegado cambiado y triste por su frustrado amor con la Americana en Cuba, pero eso no le impedía a ella amarlo profundamente.

Las fotos de la luna le hicieron comprender que fue entonces, muy seguramente que había empezado a mentirse. Ese año el asunto la preocupó y empezó a quedarse callada. La vida pasaba sin mayores problemas, sólo el asma de Alejandro; pero, ¡se amaban tanto! Ella vivía la vida a pulmón pleno y Alejandro también; salían a caminar juntos, él tenía 8 años y se largaban a la calle ¿Cuál de los dos era más inconsciente? bajo una lluvia torrencial. La avenida Maipú se inundó y ellos la caminaron desde Esmeralda hasta mucho más allá de San Martín, con el agua hasta las rodillas. ¡Al fin tenía ella el compañero para luchar contra los tiburones! Pero como ahora ella había crecido la actividad era otra: recitaban contra la lluvia y el viento y sin paraguas, poemas a grito pleno con ese niño de su mano, tan hombre y meditativo y tan pensativo como ella. Era el principito azul que traía la solución de la resurrección a la doncella, víctima de un encantamiento. Volvieron contra la corriente. Alejandro no se enfermó. Fue una lluvia de maná del cielo. La lluvia cesó como había comenzado; pero ellos eran los sobrevivientes del diluvio. Tal vez las aguas de la calle vinieran sucias; pero siempre más limpias que las de los llantos mezquinos.

1965

Ella no podía sino esperar en silencio sin saber en realidad lo que esperaba. El silencio se volvió su profesión de vida, una manera de estar completamente presente, de ver pasar el río, de reflexionar. Ese año 1965 comprendió algunas cosas: que la palabra sirve para comunicar y para evitar comunicar; que sirve para decir verdades tanto como para mentir. Ese año pasó a la lectura de la mirada de los otros y sintió horror. Santiago tenía la mirada huidiza; Lila tenía miedo; Jorge era dulce, pero implacable, él también leía en los ojos y además escuchaba pensar. Muchas veces había respondido a preguntas cuyos elementos ya estaban en ella pero poco claros. A veces él le tenía lástima –ella también se daba lástima, por amar tanto, por ser tan sensible. Alejandro tenía los ojos tristes pero esa tristeza se esfumaba dando lugar a mil estrellas de gozo, jugando, al lado de ella y con ella. El sabía leer en los ojos de su madre la rabia y la impotencia que la invadían. Ella detestaba a los médicos, detestaba su asma; pero acrecentaba su vigilancia para hacerlo curar. El médico le dijo que Alejandro, si continuaba con esa asma no pasaría de los treinta años o terminaría en una silla de ruedas.

Ella no le creyó o no quiso creerle, tal vez para no verse tratándolo como a un inválido. Fueron al servicio de psicología del hospital de clínicas. Alejandro pasó todos los test. No sólo los pasó sino que aprendió a tomárselos a los otros. ¡A su madre la primera, naturalmente!

Cada vez que terminaban las largas sesiones del hospital de clínicas, salían contentos, ebrios de libertad y se iban, los dos solos, a comer asado a un fogón llamado *Pachamama*.

Los asados de Buenos Aires no eran sino otras tantas escenas de amor que traían remembranzas desde la infancia; desde la eternidad. Asados, comunicación, algo de vino tal vez, moderadamente, porque ella no podía soportar euforias artificiales, ni confusión, ni «castillos en España». Las quimeras la volvían silenciosa; la hacían sufrir, mirar el reloj. Aparecía la náusea, un sentimiento difuso de madurez frente a los otros, que no aceptaba de reconocer. Ella no podía vivir sino con los pies en la tierra. ¡Asados en Miramar! ¡Asados del año 1956 esperando a Alejandro! ¡Asados de 1960 esperando a Marina bajo los eucaliptos de Puerto Belgrano! ¡Asadores, Centro naval, Santiago, pena de amor, trozos de uñas en los brazos de Santiago! ¡Asados de 1963 esperando a Agustín! Recuerdos de náuseas mezclados con la música de twists bajo los eucaliptos de la «Haidé», en la casa de campo del tío. Mucho twists... «*Limbo twists o limbo rock en el cielo has de vivir.*»

Ella guardó silencio; y juntos, en las noches del Asador la *Pachamama* tocaron el cielo, y se descubrieron interlocutores privilegiados en el tiempo sin tiempo de decirse al fin, y simplemente, verdades. El no le tenía miedo, la quería fuerte. La impotencia de su madre lo volvía colérico porque también él se sentía frágil. Alejandro resultó ser superdotado. Ella se sintió orgullosa pero tuvo un miedo repentino. Comprendió que él también sabría leer en los ojos de los otros, diferenciar la verdad de la mentira, lo irreal de lo imaginario. Superdotado, sensible y asmático, tres adjetivos que tomados separadamente dicen mucho o casi nada pero que juntos pueden constituir la máscara de la tragedia. Alejandro no necesitaba tratamiento sino un ambiente apacible sin cambios atmosféricos bruscos. En lo que hacía al ambiente familiar este no era el caso. Ella lo sabía. Una noche Alejandro tuvo una fuerte crisis de asma. Lo bombardearon a cortisona pero su estado de enfermedad no cedía. Se despertó y se metió en la cuna de Agustín, que ni siquiera se despertó ante la intrusión. Ella se despertó sobresaltada, lo tomó en sus brazos. Alejandro deliraba. Ella no sabría nunca si había delirado con él, pero creyó haberle contado doscientas cincuenta pulsaciones. Al día siguiente lo llevaron juntos –Santiago y ella– a lo del Doctor Bozzola. Era un gran médico alergista retoño del Bozzola gran alergista, que continuaba consultando con su hijo. Fue el padre quien los recibió y quien casi con ira les dijo: «Quítenle todo medicamento y llévenlo al mar y déjenlo vivir en paz.» En ese momento ella comprendió por qué en el caso de Alejandro odiaba la enfermedad, tanto como odiaba los médicos. Alejandro partió con ellos a Miramar. Los dos se bañaban juntos

hasta agotarse; felices, dueños del paraíso terrenal.

Fueron muy felices y «comieron perdices». Alejandro parecía no tener más asma, pero cada vez que anochecía y que la tristeza del Ángelus –la famosa melancolía de la vasta pampa argentina que en el crepúsculo nocturno se anunciaba junto al grito de la lechuzas y de los búhos– su pecho se agitaba. Tía Haidé tenía las manos muy bellas; con uñas largas y cuidadas. De no haber sido la mujer del doctor Basso hubiera podido ser curandera por ser poseedora de una gran paciencia y magnetismo. Ella lo acariciaba hasta que el niño se dormía, y su madre también.

Año 1965, los lises rosados florecieron en la parte delantera de la casa de campo. El cielo era tan rosa como los lises; y el amanecer entre los eucaliptos volvía las cortezas de los mismos blancas, como la luna que partía dejando su lugar al sol.

Fin del verano. Ella luchando fuertemente y comprando a crédito y planificando formas más acabadas de confort. Se vestía muy bien y estudiaba mucho, y todo lo hacía con gran ahínco, como si el mundo entero dependiera de ella. No, nunca fue perezosa, aunque sintiera a veces necesidad de aflojarse y dejar que el mundo se le viniera encima porque en el último momento aparecería la fuerza titánica de la madre nutritiva, alimenticia, que amamanta hasta la extenuación, pero con buena leche, sus retoños que crecen lustrosos y sanos.

Marina era fácil y hermosa, los pelos rubios, la sonrisa deliciosa. 5 años de poesía cantados por un coro de ángeles rosados como los lises y el cielo del alba. Ella jugaba a ser grande con desenvoltura y tacto, cruzaba las piernas como una gran dama; se interesaba profundamente en todo lo que fuera la conservación de su patrimonio y utilizaba con precisión los adjetivos posesivos en primera persona: mi pala, mi balde, mi marido, mi cartera, mis muñecas, mi mamá.

Era tan fácil de retener entre los brazos y al mismo tiempo tan fácil de amar como de dar risa. Una madejita de inteligencia haciendo siempre alguna cosa, como los grandes. Dicen que los niños nacidos en la mañana son más activos que los niños nocturnos y ella había nacido el 7 de octubre de 1960 a la una de la mañana inaugurando el día con veintitrés horas por delante como para sacarle utilidad.

Buenos Aires es lindo en otoño, se parece más que nunca a París. Los amores se cargan de intimidad, la piel del verano cae pero antes se vuelve intensamente dorada como las hojas de los árboles antes de caer. Oro rojizo. Luego se hacen espesas alfombras de hojas secas y como no llueve el viento las sacude y hay trepidaciones viscerales en el aire y el amor se viste de sweaters ligeros. Aún reina la moda del verano, los colores claros. Hay una resistencia particular a dejar el verano, los pantalones blancos, las joyas en oro. Los días se vuelven más cortos y los domingos en el Centro naval se terminan con un sol agripado que pide cama y silencio mientras el viento arremolina las hojas y cubre sin piedad las aguas azules de la piscina. Reflejos verdes, presentimiento de musgo, recuerdo de conchillas adheridas a las rocas en la costa del mar.

Últimos soles, los jevenes proliferan en toda atmósfera otoñal húmeda y pican y quedan debajo de la piel y hay que olvidarse de la desnudez hasta el próximo año.

Ese año murió Alfredo Palacios, un socialista al estilo argentino. ¡Un patriarca con poncho! Recreador y vivificador durante muchos años del mito del caudillo político. No importa el alcance que el socialismo haya podido tener en Argentina. Importa el hombre.

Jorge era conservador, su hija demócrata progresista. Naturalmente no importaba el alcance que su partido podía tener en Argentina sino la fuerza del mítico líder Lisandro de la Torre. Eran otros tiempos, eran otros líderes, caballeros de clase hasta la punta de los pelos de las cuidadas barbas aristocráticas. En 1965 ya no era así el estilo. Habían pasado los radicales al poder, gobiernos de clase media. Los militares estaban siempre detrás, sacando los tanques a la calle cada vez que se presentaba la oportunidad de jugar a la guerra.

La Argentina en sí misma se olvidaba. Los Argentinos se volvían indiferentes a las luchas de poder y sufrían casi como corderos los duros efectos de una inflación no sólo exagerada sino invasora de todo territorio individual. La clase media numerosísima, orgullo del pueblo y de los sociólogos argentinos, comenzaba a enflaquecer como un naranjo estrangulado por un mal jardinero. El peligro ya estaba en algún lado, pero sólo se veía, en la práctica, que el precio de las

consultas era menos redituable y que los salarios no podían enfrentarse, como antes, a la simple adquisición de una sola vez y simplemente de una heladera o de un lavaropas.

El desinterés de los Argentinos por la política aumentaba. Pero ese fue sólo el principio. En la casa de ella no se hablaba demasiado del asunto, tal vez porque no valía la pena o porque daba mucha pena. Las muertes de Winston Churchill y de Albert Schweitzer ocuparon mucho espacio – Churchill era una figura querida u odiada– un sujeto de ardua discusión entre Edmundo y Jorge. Ella escuchaba para saber. Le resultaba fascinante el espectáculo de los titanes odiándose, como si uno de los dos debiera absolutamente ganar liquidando al otro. Las imágenes de esas luchas hasta el aniquilamiento la llenaban de pena y de zozobra. Alejandro crecía, Santiago y él se oponían cada día más.

1966

El año 1966 se vio marcado por hechos objetivamente extraordinarios. Su vida laboral se volvía cada vez más y más sembrada de conflictos. A pesar de ello Santiago entró a trabajar en Armetal de Acindar. La empresa tenía un plantel directivo aristocrático. El presidente era el yerno del director de Acindar. Un futuro fantástico se habría para él.

El año 1966 se inició con placer; se sintieron inaugurando la vida. Santiago crecía en su trabajo y eso los embriagaba, los dos se sintieron delirantes de poder, pero sin dejar la adolescencia; porque ellos no la habían tenido. Vivieron enclaustrados en libros, sin que las semanas se hayan parado los viernes para dejarlos respirar. Era esa adolescencia no vivida la que se filtraba, pidiendo su lugar, en los momentos serios de la vida.

Ella concibió a Ana en mayo. Ese mes, parecía ser el primero de la vida de ambos; estaban creciendo los dos, y al mismo tiempo, multiplicándose. Fue un embarazo vivido con fuerza plena, con belleza. Ana acompañaba, desde el vientre a su madre a presentar los exámenes de la facultad; dieron el último el 3 de diciembre. Esa misma noche Marina actuó en su primer festival de danzas, en el Círculo de Mujeres, en la calle Córdoba, a las ocho de la noche, en Buenos Aires. Sobre la puerta del instituto se leía una frase: «Educar a un hombre, es educar a un ciudadano; educar a una mujer, es educar una familia.» Nunca antes le había encontrado sentido a esa frase, pero esa noche, después de haber presentado el examen llevando a Ana en las entrañas y luego, viendo bailar a Marina, se sintió fuerte, madura, capaz de gobernar su vida y la de sus hijos más allá de toda contingencia; entonces comprendió que la frase encerraba una verdad profunda. Las luces del teatro eran cálidas y los terciopelos rojos evocaban la casa de Gisela. Pero ese, no fue un instante mundano, fue mucho más, fue una cachetada dada con precisión a la impotencia de existir.

Marina estaba hermosísima; su madre le había confeccionado el vestuario del disfraz, con volados de tules, y un hermoso rodete en el centro de la cabeza, peinado que antes había merecido un comentario de sus maestras: «Se ve que tu madre no tiene nada que hacer.» No era así. La madre de Marina era alguien con muchas cosas que hacer; pero la más importante para ella había sido, era y sería, jugar con sus muñecas.

Ese verano no irían a Miramar, porque Ana nacería en enero. Decidieron entonces partir tres días, los dos solos con Santiago, a Mar del Plata el 18 de diciembre. Las mujeres se vuelven bellísimas durante el embarazo; y ella se complacía en realzar esa belleza serena con vestidos amplios, en seda rosa o azul marino y con grandes cuellos blancos. ¡Eran tan felices! Alejandro estaba calmo, había una distensión y una alegría de la que todos participaban. Aunque tal vez la excepción la constituían Jorge y Haidé, con ese cierto escepticismo nietzscheano que los volvía marginales. Para ellos, ese año 1966 no era sino uno más, marcado por ciertos acontecimientos como la visita de Jacqueline Kennedy y sus hijos a la Argentina; o la entrada ilegal de barcos rusos que paseaban en aguas argentinas. Jorge y Edmundo, en su proverbial oposición, no pudieron menos que sentir pena cuando el trolleybus desapareció de Buenos Aires.

El hermoso trolleybus fue reemplazado por el colectivo ciento cincuenta y dos, pero nunca fue lo mismo. Los colectivos de Buenos Aires tienen algo de inquietante, de asesino. Esa desaparición de los medios de transporte produce nostalgia. La infancia de la niña estuvo fuertemente ligada a los tranvías. Había uno (el treinta y uno) que incluso doblaba en la calle Iberá, porque la terminal estaba en Iberá y Ciudad de la Paz. Allí quedaban detenidos hasta que el guarda los cambiaba de vía utilizando un largo fierro. En las noches de verano, cuando pequeña, el abuelo la subía al tranvía para dormirla. Y después fue Jorge quien la llevó; y después fue ella sola. De los niños, fue Alejandro el único que conoció el tranvía, y su madre recordaría el último viaje en el último tranvía treinta y uno en 1963: estaban Lila, Jorge, Alejandro y ella. Alejandro estaba peinado a la gomina – otros de los juegos de la madre– y tan duro era su peinado que casi sonaba a madera; pero así ponía

de relieve su frente ancha, sus grandes ojos inteligentes y su nariz linda. Durante la infancia de los niños ya no hubo más tranvías, pero sí el sublime trolleybus, en el que uno se sentaba sin urgencias y que avanzaba lentamente, sin riesgos, y suspendido con cables eléctricos del cielo y desligado de la tierra.

El tranvía estaba ligado al mundo subterráneo, a la madre Tierra. El trolleybus al sol, al padre, a Dios, a las estrellas. Ana no conoció el trolleybus porque nació el 28 de enero del año 1967.

Las complicadas relaciones entre los radicales y los militares continuaban. En 1966 derrocaron al presidente Arturo Illía y subió el general Onganía. Pero para Alejandro, Marina, Agustín y su madre, el acontecimiento más importante fue la muerte de Walt Disney; lo que les llevó a ver tres veces seguidas *Bambi*, tratando de cambiarle el final. Agustín era muy pequeño, pero como secuaz imitador de su hermana, si ella lloraba, él también; si ella estaba contenta él también. Se iban los cuatro al cine Ideal –los cinco porque Ana ya estaba presente– a ver la retrospectiva de Walt Disney.

Alejandro decía que «debían encontrar soluciones», y las buscaban entre sandwiches triples y jugos de frutillas licuadas, strawberry-fish, pero sin alcohol. Marina y Alejandro trascendían la realidad con sus hipótesis: «Que *Bambi* iba a subir hasta la roca y a decirle a su padre que en alguna parte del bosque estaba su madre herida. El ciervo mascaba hierbas, las ponía sobre las heridas de la madre, y ésta, después de pasar fiebres y de ser abrigada por el ciervo, con su hijo entre las patas despertaba de pronto diciendo: ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estuve? como en la televisión.» Vieron *Bambi* tres veces, y concluyeron que tenían razón. Habían encontrado la solución al enigma propuesto por Walt Disney; y como decía su madre: «No todos son capaces de descifrar los enigmas; sólo aquellos que se proponen penetrarlos.»

La catástrofe apareció tan inesperadamente que no hubo tiempo de reflexionar. Santiago llegó el 18 de diciembre a las diez de la mañana de Armetal, diciendo: «No los pude tolerar más y renuncié.» Ella se calló; pero en ese silencio se desmoronaron tantas cosas que sólo pensó en partir con él, según lo planeado, dos horas más tarde hacia Mar del Plata.

Santiago se volvió muy dulce y gentil. Elle se indigestó comiendo mariscos en el puerto, al día siguiente llovió; le dolía el estómago. El fue a buscar una farmacia y luego se arrodilló junto a la cama donde ella estaba; le acarició el vientre desde donde el niño se inquietaba; le prometía mil cosas: que ahora sería más libre para encontrar otro trabajo que fuera más para él, etc. Ella lo dejaba hablarse. Ese día se volvió sorda como Lila y dejó de escuchar.

MIRAMAR SIN HOMBRE

Tuvo que pasar el tiempo para comprenderte y aceptarte como amante. Sé que he sido el único amor de tu vida, y vos el mío; que tu último pensamiento fue para mí. Hasta hace unos instantes fui un ser acosado por el miedo. Miedo de saber. Ahora sé, de pronto sin transición despierto, y sé, que llueve sobre el mar «y que vos no estás».

Era tu canción, pero los dos estamos solos en nuestra casa. Mientras viviste nada fue posible. Todos nos veían vivir el uno para el otro; pensarnos, odiarnos. Todos decían a nuestros espaldas: ¡Qué Edipo! Pero nosotros –o al menos yo– nunca lo vimos así.

Yo te eché al mundo lo más rápidamente posible. A veces debí morderte, casi repudiarte para que te fueras; pero nunca hicimos sino crear nuevas circunstancias para reencontrarnos aún con más brío, con más comunicación, con más odio, con más ternura. Nunca nos tuvimos miedo; y tus brazos de hombre me rodearon para protegerme, tanto como los míos lo hicieron cuando fuiste pequeño.

¡Hay una tormenta de mar increíble! Esas tormentas que tanto amábamos mientras me recitabas los poemas de Neruda; como ese de la mujer que tenía los ojos largos. Y tu voz venía de las entrañas cuando decías: «¿Quién te estará amando ahora?» La pregunta quedaba resonando en el aire mientras yo rezaba para que no tuvieras nostalgias; para que no fuera tu caso.

A los 17 años, tu primera desilusión de amor; y yo no podía hacer sino lo que sabía hacer: quedarme a tu lado hasta dormirte para irme después de haberte puesto una almohada sobre la espalda y que así no sintieras el vacío.

Ahora dicen que debo rezar para que partás más hacia arriba, hacia esos mundos donde sé que seguís luchando pero con menos esfuerzo. Pero a veces aflojo y te acepto entre mis brazos, y vos me aceptás en los tuyos. Estoy segura de que al nacer, me salvaste de la locura de existir sin sentido.

Estoy escribiendo –estamos escribiendo– frente al mar. Durante cuatro años de amor fuiste hijo único. Lamentablemente tuviste un padre; hubiera sido mejor que no fuera así. Proyectó sobre vos sus fracasos y hasta te robó el nombre. Ahora es necesario que lo sepultemos juntos; ritualmente para que el mar se calme; porque el sentido de esta gran borrasca ha sido revelarme lo que vine a buscar: tu amor, y a entregarte este mío, para que al fin realicemos una pareja posible.

*Si te quiero es porque sos mi amor,
mi cómplice y todo,
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.*

IBERÁ Y LA NOSTALGIA AL ABUELO

Porque la multiplicación a veces trae frío y muerte tratábamos de evitar que el mundo entrara en casa. Éramos demasiados ya para admitir a otros. Hoy puedo escribirte sobre todo esto porque ya no existimos más. Fue un suicidio colectivo. Sin Iberá no hubo más domingos de juego, ni soles de invierno tamizando por los cristales del jardín. Si pudiera expresarte lo que estoy viviendo me sentiría feliz. Pero, cerrada la puerta del antejardín, nos fuimos yendo todos, uno a uno; y sin saberlo, dejamos el espacio edénico.

¡Recuerdo tantas cosas! como los domingos de fútbol en *River*. Después de los copiosos almuerzos caminábamos hacia el río –Santiago, Alejandro, Marina y yo– porque teníamos plateas al sol. Eran tan lindos los domingos de ese fútbol en *River*, juego del cual nunca comprendí mucho. ¡Pero, cuánto medité. Cuánto amé! Llevaba los libros para estudiar, y lo hacía verdaderamente; pero en un momento dado, de un cierto día en el que el Boca robó *River* el campeonato –porque Roma, el arquero del Boca, se adelantó antirreglamentariamente al atajar un penal– mis libros escaparon por todos lados, y me encontré gritando como todo el mundo. Después volvíamos a Iberá y en las tardes frías tomábamos té con tortas hechas por papá y mamá. Íbamos a la misa de siete a la Santísima Trinidad y luego volvíamos al departamento de Olivos, cansados y felices y sin ganas de despertarnos el día lunes que significaba trabajo para los grandes y colegio para los chicos.

Cerrada la puerta del antejardín, la tribu sin territorio se vio diezmada por el mal social de la desintegración, que yo no osé sentir pero que acepto hoy cuando, en un último acto de coraje, trato de reivindicar el pasado y de comunicar, comunicar, comunicar. Comunicar lo que los hijos de mis hijos no podrán nunca imaginar que existió. Nuestro departamento en Olivos se convirtió en la sede social de las reuniones de la familia que no siempre terminaron bien, pues aunque destruida la casa de Iberá la peste no cedió: los rencores. Todo tema desencadenaba reacciones dramáticas.

Ya no teníamos espacio suficiente para amarnos ni para odiarnos. Nos andábamos sobre los pies y entonces, si bien la familia se reconstruyó en torno a los tíos, ya no pudimos ser felices. Todos escapábamos de casa. Hubo, sin duda, noches de amor en las que jugábamos al volley-ball en el cuarto de los chicos, gritábamos, soñábamos espacios abiertos y esperábamos ansiosos el verano de Miramar.

Fue un suicidio colectivo la muerte de la casa grande. La medianera debe estar impregnada de nuestras primeras caricias de amor, cuando Santiago y yo éramos adolescentes. La medianera debe cantar poemas hacia adentro, hacia sus entrañas vírgenes encerradas en los cimientos. Poemas de amor, caricias con miedo, sexualidad descubriéndose; sexo protegido en cuerpos jóvenes, que no piensan en la muerte. Yo tampoco pienso en la muerte ahora; pero ya no hay medianera y aunque el deseo quema ya no tiene objeto.

Amor simple de la juventud que no necesita ser reflexionado sino vivido. Sexo para la procreación; y la infinita ternura de comer, con hambre joven, cosas sencillas o complejas. Medianera que nunca morirás, porque la casa vecina no quiere ni tan sólo agonizar. Tantas veces pintada y repintada como una vieja dama *ancien régime* que remoja el brillo opulento de sus joyas de familia. Medianera que sostenía el mundo de la sala verde, del vestidor, de la gran cocina y del comedor de diario, y aún el pasaje a cielo abierto hacia el departamento de servicio, y naturalmente, la sala de espera y el antejardín.

Mis hijos supieron del encierro porque eran animales de casa grande. Los veranos en el campo no alcanzaban a satisfacer la necesidad de espacios abiertos. Yo dejé de saber lo que pasaba; empezaron las muertes de los sindicalistas: Rosendo García, Salustro el presidente de la Fiat; y sin darnos cuenta estuvimos hundidos en la guerrilla que más parecía una guerra civil.

Si pudiera comunicarte lo que estoy viendo sería feliz. Pero, ¿Cómo describir acabadamente

imágenes, sentimientos, intuiciones, perfumes y sensaciones? Alejandro y sus manos que no volverán; Alejandro queriendo defenderme de la familia, impedir mi hartazgo. Él era como papá; sabía todo de mí, lo presentía, iba más allá de lo que yo pedía. Alejandro empezó a morir diecisiete años antes de expirar.

Ignoro absolutamente a dónde vamos, pero sé perfectamente dónde estuvimos y quienes fuimos.

La muerte de Iberá desencadenó un suicidio colectivo sin coetaneidad porque los testigos son necesarios, son el coro de la tragedia griega.

Si esta separación es definitiva, si nuestro reencuentro en otra dimensión es una esperanza falsa, reniego de Dios, del libre arbitrio, y me preparo a morir mi propia muerte voluntariamente. Creo que mi cordón de oxígeno se está cortando porque ya no recibo más amor, ni puedo darlo. Todo es monstruosamente falso. Tal vez hubo un amor, algún día, en alguna parte, en un hotel-alojamiento con un hombre viejo, que olía a sándalo y a incesto; tal vez con un hombre insensatamente joven, que olía a pasto nuevo, a buques partiendo de las radas y a incesto, ¿por qué no? O con un poeta, recitando versos junto a las vías del tren; sus versos para mí. Son imágenes furtivas; todos esos seres existieron impidiéndome cambiar. Fueron instantes de narcosis. Y, ¿qué es al amor sino un letargo absurdo?; pero aún siendo absurdo y letargo desearía volver a vivirlo.

La muerte de la casa de Iberá desencadenó un suicidio colectivo; y como yo me había convertido, de pronto, en una princesa sin territorio –de tanto haberme acostumbrado a convivir con todos, príncipes, vasallos y principitos engendrados en mis propias entrañas– partí más osada que el *Cid* a la conquista de un nuevo territorio al que llamé «la casa y las casitas». En realidad un feudo. Por el momento cada vez que un esbozo de amor se aproxima, alguien o algo en mí dice: «No, esto no es lo que yo quiero.»

En el año de 1968 se descubrió un foco guerrillero en Tucumán. Yo no sé por qué te digo todo esto; tal vez porque la muerte de Iberá engendró en mí un foco revolucionario de una tal violencia, que en pocos años me devoró completamente. Tucumán connotaba para mí flores rojas, canto, folklore, danza, selva, casonas inmensas de las familias patriarcales, todo menos la muerte que no respondiera al orden de una naturaleza lujuriente: pájaros, hormigas, caña de azúcar, hombres fuertes y sensualidad de mujer acurrucada en brazos poderosos.

Pero la entraña doliente del Tucumán ancestral, perfumado aún por aromas coloniales, se vio invadida por un cáncer ciego. Así lo percibía yo, naturalmente. Todo cáncer debe ser aniquilado. Pero en mí, ese cáncer del odio sólo podría aniquilarse amputando la parte afectada. La amputación no llegó a tiempo. Tardé diez años para al fin acceder a ella. Y la proliferación exagerada y caótica de las células del odio fue tan rápida que la amputación me costó brazos, piernas y familia.

1969

Año 1969: Alejandro tiene 13 años. Es el fin del tiempo; el mes de septiembre precede este año al mes de enero; porque fue un enero para olvidar, un enero indecente, un enero gritando angustia en el Centro naval.

Con el pelo corto, muy corto, otra vez buscaba al hombre en mí. Alguien dijo que si una mujer se corta el pelo es porque ha renunciado a la feminidad. Tal vez no sea cierto, pero en mi caso sí. Cambié mi traje de baño entero por uno de dos piezas, afronté la mirada percutante de tía, había, en fin, franqueado la puerta de la indecencia.

Mi vida intelectual se volvió intensa, presentaba trabajos en todos los congresos y hasta salí en una foto, con minifalda, junto a Monseñor Segura. Entonces culminaron los dolores del crecimiento, al mismo tiempo que los de Alejandro. Empecé a vestirme de otra manera; había sacrificado mi pelo porque siempre me había escondido detrás de él. De alguna manera quise emerger de la crisálida, aceptar la muerte de la infancia. Fue el tiempo de mis primeros amores. Como los amores adolescentes eran incendios a partir de una mirada, un café, un poema.

Alejandro y Neruda: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Nostalgia de un amor perdido antes de haberlo conocido; y en mí, nostalgia de haber perdido un amor después de conocerlo pero sin haberlo comprendido. Fue el año del poeta, de las vías del tren, del traje de baño de dos piezas y de la indecencia absoluta, porque hubo un contacto impúdico bajo el cielo de Dios y con el mundo de toda la vida enfrentándome, encarnado en la mirada lacerante del monstruo familiar. Pero el monstruo tenía su lado absolutamente positivo: se preparaba a engrandecerse y eternizarse, devorando los restos del festín de la indecencia.

Era el mes de marzo en el Centro naval. El río Paraná había sufrido enormes crecientes, y las aguas descendían tumultuosas, cargadas de nenúfares, de víboras y hasta de monos, hacia el río de La Plata. Las ramas, los monos y las víboras se apretujaban deteniéndose sin poder escapar del delta hacia el río abierto. Las aguas se pudrían y el río venía verde y cansino, las plantas muertas se estrujaban sin raíces trayendo olor a norte y a misterio, a misiones jesuíticas y a leyendas aborígenes.

Sí, fue un año de franca indecencia, de exuberancia descarnada. Caminando hacia el extremo, el paso largo y casi cansado, suspendido por la angustia del otoño que llegaba, me iba hasta los grandes bloques de cemento, hasta el fondo del muelle para ver partir río abierto los pedazos de fronda que como islas, trataban de ganar mar. ¡Soledad! Soledad y deseo, sin lugar ni territorio. Frente al río me quedaba, deseando que llegara el primer hombre sin historia. No era ni madre, ni hija, ni abuela, ni nieta. Sino mujer queriendo escapar como una *victoria regia* hacia el mar. Inundación de sentimientos y frustración. Porque esos atardeceres se terminaban siempre en la soledad y sin pareja; tomando té y comiendo panqueques de dulce de leche.

Vino un hombre un día, hacia las cinco de la tarde. Había llovido, los árboles se deshacían y las hojas seguían cayendo. En el vestuario de la base naval sólo estaba Florencia, las duchas calientes y los espejos que sólo reflejaban soledad, angustia, vuelta a casa sin territorio, Iberá que ya no existía, en fin, el día se terminaba y comenzaba la facultad. Ese día Agustín no fue al colegio, lo había llevado conmigo al Centro naval y me sentía culpable por ello; lo apreté muy fuerte contra mí pensando: «Pobre mi hijo que tuvo una madre que no vivió.» Luego, té con leche y panqueques de dulce de leche. Detrás de mi auto blanco grande hay un auto bordó, también grande; y un hombre en el Centro naval... Un diálogo sin sentido, pero con intención de tener un espacio, un amante.

Sentía miedo de mirarlo a los ojos pero soñaba con él cuando no lo veía. Y aunque no me atrevía a mirarle a los ojos, volvía siempre a la misma hora, y el estómago se me estrechaba cuando lo divisaba y no quería más panqueques. Las hojas caían doradas, marrones y se volvían sucias por la mezcla de lodo de la inundación y las pisadas. La calecita ya no funcionaba porque no habían niños

en otoño, están en las escuelas. Vi a Antonio el calecitero, perderse hacia la puerta. Empezamos a caminar juntos con el hombre desconocido. El espigón entraba en el río. Había muchos testigos porque éramos los únicos turistas del Centro naval en ese día lluvioso. Como el espigón entraba profundamente en el río, todos los ojos convergían hacia nosotros. Era médico, soltero, oncólogo y homosexual. La historia no pasó de unos ciertos besos robados tal vez, en esa punta del muelle, delante de todos los testigos.

Buscando escapatoria hacia las estrellas él fue mi camalote y traté de montar en él con ansias de río abierto. Fue un año indecente, sólo por unos pocos besos robados. Le regalé dos rosas. Recuerdo haberlas puesto en la parte delantera de su auto, sobre el asiento, porque los autos no se cerraban con llave. No nos buscamos y yo estuve triste. Parece que tenía una colección de esmeraldas, que vivía con su madre y que no se había casado por esas ciertas razones que parecen provenir del hecho de no saber si uno es un hombre o una mujer.

Entonces vino el poeta, porque las inundaciones seguían. Empezaron los días de la facultad, las calles umbrosas de Belgrano y las hojas cayendo. Con ello, la ropa de otoño, los collares y las joyas. El placer exhibicionista de mis clases en la facultad. Recuerdo haber dado clase, una noche fría, con un tapado de «Brechan», con cuello en visón y un sombrero del mismo material. Estaba invadida de poesía y me volvía inadecuada. Era un curso de psicología social; impartíéndolo yo me sentía la heroína del poema de Belisario Roldán.

Entonces, hubo un hombre. Alguien para poner las cosas en su sitio. Otro profesor, un poeta. Nos conocíamos desde hacía diez años. El sintió que yo le exigía poesía y él me exigió pasión. No era lindo, y siempre andaba eludiendo toda oportunidad de estar solos. Un café en un bar, ochenta alumnos, y un poema: *Pura mujer*. Y yo escondiendo el poema entre los documentos de mi billetera. Entonces, podía volver a casa y encontrar una especie de territorio; el de una adolescente que vuelve a una casa grande y juega porque el corazón le salta y su vida tiene un sentido, porque hay un poema que la vuelve a la época no vivida.

Poemas, la estación del ferrocarril, la calle Moldes, hacia Federico Lacroce, creo. Noche, vagones inmóviles, hojas caídas. Tal vez en alguna parte, cerca mío pero sin saberlo, está esa billetera y los poemas escondidos. Fue un año indecente-adolescente.

Nadie me pidió que rindiera mi virginidad; tal vez hayan ignorado lo que puede sentir una madre soltera de cuatro hijos. Porque lo que faltaba era un marido para poder jugar. Un marido capaz de creer en los reyes magos y en la bella durmiente. El hubiera podido escribirme poemas, ir hasta el fondo del muelle y hablarme de amor en callejas, con trenes parados y hojas de otoño que caen. Pero nunca sabré si yo no supe pedirlo o si él no supo dármelo.

Y hubo muchos más hombres. Mi reprimida adolescencia estallaba en mil cuentos de hadas. Y después las risas cómplices con el hijo adolescente, los secretos, los poemas. Los otros tres nos miraban vivir y jugar sin saber por qué reíamos tanto. Nada oculto: los pelos cortos, las polleras cortas y las miradas largas. Me sentía prometiendo a cada hombre, cosas que no podía dar porque no sabía. Adolescencia retardada. Aprendí entonces que yo era importante para los hombres. ¿Acaso el incendiar es una forma de poseer?

* * *

En ese mismo año, el hombre llegó a la luna. En mi departamento empecé a derrumbar paredes para agrandarlo hasta que no se pudo más, porque habríamos caído del cuarto piso a la calle. El acuario se convirtió en nuestra pasión y por las noches nos sentábamos a mirar los pecesitos jugando, iluminados. Agustín, apelotonado contra mí. Siempre fue *El principito* de Saint-Exupéry. Nunca sabré si se parecía realmente al personaje o si yo había tratado de hacerlo parecerse. Agustín fue el romántico de la familia; tenía el aire de un niño al que le falta todo sin faltarle nada. Era un demandante de absoluto; de lo que en ese momento no está porque no puede estar. El pedía con cierta confusión y yo me desesperaba sin saber qué darle en otra cierta confusión. De los cuatro parecía ser el reivindicador, el testigo. Se hundía en su romanticismo casi melancólico y se

expresaba con frases complejas: «Las noches tienen soles sucios», «Vos querés que no me ponga el saco para que me muera de frío», y así, como quien busca una discusión, un conflicto. Al final todos terminábamos riendo de sus frases profundas y con un sólo beso, mi payasito de juguete se ponía a reír con todo el cuerpo y con su almita prematuramente madura.

Lila y Jorge tal vez se hayan hundido ese año en el departamento de Cabildo, repitiendo los trescientos sesenta y cinco días del año los mismos rituales. Deben haberse amado esta vez sin testigos, ni casa grande, ni miradas indiscretas, ni comentarios mordaces.

Una noche se preparó mi cuarto, donde había una gran televisión, para ver la llegada del hombre a la luna, a las dos de la mañana, hora argentina. El hombre llegó a la luna y el cuarto se iluminaba con una fantasmagórica luz blanca que venía de la misma. ¿Hay algo más cruel que una luz blanca más allá de los horarios cotidianos, en un cuarto que se vuelve estrecho por el exceso de personas? Tío parecía una estatua muy derecha, tallada en mármol; algo como un brillo y polvo blanco deshacía sus contornos. Tía, una presencia hierática. La luna nos envolvía y nos volvía locos. Yo me sentía próxima al delirio, como esa primera vez en mi infancia cuando me acosté tarde. La luna, con todos sus misterios había penetrado en casa. Luna caprichosa, femenina, luna del Lobizón. No era la luna de las noches de Miramar; es decir, anulada de su poder nefasto por un círculo de estrellas protectoras que le impedían devorarnos. Porque la luna es un satélite muerto; sólo puede reflejar al sol. Se alimenta de materia orgánica, se prepara para resplandecer con luz propia cuando al fin haya matado al sol. Sensación de mito horribilante: Osiris desmembrado cada noche, e Isis –su mujer (la luna)– ascendiendo en el negro palpitante hasta su cenit y descendiendo luego; necesitada de hombre y marido, debe acumular los pedazos dándoles sentido y cuerpo para que el día vuelva, y despierte al trigo y resucite a los hombres que, dormidos, yacen muertos en sus camas.

El mito egipcio revolvía mis tripas en ese cuarto de la casa de muñecas, esa noche en que el hombre osó tocarla. Claro que el sol naciente, Ra, del mito egipcio no es sino el Osiris muerto y despedazado, que su mujer ha juntado para crear el nuevo día. Pero en el mito egipcio, Isis no encontró el falo de Osiris; y ella con sus manos lo esculpió. Ese falo mítico no es sino y desde entonces, la expresión de la mujer fálica, devoradora, autoritaria.

Noche irreal, noche de mito, noche de miedo; y tía transportando en su presencia la autoridad de la mujer entera, que antes de llegar a serlo yo misma me llevó a abdicar.

Ambivalencia frente a ella: a veces la odiaba, pero siempre la necesitaba; a veces le temía, pero la necesitaba siempre, aunque ella no estaba todo el tiempo. Era yo quien cuidaba y sembraba; ella recogía los frutos desde su estrategia disimulada. Tía solía repetir: «Al que Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos.» Una frase tan inocente como deslavada que resonaba en mis entrañas haciéndome aceptar mi condición de enviada del demonio

Había muy poco lugar esa noche en ese cuarto de la casa de muñecas del barrio de Olivos, para que dos madres pudieran coexistir. Una debería morir. Pero morir sin dejar trazos, ni cadáver, ni nostalgias; sólo un ligero perfume de flor en tránsito, de estrella fugaz. Uno puede gestar, sin por eso reinar.

Los hombres volvieron de la luna. Deben haber pasado una noche muy larga, en un mundo todo blanco, sin gravedad física. Pero tal vez haya sido una noche espiritualmente muy grave; sin crepúsculos, sin pájaros durmiendo en las frondas; y donde la luz sólo era un reflejo del astro mayor: generador masculino, logos, fin y principio.

LA MUERTE DE IBERÁ

Abuelo:

Estoy obligada a volver atrás llevando a costas esa pesada carga de odio que calcina mi cuerpo. ¡Soy impotente! ¡Vendieron la casa abuelo y la demolieron!... No pudieron destruir la pared medianera porque la casa contigua se apoyaba en ella. De golpe, te guillotinaron sin piedad y un día harán lo mismo con todas mis construcciones.

¡Iberá murió! Desde que me casé, la casa se fue viniendo abajo, se convirtió en una casa fría. María no podía con sus solas fuerzas. Ni Juana, ni Delia... La mesa grande con la marca de la quemadura de plancha parecía perdida en medio de los escombros provocados por la inercia. El comedor de diario se volvió un infierno de trastos viejos. ¡Iberá moría! La casa se fue cayendo desde que me fui. Pusieron estufas a gas simulando leños; pero todo se volvió degradado y triste. A pesar de todo, el abandono no nos impedía la felicidad cada vez que volvíamos y abríamos la puerta. Ya no había confort pero los chicos seguían divirtiéndose. Hoy, desde el tiempo, pienso que ese horror al polvo sobre los muebles que se hace a veces obsesivo en mí, viene de mi culpa por haber sido testigo de la destrucción de Iberá, sin tener el coraje de impedirlo. ¡Que Dios me perdone en el tiempo! ¿Cómo no morí de dolor en ese entonces?

La casa sólo tenía un defecto: un sistema eléctrico vetusto. Las canillas tenían contacto y éstos producían cortocircuitos. Pero esas canillas en bronce ya no brillaban; yacían allí oxidadas y cubiertas de polvo verdoso. Creo que papá hizo una última tentativa para conservar la casa, pero como el costo de la renovación eléctrica era mayor que el precio del departamento de Olivos. El prefirió comprarlo y poner la casa a la venta.

¡Cuánto odio, Dios mío! Cuánto odio que aparece como algo no digerido, no comprendido en ese momento, y disfrazado de aceptación. El cuarto de baño donde, durante los primeros días de mi vida y aún más tarde, tu presencia refrescaba mi alma, mientras me bañaban bajo el control de tu mirada protectora, también fue liquidado. ¡Y los libros, abuelo! Las enormes bibliotecas del comedor de diario y el armario con los instrumentos de música... Los instrumentos quedaron todos rotos. Fue el abandono el que trajo cucarachas y no los libros, como pretendía papá. Es cierto que sería bueno que olvidara Iberá.

La última foto de la abuela, tu mujer, parece tomada para eternizar la casa. Fue a comienzos de junio de 1948, en un medio día, con las puertas abiertas del jardín de invierno y bajo los rayos sin calor de un sol ambiguo. Yo no sé si se puede olvidar; sólo sé que se puede vivir sin recordar; pero de vez en cuando, un olor, un viento frío o el aliento de las hojas en otoño, me abren las tripas de golpe y sin piedad; y aparece la abuela, con el perro en la falda, ya más muerta que viva, pero cuidadosamente peinada.

¡La casa no quería morir! Encendíamos las estufas y en las llamas azuladas encontrábamos todos la paz. Santiago también hubiera querido retener la casa. Ella representaba su adolescencia.

¿Qué podía darme a mí un departamento que aunque lujoso era estrecho? ¿A mí que sólo conocí espacios inmensos, cuartos altos, techos decorados y lámparas de doce luces? Ignoro cómo no morí. Yo era madre pero era chica; todos los otros parecían saber más que yo. ¿Por qué quisieron destruir esa casa? Yo no lo sé claramente, pero presiento como un deseo de liquidar. ¡La demolición comenzó antes de que dejáramos la casa. Papá se la vendió a su mejor amigo, cambiándola por un departamento y algunos pesos. La venta fue un fraude! ¡Desearía nunca parecerme a mi padre! Fue crédulo, estúpido, influenciado, terco y...yo lo quise mucho. Decidía las cosas en un instante, nunca volvía hacia atrás. Para él sólo existía el verbo «avanzar»; cayera quien cayera y aún perdiendo. Papá cortó amarras con la casa; su mejor amigo lo desfalcó, vendió en el doble, a nuestros vecinos del corralón, el terreno después de la demolición. Estos construyeron un inmenso edificio de propiedad horizontal que iba desde Iberá hasta la calle Juana Azurdui.

Abuelo, que Dios me perdone, pero no quiero parecerme a mi padre; ni a mi madre, ni a nada que esté vivo todavía en mi memoria. Un «flash» sin sentido: tener una ametralladora en las manos y matar, matar, ¡matar! ¿Matar qué? Matar al intruso, matar a la negligencia, matar lo que me dieron de débil. Sí, formar un paredón. Quizá el mismo paredón donde apoyé la espalda después de haber tenido ese terrible sueño con Santiago; paredón de lágrimas lloradas desde que la memoria existe en mí. Siento que me volvieron piedra, que yo me integré a ese muro y cada golpe de la demolición es una memoria con ruido, que como una bala calibre cuarenta y cinco me entra en la espalda.

¡Vida doble! ¡Vida doble, abuelo! Jugábamos con los chicos a King Kong y por las ventanas que ya eran huecos, Alejandro, el mono gigante, se robaba la bella Ana, pequeñísima. Marina y Agustín nos miraban absortos en nuestro juego de niños, que por un momento daba otro destino mejor a la casa semi-destruida.

No quedaba nada. Todavía veo el subsuelo del departamento de Olivos donde guardé las puertas del comedor que daban sobre el jardín de invierno: cristales biselados en cuadrados pequeños y aún más; regalé al museo Tomás Espora los sillones de la sala verde. Los armarios de tres cuerpos, los gobelinos, las vitrinas, los objetos de arte, ¡todo en el corredor! y papá liquidando. Hasta el botellero llevaba trastos y más trastos. Sólo pude retener algunas cosas: el espejo, la biblioteca inglesa... No sé por qué separé el salón del comedor en el departamento de Olivos con las rejas de Iberá. Tal vez traté de reconstruir en miniatura la inmensa casa. Puse en vitrinas empotradas y bien iluminadas los pocos objetos que pude guardar. ¡Y sin embargo no poseo nada! Hasta el rosario de nácar de tu mujer, que quedara en Olivos cuando partí definitivamente, desapareció.

Y si papá buscaba olvidar; no obtuvo sino el recordar con obsesión. Lo que fuera una solución – el departamento de Cabildo– no fue sino su condena a muerte y el final de su pareja con Lila; porque el odio nace en los ambientes chicos. En las grandes casas la gente se satisface, se compensa. Un departamento es una condena; impide exorcizar la angustia de sentirse mal consigo mismo. Los unos marchan sobre los pies de los otros y la agresividad aumenta en proporción directa al metraje cúbico de aire individual respirable.

El día que nos fuimos sólo quedaban las paredes. ¡Y yo fui cómplice! Entre los escombros habían algunos juguetes de madera que tal vez fueron míos; porque no recuerdo que mis hijos los tuvieran. Mi última mirada consciente fue desde el cuarto de María hacia el exterior. En Iberá Santiago podía ver la televisión o arreglar alguna cosa, y Alejandro tenía su cuarto de juguetes. Ellos podían ignorarse porque la casa era tan grande que les era posible coexistir sin molestar. Fue un suicidio colectivo. No quiero acusar a nadie, pero vos sabés lo que siento. Nadie soportó de todas maneras la idea que papá pudiera sacar usufructo de Iberá, la herencia de mamá. Como dice el dicho: «El perro del hortelano no come ni deja comer al amo.»

Odio, el más terrible de los odios posibles. Más que odio: incapacidad de amar, deseo de ignorar. Yo sé que me volví conservadora como reacción; que me puse a construir yo misma como vos. Comprendo que te hayas muerto muy pronto; yo tuve que irme para no morir. Fue un suicidio colectivo y tal vez este odio, o indiferencia, o incapacidad de amar me hayan convertido en el chivo expiatorio para los otros, los instigadores.

Los grandes espejos del cuarto de vestir, vistieron mi cuarto en el departamento; se veían maravillosos con la madera que hice dorar a la hoja, sobre las paredes claras con florecillas. En contraste con lo antiguo, mandé hacer una pared en madera laqueada en blanco, que escondía mi caja fuerte; y un escritorio pequeño, que no tenía nada de antiguo ni de precioso, pero que era mío. La puerta que separaba la sala verde del consultorio de papá se convirtió en mi departamento, en la puerta de un armario que escondía la heladera. Y alrededor, libros, libros y más libros, todos míos. Construyendo volvía a sentir esa cierta omnipotencia que sólo puede dar la creación. Pero cuando me fui, le dejé a Santiago como parte de pago por mi liberación, el departamento. El lo vendió junto con los libros y los objetos preciosos acumulados en el sótano y en la caja fuerte de mi cuarto.

Sí, fue un suicidio colectivo, y un asesinato también; las dos perras fueron sacrificadas por el veterinario porque no había lugar para ellas en el departamento de Cabildo, donde fueron a vivir mis padres. A partir de ahí comprendí por qué yo era monstruosa; porqué había sido gestada por

monstruos. A veces pienso en mi madre como si no estuviera y luego me pregunto si alguna vez estuvo. Cada vez que me acerco a tu hija, ella me dice: «Que Dios te vuelva buena»; durante años esa frase me había obsesionado, ¿qué era lo que quería decir «ser buena»? En realidad quiere decir dejar de ser mala pero eso sólo se logra a través de la expiación y la confesión completa del odio.

La emoción es demasiado fuerte; vi tanta muerte moral pasando sobre todo que ninguna muerte me da miedo. Pero temo al silencio, porque al partir de Iberá, detrás de las rejas que todavía estaban puestas, el antejardín quedó suspendido en un silencio sin regreso.

Los monstruos deben haber sembrado sal sobre la tierra que antes fue habitada, porque allí nunca volvió a crecer la hierba; sólo el cemento se alza como un dios de la nada, de la no-vida. Años después volví a la puerta de la calle; la pared medianera está en pie, seguida de un estacionamiento subterráneo. Pienso que los obreros, al excavar, deben haber encontrado los esqueletos de las perras que yacían allí; porque naturalmente hubo funerales y lágrimas.

Tal vez fuera mejor así; la casa no existe más; pero ahí está la abuela; el sillón negro, el perro en sus brazos, un tísico sol de invierno y en mis tripas los gobelinos y los objetos preciosos se vuelven de golpe imposibles de digerir. Fue un suicidio, todos nos fuimos desintegrando; papá murió muy pronto y en fin...las alas de los cuervos de la maldad se habían conjurado en un vuelo único para cubrir el sol y destruir de nosotros hasta la memoria.

LA CASA SIN TIEMPO

1970 fue el año de las maxi-faldas. La indecencia de 1969 se convirtió en un ir más allá de todo lo imaginable. Cubrirlo todo. Dejar sólo el movimiento, el balanceo. Fue un mes de enero de lluvia, de granizo. Tanto llovió que apenas bajamos sobre la playa.

Hicimos una vida de campo inolvidable, con asados que comenzaban a las cinco de la tarde y terminaban a las dos de la mañana. Alejandro, Marina, Agustín y Carlitos –el hijo del mayordomo– se perdían jugando entre los maizales, y volvían completamente embarrados, con los choclos tiernos y las ñitas negras de tanto sacar papas. Ese año todo se volvió íntimo. Ana ni siquiera los seguía en sus andanzas, porque aunque pequeñísima ya tenía su propia vida.

Tanto llovió que no se podía entrar en el campo, entonces tío y Marina, descubrieron un camino detrás de la casa principal; entre los árboles, y lo fueron tallando poco a poco, arrancando raíces y cortando ramas. El camino llegaba a la ruta directamente; tenía algunas curvas, debe tenerlas todavía. Fue la entrada definitiva al campo y se llamó: «El camino de Caperucita.»

Fuimos muy felices ese año; la electricidad pasaba entonces frente al campo, hasta el aeródromo; pero por uno de esos misterios maravillosos de Argentina, al cable de alta tensión le costó mucho cruzar la calle. Por ello, las ceremonias de la llegada de la noche eran fantásticas: con un espíritu ahorrativo y romántico, tío –él era el hombre de la familia– esperaba que todos desapareciésemos en el crepúsculo casi noche, para encender los faroles de kerosene. ¡Y se hacía la luz! Había pequeñas lámparas –para el baño y los cuartos– y otras grandes. Una que se dejaba prendida, por si algún transeúnte nocturno necesitaba abrigo y otras resplandecientes para el interior de la casa, la cual era el producto del ingenio creativo de tío, lo más parecido a lo que se puede imaginar como vida uterina. Allí no había tiempo. Los grandes, los medianos y los chicos éramos los habitantes de la «casa sin tiempo». Tan extraño era el ambiente como el parque que lo rodeaba. Eduardo Baleani le escribió un poema cuyo título era algo así: *Poema a la casa sin tiempo* o *Poema a la casa blanca*.

La residencia estaba orientada de tal manera, que a través de las ventanas desde el ángulo donde estaba la gran chimenea, se podían ver las calles trazadas entre las cinco filas de eucaliptos enormes, cuyas frondas mecía el viento con un ruido tenue y remoto pero repetitivo. Cuando la música clásica invadía el corazón de la casa y se extendía hacia los dormitorios, hacia la cocina, hacia la terraza cubierta y hacia todo eso que era el útero, las frondas se movían –sin lugar a dudas, ya que todos tuvimos la misma percepción– siguiendo las cadencias.

La felicidad era tan grande que queríamos detener el tiempo y entonces, hacia el atardecer, una cierta tristeza sin razón ni sentido nos invadía. La chimenea era grande, los sillones y los cortinados eran de raso, más o menos deslavados por el tiempo, pero rosa profundo. Había un diván, con un tapiz traído de oriente, con hilos dorados y algo escrito en árabe. Al interior era una casa chata casi sin puertas, que se extendía hacia el campo, asentada profundamente en la tierra.

Sobre ese extraño diván que fue mi nido y entre almohadones rojos, por esos extraños designios de la condición humana, tanto se podía soñar que «*je me suis interdits de rêver*».

Había también una mesa pesada y lustrada repleta de libros, es decir de almas suspendidas en palabras: *Lady Chatterley's Lover*, *Los paraísos artificiales*, *Don Rodrigo*, *Martín Fierro*; algunos de ellos con una lindísima encuadernación en cuero-flor, repujado: *Manon Lescaut*, *Beau Geste*, *Los novios*... Nunca llegaba a leer dos páginas seguidas; me invadía una pesadez fetal, y flotaba mezclando en mi vida sin tiempo: los moros de *Don Rodrigo* con los gauchos de *Martín Fierro* y las flores que *El Amante de Lady Chatterley* enredaba en los cabellos de su amada.

Cada uno de nosotros se metía en sí mismo, para surgir más fuerte, más estructurado, mejor preparado para un nacimiento que tarde o temprano debería producirse, porque los noticieros anunciaban hacia los últimos días de enero, el final del mal tiempo y el renacimiento del sol para el resto de la temporada.

Febrero vino con sol sobre la playa. Pero febrero no me gustaba, ni tampoco me gusta ahora. Los días son más cortos en éste mes. No es que el sol fuera mortecino, era el revivir del drama de todos los años lo que me entristecía: la piel que comenzaba a perderse, la gente que comenzaba a partir. ¡Hay algo de pena en el febrero de la playa! Además hay medusas y hace demasiado calor.

El número de rascacielos sobre la costanera aumentaba cada vez más. Me encontraba leyendo sobre la playa, cuando la sombra de un edificio avanzó quitándome el sol. No sabía que estaban construyendo un edificio en la esquina de la Costanera y la calle 13. Entonces me volví y lo vi: entre la costanera y la trece había una enorme edificación blanca casi terminada. Lo vi y lo desee. Ese fue el compromiso más extraño de mi vida. Yo no pude nunca deshacerme de ese departamento comprado sobre el fin del verano y en un golpe de deseo.

* * *

En lugar de haber amado un hombre, compré un departamento. Este no estaba terminado, era inmenso y situado en el piso dieciséis del edificio «Sur III» y frente al mar. Fue un barco, fue mi tierra, el resumen de mis sueños, un paquebote eterno, un viaje para toda la vida hacia espacios de silencios posibles.

Sobre el balcón-terrace, no había sino noches de luna y atardeceres de sol rojo. En una pared frente a unas puertas ventanas que dan sobre el mar puse un gran espejo para que reflejara las tormentas y el movimiento de las nubes. Quise que los otros gozaran conmigo, sin darme cuenta de que tal vez ellos tuvieran otras formas de gozar.

Hubo un lobo marino que vino a morir sobre la playa, tras ser herido por un arpón. Era el atardecer. Yo estaba en mi torre de marfil, mientras los chicos jugaban aún sobre la playa, y yo los contemplaba desde el mirador. Los toldos comenzaban a ser levantados, había un barco tan lejano que parecía el *María Celeste*; un buque fantasma o el fantasma de un buque. De pronto ocurrió la llegada del lobo de mar. Los chicos, junto a una multitud de turistas, miraban al animal respirando ruidosamente. ¿Así lo imaginaba yo? No, no era imaginario, el piso dieciséis es una caja de resonancia de todo lo que pasa en la playa.

* * *

¡El sentimiento de la precariedad es tan fuerte en mí! Sé que nada puede durar y vivo cada instante sin pedir más ni esperar retribución. Compruebo que las cosas materiales duran más que los seres humanos y por eso deseo guardarlas porque están mágica y alegremente impregnadas de las presencias vivas de los que ya no están. Es así como las cosas materiales se cargan de significación y se transforman en símbolos. Sus presencias parecen ser un bálsamo sobre la herida nunca cerrada de Iberá.

* * *

Ahora, propietaria de un mundo donde sólo podían ganarme en altura las estrellas, la luna, el sol y las gaviotas, pude aceptar de otra manera que podemos partir, que parten los seres amados, los que comparten la condición humana. ¡Pobre el lobo marino! También el debía tener memoria. ¿Por qué esa soberbia del ser humano? ¿Es el libre arbitrio el que nos ha vuelto pretenciosos? ¿Es el pensamiento, la capacidad de ligar juicios y razonamientos? No importa, el mar es azul, el sol brilla para descender luego atrás del horizonte. No hubo hombre en Miramar, pero el departamento le había sido consagrado y lo está esperando todavía.

¡La cuestión del territorio me ha tomado muchas horas, y días, y noches! Ganar un lugar, tener un espacio, un reino. Claro que después es necesario conservarlo y cuidarlo. ¡Si la tarea en solitario es ciclopea, en grupo es fascinante!

1970

El 8 de junio los tres comandantes de las fuerzas armadas anunciaron la deposición del general Onganía, que algunos días después fue reemplazado por el general Levingstone. La guerrilla se hacía fuerte. Un grupo extremista asaltó en el mismo mes la localidad Cordobesa de la Calera. Todo se volvió una espera angustiada, rematada por el secuestro del teniente general Pedro Eugenio Aramburu. Pocos días después, se encontró su cadáver; parece que había sido sometido a un juicio precario.

La Argentina cambiaba de cara. Los ecos del congreso eucarístico universal del año 1934 se diluían en sangre. Ya no hay paz. El miedo comienza a jugar en el tiempo de las desilusiones. Los diques de contención desaparecen, barridos por una avalancha de corrupción. Se derrumba un edificio de quince pisos en la avenida Montes de Oca; y esa estructura, mal hecha, con malos materiales, arrastra otra obra en construcción. La muerte se convierte en una presencia permanente: guerrillas, coima, malestar social, abusos, abandono.

A fines de julio un grupo terrorista ocupa Garín, en la provincia de Buenos Aires; y José Alonso –ex-secretario de la CGT– es asesinado en la calle. ¡No fue un año fácil 1970!

Ese departamento comprado tocando el cielo, como un barco inmóvil en el mar de una historia sin piedad, fue el producto de una intuición genial, y la prueba evidente de la necesidad de escapar. Detrás de ese departamento perdido en las alturas, se expresaba mi deseo inconsciente de la búsqueda de otros horizontes menos dolorosos.

Ese año murió de Gaulle, y en Chile ganó las elecciones libres Salvador Allende. Pero todo eso no era demasiado importante para nosotros. Importantes eran los atardeceres, el regreso a casa, la música, los juegos, los libros. Entonces comencé a vivir el odio al colegio a través de mis hijos. Me costaba mucho verlos partir, admitir que el tiempo pasaba, que Alejandro estaba en tercer año de bachillerato y que se hacía fuerte y poderoso. En ese año ganó un premio en biología por un trabajo de seguimiento en el crecimiento de las sanguijuelas, que presentó con esmero. Las había atrapado en las vías del tren y las puso en acuarios separados –naturalmente, sin agua, con piedrecillas. En uno, estaban las sanguijuelas sometidas a un tratamiento alimenticio especial, y en el otro las sanguijuelas que comían lo usual. Es decir, unas estaban sometidas a la variable experimental «cambio de alimentación» mientras las otras quedaban como punto referencial de comparación. Cuando las traje a casa las marcó una a una, en la cola, con barniz rojo de uñas. Yo sentía ya en él al hombre, al investigador, curioso de descubrir la vida, y verdades más allá de lo habitual y lo consensual. Leía mucho; la realidad social lo inquietaba; no podía ni quería abstenerse de leer todo lo que caía entre sus manos.

Marina también leía mucho; pero también dibujaba. Había creado un personaje que se llamaba «Lorenti». Este tenía la nariz respingada y una trenza larga y rubia. Una gran parte de su socialización se expresaba en las historias de Lorenti; y también se proyectaba en ella su gracioso psiquismo de pre-adolescente. Era una niña bellísima, dulce y sin tristeza. A Alejandro en cambio lo devoraban cuestiones esenciales sobre la razón de la vida, el sentido, la finalidad. Para él siempre hubo, desde pequeño, dos mundos; no el de los buenos y el de los malos, sino el de los bravos y el de los otros. ¡Cuánta justeza hay en esa división! Porque los bravos son los que ganan las batallas, los que imponen las ideas, y sobre todo, los que tienen el coraje y la voluntad para sobrevivir.

Con Agustín, ¡la tentación de hacer como el rey del poema de Garcilaso, que encerró al príncipe su hijo, en una torre –en su caso, para que no conociera el amor; en el mío para que no conociera el sufrimiento– era una tentación enorme! Porque ese pequeño –no más de 9 años– poseía la virtud del silencio y a veces yo pensaba que tal vez fuera demasiado silencio. Y el corazón se me estrujaba pensando que no pudiera ser de los bravos sino de los otros. No sé por qué hacemos hijos. No reniego de haberlos hecho, pero ¿por qué no pensamos antes y soñamos después?

Ana tenía 7 años. Autosuficiente. Tan linda como mi fantasía de madre la hubiera podido imaginar. Los ojazos oscuros y brillantes; toda presencia; entendiéndolo todo. Tenía su cuenta en la panadería y su cuenta en la juguetería, que era también librería. Se eclipsaba volviendo con copos de dulce de leche, y con gomas de borrar con olor a caramelo. Lo controlaba todo. Era reacia al agua; el baño no le convenía, ni tampoco que le desenredaran el pelo. Una noche, en el auto, mientras Santiago manejaba yo la tenía entre mis brazos como a un bebé –ella, abandonada, justo en la edad en que yo la deseaba– y de pronto, de ese cuerpecito inteligente y tierno salió la pregunta: «¿Mamá, cuando te mueras a quién le vas a dejar tus alhajas?»

Hacia finales de septiembre partí hacia la provincia de Santiago del Estero: Trabajo de campo y cárcel. Pasión de descubrir y dolor de ausencia. Tal vez ese trabajo me haya hecho soñar con otro mundo; un mundo con menos obstáculos, en el cual se pudieran hacer muchas cosas por mucha gente. Pero para hacer algo por muchos es necesario, en cierto sentido, dejar de hacer mucho por pocos; el corazón tiene que abrirse, la maternidad carnal debe ceder paso a la simbólica. Siempre prendida de los ojos y de las necesidades de mis hijos, viviendo de urgencias de mujer joven, no había tenido ni el tiempo ni la oportunidad de confrontación con la realidad de que los pobres de la Tierra existían. ¡Los pobres de la Tierra! No eran tan buenos como la literatura sociológica y reaccionaria pretende mostrarlos; no eran ni buenos, ni inocentes. Eran como todos nosotros, sólo que la manipulación en ellos era más infantil, más visible y el objetivo era tener ventajas. Recuerdo al paisano que dirigía la cooperativa. Era alguien como los otros –aunque más avisado, naturalmente– con quien sostuvimos diálogos tensos puesto que siempre trataba de sacar ventajas personales de su condición de dirigente. Entonces me atacaba una rabia fuerte, y me volvía más comunista que Marx, puesto que éste establece una jerarquización y una recompensa según el grado de capacidad y de trabajo condensado. En esa situación de miseria extrema, ese tipo se me parecía a uno de esos parásitos de la burocracia que se meten en la cohorte de los intendentes y gobernadores, con el aire fruncido y respetuoso durante el tiempo que dura la función del gobernador o del intendente. La historia me repugnaba, y me repugna todavía. Y si hubiera visto una actitud de ese tipo en alguno de mis hijos, lo hubiera despreciado, tanto como me hubiera despreciado a mí misma en tal situación. No es cuestión de orgullo sino de dignidad. En general, y es mi experiencia, esos parásitos en grupa de caballo, no tienen el menor sentido de la reivindicación social.

Pero nada de esto quita la experiencia romántica de la contemplación de circunstancias difíciles y la búsqueda de soluciones. Me di cuenta de que si quería amar a los pobres de la tierra tenía que verlos como conjunto y no como individualidades.

Eran los pueblecitos –Tinco y Río Hondo– enclavados en las orillas del río Dulce en Santiago del Estero, la provincia había sido en la época de la colonia el jardín de la República. Después empezaron a talar árboles y el equilibrio ecológico de la región se vino abajo. Las lluvias se hicieron torrenciales e inundaban las tierras adyacentes al río Dulce durante las primaveras. El mismo río, se convertía en un hilito frágil y desvalido en los veranos tórridos de esa provincia norteña, en donde el sol es tan fuerte que mata los alacranes, y las víboras pierden la piel cruzando los caminos.

Llegue a una estación de campo –ni orgullosa, ni distendida, ni miserable– que parecía ser el fin de un recorrido hacia la tierra de nadie. ¡La degradación de la tierra era espantosa! Era un polvo ligero y blanco con el cual el más mínimo viento creaba remolinos fantasmagóricos tan intensos que parecían bruma. Las capas freáticas profundas de la tierra habían subido, salinizándolo todo. «Agua y Energía» trabajaba para recuperar la tierra; así mismo el gobierno provincial trataba de encontrar una solución para colonizar y lograr que esa pequeña población hambrienta se volviera sedentaria.

Yo había comprendido, teóricamente, la situación de esa región antes de conocerla. Pero al encontrarme con la realidad y las historias de vida todo resultaba diferente. Habían construido, a ciertos kilómetros de distancia, dos pequeños pueblos, que se llamarían también Tinco y Río Hondo, con el fin de desalojar a los pobladores de esas villas, engarzadas en las orillas del caudaloso o seco río Dulce.

El tiempo pasaba y la gente no quería moverse. Tal vez, pensé en un principio, porque debían

dejar sus chozas de barro y paja fresca –naturalmente infectadas de vinchuca– por esas otras casitas de fibra y cemento, nada adecuadas para los cincuenta grados de los tórridos veranos. En fin, había que motivarlos para que partieran; y en esa situación apareció la intuición genial, viniendo de las tripas del dolor humano, al ver los rostros exangües y los niñitos con los vientres hinchados. Los que trabajábamos juntos nos escuchábamos decir de pronto: «¡Pueden llevarse a sus muertos!» La movilización fue inmediata. A tres kilómetros de los pueblos construidos se improvisó un cementerio con postes y alambres de púa. En ese momento los vi como una totalidad; porque como podían –en carretas destartadas, tiradas por viejos y flacos caballos, o a mano– todos constituían una caravana de seres vivos que acompañaban a sus muertos a descansar en un lugar más calmo; sin que fueran desenterrados por las aguas del río. La historia es mucho más larga, pero yo me paro ahí porque la estoy mirando desde la madurez.

Volví de Santiago del Estero, dos días antes de lo previsto, en un tren carreta, cargada de ponchos, sombreros y tambores de regalos para los niños. El departamento de Olivos y el departamento de Miramar, eran sin duda para mí cofres de tesoros guardados por cóndores. En la alta montaña, allá en los Andes, donde moran los cóndores y las águilas reales, hace tanto frío y los pisos son tan altos que no hay lugar ni para la subversión, ni para las luchas sindicales, ni para los asesinatos. Allá, alto muy alto, los cóndores tienen las casas limpias, y sólo bajan para alimentarse en los valles –tierra baja donde se pudre la carroña.

Cuando llegué a casa todos dormían, la casa estaba desordenada. Tuve la impresión de haber hecho un largo viaje hacia el paraíso frustrado e injustificado. Sólo, mucho tiempo después llegaría a comprender la misteriosa mutación que se opera en el hombre cuando este pasa de niño a adolescente. Si los padres no cambiamos al tiempo que los hijos, nos quedamos rezagados, como si nos dejaran en una estación polvorienta del camino, con techos de lata cayéndose y canillas sin agua; en donde hay gotas espaciadas que tumban en una tierra que deja de ser fecundable, en donde sólo hay piedra, páramo y vejez. La vejez es quedarse en un tiempo que no existe, queriendo contener ríos de montañas con puentes construidos con fósforos de madera.

Yo no me quedé; salí al juego, al cambio, al canto, a la risa, y sintiendo los perfumes de los jazmines en diciembre, me enamoraba del amor como una adolescente. Recuerdo una vez, en un congreso en la provincia de Corrientes, en un barco sobre el Paraná, un juez de Mendoza me escribió un poema de amor. Yo no sé si lo amé. ¿Puede uno amar un sueño, un instante? Era un alma provinciana aristocrática, y digo un «alma» porque entre nosotros sólo hubo jazmines y vino blanco y noches tibias en Ipacará. Muchos siglos después llegaría a poder expresar lo inexpresable, y a contestar a esa pregunta que siempre se había quedado rezagada en el tiempo.

Dejemos de lado toda concepción sobre monogamia-poligamia. Sentémonos tranquilamente sobre las costa de un lago azul, a contemplar sin prejuicios: Siempre hay relaciones privilegiadas – pasajeras o permanentes– que sin ser relaciones de pareja genital, resultan ser momentos de percepción y de complementación en todos los niveles de lo imaginable. En este sentido, el hombre que me escribe un poema –en el cual pasando por la vereda de mi casa me ve como una castellana sin osar ni siquiera desearme– habita un modelo en mí, de sueño romántico, que no debo ahogar porque sería un suicidio. Alguien danza conmigo, me acuerdo a su ritmo, hay un alma de danza en la cual nos integramos sin por eso copular –genitalmente, digo. Y más tarde, desde la pantalla de un cine, los ojos de un hombre perfecto me permiten recrear los míos, en ese juego de roles en el cual puedo incluirme como protagonista, desde el momento en que soy testigo y vivo y sueño.

¿Acaso debo negar cuánto amé al príncipe Antonio Giuseppe de Lampedusa, encarnado por Burt Lancaster en *El gato pardo*? Y otros, muchos otros en el tiempo. Aquél que sonrió a mis hijos teniendo un niño entre los brazos: ¡Padres cómplices! En todo caso, amores sin pecado, porque más allá de todos los amores, y tal vez por la necesidad de continuar la especie, el compañero privilegiado, es el sexuado, el padre de los hijos. Sería absurdo, inaceptable, pensar en el amor como una cantidad de instantes mágicos en los cuales la vida se expresa como el eros absoluto, para llenar de dicha sin por ello implicar la concupiscencia. Yo era la primera, ya en esos tiempos, en defender la monogamia. Pero tal vez la monogamia sea un único amor, vivido con los ojos abiertos

hasta el punto de comprender sus calidades y sus insuficiencias.

1971

En fin, nos fundimos con Alejandro decididos a vivir nuestra adolescencia. Para los dos era irremediable. El hecho de no haber podido conjugar ese tiempo de mi vida, me volvía más lúcida sobre la suya. Yo no creo que existan adolescencias fáciles. La mía había comenzado a golpes de hacha, mezclando el romanticismo y el deseo, con esas formas de mujer que no se podían disimular y que yo sentía que agredían el hipócrita pudor de algunos de los miembros de mi digna familia.

Miramar fue ese año vivido de manera distinta. El departamento en las nubes no estaba terminado. Entonces alquilamos uno en el quinto piso de Almar 3 a unos minutos del futuro paraíso. Cada día al atardecer, después de la playa y antes que la noche cayera, subíamos a ver el progreso de la construcción, el fin de las obras, *L'achèvement du paradis*. Seguíamos como siempre yendo sobre la playa a nuestro toldo, el número 101 del balneario *Ocean*. Personalmente no fue un año feliz. Pero no quiero volver sobre historias de amor frustrado, de infidelidades y otras cosas por el estilo. Prefiero retirarme del recordar con bronca y pensar que estábamos todos a régimen. Un cierto doctor Gruember nos había dado a todos los mayores –Santiago, Alejandro y yo– pastillitas rojas y blancas algo milagrosas que a los tres nos volvieron locos. Las pastillitas rojas a las once de la mañana quitaban el apetito y uno se convertía en un potro desbocado que quemaba grasas, sueños y alegrías; pero después, cuando el efecto pasaba aparecía la horrible sensación de caída que suele seguir a toda posición maníaca; una cierta tristeza, una depresión del «nada existe»; el atardecer se volvía un hueco melancólico del que sólo nos sacaban las pastillitas blancas. Estas eran diuréticas y nos llevaban a otro tipo de acción: bajarse los pantalones o subirse las polleras. Años después parece que metieron preso al doctor Gruember. Nosotros nos salvamos porque éramos fuertes.

Volver a Buenos Aires es así: El paraíso queda atrás marcado por el arco de San Martín; una vez en Mar del Plata, el mar desaparece. Uno se hunde en el campo: muchas vacas, dominancia Aberdeen-Angus, negras, lustrosas y sin cuernos. Luego viene el último pasaje hacia el infierno: La laguna de Chascomus, y allá en la distancia la misteriosa Buenos Aires a la que se accede por la avenida Calchaquí; y uno cae directamente en el purgatorio de suburbios obreros, de miasma urbana, olor a riachuelo y moscas. Se entra en Buenos Aires por el sur. El sur es Avellaneda, la Boca, Barracas, el riachuelo. Los poetas y los pintores que cantan a esa lujosa y misteriosa Buenos Aires no tenían anteojos como los míos. Me repugna esa Buenos Aires: tango, nostalgia, melancolía. Una parte de la familia de mi abuelo materno fueron caudillos de Avellaneda. Dos o tres médicos de fortunas inmensas. Las casas al interior eran paraísos; con jardines, con puentes; pero yo odiaba esos días de visita, yo los vivía como experiencias de tugurio. Malevos, milonguitas y las quemadas de Buenos Aires. Cuando uno se habitúa a vivir en un paraíso y trata durante cuatro meses de desintoxicarse de las noticias de los diarios y de toda la truculencia, el reencuentro con las miasmas urbanas es aún más demoledor. Para los extranjeros la Boca, Barracas, Vuelta de Rocha, Caminito, son divertidos y folklóricos. Además hay circo, y los turistas, como el pueblo, aman el circo. Ya sé, hay poetas, hubo poetas –Bach, Blomberg– y pintores como Quinquela Martín que amaron el riachuelo, las grúas, los silos. ¡Pero no yo!

Siento necesidad de detenerme en esto. Porque son sentimientos tan fuertes que aún no expresados contagian. Es verdad, hace algunos años y en pleno día volví con Agustín, ya hombre, y su mujer a la vuelta de Rocha y Caminito. Hacía calor, era verano y tomamos cerveza en la vereda de un café. Entonces me pareció pintoresco. Pero claro, era pintoresco, yo ya no era la misma, era un turista recatado, con sentimientos moderados, que extrae la miel de las cosas, porque su tiempo de existir allí es limitado; y porque tal vez con los años aparezca la imagen de que puede ser la última vez.

En Miramar estaba mi castillo, tocando las estrellas, rodeado de nubes suspendidas en el espacio. Yo dejaba cada noche caballeros con armaduras para proteger nuestros sueños. Y había un

solo canto; el de las olas, un ritmo regular. A veces era difícil que el ritmo del mar y el del corazón se acordaran; pero sólo los primeros días. Después se acordaban y daban lugar a un sonido, imperceptible para los oídos, pero no por ello inexistente. Era el sonido simple y armonizado de nuestras almas buscando hacia lo alto la presencia de un Dios en el cual los extremos y las diferencias se anularan.

Ese año murió Nikita Krushev. Hace dos años vi su tumba y la de su mujer en las afueras de Moscú, en un convento. Fue segregado. No estaba entre las tumbas de la plaza roja. Krushev era redondito, plantado sobre la tierra, ruso, alguien indefinible, mezclado a la historia de los misiles y la Bahía Cochinos en Cuba. En esa época, los ecos del sesenta y ocho en Francia empezaban a impregnar la mentalidad de los intelectuales argentinos. Era una especie de búsqueda de una muerte de Dios. En sociología, en «Cambio y estructura social» se estudiaba a Marx, pero todavía no se lo incluía oficialmente en los programas. En realidad el setenta y cinco por ciento era materialismo dialéctico y sólo el veinticinco por ciento era dejado a la teoría del equilibrio. Louis Althusser, el ideólogo del sesenta y ocho, era devorado por esa aristocracia de pensamiento, que veía crecer y fortalecerse la ficción del discurso político habiendo dejado atrás tanto la ficción del discurso religioso como la ficción del discurso científico. Hacia el final del año sesenta y ocho todo se había politizado. Pero en Argentina no había reflexión madura; es un país del pasaje al acto. Los Argentinos son físicamente lindísimos. Es un país en donde siempre se come bien, tal vez por ello, la politización no respondía a la realidad social; sino que era producto del contagio de ideologías importadas. El Argentino es un ser particular: está desesperadamente absorbido por la moda, y todas las clases sociales acceden a la pasión de la moda.

En un libro de los años sesenta alguien dice, refiriéndose a la moda y a las clases sociales, que la diferencia es que los aristócratas tienen los trajes sastres usados y arrugados, y que los cambian muy poco porque constituyen un estilo impregnado de un *nonchalance* sumamente elitista. Las otras clases imitan; pero las ropas son impecables y bien planchadas –en lo posible nuevas– dado que no pueden envejecer porque las telas no son de la mejor calidad.

La moda es otra cosa; porque los intelectuales viven en un mundo sin espejo en el cual no transcurren, sino que reflexionan y viven. Y otro tanto digamos de los poetas y escritores; estremecidos por el placer de comunicar el sentimiento despertado por un hecho, del cual muchas veces sólo son testigos corporizados.

1972

Cómo las cosas importantes empiezan por casa ese año Santiago tuvo a su cargo la construcción de la central de cómputos de la aduana de Buenos Aires. Entusiasmado y feliz, su presencia segura y su dialogo exhuberante abrieron muchas cosas del orden de los sueños y de los proyectos que son tan necesarios para la realización de una familia feliz.

Pero la otra cara de la felicidad fue, en mi caso, la inconsciencia de no escuchar más allá de las palabras. Esa primera realización hubiera debido ser para él el nacimiento del hombre, que en su caso, siempre había quedado rezagado en un niño que no quería crecer. Demasiado inocente no supo diferenciar los lobos de las ovejas. Y era así porque su vida había sido fácil y sin frustraciones. Pronto lo envolvieron las telarañas de los negocios que otros querían hacer a través de él.

La locura pareció pasar frente a la casa, y en algunos momentos la invadió completamente. La agresividad y las frustraciones de los adultos, de esa otra generación que precedió la nuestra y a la que el paso del tiempo parecía atacar hasta la desintegración, se manifestaban a diestra y siniestra.

Lila y Jorge se separaron. Fue una noche de invierno en ese departamento cuyas dimensiones los acechaban. El le había dicho más de mil veces en treinta y ocho años de casamiento, en momentos de ira, que ella era sorda. Nunca supe si se refería a la sordera física o mental. Lo cierto es que ese hecho, que se había repetido tantas veces, los llevó esta vez a la ruptura que fue definitiva.

Sí, fue una noche de invierno, el mismo día en que un loco atacó a martillazos la estatua de *La Piedad* en el Vaticano. Ella metió sus cosas en una valija, y se fue para no volver. No supimos dónde estaba; sólo después se pudo reconstruir la historia. Ella se había escapado hacia su juventud. En ese tiempo había encontrado al primer novio de sus 17 años. No se enamoró de él como tampoco lo había hecho en su juventud. Pero el encuentro la metió fuera del tiempo.

Parece que papá bajó con ella a buscarle un taxi. Ella dejó las valijas en la casa de la hermana de tía –en Moldes y Congreso–, a cuatro cuadras del departamento, y se fue a vivir en un hotel en Pacífico, que yo nunca conocí. Alguien me dijo: «Creo que tu madre vive en un hotel aquí en Pacífico.» «Sí, pero ¿dónde?»

En realidad, no pensaba mucho en ella; hubiera tenido que interesarme. Pero estaba inmersa en la locura de Olivos; y cada vez que pasaba por Pacífico sentía que no quería saber más, porque la palabra «hotel», resonaba en mí como soledad, naranjas calentadas, año 1955 y fuga. Mi fuga a través de un matrimonio de adolescente sin sentido. Resignados a vivir el uno con el otro por la fuerza de circunstancias diferentes, pero que nos habían agobiado a cada uno independientemente. En su caso una madre dominante –y sólo muchos años después comprendí que ella había querido salvarlo de su inercia esencial– en el mío, ese pulpo familiar extraño, que no tenía una cabeza central, que por lo mismo carecía de un principio rector para mover los tentáculos coherentemente. Cada tentáculo poseía una cabeza y el monstruo tenía mil cabezas. Eso que parecía unir los tentáculos no era sino una abstracción; tal vez todas estuvieran ligadas a una genealogía común: Mamá, el hotel *Pacífico*, un novio que la sacude, no ya un novio, un viudo. Sufriendo de nostalgia al encontrar su primera novia que lo abandonó, y los dos embarcándose en el no-tiempo. Fue un año en el que todos se pusieron a régimen, y las anfetaminas entraron enloqueciéndonos.

Los niños se despedían con menor o mayor angustia de la infancia. Las peleas violentas entre Santiago y Alejandro empezaron a arreciar. Yo no sé por qué no pude defenderlo. Fue también una noche de invierno –porque hay cosas que nunca suceden en verano– en la cual Santiago, ebrio de poder, me preguntó: «Tenés que elegir, ¿Alejandro o yo?» No pude contestar; no entendía absolutamente nada, ni cuál podía ser mi lugar en la elección entre dos cosas que para mí eran completamente diferentes.

Los otros tres miraban la escena. Alejandro tenía 17 años, los gestos precisos y una comprensión tal vez más rápida que la mía. El escuchó mi duda y me facilitó las cosas. Abrió la puerta y se fue a

donde Lila y Jorge. Lila no había partido todavía, pero eran sus últimos tiempos de vida común con Jorge.

A la mañana siguiente, llena de remordimientos, le llevé a Alejandro ropa nueva; quise pagar mi locura, mi insignificancia, mi incapacidad. Fue un gesto que tampoco fue consciente. Yo quería reparar algo, pero tampoco sabía qué. Eso no impediría que Alejandro repitiera sistemáticamente y hasta su muerte: «Mi madre me abandonó cuando tenía 17 años.»

Pasó unos días junto a Lila y Jorge antes de volver al infierno, porque Olivos se había transformado en un infierno. Había obreros trabajando, una inmensa cocinera que había contratado y que pesaba por lo menos ciento veinte kilos, los deberes, la facultad, los exámenes y el tiempo que se escurría. Tampoco desearía saber hoy cuál fue ese hotel en el que Lila vivió me contento con conocer la casa donde nació.

Después fue a vivir a la casa de él. Mucho después, tal vez en 1973; sí fue en 1973 porque ese año se terminó allí en una suspensión fuera del tiempo; cada uno en su locura, sin un espacio para reflexionar.

Naturalmente hubo historias felices. Agustín ganó un concurso sobre geografía argentina en televisión como representante de su colegio. Ana se volvía cada minuto más linda y más astuta. Los domingos en la noche cuando todos íbamos a la misa de las siete, Alejandro cantaba fuerte; apasionadamente, espantosamente mal y yo también. Papá se reía y le pedía que le cantara el himno. Los demás cantaban bien, como si fueran de otra familia. Encontramos una perrita lindísima en la calle a la que llamamos Lucrecia y que desde ese día hasta el año 1978 fue la compañera y confidente de Alejandro durante mis ausencias. Ella lo escuchaba hipnotizada recitar a Benedetti y a Neruda y cantar las canciones de los Náufragos. No pudo existir la Navidad ese año, o algo en mi no quiere recordarlo. ¿Porque papá estuvo ausente?

SOBRE PERÓN, TESTIGO PRESENCIAL

Es muy difícil pensar en español cuando se trata de los sentimientos. Es como balbucear en la lengua materna. Es mucho más fácil hacerlo en francés. Con mi lengua nativa hay una barrera afectiva que distorsiona las imágenes. El idioma maternal me perturba, se vuelve impúdico. ¡Sensación de dar a conocer un secreto profesional! ¿Conflicto deontológico? No sé, en todo caso, costumbre de guardar secretos, hasta dudar de la autenticidad de lo que digo.

Buenos Aires, agosto de 1973. Próximas elecciones en las cuales debía ganar el peronismo, después del largo exilio de Perón en Puerta de Hierro, España donde Franco aceptó asilarlo luego de la revolución libertadora del 16 de septiembre de 1955.

El encuadre socio-político es muy importante en este caso para comprender el sentido de los estamentos –grupos enquistados en las diferentes clases sociales. La gente que esperaba a Perón no era la misma que lo llevó al poder en 1947. Perón es un fenómeno que va a determinar una nueva organización social e ideológica.

Joven teniente de mucho porvenir, viajó a Italia y a Alemania, impregnándose del Nacional socialismo y adquiriendo modelos que llevó a la Argentina y que comenzó a expresar durante el tiempo en el cual fue ministro de Trabajo. Fenómeno extraño porque si bien Hitler se había apoyado en las clases medias, beneficiándolas económicamente y reforzando su función social, Perón se apoyó en la clase obrera; creando un movimiento atípico; un movimiento obrero de derecha, casi extrema.

Las bases ideológicas eran las mismas del Nacional socialismo europeo, y se asentaron sobre un mismo problema de resentimiento social; pero de origen distinto. En el caso de Europa fue el vergonzoso pacto de Versalles en el cual Alemania perdió la cuenca del Rhur y Alsacia y Lorena. En el caso argentino no había consciencia política, porque sólo se conoció en la historia del país la adhesión a caudillos carismáticos, excepcionalmente racionales. Es decir, que antes de toda consciencia política apareció el resentimiento social, cristalizado pero no comprendido, y mera copia de las situaciones sociales europeas que precedieron a la revolución industrial de 1931.

La sincronicidad, según Jung, es la convergencia espacio-temporal de series causales independientes. En el caso de Alemania, despojada, vencida, el arquetipo de Wotan –dios de la guerra, reivindicador y justiciero– necesitaba para una acción efectiva en el plano empírico, la aparición de un ser capaz de representar ese arquetipo. Fue el caso de Hitler. El correspondió exactamente a las demandas inconscientes del pueblo alemán. Se efectuó entre el pueblo y el líder – ambicioso, carismático e individualista a ultranza– un efecto de contagio psicológico que se fue multiplicando geoméricamente en espiral delirante, hasta la búsqueda de un pasado de seres míticos perfectos, sumergidos en las zagas de los Nibelungos.

En el caso del pueblo argentino, la orfandad creó en el inconsciente la búsqueda de un padre eterno, capaz de ejercer dicha paternidad de manera estable y sin fisuras. La presencia de los conservadores y el pasaje por el radicalismo personalista había creado angustia, sin crear consciencia política. Durante el radicalismo de Yrigoyen, el problema se atenuó para la clase media que por primera vez en la historia argentina se ve legitimada por un presidente de clase media. Pero la numerosa clase obrera, urbana y rural, seguía reclamando a partir de su orfandad. Por otra parte, Yrigoyen murió en el año 1930, poco después de ser derrocado y una gran parte de la clase media quedó «flotante». Perón correspondía exactamente a la imagen del arquetipo: paternalista, poderoso, casi divino.

La sincronicidad va en los dos casos: la presencia de dos hombres que completan el deseo y la pulsión inconsciente de los dos pueblos. Hitler construye fascinantes monumentos que quieren tocar el cielo. Perón sube al poder en frente de una multitud, decretando campechanamente, el 18 de octubre: «San Perón.»

En Argentina no se habían vivido situaciones de oposición de clase social; porque en la historia manifiesta no hubo ni opresores, ni oprimidos lo que creo complicidad entre las clases. Perón capitalizó la situación y creó un enemigo exterior: Los Estados Unidos. Esto se expresaba en los slogan que lo sostuvieron en el poder hasta el año 1955: «Alpargatas sí, libros no»; «Mis queridos descamisados» –una pauta de resentimiento social que dió origen a la aparición de una clase nueva: «Los cabecitas negras.»

En el momento en que fue derrocado (1955) todas las clases sociales se fusionaron para quitarle el poder. El quiso crear las milicias populares para reemplazar al ejército a partir de la CGT y del modelo de las camisas negras de Mussolini. No es la primera vez en la historia que un líder comienza a delirar. Ya había ocurrido con Bolívar y su delirio del Chimborazo. Luego la situación se hacia peligrosa. Después de la muerte de Eva, su mujer –a quien sacrificó hasta el último instante; devorada por un cáncer, la hizo aparecer a su lado en el balcón de la *Casa Rosada* como candidata a la futura vice-presidencia, utilizando una peluca, especialmente fabricada, que le mantenía la cabeza derecha–, Perón entró en el delirio.

Cuando Eva Perón murió, reapareció la confusión, porque se hizo evidente que el verdadero líder carismático era ella y no Perón. Hija natural de un terrateniente, artista de poco vuelo, poseedora de una ambición desmedida y de una belleza indefinible. De todas maneras, si tuvo carisma fue porque creía en lo que decía.

En todo lo que digo no hay juicio político, por ser desde mi condición humana, testigo de la historia.

La gente que recibió a Perón en el año 1973, no fueron los simples obreros que lo llevaron al poder, sino una juventud pudiente, de clase media alta y media media –los de la clase baja eran una minoría, tal vez residuales fieles del antiguo peronismo.

Mirando desde mi balcón de la avenida Maipú 1942 –rodeada de mis cuatro hijos– veía la multitud que avanzaba hacia la plaza de Mayo; la evidencia de lo que contemplaba, me dejó sin aliento: entre la multitud a pie habían jóvenes vestidos con gamulanes. No habían muchos obreros ni tampoco camiones. Sólo autos de calidad, algunos de ellos descapotados. Me preguntó ¿qué querían ver los jóvenes en él? La pregunta queda abierta. Vamos a volver sobre ella. ¿Qué pasó para llegar a esta situación?

Perón, una vez derrocado, busca reconstruirse una historia similar a la de Eva. Encuentra una mujer absolutamente ignorante, en un cabaret de Panamá. La lleva con él a la Puerta de Hierro y en su exilio comienza a educarla. Pero «Isabelita» no podrá ser nunca Eva Perón. Isabel fue una sátira, una mala versión de Eva. Fue un ángel de poca monta, en quien la voz de cadencia sin quilates daba la impresión de una maestría de pueblo, subida al estrado para enseñar a niños sin zapatos la diferencia entre la C, la S y la Z.

En ese contexto de mucho discurso, desapareció para los Argentinos el sentido político crítico. Quedó entonces una sola alternativa: aliarse en núcleos «estamentarios» al interior de cada clase social. Emerge así una nueva situación. Ya no es el resentimiento social, sino la irresponsabilidad política y los conflictos generacionales, los que abren las puertas a una crueldad sistemática y a una sordera entre padres e hijos. Abierta la brecha en el corazón de la familia patriarcal, la guerrilla entra, avanza y distorsiona el movimiento peronista que desaparece con el nombre de «justicialismo». Pero dada la falta de consciencia política, la justicia se reduce a las luchas privadas donde el factor trascendente ideológico no existe.

Recuerdo de ese año, remontando por la avenida del Libertador a las ocho de la noche, los interminables discursos de Isabelita y los trancones del tránsito. Yo siempre llevaba un libro y una linterna para leer. No se podía avanzar por el desorden del tráfico. ¡No, era algo más que desorden, era la desestructuración de una sociedad que no se había comenzado a quitar los pañales!

En esa época, dominada por fantasmas de reivindicación en todos los sentidos, nos era necesario reconocernos como grupo, porque más allá no había nada, solo bombas, asesinatos, desapariciones. ¿Cómo enfrentarse a todo eso sin destruirse? A veces estallaban dos o tres bombas por noche. En fin, los fuertes nos tapábamos los oídos para no tener miedo. No sabíamos si darles o no a los hijos

una credencial de la marina para protegerse, porque esa protección podía condenarles a muerte. Sólo cabía rezar; y «robarle» los chicos a la escuela y llevarlos al campo –como yo lo hice– para no exponerlos más, y para no exponerme más, al sufrimiento. Recuerdo ahora toda esa época, teniendo consciencia del miedo que no pude tener, porque no había lugar para vivirlo. Una parte de mi vida profesional se desarrollaba en el comando en jefe de la marina. En el sector quizás más expuesto al peligro: pisos primer y noveno, dirección de Justicia naval.

Mis viernes de libertad eran así: dirección de la casa hasta las ocho de la mañana, llevar los chicos al colegio para, finalmente tomar la costanera escuchando cassettes de Leonardo Favio –nunca fui demasiado intelectual.

Ya en el comando de Justicia naval, dejar el auto, subir las escaleras del edificio «Libertad», sabiendo que en cualquier momento podía pasarme una bala por la espalda. Transpiración, frío, presentación de documentos para poder entrar. A pocos metros de mi despacho, estalló una vez una bomba que llevaba, sobre él, un conscripto guerrillero. Una vez casi envenenan al director de Justicia.

A las tres de la tarde, Juncal 854; dejo el mundo del peligro para entrar en el grupo de «pertenencia», de huida y de «referencia».

No recuerdo el piso, pero es allí donde comienza una de las historias que han llevado a proponerme preguntas: ser extranjero en otro país como Gertrudis V... L..., aristócrata rusa; casada con un representante de Krup. Fueron los más fuertes, los más ricos hasta el momento en que Argentina declara la guerra al eje, a finales del conflicto. Los bienes de las familias alemanas implicadas en la guerra del treinta y nueve al cuarenta y cinco son confiscados. Gertrudis pasa a constituir, en su casa, un salón literario al estilo del siglo XVIII, en pleno Buenos Aires, cuyo objetivo –creo yo– era sobrevivir de alguna manera, a los avatares económicos.

Ella era el centro de una red de relaciones sociales que mezclaban la aristocracia europea con la aristocracia argentina. Así, nos conocíamos unos a otros. Entre la aristocracia europea había ciertas grandes fortunas, como la de Mira von Bernard, propietaria de *Caleras Avellaneda*, viuda como Amelia Fortabat, la dueña de *Loma Negra*, y su concurrente en los negocios.

* * *

Un tercer piso, el auto en el parqueadero de la iglesia de Las Mercedes. De pronto yo me sentía joven, linda, elegante, inteligente y feliz. Entraba en lo de Gertrudis, y la casa tenía el perfume de las mermeladas de frutas mezcladas con incienso; el piano de cola, los rojos profundos, porque dominaba el rojo. Esa casa se había convertido en el punto clave para darse a conocer. No es por casualidad que mi consultorio fuera privilegiado por la aristocracia europea y argentina.

Sin embargo, había momentos en que me raspaba el corazón, pues sabía que el colorido, la música, los idiomas diferentes que se hablaban, así como todo ese mundo cultural no llegaban a apagar la angustia de saber que mis hijos existían y que yo tenía miedo.

Entonces todo desaparecía. Yo debía volver a casa urgentemente para apretar entre mis brazos a mis hijos. Sí, tenía que apretarlos, los apretaba. Comía un sandwich y me ponía a estudiar frente a la televisión, mientras los cuatro jugaban a sus proyectos, secretos o manifiestos. Los tres más chicos no sabían tal vez cuánto se puede sufrir y cómo es necesario huir de la debilidad para darles un modelo de fuerza. Ahora mismo, me siento amenazada por las lágrimas, por esas lágrimas que entonces no pude llorar. Estaba tan cansada de reprimir la responsabilidad, que me dormía sobre las faldas de la más pequeña, mientras los otros tres jugaban al lado y se decían: «No hables fuerte, mamá duerme...» Y mamá era ¡tan chiquita! y los cinco estábamos vivos y yo los protegía, dejándome proteger. Amar es una eternidad, es un instante, una coexistencia de pasados y futuros muy compleja: no hay que pensar, simplemente, dejar venir, contemplar. En ese momento también hubiera deseado que nos encerráramos todos en esa casa y que los chicos no fueran nunca más al colegio. Me veo a través del tiempo, como queriendo hacerles compartir la sublime intimidad de mi casa de niña. Esa imagen no se terminó. Me retiro correctamente de ella, porque esa gloria fugaz no

existe más, y porque hoy no son los años 1973, 1974, 1975, 1976; es, simplemente, 26 de febrero de 1992, y estoy en el mundo y punto.

MÁS SOBRE PERÓN

¿Qué querían los jóvenes de Perón? La pregunta quedó abierta pero la respuesta es una sola: «Un padre.» El padre arquetípico, activo, creador, alguien que los llevara a despertarse.

Nuestra generación –la mía– fue una generación cuyos padres durmieron sin oportunidades ni peso político. Los nuevos padres –nosotros– fuimos, consecuentemente, nulos para satisfacer los deseos de transcendencia y nacionalismo; porque el peso político de la Argentina y la dictadura peronista hicieron que supiésemos más sobre la primera guerra mundial y los conflictos bélicos de Corea y Vietnam. No había lugar para saber dónde vivíamos. Nos ahogaron en vinos franceses, té inglés, jeans americanos y series extranjeras televisadas, y nos largamos a vivir –generación de despilfarro– la de nuestras juventudes llenas de belleza y clase.

Buenos Aires era una isla, un cuento más de la vieja Europa, un rincón más amplio y oxigenado de la divina y nada mítica Europa. París, Roma, Madrid, emergían en los atardeceres de la avenida Quintana, de la avenida del Libertador. Con los niños pequeños durmiendo en casa, nosotros amanecíamos en cafés elegantes del barrio norte. Fuimos la generación de la *Dolce Vita* de Fellini, de *Hiroshima mon amour*, de Alain Resnais y de *Hace un año en Marienbad*.

Fuimos padres que creamos silencio y borramos identidad nacional, porque nosotros mismos nunca la habíamos conocido. Perón respondía a esa necesidad de identificación proyectiva, y lo quisieron imponer. Más allá de todo era el arquetipo de la revolución y daba muerte a los modelos insuficientes que cada joven vivía en su hogar.

Pero Perón murió tontamente; porque en realidad las muertes a veces son tontas frente a un periplo vital heroico y sin escrúpulos como había sido el suyo. Perón fue un día de mayo, a visitar unos barcos de la armada argentina, tenía cerca de 80 años, tomó frío, perdió en pocos días las reservas de amor y odio que lo habían llevado a constituirse como una «fuerza de la naturaleza», y murió el 1° de julio.

Después de haber arengado a los jóvenes para crear una fuerza, al fin unificada y sin disidencias, los dejaba brutalmente abandonados, divididos y huérfanos. Más confusos que nunca no pudieron sino identificarse al mito, sin poder llegar a diferenciarse y adquirir identidad, a veces ni siquiera como individuos. Así, llegó el caos; el caos romántico: «Dar la vida por... ¿Por quién? ¿Para qué? ¿En qué sentido?»

Las generaciones se separaron a muerte. Los caminos se bifurcaron. ¿Qué querían los jóvenes de Perón? Un padre, al fin todopoderoso que les hablara como se les habla a los adultos. Y sólo obtuvieron un padre muerto; se refugiaron en una nueva orfandad, menos trágica que la primera en sus hogares, porque en ellos había muchos hermanos y banderas para identificarlos como grupo; aunque sólo fuera marginal.

En Tucumán los guerrilleros conquistaron territorio y quisieron reivindicarlo como independiente, verlo reconocido por las grandes potencias. Búsqueda clara de otro padre. Allí se frustró todo. La enemistad entre las generaciones no se terminó; pero el cloroformo de las conveniencias y la comodidad aquietó los ánimos; y tal vez con buenos analistas la cuestión pueda arreglarse.

1973

1973 fue el año de las muertes importantes. El 7 de abril –el mismo día que Picasso– murió Rosa, la madre de tía. La madre legendaria, mezcla extraña de madre griega y romana. Griega por la tragedia de la muerte de cuatro de sus siete hijos. Romana por su estoicismo. Fue capaz de mantener viva la lámpara votiva de la familia, a través de una presencia sin flaquezas y de una extraña capacidad para hacer duelos. El día en que ella murió también lo hizo Picasso, ese loco extraordinario, que había abandonado las formas, para osar descubrir el mundo soterrado de las verdades –no siempre bellas– de la condición humana. Mientras amaba a una mujer, sus formas lo absorbían. Cuando el amor se eclipsaba, solo veían los defectos de las ex amadas y las mujeres aparecían, en sus telas, como objetos mórbidos, abandonadas sin vergüenza en sillones, camas y cuartos enmarañados.

También murió Allende en Chile; con él moría una historia entera. Loco, idealista, creyó en un pueblo; creyó tal vez que la democracia ya no servía como fórmula para motivar el cambio social. Cuando subió Allende, la clase alta se retiró a sus casas o atravesó las fronteras. El pueblo reaccionó reconociendo en él a un liberador de frustraciones, sino viendo en él a alguien que les entregaba el poder. Pan, vino, circo, manifestaciones y bloqueo económico del exterior. Hasta el cobre, pensaron digerirlo en las entrañas nuevas del socialismo. Para América latina, Allende representó la Revolución del sesenta y ocho y fue naturalmente en un día cruel y frío, en que el palacio de la Moneda fue atacado y que Allende murió, simplemente, traicionado por su propia guardia, suicidio o asesinato, nunca se sabrá.

Pablo Neruda también murió ese año. También él había soñado el cambio, pero un cambio para bien. Neruda fue amado, admirado, leído y repetido a todos los niveles y en todos los países. El hablaba al cuerpo humano, a la sensualidad, al mar, al inconsciente. Cantó sobre todo al amor; a veces nostálgico, otras febril, pero siempre apasionado. Fue cuando se comprometió políticamente que se vio negado por una parte del mundo de los hombres, aquellos que no comprendieron que para Neruda el único mandamiento fue el amor, tomara éste la forma que tomara.

Hicimos una misa por la madre de tía en la iglesia de San Pantaleón más allá de los mataderos, hacia el sur. Porque ella era devota del santo de los médicos. Fuimos en comitiva. Yo conducía mi esplendoroso auto blanco, venido de otro mundo a esa barriada obrera, a ese «submundo» como diría un habitante de la parte chic de Buenos Aires. Tuvimos que esperar al cura. Este llegó en bicicleta, con la sotana alzada y en el canasto de la misma unos ladrillos. Tenía las manos ásperas y blancas de cemento. Era un cura obrero, se llamaba el padre Francisco. La misa la dijo con mucho fervor. Se puso las ropas de culto sobre la sotana polvorienta. Después de la misa no habló de las muertes sino de la dificultad de mantener vivos a los habitantes de las villas-miseria de los alrededores. Nadie tenía la culpa de que los cinturones industriales hubieran creado las villas-miseria, pero el asunto para él era ayudarlos a conseguir un techito a esos inmigrantes que venían de la nada. Era toda gente sin patria. En aquellos años todavía no había reflexionado yo sobre el hecho de que existe una nación dispersada en el mundo entero que da hijos marginales y de nacionalidad desconocida.

Los chicos anduvieron en su bicicleta, nosotros, los grandes, nos quedamos en un patio, frente a la iglesia hablando con él. A pocos kilómetros de allí yo venía a trabajar una vez por semana, como profesional, en las curtiembres. Partía de casa muy temprano; había un camino que llevaba a las mismas, un camino algo ascendente. Ese camino cortaba en dos una extendida villa-miseria. Yo llegaba hacia las seis ó siete de la mañana. Era noche todavía. La curtiembre era para mí un paraíso. El camino me daba un poco de miedo. Ahora me pregunto por qué, y algo me responde que tenía miedo del marginal hambriento que existe en mí.

Alejandro estaba ya en el segundo año de medicina. En casa nunca le dimos mucha importancia

al hecho de hacer carreras. Se sabía que costaba –como todo en la vida– pero no se hablaba demasiado. Tener una carrera ha sido y es para nosotros algo natural; como ser amamantado o saber nadar. Teníamos en ese entonces un mucamo uruguayo que se llamaba Nogueira. Alejandro le pidió que le consiguiera trabajo como obrero (por horas) durante las vacaciones de invierno; y se iba sin chistar, desde la mañana. Cavaba todo el día en las obras y volvía con las llagas tan profundas que yo temía que los huesos pudieran salirse de las manos. Pero eso lo ponía contento porque quería conocer las cosas desde adentro. Tenía muchas aventuras en esa época. No era nada pretencioso. Sabía distinguir entre una jovencita aristócrata y una obrerita de Avellaneda. Pero las amaba a las dos con la misma ternura. Por la noche nos escondíamos como cómplices de los otros chicos y entonces me lo contaba todo haciendo comentarios como: «Y apareció con la hermanita en la estación de Boulogne con un pullover verde color cotorra» o «Y a la salida del partido de polo fuimos a tomar el té a la casa, donde estaba la madre, la abuela, el padre, una comitiva de amigos que hablaban al mismo tiempo, inglés, francés y castellano; pero todo tan salpicado por un acento tan cheto como endemoniado.»

En esa época y aceptando los tics profesionales, se me ocurrió hacer un cuadro de doble entrada. En una parte, a la izquierda y en columna, los nombres de las candidatas y arriba, a la izquierda, edad, estado civil, estudios, barrio, número de colectivo que Alejandro debía tomar, situación social, cosas a decir y cosas a callar.

Además hicimos una distribución según los días y para facilitar los desplazamientos: si iba hacia el norte, niñas del Norte y si iba hacia el sur, niñas del Sur. Un mate acá, un té allá, un whisky aquí, y cuando los otros chicos se acostaban yo me sentía, con él en la confidencia, cómplice y muchacho.

Nunca me preguntó cómo eran las mujeres adolescentes porque él lo estaba descubriendo solo, por experiencia propia; en el cuerpo a cuerpo, en la simple mirada, en el compartir una música, un poema, una historia de amor. Lo femenino no le daba miedo. Lo atraía y lo reforzaba en su sentimiento de ser hombre. No tenía actitudes machistas y la boca se le llenaba diciéndome «madre» y no mamá.

Ese diciembre fue tal vez el más difícil de nuestra vida de familia. Kissinger había sido designado premio Nobel de la paz. Pienso en Kissinger porque, al menos como símbolo, estuvo presente en esa última Navidad de la vida de mi padre.

Esa tarde el 24 de diciembre estaba, para variar un poco, luchando con mi trabajo y contra la angustia que me producía el advenimiento de la Navidad desde que Lila se había ido de la casa. Entonces vino papá. Eran cerca de las cuatro de la tarde. Estaba impecablemente vestido y peinado; y traía los ojos llameando de amor hacia mí. Aún ahora no sé por qué no respondí en mí misma a mi deseo profundo. Yo quería pasar esa noche de Navidad con papá y él vino, sin duda buscando que yo se lo pidiera. Tal vez se me haya estrujado el corazón, pero con sentido práctico pensé que el encuentro en mi casa con tío y tía –sus enemigos naturales– engendraría conflicto porque él estaba solo. Lo que si comprendo ahora es que venía trayendo la paz. El sabía que iba a morir, pero yo no. Papá nunca habló de su enfermedad, me trajo simplemente presencia impecable; lo vi terriblemente buen mozo, había adelgazado casi cuarenta kilos. Siempre me contaba la misma historia y yo prefería creerla, tal vez para defenderme de meterme en honduras. Decía tener el nervio ciático derecho afectado y que eso lo había obligado a adelgazar y que por eso pasaba tiempos largos sin dar noticias. Se supone que iba a las termas de Río Hondo a hacer curas. En síntesis, no lo invité a pasar la nochebuena con nosotros. Fue la última vez que lo vi; derecho, partiendo de espaldas y así lo recordaré toda mi vida. Cuando vio que no lo invitaba porque en cierto sentido me estaba comprometiendo a una violencia con respeto al conflicto interior de nuestra familia, me dijo que los Karam, una familia amiga, lo habían invitado a pasar esa Navidad.

Estábamos ya todos sentados a la mesa, y tío dijo que llamáramos a mi padre porque era noche buena. Lo llamé, le deseé lo de siempre y tío habló con él con la moderación habitual. Esa noche tío mereció ser llamado «Kissinger» o el intermediador. Pero estaba dicho que lo que yo temía –el conflicto– iba a estallar esa noche allí, y en ausencia de mi padre. Santiago y tío tuvieron un encontronazo por razones políticas u otras, y la noche terminó terriblemente mal. Papá por su parte

estaba en casa de amigos. Creo que fue lo mejor que le pudo pasar. Lila pasó esa Navidad en la casa de la familia de su novio de la infancia.

Los chicos se durmieron porque eran jóvenes para no dormir. Santiago, sin culpa alguna, se hundió en su sueño cataléptico como si nada existiera, y yo me quedé mirando el arbolito, arreglando con una preocupación inhabitual la casa. Había una torre de platos para lavar, los papeles de los regalos por todos lados y además el vientecillo que entraba por las ventanas abiertas del salón había dispersado el talco que para imitar nieve había puesto sobre las montañas que rodeaban el pesebre. Algunos flecos de las guirnaldas se habían caído. Me encontré en el suelo tratando de restablecer el caos, con un trapo húmedo para liquidar esa disolución que el viento y el talco habían creado con respecto a los límites del pesebre. Y después...después la nada. Un instante para hundirme en la nada, para estirarme en un sillón, fumarme un cigarrillo, tomarme un trago de whisky en directo de la botella y «*sentirme el olvido...peremne del mar*», como dice el poema de Alfonsina.

Hacia calor y era muy tarde. Regué las plantas sobre el balcón, y aunque había en mí algo indefinible de muerte y amenaza, el hecho de cuidar las plantas me permitió sentir que había otra dimensión del orden, una eternidad, la recurrencia de la vida. Desconecté las luces del árbol; las sombras lo envolvieron todo. A lo lejos, sobre el río de La Plata, estaba comenzando el día. Me sentí pesada y frustrada. Dos días diluyéndose el uno en el otro sin haber existido la noche entre los dos para tomar fuerzas para respirar, para estar en silencio.

1973 se terminó como marcando un desmembramiento más de ese cuerpo familiar que había comenzado a hacerse pedazos aún antes de mi nacimiento.

Las vacaciones de 1974 fueron extraordinarias, duraron mucho. Siempre me volvía a la cabeza una imagen: la de una bestia prehistórica agonizando. Creo que correspondía a la película *Fantasia* de Walt Disney. Algo tenía que morir. Algo tiene forzosamente que desaparecer y ser muerto y sepultado para dar lugar a otra forma de vida, de comprensión. ¿Qué representaba esa imagen que estaba acompañada de sonidos? La veía caer, enorme y negra, en los últimos charcos de agua cuando la tierra se secó y esos grandes animales fueron condenados a morir. Lo terrible es que murieron por privación. ¿Hacia esa imagen referencia a la implacable pérdida de la juventud? No lo creo. ¿A la partida de los hijos hacia la vida? Sí lo creo. ¿A la intuición de la muerte de papá? Tal vez, pero no lo creo. De todas maneras, había una especie de último golpe de pica en los cimientos de Iberá, los últimos muros caían en mi alma.

Pasamos tres meses de veraneo. Alejandro se había vuelto más cerrado, creo que sabía que yo estaba sufriendo; durante las esporádicas visitas de Santiago, las escenas entre él y Alejandro se volvieron más violentas. La salud de Alejandro empeoró y el asma recrudesció. Pero cada mañana la vencíamos con el mar, con caminatas interminables eran los últimos días del paraíso antes de la caída. Caída que cada uno de nosotros debe haber intuido según edad y condición diferentemente, pero con seguridad.

El verano fue glorioso. Hubo una famosa tormenta que casi hace estallar las puertas y ventanas de todo el piso. Una tormenta que venía del mar. La contemplábamos por momentos, juntándonos todos, sin darnos cuenta, porque el mar se metía adentro, aunque estuviéramos en el piso dieciséis; era una bestia desencadenada. Arrasó con la playa, arrancó de cuajo los restaurantes sobre la arena. Tiempo después, flotaban todavía las heladeras industriales. Lo curioso era que la bestialidad del mar desatada nos convertía en una sola y enternecedora unidad. Teníamos más ganas de acariciarnos, de unirnos apaciblemente en el punto de la casa más lejano del mar. Las arañas se movían, las camas cambiaban de lugar, fenómeno bien comprensible en un edificio alto y flaco, antisísmico, que tenía 1,20 metros de oscilación. Y nosotros estábamos ahí en lo más alto, tocando las nubes negras y bajas, tan bajas que el edificio de los departamentos de enfrente –de catorce pisos– desapareció completamente. Se cortó la luz; había que bajar los perros. Era una aventura más: descender y ascender los dieciséis pisos de escaleras con una vela, porque ni linterna teníamos –sólo se aprende por experiencia. La puerta principal del inmueble no se podía abrir a causa del viento feroz. Salíamos por el garaje. En cuanto abrimos el portón del mismo una ráfaga nos asaltó y

los perros partieron en el aire y se agarraron con los dientes a la capa de Ana. Saqué el auto con dificultad para estacionarlo en la calle perpendicular al mar. Pensaba partir al campo, lejos del mar, a la chacra. La operación era de riesgo mayor, pero así lo decidimos para no pasar una noche más – la tercera– sin poder dormir, con las persianas batiéndose como si fueran de papel y ese delirio que engendra una casa en la cual todo se mueve.

Abrí la puerta del auto y ésta fue arrancada por el viento. Con Alejandro pusimos los niños en el hall de la casa otra vez y aceptando la pérdida de la puerta llevamos el auto a la primera calle paralela al mar, detrás del edificio. Volvimos con la alegría de la complicidad frente a la catástrofe y subimos los dieciséis pisos resignados a no salir.

Hicimos la comida a la luz de las velas, porque gas había, un gas de llamas azules y juguetonas. Leímos a la luz de las velas y nos juntamos todos en un solo cuarto, como náufragos felices de estar vivos, y así nos dormimos, sin miedo. Nos despertamos, como en algunas películas, con el sol en los ojos y el inmenso mar azul y sereno; como si nunca hubiera pasado nada.

No había mayores destrozos. Hacia el medio día la luz se restableció y con ella los ascensores. La gente empezó a bajar sobre la playa. La arena estuvo húmeda durante varios días, como una cicatriz que nos recordaba que había sangrado. Todo parecía querer mostrarnos que la tierra sobre la que vivíamos no era de una estabilidad perfecta, que ella podía descomponerse, vomitar, sangrar, y que debíamos tratarla con consideración y cautela.

Me detengo en ese verano en el que no queríamos volver a Buenos Aires. Las clases comenzaron el 28 de marzo. Salimos de Miramar el veintisiete a las cuatro de la tarde. Cuando llegamos a La Plata Agustín tenía que tomar el ferry boat para ir al liceo naval. Se puso el uniforme en una estación de campo. Se sacudió como pudo la arena de los zapatos y se fue más allá de mi vista; hacia la nada, hacia el agua, hacia una isla donde ya no era mi hijo adorado, sino un niño más cruzando, a golpes de frustración, hacia el mundo de los adultos.

Siempre era lindo regresar a casa. Uno abría la puerta y el olor de la cera nos penetraba, los cristales resplandecían y las plantas crecían regadas por las adorables manos de Andreíta, la gobernanta de los niños; el personaje clave para esa generación, tal como lo había sido María en la mía y en la de mi madre.

El maldito colegio seguía operando el alejamiento. Claro que hubiese sido mejor vivir en el campo, en una gran propiedad; y no saber ni leer ni escribir. Porque en fin, todo lo que sabe el hombre y que es importante es lo que ha olvidado, pero que sabía el día en que nació.

UNA MUJER Y SU ANGUSTIA (VI)

Avenue Malakoff: 2 de diciembre de 1993. El portón de la pequeña calle sin salida, que se llama rue du Commandant-Marchand, me resiste. Debo entrar, pero es temprano todavía. Tres cifras juegan en mi cabeza queriendo ordenarse de manera correcta, para que el portón del paraíso se abra sobre esa callejuela plena de juego y misterio y de casas blancas construidas por gentes que seguramente han deseado con inteligencia moradas perdurables, más allá de la caducidad humana.

Avenue Malakoff. Diecisiete y cuarenta y cinco. Sentimiento del no-tiempo. En algún punto de mi historia, el recuerdo de una adolescente enamorada del amor; saliendo del maldito colegio para hundirse en los follajes verdes de la apresurada primavera de Buenos Aires.

Avenue Malakoff. Encuentro el orden en los números: 291340; el portón se abre; hay una lucecita verde que indica la entrada en el paraíso, y te estoy dejando Laura. Tal vez sea la última tarde del último año de este París en el que te busco. Ya no vienes a mí; te evoco voluntariamente, quiero que tu imagen viva todavía un poco más. Pero te dejo atrás; egoísta, perdida en tu mundo de frustraciones y de falta de aceptación del curso natural de la vida humana.

El portón se abre sobre esa callejuela serpenteante. Me detengo frente al número seis. Es exactamente la casa que deseo habitar. Pero yo sé, al contrario de vos, que puedo habitarla. Vos ibas muchas tardes, a mirar con Sebastián esa casa de San Isidro, antes de la barranca. Nunca hiciste la tentativa de saber a quién pertenecía ni si se la podía comprar. No, ustedes se detuvieron ante la puerta como Moisés al exterior de la tierra prometida. Esa casa no era de ustedes; tal vez no fuera ni vendible ni comprable. Pero hubieran podido soñarla y edificarla en otro lugar que se pareciera, y darle un alma, un sentido. No lo hicieron; se quedaron en la puerta, el auto detenido. Y vos soñaste como una simple espectadora la presencia de niños jugando entre las plantas y una estricta empleada doméstica regando las lajas y haciendo crecer las achiras y haciendo estremecer de humedad deseada los heliotropos y las jazmines del país. Ustedes no crearon. Volvían entonces hacia la casa a recuperar el drama de los silencios y del amor destruido por la cobardía, que no los abandonó jamás.

Yo estoy sola en esta tarde de invierno. Y hay luces amarillas y bruma, y me siento parte de la consciencia universal. Tengo derecho; derecho de existir, de ser. Nada es imposible para mí, suspendida en un tiempo de búsqueda incesante y comprensión de la eternidad. Yo no miro la casa del número seis desde afuera. Mi alma se desplaza hacia el interior. Capto los sonidos, los árboles y las plantas que están húmedas de una ligera garúa casi imperceptible. Todo es verde profundo y blanco impecable. Una casa tal como esta existe ya y en alguna parte me espera. Sólo sé que debo recorrer el camino adecuado para alcanzarla. Hoy sé que es mi casa. Puedo atravesar la puerta, entrar, subir la escalera –porque tiene tres pisos– y encontrar un cuarto con perfume a silencio, a plenitud, a recogimiento. Todo está en mí.

Te dejo atrás Laura; no pudiste ser feliz. Tal vez lo seas hoy, pero en ese tiempo que compartimos tantas cosas, vos tenías el alma fría y distante; envuelta en lujos, sólo percibías la miseria de tu aburrimiento esencial. No viviste nunca en presente. Imagino que estarás releendo tu pasado de manera obsesional; que por esas cosas simples de la vida, los choques exteriores te deben colocar frente a la verdad de todos los que un día pasamos por tu camino.

Sebastián fue un hombre glorioso. El hombre de la esquina amarilla de la avenue Malakoff ya no está triste para mí. Tiene la espalda derecha y los ojos negros, penetrantes y libres. El debe haber subido despacio hacia el cielo, purgando las culpas de no haberte comprendido. De acuerdo, fue el hombre más cobarde de la tierra. En la vida no le importaron sus hijos, sino su profesión y vos. Su profesión no lo traicionó; vos sí, porque fuiste la mujer más cobarde de la tierra, justamente la mujer que él necesitaba para quedarse inmóvil en la puerta del paraíso deseado –la casa de San Isidro, frente a la cual la barranca bajaba y bajaba, hacia un río leonino, profundo y tan misterioso como el mar del inconsciente. Pero te amó –como padre y como amante. El no supo ponerse límites ni

ponértelos; y vos estuviste muy lejos de ser la mujer fuerte del Evangelio.

Ahora debes estar viéndolo más allá de sus fantasmas de celos acariciar tus escasos cabellos y estrecharte en sus brazos de hombre triste. Hoy estoy bien segura, y vos también no lo dudo, de que te amó; sabiendo desde el primer instante que partiría él primero. Tal vez haya querido llevarte con él, pero no pudo. Ahora debes estar viendo con horror que él te amó tanto, y que la casa hubiera sido posible. La hubieran podido construir en otro lugar, sobre cimientos estables. El hubiera podido ser el hombre de Evangelio, ese que construye sensatamente su casa sobre una roca, al contrario del otro que lo hace sobre la arena.

¿Y Luis? En el tiempo lo veo como un iracundo demoledor queriendo hacer de vos, la Virgen de « *La vera paz* ».

El no era cobarde, pero nunca permitiste a la gente de coraje penetrar la esencia de tu cobardía, para destruirla desde adentro.

Se hace tarde, la noche cae, tengo una cita en frente de esa casa del número 6. Me repongo, respiro fuerte, y avanzo hacia la vida, sin cargas, hacia adelante.

Avenue Malakoff, queda atrás con vos, mientras en tus brazos se duerme el ahora «hombre imposible» de la esquina amarilla.

1974

Y cada lunes a las cuatro de la mañana el mismo ritual: acompañar a Agustín a Constitución para tomar el tren que lo llevaba de vuelta al liceo naval, después del fin de semana en casa. Eran tiempos de guerrilla, yo lo veía subir al tren blindado y acomodarse contra la ventanilla. Un segundo después las puertas y ventanas se cerraban con estrépito y el tren se convertía en un gusano metálico que me daba un miedo de muerte. Así se perdía mi niño en la distancia, aún lo estoy viendo, y aún ahora estoy encontrando un amanecer cargado de miasmas de ciudad, de olores a estación de ferrocarril, a día que empieza con tinta de diarios, café, changadores y ese auto blanco como una mancha casi agresiva en un paisaje negro de ciudad despertando. Ciudad sucia, amanecer que condena a la separación.

La noche siempre promete. Promete retener el niño entre los brazos, el hombre en el abrazo, al pensamiento en la reflexión. La noche es lírica, lleva a la creación, trae el silencio; los recuerdos aparecen en tropes para ubicarse juguetones en hojas blancas, escritas sin apuro. La ciudad es abominable al amanecer. Es un desecho de la noche fastuosa, un guiñapo, una muñeca rota. Por suerte más tarde llega el sol a su cenit y el cuerpo se estira en verticalidad y búsqueda de sentido.

Al temporal de Miramar de ese lindo mes de enero, siguieron otros terribles. Hasta el punto de que las provincias de Santiago del Estero, Salta y Jujuy fueron declaradas zonas de desastre. Empecé a viajar mucho por razones profesionales.

1974
CONTINUACIÓN (I)

A partir de ese año el tiempo desaparece. Solo existen los sucesos, los acontecimientos. Todo orden es devorado por la tragedia. Los presentimientos se vuelven realidades y con ellas aparecen elementos nuevos. Eliminado un presentimiento da lugar a otro que se estaba escondiendo detrás. Las catástrofes empiezan a enlutar la vida de familia, todo se desordena, solo queda la rutina para permitir tomar aliento, pero un aliento corto. La felicidad sigue existiendo, a ratos, casi dolorosa de tan bella.

Hay un puente en la provincia de Santa Fe, tal vez sobre el Paraná. Hay mosquitos; son los últimos días de junio. Una conversación con un amigo sobre el puente. Pasan barcos, areneras, otros cargando madera, una canción que me penetra, el deseo de ser yo «jagadero» e ir y volver desde un obraje maderero hasta la desembocadura del río y remontarlo y olvidar y no tener familia, ni perros, ni padres, ni calor, ni frío. Ser máquina de trabajo y de sueños obreros simples y hacer el amor con alguien de paso y olvidar y olvidar hasta dejar de respirar y caer, caer en un silencio absoluto, en un rincón de la naturaleza. Está el amigo que intenta entender, como si fuera posible comprender la caída de las ilusiones del otro enfrente nuestro, cuando ni siquiera podemos aceptar que nuestras propias ilusiones caerán y que si un día estamos vivos, aunque viejos de años y de irremediable, sólo nos quedarán entre las manos, una masa de certificados de defunción. En fin, que si me ponía a pensar era también una ilusión, la de la libertad del jagadero. El amigo dijo: «Tenés que ir a ver a tu padre, es mucho silencio, nunca pasó tanto tiempo sin hablarte.» Yo no respondí y él continuó: «Debe estar mal, tenés que ponerte en paz con vos misma.» Entonces le contesté que la paz era cosa mía y que había mosquitos y que tenía las pantorrillas devoradas. ¡Malditas eran para mí sus reflexiones!

No sé cómo se llamaba el hotel en el que estábamos. Había mucha gente. La carne era riquísima. Comimos con champagne. El mozo derramó una cantidad al abrir la botella. Nos reímos, yo con rabia porque se había perdido una parte de mi posibilidad de olvido, él no sé, tal vez porque simplemente tendría menos para beber. No se me ocurrió que podría haber una segunda botella, como tampoco pensé en una nueva vida, una posibilidad de hacer tabla rasa y recomenzar.

Ahora recuerdo exactamente: había mucha gente y mucho ruido y todos se entrecrocaban para tomar el primer avión porque Perón había muerto ese día. Había muchos políticos, yo debía quedarme a trabajar aún por varios días, pero todo se terminó allí. Era una buena excusa. ¡Qué me importaban en mi estado interior los psiquiátricos de puertas abiertas o las comunidades terapéuticas! Yo quería volver a casa. En el aeropuerto todo era caótico. Con seguridad y rabia contenida me encontré en un avión, bien sentada. Sobre las rodillas dos enormes cajas de alfajores santafesinos. Entonces me puse a pensar en vos, papá y en la conversación sobre el puente y en esa necesidad repetida de ahogar mis sentimientos para no estallar. Empecé a reconstruir sin orden lo que fue nuestra vida. Reconstruía en pasado como si ya te hubieras ido, pero no pensaba que pudieras morir, sino que te fueras y me dejaras porque siempre te quise. Yo fui tu capullito de alelí, estoy segura, y si bien me aceptaste hembra me exigiste mucho y te lo agradezco, porque me diste armas para el combate de la vida y de la vergüenza frente a mis debilidades. He vivido tratando de corregirlas sin piedad. Me diste la posibilidad de ser sujeto.

Buenos Aires estaba desbocado en torno de la quinta presidencial y, sobre la avenida Maipú hasta el deslinde con la capital, habían grupos tumultuosos y policías motorizados que tiraban gases lacrimógenos para disuadirlos de ir hasta la residencia presidencial, donde Perón acababa de morir.

El taxi me dejó en la calle Irigoyen. Vinimos desde el aeroparque por el bajo. Entonces alcancé a ver a Ana que salía del mercado «El disco» con Andreíta, la gobernanta. Empezaron a cruzar Maipú, estalló una bomba de gases lacrimógenos. Vi humo rojo. Los alfajores los llevaba apretados

fuertemente contra mí. La policía motorizada con máscaras daba vueltas en redondo, casi jugando al circo. Vi el gesto de Ana llevándose las manos a los ojos y a Andreíta que la obligaba a correr y yo me puse a correr detrás de ellas entre los arabescos de las motos, y luego el encuentro y el llanto de Ana y mi grito desesperado diciendole: «Basta mi amor, estas cosas pasan. No tenés nada.»

En casa, aún con las ventanas cerradas sobre la avenida, los gases habían penetrado. Lloramos un poco todos, comimos alfajores santafesinos, nos serenamos y encendimos la televisión para enterarnos de los sucesos. Había música sacra interrumpida por el anuncio del deceso. Tuvimos derecho durante tres días y tres noches, por lo menos, a lo mismo. Y nos sentábamos como estúpidos para ver el cadáver de Perón en su catafalco. Cuestión terminada papá, cuando alguien muere hay que enterrarlo y punto. Ya no nos necesita y eso me lo enseñaste vos cuando murió tu madre y la madre de tu mujer, mis abuelas.

No te llamé papá. Te llamó alguien, un amigo que antes habías parecido apreciar, ese médico de La Plata. Me dijo que no le habías contestado. Consideró que yo debía ir a verte. No fui, no sé por qué. Le respondí que si me necesitabas me llamarías. Quise respetar tu silencio. Todo era muy confuso en mí. El trabajo, los chicos. Desde el mes de abril cuando te fuiste al departamento de Miramar empezaste a andar mal, tristón y solo. Hubo temporales terribles durante tu estadía sobre la playa. La historia de tu pena solo pude reconstruirla después, conversando con el encargado del edificio. Habías invitado a tus primos de Mar del Plata a comer y no vinieron y vos subiste y bajaste una y mil veces los dieciséis pisos, con las luces cortadas, para preparar la recepción. Fue la misma noche en que los ruidos amenazaron enloquecerte. Los cuadros y tapices colgados contra los muros golpeaban las persianas y las ventanas parecían prestas a estallar.

No sé cómo aguantaste en ese inmenso departamento vacío en el cual yo sé que el alma de las cosas ya se había desprendido.

Cuando pienso en vos me das coraje, viejo querido. Vuelven tus ojos verdes. Cuando morías sonriendo y sin estupor agónico, tu mano en la mía mientras yo rezaba, tus ojos se volvieron verdes transparentes, y nadie sino yo vio ese color, porque estábamos solos. Fue en el verano de 1975, desde el balcón del departamento de Miramar, último bastión de la familia que se desmoronaba, que esa tonalidad me sorprendió desde el mar. No era todo el mar de ese color, sino un trazo fugaz en el formarse de sus olas. Una pincelada dada por Dios para que una hija querida por su padre lo recuperara de otra manera en la eternidad de la memoria.

Moriste al mediodía, fuera de las horas de trabajo. Alejandro vino a acompañarme. Lo recuerdo en ese día como una nueva versión tuya.

No sé por qué yo había salido de la clínica, pero lo estaba esperando, allí en la parada del colectivo. Tenía jeans y camisa celestes y era lindo y fuerte y tenía como vos la mente clara y esa gloriosa inclinación a proteger al otro hasta olvidarse demasiado de sí mismo.

Nunca lo conocieron verdaderamente, como tampoco a vos porque ustedes quisieron corregir lo que estaba torcido y vuestra actitud los volvió odiosos. Además, ustedes siempre despertaron una antipatía antropomórfica. Demasiado derechos, y con una cierta manera de ambular afirmando territorio que no admitía contradicciones.

* * *

Lila vino poco después. No sé lo que nos dijimos. Yo tenía tu alianza entre mis manos; casi me la arrancó con un gesto de decir «mío», que aún ahora no entiendo. Tu alianza se la robaron, junto con muchas otras alhajas, en el hotel geriátrico en el que se retiró cuando decidió cortar con el mundo.

Fue tu sobrino italiano quien vino a buscarme diciéndome que me necesitabas y que estabas internado. Naturalmente fuimos los cinco, los chicos y yo. «Nada grave...», había dicho Pedro. Inocencia, auto rojo, sí, recuerdo algo rojo, pero no era el auto, que era blanco, sino el cielo del atardecer por el espejo retrovisor. Agustín, el pretencioso preferido iba, con su serenidad a mi lado, y los otros atrás.

Estabas mal y descolorido; pero lindo y, como siempre, definible por tu dignidad. Te habían llevado la noche antes porque no pudiste más; ya tu escritura estaba algo desfigurada. Habías pasado meses encerrado y solo para poner orden en tus cosas y escribirlo todo, hasta las fechas de los pagos de los impuestos del mes, en una libreta negra que aún guardo –no por fetichismo ni otras manías– sino porque alguien mejor que yo me protege de perder lo que voy dejando detrás mío, para alcanzar el olvido de mí misma.

Hablamos durante cuatro días. Hablaste, yo escuchaba. No pensé que pudieras morir. Ni siquiera miré tu hoja clínica. Dios y vos sabían en lo que estaban. Ana y Agustín acariciaban tu hinchado vientre. Fueron ellos quienes el último día fueron a buscar un sacerdote a la iglesia de la Virgen de las Nieves para confesarte, comulgar y darte la extremaunción.

Tampoco entonces creí que morirías. Los chicos partieron. Los médicos vinieron a extraerte el líquido, tenías una ascitis, el sistema porta bloqueando, un cáncer de páncreas el hígado necrosándose. Supe después que sufriste solo y en silencio casi tres años. Cuando se fueron los médicos me dijiste más cosas, muchas más, como por ejemplo que debía leer todas las fotos por atrás; que habías escrito en ellas describiendo el rol y la calidad de los protagonistas y me aconsejabas sobre el hecho de si debía aceptarlos o alejarlos de mi vida.

— Me voy a morir, el líquido que me extrajeron salió mezclado con sangre.

— ¿Cuándo?

— Ya.

— No.

— Es demasiado tarde para vos, dijiste dirigiéndote a mí.

— ¿Qué querés decir?

— Pénsalo.

Se produjo un silencio largo. Llamé a Lila; vino, le pidió perdón. Papá la perdonó. Pero todavía me pregunto qué es lo que quiso decirme con ese definitivo: «¡Es demasiado tarde para vos!» No sé. Después, cuando volvimos a estar solos, decidió que quería dormir. Tuve que correrle una pesada botella de oxígeno –que estaba en el cuarto, pero que naturalmente no utilizaba– para que la luz de una bombilla que pasaba a través de los vidrios de la ventana no le diera en los ojos. Siempre necesitó la más absoluta obscuridad para dormir y siempre lo hacía en la misma posición, como esa última vez, sobre el costado derecho y las sábanas cubriéndolo hasta las orejas.

¡Y se fue mi cedro de Líbano! De pie casi, luego de una agonía intermitente, casi siempre consciente, extremadamente sereno. Y me dejó como herencia la responsabilidad de encontrar la respuesta, de saber el sentido de ese «Es demasiado tarde para vos». Empecé por lo más simple: tratar de no ser excesiva. Ingresé en una cultura de la justa medida. Ello engendró una nueva percepción de la vida, también una nueva lectura de la realidad y de pronto la urgencia de existir escapando de un entorno rutinario, pero cuya toxicidad me había pasado inadvertida.

Comprendí que en la vida había tratado de tomar siempre el camino más fácil. De todas maneras el asunto no está claro ni aún ahora, porque yo siempre había tenido un discurso reivindicativo y violento, pero en los actos siempre obedecía, creyendo que los otros sabían más que yo.

Era fácil dejarse llevar, vivir de amor y de cosas lindas y hundirme en un sueño artificial, que desde mis 25 años había dejado de ser natural o reposante porque por alguna brecha me llegaba el humo de una culpa tal vez ancestral.

Entonces decidí partir, crear un nuevo mundo; dinamitar Iberá, Olivos y esa parte pesada, inerte, absurda de mí misma para la cual ya era demasiado tarde. Sí, debería ser dinamitada para permitir el nacimiento de alguien en mí que había sido sofocado por las circunstancias exteriores, y la aceptación interior de todo acontecimiento sin jamás ponerme en situación de criticar que no fuera sino a través de un discurso violento pero sin peso real. De esa manera y en esa obediencia pude vivir en paz, aunque esto fuera precario, la única experiencia valedera de esa vida: ser madre, madre, madre.

Todo lo había aceptado. No tenía amigos, solo mis niños, cuya niñez y adolescencia me permitieron olvidar el mundo de los adultos, y mi niñez que se desbarrancó pronto en adolescencia

triste, en matrimonio prematuro y en una cierta locura más tarde.

Hay un grito permanente y contradictorio en mí cuyos ecos persisten aún hoy, a través del tiempo: «No me dejen, pero ¡déjenme en paz! Déjenme moverme, necesito espacio, quiero crear, ábranme la puerta, déjenme pintar, quiero escribir, no se vayan, pero ¡quiero paz!»

* * *

¡Año 1974! ¡Cuánto cansancio! Cansancio de acontecimientos vividos en tiempos inadecuados. Dar órdenes en la niñez, órdenes que no escuchaban claramente pero que les hacían reaccionar de tiempo en tiempo. «Soy chica, necesito limpieza, cuidado, alimento. Existo. Todavía no puedo procurarme lo necesario. Mi delantal debe estar blanco». «Si muerdo el lazo de seda de mi pequeño uniforme del maldito colegio, es porque ustedes me faltan, porque necesito sacar fuerzas de mi misma». Y luego –en apariencia más trágico, pero no menos limpio que el acompañamiento psicológico de los adultos– el de los enfermos en fase terminal. Pero no me quejo, al menos hubo una infancia encantadora: abuelo y abuela, papá y mamá, y a veces tío y tía... ¿Por qué sólo a veces? Lo ignoro.

Tal vez mi padre haya querido decir que era demasiado tarde para corregir en mí esa parte tan parecida a mi madre. ¿Qué la había condenado y reducido a ser un ente? Porque él escribió detrás de su retrato: «Pobre Lila, víctima de su falta de carácter.» ¿Me vió él sin carácter, víctima posible de situaciones arbitrarias? Tal vez sí.

¿Qué hacer? ¿Partir? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Con qué objeto? En apariencia mi vida entera era un cuadro bien terminado: hijos, carrera, fortuna.

¿Estaba yo repitiendo hipócrita la conducta de mi madre con respecto al amor y a la vida de pareja? Sí, porque yo también estaba jugándome por la apariencia. Si bien pertenecía a la generación siguiente, el grupo de los testigos de cargo no había cambiado porque siendo hija única fui incluida en la generación anterior. Los valores que regirían mi vida no eran malos, pero estaban fuera del tiempo y me ubicaban fuera de él, en una situación marginal.

Mujeres activas –en apariencia–, pero pasivas. Esfuerzos por legitimarlo todo...

Papá tenía muchos, muchos amigos y fuimos muchos quienes lo acompañamos hasta su última morada. Tío y tía estaban en Miramar. No los puse en el aviso fúnebre, nunca lo quisieron. Fue un acto legítimo para mí misma, pero completamente absurdo en el contexto del deber ser social.

Una semana después, el martes siguiente exactamente, a la misma hora del deceso de papá, mamá se operó de cáncer de seno. El doctor Reyes Walker, el cirujano, convocó a papá al bloque operatorio. En su lugar fui yo. Nadie entendió nada, menos de quince días antes mi padre preparaba la operación de su mujer y se había ido así, después de haber dejado las cosas en orden, sin siquiera decir a su colega que era él quien tenía un cáncer en fase terminal.

Mamá está viva todavía y su salud espléndida. Sorda y sin prótesis gritando: «Déjenme en paz. No se vayan pero no me molesten.» Creo que en ella también algo está cambiando.

Fuiste el primero de la familia a ser velado en uno de esos hoteles de pasaje para muertos. Imagínate, frecuentemente veía en sueños unos muros grises y ventanas. Algo parecido a hospital, a lugar aséptico. Lo asociaba con el Instituto antiofídico de Butantá en San Pablo, Brasil, en la parte de los laboratorios donde se prepara el suero antídoto. Pero siempre terminaba convenciéndome de que se trataba de otro lugar. Me encontré con las paredes del sueño en la sala de velatorio. Fue en la calle Moldes al 700. Había árboles enfrente y los muros del ferrocarril, supongo del barrio de Colegiales. El lugar lo había elegido la Cochería Fianza. Fianza nos había enterrado a todos y digo nos había porque a cada muerte una partecita de mí partía.

Por ejemplo cuando vos te moriste, te llevaste el pedacito de cordón umbilical que todavía no se me había caído. Cuando murió abuelo se me fue la piel del interior de mis manitos, que quedaron pegadas a las de él. Cuando murió abuela Emma perdí la omnipotencia y unas cuantas neuronas. Cuando murió Alejandro enterré la fecundidad de mi útero. Cuando murió el hombre amado enterré con él mi esperanza de crear una historia posible con él, volver a Córdoba, a la ilusión, al principio,

a la adolescencia. Con él fueron enterradas otras neuronas. Creo que la ablación ha alcanzado puntos vitales porque no entiendo más.

SANTIAGO DERROTADO

1974 fue un año confuso, de sentimientos encontrados. Debo decir que nunca me atreví hasta ese año a hacer un balance de mi vida de pareja. Lo que comprendí con seguridad, es que éramos infinitamente felices con Santiago, compartiendo la comida y estando solos. Santiago hablaba mucho, yo siempre lo escuchaba; y en todos los años de nuestra vida nunca nos aburrimos. Si eso es el amor, nos habíamos querido profundamente.

Miramar, los pescaditos fritos, los años de Córdoba, las milanesas con ajo y perejil que íbamos a comer a un restaurant de La Cañada; eso marcó nuestra vida: comer juntos, compartir la mesa. Hubo todo tipo de períodos, fuimos muchas personas; acumulamos kilos y recuerdos. Hubo tiempos de pobreza en ambos sentidos: de pobreza económica porque el sueldo no alcanzaba a cubrir lo que dilapidábamos como ricos, y pobreza moral porque yo monologaba en mi casa y con él en voz alta.

Hubo otras épocas en las cuales los salarios habían casi superado nuestra capacidad de gastar. Entonces fuimos ricos y la lujosa Buenos Aires nos acogía en su suntuosidad: ropas, restaurantes, placer. Corbatas impecables, trajes de Rhoder's, vestidos de Marie France, de Bock; seda, alhajas de Scanio, de Richiardi. Buenos Aires es una ciudad terriblemente peligrosa. No tiene medias tintas, es rica o pobre y se extiende al costado del río transformándose y aristocratisándose desde el sur hasta el norte. En esa situación, uno se siente protagonista de novelas de amor, aún teniendo cuatro hijos y muchas otras responsabilidades. Buenos Aires es peligrosa porque la vida empieza tarde, y se cierra sin languidez antes de que el sol se despierte. Una mujer no puede sino sentirse bella y gloriosa en Buenos Aires. El aire es sensual, los olores se tejen con la piel y las gentes tienen la mirada dulce y una manera de hablar que erotiza. Hay árboles en la plaza Francia, la avenida del Libertador se pierde en los parques de Palermo y se exulta en las terrazas de los cafés, frente al palacio Errázuris.

Sin duda ese año 1974 ese país me embrujó en su totalidad, me hizo salir de las orillas de mi misma. Fui a Corrientes me fascinó. Es una provincia donde sólo hay dos estaciones: el verano y la estación del ferrocarril. Empecé a acostumbrarme al placer de hablar en público en los congresos internacionales del teatro San Martín.

Y vuelvo a Santiago, porque volvimos a ser pobres; tuvo un revés de fortuna y...no hablemos más. Entonces se volvió dulce y tierno porque volvía vencido. Pero esa dulzura no duró mucho; la frustración se convirtió en fuente de guerra y hubo un sólo enemigo para él: Alejandro, que crecía con lujo y fuerza, como un hombre responsable. Alejandro tal vez representaba para Santiago el padre imposible y poderoso que él hubiera deseado tener. El padre de Santiago fue muy bueno y muy débil. Cuando su hijo tenía 10 años había partido sin volver la cabeza y dejando todo lo que poseía a su mujer.

Era un hombre tímido y dulce que sabía jugar con los niños. Mucho tiempo después de haberse separado, cumplidos ya los 70 años, se casó con una mujer de su edad y virgen que lo precedió en la muerte y a cuya tumba llevaba regularmente flores blancas.

* * *

Me encuentro delante de lo escrito, leyendo una ingenuidad en mí que raya con la irresponsabilidad y la pereza. Irresponsabilidad viviendo el instante, lo dado. Y pereza para tener el coraje de cambiar.

Pero las preguntas se suceden con la intención de completar esa historia ingenua, de bellos momentos que me hundían más y más en la mentira que yo misma me fabricaba para no cambiar.

Sí, es cierto que hubo el placer de comer juntos, y que tuve en Santiago un compañero de vagabundeos mundanos y elegantes en esa ciudad que me fascinó aún más después de la muerte de papá. Por esa época, cada canción de Buenos Aires parecía estar escrita para mí. Pero los temas de

amor me hacían sentir frente a un inmenso dolor incomprensible. *El viejo Matías* era la historia de un hombre bueno que había vivido la guerra y que se había ido degradando y abandonando, hasta dormir en cualquier parte. Yo sentía un profundo dolor de presentimiento porque al lado de esa historia simple nuestra vida con Santiago estuvo llena de horror. Yo lo veía hundirse en su inercia, en su molicie, en su irresponsabilidad. Una noche saliendo del restaurant *La Posta del Plata* vimos un hombre que cuidaba los autos y limpiaba los parabrisas por unos pocos centavos. Santiago se llevó la mano al pecho y dijo: «Tengo miedo de terminar así.» Y yo también tuve miedo. Santiago iba ineluctablemente hacia abajo. En sus relaciones de trabajo prefería el contacto con la gente de más baja categoría social, y sobre todo moral. Fue así como el fantasma de *El viejo Matías* se convirtió en algo amenazante y casi físicamente real para nosotros.

«*El viejo Matías duerme en cualquier parte y un fantasma errante le besa los pies.*»

Y efectivamente así fue; mientras tuvo el poder, en un puesto público, actuó con el delirio de ciertos boxeadores que hablan demasiado, gastan todo y mueren en la miseria.

Por las coimas perdió el puesto y el honor, y su cesantía la firmó Perón por cinco años, en 1973. Durante dieciséis años yo había pensado que Santiago estaba psicológicamente enfermo, y en mis reflexiones concluía que todos los hombres eran iguales, eran infieles; pero que por lo menos Santiago, aunque era neurótico, no era un libertino infiel. Mi frase era: «Yo prefiero un cura histérico a un libertino normal.»

Un 16 de enero tuve ante mí la evidencia que desmentía esa frase. Santiago actuó locamente ante el poder, bromeaba incluso con sus compañeros de promoción sobre sus coimas. Se enredó hasta las patas con una tal María Rosa Però, su secretaria, desnuda bajo un delantal en una oficina de la aduana donde él era el jefe indiscutido, excepción hecha del interventor.

Se alquilaron un departamento en la calle Suipachá 911 planta baja D y parece que jugaban a los «jueves eroticos» haciendo algo así como la ficción del amor y de los sueños prolongados. Esto lo digo sin cargas emotivas, porque veinte años después ya no hay ni celos ni dolor.

Santiago le regaló tres departamentos. Parece que iban a casarse y a vivir en el *Plaza* hotel.

Por nuestra parte, en casa no sólo ignorábamos todo, sino que seguíamos viviendo un poco apretados en el departamento de Olivos porque los chicos crecían y las paredes se reducían. Mientras tanto Santiago se daba todos los lujos imaginables. Compraba a María Rosa ropa, joyas y pieles; mientras ésta llamaba a casa para enterarse de todo lo que yo hacía y compraba. Cuando yo lo descubrí me dió falsas pistas; y yo corría en todas las direcciones buscando a las supuestas mujeres con las que, según Santiago, él y los tipos de la aduana salían e intercambiaban deseo y derroche. Las búsquedas durante las noches fueron terribles. Era el año 1974, plena guerrilla, yo lloraba todo el tiempo, había perdido trece kilos y Alejandro me gritaba «¡No te arrugés mamá!».

Yo tenía 38 años y cuando volví a la facultad al año siguiente, a mi puesto de trabajo, nadie me reconoció. Una médica, compañera de trabajo, que se llamaba María del Carmen, me abrazó y me dijo: «¿Qué te hicieron? Vos eras la alegría de vivir. ¿Qué te hicieron?» Sí, yo estaba plegada en dos, derrotada.

Una noche en vísperas de un examen de epistemología que debía presentar –una materia larguísima y difícil– no pude más y revisé su maletín. Ya no podía seguir yendo de un extremo a otro de Buenos Aires, buscando las direcciones que él me daba. En su maletín encontré los papeles de un Chevrolet que le había comprado a María Rosa, las direcciones de los tres departamentos y quince mil dólares. Había incluso un mensaje para el portero donde alquilaban, humildemente en la calle Suipachá, porque naturalmente, todas esas propiedades compradas con dinero negro debían ser blanqueadas.

Santiago se volvió peligroso para la pequeña María Rosa; ésta debe haber presentido que si lo largaba la golpearía, porque se inscribió en la facultad donde yo era profesora e hizo confidencias a uno de mis colegas de trabajo. Se presentó como una paciente más en el consultorio de mi mejor amigo diciéndole: «Yo me llamo María Rosa Però, yo soy rica pero pobre, porque los alquileres están congelados, tengo tres departamentos que me regaló mi amante, el ingeniero Santiago... Estoy casada con un hombre que se llama Roberto Quiroz del cual me voy a divorciar para casarme con el

marido de una amiga que también se va a divorciar, que tiene una trefiladora de hierro y que va a blanquearme el capital.» Después manifestó su intención de continuar viendo a mi colega, sabiendo perfectamente que él no la recibiría más. Ella necesitaba que el escándalo estallara para liberarse de él.

Pero el escándalo no estalló por ahí. Fueron las autoridades quienes se habían puesto sobre la pista de ciertas irregularidades y lograron fotografiarlo con cinco proveedores. Lo echaron, se quedó sin trabajo, hubo que ocultar todo eso. Yo dije, para defenderlo, que el departamento de la calle Suipachá lo había alquilado yo, para tener un despacho en el centro de la ciudad. Pero las brigadas de seguimiento no tenían fotos mías; y sabían que yo no conocía ni siquiera el lugar. El 15 de septiembre en vez de partir a vivir con ella en el *Plaza* hotel, divorciarse y casarse, vino a casa con quince rosas rojas, húmedas de rocío. Yo lo recibí y pensé, según el dicho, que «de los arrepentidos se sirve Dios» y que había que defenderlo.

Vencido y abandonado por su amante, que lo había delatado para quedarse con todo, volvió a hundirse en el sueño como medio para olvidar el fracaso. Se fue volviendo más y más agresivo y si siempre había mentido constitucionalmente, entonces se volvió malo y malediciente.

En 1975, el 3 de enero Santiago estaba sin trabajo, estábamos en Miramar. Había comprado una máquina de grabar. Yo hacía los dibujos y él hacía llaveros, pulseras y anillos para vender en el verano en los negocios. Yo me ocupaba de vender y Ana, progresista aunque pequeña, conseguía clientes. En un mes se volvió un negocio floreciente. Santiago nunca dejó de dormir ocho o nueve horas diarias en su vida; nunca hizo turismo y bañarse en el mar constituía para él más una molestia que un placer. Mi departamento del piso dieciséis, mi barco suntuoso y soñado entre las nubes, se convertía en una pesadilla cuando Santiago estaba. No sé si sonreía, yo nunca lo vi sonreír. Tampoco sé si reía auténticamente. Siempre tuvo algo de actor. El apodo que le daban en su promoción era el «mono» porque siempre estaba imitando, contando historias y haciendo reír a los otros.

Una tarde con los chicos, después de una caminata de cinco kilómetros sobre la playa, volvimos al piso hacia las cinco de la tarde. Santiago se levantaba de su siesta. Alejandro estaba parado mirando el mar a través de la ventana, en ese inmenso living de ocho metros de largo; alegre del paseo que habíamos realizado. Santiago le dijo: «Tenés que cortar bronce para hacer llaveros.» Alejandro le respondió: «Sí, ya voy.» Pero su respuesta molestó a Santiago, que hubiera deseado que le obedeciera en el acto, que tomó una tijera que encontró a la mano y se la lanzó a Alejandro. Naturalmente como se hallaba de espaldas no se esperaba a esta agresión y la tijera le penetró justo encima del riñón. Como loca corrí a auxiliarlo y al sacarle la tijera la sangre comenzó a salir a borbotones. Los chicos corrieron a traer agua del mar para ver si al aplicársela la sangre paraba de salir; mientras tanto yo llamé al médico quien al llegar le colocó un tubo de drenaje. Puesto que se trataba de una herida con arma blanca, era inevitable que el médico denunciara a Santiago ante las autoridades. El médico que hasta ese momento había mantenido una actitud eficiente con respecto al herido, se dirigió de manera indignada hacia el padre. Este le mostró su cédula militar y la expresión de la cara del médico cambió. Le extendió la mano y le dijo: «Mi hijo, no vuelva a hacerlo.» Alejandro no pudo bañarse más en el mar durante toda la temporada. Permanecía en la casa, en la sombra; ese tubo de drenaje no lo abandonaba. Dormía boca abajo, sufría, penaba y debió haber odiado sin palabras la vida, la familia y la injusticia de un sistema miserable que protegía el filicidio.

En 1978 hubo muchas visitas en Miramar. Estando allí los Mc Lowin: Nohra, Johnny y su hija de 7 años, Santiago no encontró otro tema de conversación que ensuciarme, hablar contra mí. Yo lo escuchaba. Las puertas se iban cerrando para mí. Contra la maledicencia no se puede hacer nada. Su único interés parecía ser que le justificaran por no trabajar. Cuando los Mc Lowin se fueron, Santiago se despidió servicialmente, abrazando con ternura y palabritas dulces a la niña. Una vez que el ascensor comenzó a descender Santiago entró, los tres chicos estaban ahí, yo lo miré simplemente, tal vez con una mirada de horror, porque lo vi venir como un animal rabioso. El empezó a cachetearme llevándome así desde el salón hasta la cocina. Alejandro estaba ausente, sino

se hubieran matado a golpes.

En otra oportunidad yo había comprado un juego de platos blanco y azul, que combinaba elegantemente con el ambiente que nos rodeaba. Había doce platos puestos sobre la mesa. Cuando le dije: «Cuidado con los platos, Santiago, si vas a servir.» Me contestó: «¡Ah! Tenés miedo de que los rompa, mirá lo que hago con tus platos.» Y tomando todos los platos los levantó para soltarlos luego al piso. Los chicos estaban sentados a la mesa, Alejandro no estaba, ni papá, ni tío, el cual, por defendernos, estuvo muchas veces a punto de recibir una paliza de Santiago y de perder dientes.

Antes del viaje del mes de mayo de 1978 yo compré, como siempre, ropa para los chicos y a Marina le compré un par de botas. Santiago que actuaba como un vigilante permanente, queriendo sacar tajada de todo, entró en la habitación de los chicos diciendo: «¡Y todavía le compraste botas a esa puta?» ¡Pobrecita, sólo tenía 17 años, tiernos y recatados!

Cuando volví a Buenos Aires el 22 de agosto le regalé a Santiago un lindísimo paraguas italiano. El lo rompió porque consideraba que merecía mucho más.

De esta manera todo se precipitó. Los años se sucedían sin solución de continuidad. Los chicos crecían indefectiblemente. Alejandro se retiraba más y más de casa. Necesitaba paz para poder seguir con sus estudios de medicina. Se fue a vivir a Belgrano con un amigo peruano, compañero de la facultad. Se había vuelto agresivo, quisquilloso, violento. El ambiente de familia ya no le convenía más.

Sus manifestaciones no eran inútiles, ni solitarias. El sentía el cambio en su madre como una revelación. Partimos juntos, como buscando mundo, por un tiempo al Brasil. La razón: un congreso en Sao Paulo. Estábamos buscando un lugar donde vivir. El viaje fue feliz y prometedor, sólo que no queríamos volver. También estuvimos en Río, era el mes de julio, había mucha bruma, el sol salía hacia las diez de la mañana. Hablamos mucho, sobre todo en una comida que tuvimos en un restaurant sobre la playa de San Conrado, la última noche de ese viaje en busca de horizonte. Terminamos subiendo al Cristo Redentor, hacia las cinco de la mañana y en medio de la lluvia. Siempre hubo lluvia entre los dos, lluvia que lavaba, pero que no llegaba a penetrar la tierra profunda. La costumbre, los años pasados en un sistema de paz protocolar y de sumisión nos habían cerrado y algo se secaba dentro a pesar de los esfuerzos de ambos. Volvimos. El no aceptó retomar el ritmo de familia. Yo tampoco.

Hubo un segundo viaje a Perú; esta vez con Ana y sin que hubiera excusas para hacerlo, se hizo y eso era todo. Lloré mucho en ese viaje, escribí cartas y cartas a Santiago y tuve miedo subiendo a Machu Pichu. Ese tipo de miedo que anuncia una partida sin regreso. Lágrimas de duelo, que Ana interpretó como de miedo a los caminos serpenteantes y difíciles que conducen a la ciudad de los Incas. Ana me hizo la siguiente reflexión: «Guardá un poco de lágrimas para la bajada, que va a ser peor que la subida.» Me quedé impresionada con la metáfora y por todo lo que ésta podía encerrar. ¿Cuál sería la caída?

Cuando volvimos las cosas estaban peor aún; pensé que tanto Brasil como Perú estaban demasiado próximos; a un tiro de avión. Debía poner mucha más distancia, mucha mas tierra y más mar entre nosotros.

1974
CONTINUACIÓN (II)

Los únicos hechos que parecen haber penetrado en nuestras vidas y dejado eco en mi memoria no son sino situaciones en las que podíamos incluirnos.

La muerte del gran pintor mejicano, el muralista David Siqueiros. Todos, hasta los pequeños habíamos sentido y admirado ese despliegue de fuerzas inaudito, esas manos hacia lo alto de los personajes de Siqueiros. Había en él una reclamación de altura, de dimensión metafísica, de grito fuerte y sostenido frente al occidentalismo sobredesarrollado que parecía sordo a las reclamaciones de la tierra profunda, del ser encerrado en su miserable cuerpo limitado.

Habíamos traído del Perú, con Ana, una estatua extraordinaria de un escultor peruano que acababa de morir y cuyo nombre se me escapa hoy. Era redonda, y digo era porque lo que queda de ella, no lo sé exactamente, debe estar en el guardamuebles. Era en terracota redonda, con caras de indígenas mirando hacia el cielo y las manos abriéndose hacia arriba, huesudas y tratando de superar la crispación presente en el deseo de retener algo. También murió Miguel Ángel Asturias en Madrid y con él una época, la resonancia de diálogos a la hora de comer.

Ese año llovió mucho, yo no viajé a Santiago del Estero pero mi sentimiento estaba allí, con ellos, con aquellos con quienes antes había trabajado. Imágenes de un Río Dulce que si bien embalsado debería ser para los pobladores de Tinco y Río Hondo percibido como una amenaza ancestral. Habían construido un dique nivelador, el Quiroga, para llevar riego a las tierras centenariamente degradadas por la sal, tierras arruinadas por la capas freáticas. Aunque pasábamos un momento difícil –la crisis de crecimiento familiar–, con Alejandro continuamos jugando con las lluvias torrenciales que también llegaron a Buenos Aires. Caminábamos por la avenida Maipú inundada, el agua hasta las ingles y cantábamos y recitábamos poemas a gritos y también llorábamos y nuestras lágrimas se mezclaban con la lluvia. Nos limpiábamos el alma y nos apenábamos de ver nuestro mundo diluirse.

En Estados Unidos Nixon había renunciado después del Water Gate. Pero en fin eso no nos importaba. Nada de lo que viniera de Estados Unidos. Nunca fuimos pro-americanos. La Argentina era rica y nos enorgullecíamos de nuestra cultura. No vuelvo ni sobre la muerte de Perón ni la de papá ni de los restos de Eva. Ya hablé mucho de todo eso; y el año 1974 se terminó así.

Si fui temeraria es porque creía, como sigo creyendo, en el deber y además necesitaba ver una patria limpia para mis hijos.

1975

En 1975 fue tío que acusó tristeza por el deceso de Josephine Baker a quien él había visto actuando repetidas veces en París. Una figura para él fascinante, cuerpo espigado, caderas estrechas. Casi un efebo griego con la piel negra y brillante y una voz que parecía sacarlo de sus estructuras arcaicas y paternalistas. Por mi parte, de ese año sólo recuerdo la gente que partió y que había retenido en sus presencias partes de mi infancia: los primeros tangos que escuché de Aníbal Troilo.

Franco murió en España. El ambiente en Argentina se volvía cada vez más trágico a causa de la guerrilla urbana y de esa otra que reclamaba ser reconocida y que habiendo tomado territorio en Tucumán quería que éste fuese reconocido como independiente por potencias de occidente que naturalmente dijeron «No». Las fuerzas armadas hacían lo que podían. Tucumán está lleno de selva. Durante la mañana patrullaba la guerrilla, por la tarde las fuerzas armadas.

Mi trabajo en el ministerio de Marina se volvía cada vez más difícil. Las bombas estallaban por todos lados. Yo no tenía miedo, no por irresponsable, aunque reconozco haber sido más que temeraria, sino porque siempre pensé que cada individuo a partir de su puesto de trabajo puede aportar su grano de arena a la resolución de los problemas sociales.

Esa guerra de guerrillas enfrentaba dos generaciones. El enfrentamiento generacional ha sido un veneno tan poderoso en ese país patriarcal y orgulloso que aún ahora, casi veinte años después, los resabios de malestar no han desaparecido entre las generaciones.

1976

En marzo las fuerzas armadas ascendieron al poder y suprimieron el fuero sindical.

No puedo hacer juicio histórico. Viviendo al interior de mi país y siendo madre, lo único que me importaba era el fin de lo que había comenzado como asesinatos aislados para convertirse luego en una guerra de guerrillas, que resuena en mi, finalmente como una guerra civil.

Ese año en Francia murió André Malraux, quien había dicho que «el siglo XXI será creyente o no será nada.». Quería decir que el siglo XXI tiene que ser un siglo con Dios. Ese Dios que tanto fue negado, que se quedó solo en las iglesias; desnudo, miserable, clavado en una cruz. Ese materialismo seguía mirando hacia abajo, cosa que no implicaba para nada una mirada presente y vigilante hacia ese misterioso inconsciente descubierto por Freud y habitado por complejos autónomos que, no comprendidos, destruyen al hombre y lo excluyen de su genealogía.

1977

Después de la muerte de Franco, el 15 de junio, el pueblo español votó por primera vez después de cuarenta y un años y Benito Quinque Lamartín, el pintor de La Boca, murió en Buenos Aires. Yo lo había visto una noche algunos días antes, comiendo en una mesa frente a la mía, con un grupo de gente alrededor de él: ¿sus protectores?, ¿sus secretarias?, ¿sus administradores? No sé, gente. Sentí que no lo seguían como yo, una extraña que lo miraba apasionadamente. Sus manos temblorosas sosteniendo el cuchillo y el tenedor. Esas manos sublimes, capaces de trazar pinceladas largas, de transmitir la fuerza de ese punto cargado de colores, con hombres fuertes a torsos descubiertos, cargando y descargando granos.

Hacia la primavera fuimos todos a La Plata buscando a Agustín que venía del liceo naval. Alcanzamos a ver el humo del fuego que había devastado el teatro argentino de La Plata. Teatro de recuerdos de niñez. La Plata es maravillosa; es la capital de la provincia de Buenos Aires. Es famosa por la universidad. Tiene dos características: la avenida Siete bordeada de tilos con su jockey club y su confitería en el cruce con la calle 40. Ya no sé si eso existe. Y después volvimos a Buenos Aires. La noche caía, era viernes. Agustín se había hecho hombre en el liceo. En casa no hubiera podido conocer el sentido de la disciplina, ni la disciplina misma. Yo tenía menos y menos fuerza. El liceo naval era su madre de reemplazo, un jirón maternal. Pero era también lo que le faltaba y necesitaba: un padre, un clarín despertándolo a las seis de la mañana.

1978

Del año 1978 no guardo mucho. Los enfrentamientos continuaban. Las fuerzas armadas parecían estar ganando territorio en Tucumán, porque después de la caída de Allende en Chile la guerrilla ya no podía cruzar la frontera para refugiarse. Tal vez se aproximaba el fin. Pero yo no lo vi porque me fui y salir fue muy difícil.

MIRAMAR, ÚLTIMA VEZ

La solución era poner más distancia. Pero, ¡cuánto horror el pensarlo! Es enero de 1978. Los pasajes están listos, voy a viajar con Laura, realizar ese famoso viaje del que yo tanto hablé, pero que sólo comprendo hoy en el tiempo. El 31 de marzo de 1977 yo debía partir sola al Japón, a último momento cancelé ese viaje para pasar tres días sola con Santiago en Miramar. Sobre la playa el sol era anémico y había jejenes, nubes de jejenes y la casa estaba fría y sólo existieron los momentos de comer juntos. Fue una última oportunidad, un nuevo fracaso de una relación que empezó a morir cuando nos conocimos.

Voy a partir el 12 de mayo. El once le digo a Santiago: «Si querés no me voy.» Yo partía con Laura, sabía que no para volver. Para Pascua estuvimos todos por última vez en Miramar. Había invitados, yo sufría, era el último día, llovía sobre el mar. Agustín me acompañó, me senté bajo la carpa del balneario *Ocean*.

Me puse a llorar y a escribir. El mar estaba gris. Gris de duelo, de muerte, crespones, última vez, arena seca que se moja por gotas separadas, gotas que crean la viruela de la tierra; de la dulce madre tierra dorada del verano. Y más llanto y más escribir en ese cuaderno que está en alguna parte, ese cuento sobre un amante imaginario que saca los obstáculos y las medusas de mi paso; y más llanto hasta que el alma se secó, y apretándolo fuerte a Agustín contra mí, subimos las escaleras hacia casa. Hacía viento y frío y era Viernes santo. Tomamos un baño caliente y fuimos todos a la iglesia de San Andrés para el viacrucis y todo era pesadilla y Viernes santo. Nos sentamos alineados en el segundo banco a la izquierda. Apelotonados casi, dándonos calor y Alejandro ya no estaba y ya no había límites, y yo me dejaba embaucar por todo discurso que pudiera guiarnos y los otros tres me seguían, pegados a mamá, tratando de cortar el viento de la muerte que nos rodeaba. Era Viernes santo.

Apareció un hombre llamado Manuel en el banco de adelante de la iglesia de San Andrés que con voz paternal nos contó cosas de la iglesia. Volvimos caminando, él al lado nuestro. Vivía en el piso trece del mismo edificio. Yo lo sentí como si fuera el demonio. Su departamento estaba menos expuesto que el nuestro al viento que se desató. Santiago se había ido ya a Buenos Aires, acompañando una huésped y a su hijo pequeño. Estábamos solos. El nos invitó a tomar el té. Tenía un discurso paternal. Tomamos el té y miramos la televisión que se encontraba al lado de una calefacción a gas roja, cálida. ¡Qué necesidad de fuego y de paz teníamos! Yo estaba en el centro de un sillón de cuatro cuerpos. Nos quedamos dormidos los cuatro, Ana sobre mis rodillas, Agustín a la izquierda, y Marina a la derecha. Cuando nos despertamos la noche había caído sobre el mar. La última imagen que quedó de ese Miramar de mi infancia, de mi adolescencia, de mi vida de mujer y de madre, fue la de ese departamento que ni siquiera era el mío. Cerramos las valijas y partimos. Ese fue el instante final de una historia de amor en un Viernes santo, sin hombre, sin marido, sin padre para los hijos, y en la casa de ese hombre que yo llamé el diablo, porque en su dedo anular tenía un sobre-dedo.

SIN TÍTULO

Papá:

Estoy sentada en la misma posición de Alejandro cuando estaba en París, sobre la terraza, en el mes de mayo.

Ahora se está terminando agosto, hace frío y hace veinte años que te fuiste. Era demasiado tarde para recuperar algo en ese ambiente. Tenías razón. Creo que ni siquiera vos hubieras podido ayudarme.

Alejandro se había vuelto agresivo. Los chicos no lo respetaban; Santiago no aceptaba que lo respetaran. Ahora los dos se fueron, con escaso intervalo, Alejandro en 1990 y Santiago en 1993. Siempre estuve sola defendiendo la causa de Alejandro, «el niño corrector». Yo sé que él tenía razón pero le faltó un poder legitimado. Todo se mezcla a partir de 1974. Ahora mismo los recuerdos vuelven en tropel pero sin orden. Bastaría un mínimo esfuerzo para organizarlos cronológicamente. Los protagonistas, los que pudieron haber comprendido y dar fe no están más. Queda tía, no completamente limpia de rencores ancestrales; Lila con su silencio sereno y dulce; con su mansedumbre, su irremediable mansedumbre. Quedo yo...cambiada, tan cambiada que no me reconozco en el relato. Me veo tan fuerte y tan frágil. Ya no más vivir defendiéndome. No tuve hijos para joderlos ni para que me jodan. Los hubiera tenido de todas maneras aun sabiendo que debería pasar por innumerables dificultades para darles independencia. No los hice para mí, sino para la vida; para la continuación de la especie.

Cuando te fuiste apareció el caos como sistema de vida. Empecé a odiar –sentimiento hasta entonces desconocido– y a desear tomar la revancha y crear otro mundo para darles un nuevo territorio a esos cachorros de leona tardía.

Lo importante es que habíamos sobrevivido y guardado una buena apariencia. Las violencias no ocurrían frente a los otros. Eran un secreto celosamente guardado, tanto que fue clave en la historia del chantaje. Si decís algo te van a conocer: «Hija de una gran puta»; «mierda»; «puta» y en fin. Silencio y buena cara. Así pasaron veintitrés años; los siete primeros Santiago y yo estuvimos solos con Alejandro y Marina. Pero después no, se terminó Puerto Belgrano, una época de la que nunca hablé con nadie. Es una mezcla extraña de amor, de horror, de vida, de muerte. Tal vez algún día hablaré, cuando pueda ponerme los anteojos de recordar sin dolor, sin humillación. Porque fue la época más cruel, pero también la más bella fue esa. Puerto Belgrano representa el fin de una historia de amor entre un hombre y una mujer. Esa historia había comenzado a volverse tragedia el día mismo en el que se conocieron. Ese famoso 30 de noviembre de 1950. La muerte se fue tejiendo día a día, noche a noche. Pero nadie lo supo, sólo algunos.

EL PASAJE, LA TRAVESÍA

No había solución, no dijo que me quedara. Yo tenía la capa azul de Marie-France rodeada de piel. La abandoné como todos mis trastos, como todo mi pasado; el dolor me oprimía el pecho. Todos estaban ahí por última vez; Santiago delante. Ana, los ojos de Ana, la última mirada antes de pasar la aduana...

Yo tenía un traje sastre de hilo azul, cuya chaqueta quedó en un armario de París, nunca más usada. Hubiera deseado perderla; no puedo, no se pierde, es como un pañuelo de encaje de Tenerife que Santiago me regalara en diciembre de 1952 volviendo de su viaje de instrucción en el *Bahía Tetis*. Nunca se perdió. Me sigue; aparece en los cajones, entre los pañuelos, es la evidencia de un amor que existió, la flor de nuestra juventud. No se me ocurrió escapar de la aduana, volver atrás. Lo deseaba con toda el alma pero estaba el viaje con Laura, la decisión tomada. A último momento Laura no pudo tomar el vuelo, su hijo mayor se había enfermado bruscamente y mal. Me encontré con el billete en la mano, subiendo al avión sin entender por qué ella no estaba allí. Vinieron a informarme que su vuelo se había postergado veinticuatro o cuarenta y ocho horas por razones de fuerza mayor.

Me hundí en el asiento; el avión como una cárcel, como el colegio, y yo ya sin fuerzas y sin argumentos, y un deseo feroz de haber escuchado: «Quedate»; de dormir contra él. Me faltaba madre e hijos, pero éstos todavía no demasiado porque el horror de la ausencia vino al día siguiente en un París muerto, porque era lunes de Pentecostés y todo estaba cerrado y de golpe ya no quería crear un mundo nuevo, sino seguir en el mismo y aún más. Todo estaba cerrado en ese lunes de Pentecostés, mis reflexiones eran aterradoras. No encontraba salida.

Desde Buenos Aires y en el plano de la estrategia todo parecía tan fácil. Empezar de nuevo, como un adulto aceptando la finalización de una vida frente a lo irremediable de la misma. ¿Santiago? Ya lo había llorado hasta el agotamiento en noviembre de 1977 subiendo y bajando al Machu Pichu junto a Ana, mi queridísima. ¿Cuándo, cómo y de que manera podría yo recuperarlos a mis hijos? Pero sin Santiago, sin nadie más. Desde Buenos Aires parecía muy fácil. Teniendo medios y propiedades el seguro de la vida de los hijos estaba garantizado; pero en ese momento, volviendo de los Inválidos, comprendí que los ladrillos no se comen, y que los ahorros se agotan, y que debía comenzar otra vez de cero una carrera, en un país lejano, y en otro idioma y en otra cultura que estaba bien lejos de ser la mía. Desde Buenos Aires parecía fácil pero en ese primer día de un París suspendido, sin actividad, los negocios cerrados, como diciéndome «no», todo me pareció hostil. Me sentí extranjera y provinciana. Hubiese podido ser España o Italia, pero no, tenía que ser un país donde me vería inhibida de hablar las lenguas del amor simple, cotidiano y adormecedor.

Tenía que ser lejos de su voz, la voz de Santiago, sonora, profunda, ventral. La voz del primer amor entrelazada al sentimiento del primer dolor. Una lengua racionalista. ¡Basta de irracionalidad! ¡Basta!, ¡quedate!, ¡calma!, ¡basta! Algunos pasos más, algunas cuerdas más y el hotel. Cerrar las persianas y esperar que Laura venga y que me envuelva en su ritmo de olvido. Sí, decisión de seguirla hasta el fin del mundo, mientras dure el oxígeno. ¿Cómo insertarme sin deseo ni gozo en un mundo nuevo? Faltan tres cuerdas, se me rompe un taco, voy vacilante, ahora físicamente también. Es el desequilibrio. Me calmo. Apoyo un pie completamente, del otro sólo la punta. La angustia desaparece, sólo quiero llegar. Alguien viene en mi ayuda. Acabo de insertarme en el mundo desconocido a partir de mis pies. Laura está ya en el hotel. El resto es humo, quemazón de recuerdos y duelo. Dieciséis años después comprendo que no hay continente diferente, ni cultura diferente, ni países diferentes.

Todo está adentro nuestro, en las tripas que tiemblan por las noches cuando la distancia carnal se vuelve necesidad imperiosa... Y quiero volver.

CARTA A LA HIJA QUE YA NACIÓ MIL AÑOS DESPUÉS

Querida Ana:

¡Pasaron tantos años...tantas cosas! Casi naciste en un taxi porque yo tenía el sueño profundo y vos estabas apurada. Cuando me desperté, las contracciones eran tan seguidas que casi no llego a la clínica. Todavía recuerdo que tomé un taxi rojo, y que el chofer –un Español– me decía todo el tiempo: «Señora, aguante; ¡todavía no!» Llegamos a la clínica y me tiré sobre una camilla. Vino a tomarme los datos una mujer de la administración que era paciente de papá. La mandé lo más lejos que te podés imaginar. Me subí sobre la camilla y les dije: «¡A la sala de partos!» Cuando llegué, el doctor Quesada se estaba poniendo los guantes, y no sé si terminó de ponérselos porque saliste disparada. El te atajó con mucha gracia. Naciste con los ojos abiertos; controlando que las cosas estuvieran bien hechas. Naciste para mandar, no para que te manden. Tenés pasta de líder y espero que sea de líder de buenas causas.

Si alguna vez tenés que hacer análisis tendrás que decir con sano orgullo, que mi embarazo de vos fue un placer de los dioses, que no engordé sino ocho kilos, que pesaste tres kilos cuatrocientos noventa y que mediste cuarenta y ocho centímetros. El parto fue normal, rápido y sin complicaciones. Que nuestra alianza en ese momento sublime, sólo fue la culminación de nueve meses de amor compartido más allá de toda trivialidad; más allá de toda frustración. Además dirás que fuiste mi última hija, y que estaba bien planificado que serías la última; razón por la cual de mi cuerpo escuché con mayor atención cada instante de esa nuestra vida juntas y que esta continuó después, al exterior, cuando ya nacida te tomé en mis brazos.

La paciente de papá lo llamó urgente diciéndole: «Doctor, su hija está en la sala de partos.» Papá se lanzó hacia la clínica y llegó media hora después de tu nacimiento. Cuando abrió la puerta, yo, sin hacer ningún esfuerzo porque sé respirar, me incliné, te tomé en mis brazos y te dejé en los de mi padre. Él, con los ojos centelleantes y húmedos me dijo: «Sos una mujer fuerte, ¡cómo te parecés a mi madre!»

Yo no sé cómo se las arregló papá para haber tenido tiempo de comprar un ramito de siemprevivas; que quedó mucho tiempo en la casa de tía, en los vasitos japoneses que estaban en la vitrina de la casa de ella, a la derecha de la puerta del salón.

Cuando nació Malena, tu hija, yo fui a buscar las siemprevivas para entregártelas; porque vos sos una mujer fuerte, y sin duda, te parecés a mi abuela. Tía me dijo que no sabía cómo habían desaparecido. Yo creo que fue papá que vino a buscarlas para entregárselas a su madre en ese otro mundo, del cual no sabemos nada, pero intuimos todo.

Te dejo la palabra. Sos madre, compartimos el misterio. ¡Demos gracias a Dios!

Ahora tenés un hijo. Él se llama Nicanor, luego hoy sos capaz de comprender las historias de amor que unen a los hijos con sus madres y recíprocamente.

Hasta mañana...
Mamá.

ÍNDICE

1. LA CASA	2
2. EL NIETO DE UNA PASIÓN	3
3. LILA, SU MISTERIO Y SU HIJA	6
4. 1934.....	8
5. MARÍA CALEGARI, LA GOBERNANTA	10
6. AÑOS EN LOS QUE NADA PASA.....	12
7. ACERCA DEL TIEMPO	14
8. EL ANTEJARDÍN-TEATRO DE PASIONES.....	16
9. ENCUENTRO CON EL COLEGIO.....	19
10. AÑOS DE HISTORIA	21
11. EN EL COLEGIO	25
12. LA REVOLUCIÓN DEL 43.....	26
13. HISTORIAS EN LA HISTORIA (1944-1947).....	28
14. UNA MUJER Y SU ANGUSTIA	30
15. 1948.....	37
16. ANSIAS DE ESCAPAR.....	40
17. LILA, SU MISTERIO Y SU HIJA	41
18. LA FIESTA DE MARÍA JULIA, LAS DOS QUE HABÍAN EN MÍ.....	42
19. ENAMORADA DEL AMOR	44
20. 1949-LILA: ¡TRES DÍAS!	45
21. 1949-15 AÑOS.....	48
22. DE UNA TRAGEDIA ADOLESCENTE	49
23. ROSTROS Y PRESAGIOS.....	54
24. 1950.....	55
25. 1951.....	57
26. CARTAS PÓSTUMAS A MI ABUELO	59
27. 1952.....	66
28. 1953-1954.....	68
29. UNA MUJER Y SU ANGUSTIA	69
30. 1955.....	72
31. CARTA A LILA	74
32. UNA MUJER Y SU ANGUSTIA	76
33. QUERIDO TÍO	77
34. 1955.....	79
35. POEMA A MI HIJO MUERTO	81
36. 1956.....	82
37. 1957.....	84
38. FRENTE AL ESPEJO	87
39. 1958-1959.....	88
40. 1960.....	89
41. UNA MUJER Y SU ANGUSTIA	91
42. 1961.....	93
43. EL HOMBRE DE MI VIDA	94
44. 1963.....	95
45. 1963-CONTINUACIÓN-CARTA A PAPÁ	97
46. UNA MUJER Y SU ANGUSTIA	101
47. 1964.....	108
48. 1965.....	109
49. 1966.....	112

50. MIRAMAR SIN HOMBRE	114
51. IBERÁ Y LA NOSTALGIA–AL ABUELO	115
52. 1969.....	117
53. LA MUERTE DE IBERÁ.....	120
54. LA CASA SIN TIEMPO.....	123
55. 1970.....	125
56. 1971.....	129
57. 1972.....	131
58. SOBRE PERÓN–TESTIGO PRESENCIAL.....	133
59. MÁS SOBRE PERÓN	137
60. 1973.....	138
61. UNA MUJER Y SU ANGUSTIA	142
62. 1974.....	144
63. 1974–CONTINUACIÓN.....	145
64. SANTIAGO DERROTADO.....	150
65. 1974.....	154
66. 1975.....	155
67. 1976.....	156
68. 1977.....	157
69. 1978.....	158
70. MIRAMAR, ÚLTIMA VEZ.....	159
71. SIN TÍTULO.....	160
72. EL PASAJE, LA TRAVESÍA	161
73. CARTA A LA HIJA QUE YA NACIÓ MIL AÑOS DESPUÉS.....	162